BORIS PILNIAK

Volga desemboca en EL MAR CASPIO

EDICIONES PAX

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

EDICIONES
PAX

11(718-1)

BORIS PILNIAK

EL VOLGA DESEMBOCA EN EL MAR CASPIO

35698

Prólogo de Carlos Radek
Traducción de Sixto Tros

Novela

EDICIONES PAX

No es necesario presentar al público hispano americano la obra de Boris Pilniak; en una de las notas del prólogo de Radek se encontrarán datos sobre su persona. Hace ya tiempo que está traducida al español su novela El año desnudo, *principio de toda esta literatura soviética tan pujante y llena de promesas hoy, la de mayor interés y más fuerte esperanza de todas las literaturas europeas. Hace poco el incidente a que en su prólogo se refiere Radek, motivado por la publicación de la novela* Caoba *fuera de Rusia, dió a Pilniak nueva notoriedad. Ahora su gran libro* EL VOLGA DESEMBOCA EN EL MAR CASPIO *le reconcilia con el bolchevismo.*

Muchos críticos alemanes y rusos han reconocido este libro como el más grande que se haya producido en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Lo innegable es que se destaca entre todos los demás con un brío y una originalidad formidables.

Es así, en primer lugar, porque, ajustándose a su manera característica de escribir, Pilniak hace, no un libro minucioso y realista, sino una obra poemática, llena de emoción, de lirismo y de grandeza. Aún en el aspecto puramente literario, el libro de Pilniak que ofrecemos al público es de un enorme interés. En torno a la construcción de una presa gigantesca, la cual, al interrumpir el curso del Oka y el Moskwa poco después de su confluencia, hace retroceder sus aguas, y por medio de un canal las empuja al curso del Kliasma, que así acrecido forma una vía navegable entre Moscú y el Volga, Pilniak hace moverse una complicada serie de acciones diversas. Todas estas van a reunirse en los momentos culminantes de la novela, pero la narración las presenta sucesivamente, aisladas y vistas desde la posición de cada personaje, de modo que la psicología de éstos aparece con una viva exactitud que en nada disminuye la profunda poesía que impregna el libro ni sus dimensiones de Apocalipsis.

Pilniak ve la obra ingente del comunismo, no con la frialdad de un sometido, sino con el entusiasmo de un espectador comprensivo, pero situado fuera del mundo que describe, y lleno de admiración por él. Esta es la grandeza máxima del libro, a pesar de su formidable valor literario. Existían ya novelas abundantísimas sobre la revolución guerrera y destructiva. Algunas obras maestras (El Cemento de Gladkov; Brusski, de Panferof, Salty, de Leonidas Leónow, no conocida aún en Chile) han exaltado la revolución constructiva en pequeñas zonas de su esfuerzo, en la creación de células de un futuro gran organismo, en la formación del espíritu práctico y activo del socialismo. Pero el nuevo libro de Pilniak es una epopeya de la transición entre el mundo viejo y el nuevo.

No se trata de una obra de encargo destinada a la propaganda inmediata de la obra de los Soviets, sino de un libro sincero y conmovido en que Pilniak describe tipos y símbolos del mundo antiguo y pinta su derrumbamiento para dejar paso a una nueva era. Los hombres concentrados en sí, los tradicionalistas pasivos, los que hacen de su propio erotismo el eje de la tierra, los abstraídos en sus conflictos subjetivos, los incapaces de prestar a la comunidad su esfuerzo, los que cierran los ojos a la vida fuerte y vigorosa que los tiempos nuevos exigen, vástagos de una humanidad individualista y desorganizada, acaban perdiéndose. En cambio, los sanos de espíritu, los que, como el profesor Polétika, desentendidos de sus contrariedades conyugales y de sus dolores íntimos ponen toda su vida en la realización de una obra común a todo un pueblo, los que como su mujer no temen las consecuencias de sus decisiones por audaces que sean cuando la verdad y la pureza están a su lado; los que como su hijo Luibow no aceptan nunca el pacto con la mentira aunque en ello vaya su felicidad; los que, como los obreros del "monolito", viven serenamente su vida dando a la colectividad una parte de sus energías, quedan en pie y siguen adelante, porque son capaces de adaptarse a las exigencias del nuevo estado orgánico y activo. Triunfan éstos como la presa se levanta al fin, vencedora del "complot", para transformar la faz de Rusia, y anega la torre de Marina Mnichek, nido de leyendas y terrores, símbolo de una humanidad que temía a la Naturaleza en lugar de acometerla y domarla.

Pilniak no ve morir la civilización en que fué criado

sin un profundo dolor. Los viejos muebles de caoba, opuestos a la sencillez de la "Casa de té cultural"; los yacimientos arqueológicos innundados por el nuevo río, la muerta ciudad de Kolomna, le infunden una ternura profunda y oculta. Y todas las simpatías de Pilniak están probablemente al lado del comunista guerrero, rebelde, anarquista, vagabundo, Iwan Oshogow, que, sin embargo, desbordado por la historia, perece también en las aguas domadas por el "monolito".

Por el valor simbólicos que estos personajes hondamente rusos adquieren en la novela; por la bella entereza con que Pilniak rechaza cosas que ama por aceptar el mundo nuevo que su sentido moral le muestra como mejor; por la evocación grandiosa de la nueva época de la acción unánime, de la integración socialista, de la eficacia y del altruismo, de la existencia humana limpia, honrada y útil a la comunidad que constituye el mundo bolchevique; por la narración del triunfo de este cosmos futuro sobre la Historia, la Geografía y la Geología, EL VOLGA DESEMBOCA EN EL MAR CASPIO *es uno de los libros modernos que mejor merecen el calificativo de epopeya.*

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

PROLOGO

LA SITUACION DE BORIS PILNIAK EN LA LITERATURA SOVIETICA RUSA

El espantoso destino de la literatura soviética hace derramar lágrimas a la Prensa burguesa. ¿No acabamos de ver cómo en pleno día y sin recato se fustiga al novelista Pilniak por una supuesta novela contrarrevolucionaria? Yo no leo el "Osservatore Romano", pero seguramente el Padre Santo ha vertido también lágrimas por esta historia de la libertad, en general, y de la del escritor Pilniak, en particular, en la Rusia de los Soviets.

Pero la justicia exige que se conozca el punto de vista del país cuyos acontecimientos se juzga.

Nosotros, los hombres de la Unión soviética, entendemos que lo primero que debe conquistarse es la libertad, o lo que es lo mismo, la igualdad de condiciones para todo ser que tenga forma humana. Para que la humanidad pueda evolucionar libremente, debe, primero, emanciparse de la necesidad, de la miseria, de la explotación de unos hombres por otros. Por esta razón combatimos todo lo lo que pueda servir a la explotación. En dura pelea hemos arrancado a los capitalistas las fábricas, el suelo, el poder político; los hemos desarmado y les hemos arrebatado también el alma espiritual que suponen la escuela, la Prensa, la literatura. Lo mismo que prohibimos armarse a los secuaces del capitalismo o los encerramos cuando intentan el soborno, les impedimos también toda agitación o propaganda capitalista, y estamos convencidos de que la literatura, novela o poesía, es un medio poderosísimo de infuenciar a las masas; opinamos que hasta una gran obra de arte pueda actuar como

un veneno. El que sostenga que con esto menospreciamos el arte es un mentecato. Por el contrario le concedemos la fuerza necesaria para mover millones de hombres, lo mismo hacia el mal que hacia el bien; pero subordinamos la libertad, función social, humana, a la lucha por la emancipación de la Humanidad en general. Nunca hemos prometido la libertad del arte, como tampoco hemos prometido la del contrabando de armas o la del comercio de cocaína. Por eso somos unos bárbaros sovietistas que no reconocemos ni el arte en sí, ni, por lo tanto, la libertad abstracta del arte. La prohibición de una obra de arte, por magnífica que sea, es cosa lógica en nosotros, los bárbaros, cuando es perjudicial a la revolución.

La Prensa burguesa alemana condena este punto de vista y deplora el destino de la "flor azul" bajo el helado cielo ruso. Ella está de parte de la libertad. Naturalmente. Pero para discutir con ella sería preciso que tomara su opinión tan en serio como nosotros la nuestra, y esto es imposible porque los hombres de la libertad en Alemania no se toman en serio ni a sí mismos. En 1923, dos millares de trabajadores mantenían en Hamburgo una lucha heroica. Una escritora rusa, Larisa Reisner, llegó a Hamburgo, recogió las lágrimas de los hijos de los muertos en la batalla, los suspiros de los que languidecían en las prisiones, las maldiciones de los que habían huido de la justicia, los relatos de los hechos heroicos de la Santa Hermandad; las sentencias infames de los Tribunales, y escribió la historia de la rebelión. Hubo periódicos burgueses que tributaron al libro, como obra de arte, los más altos elogios; pero el libro no sólo fué prohibido por el Tribunal Supremo, sino que las máximas autoridades judiciales de la República alemana lo condenaron a la hoguera. ¡Qué enorme progreso significa que en la hoguera haya ardido la libertad del arte, y no la autora! Pero ¡qué cántico al levantamiento de Hamburgo! Las películas rusas que representan la furia y la opresión de los esbirros del zarismo, son prohibidas por la censura alemana y, en el mejor de los casos, sus cuerpos vivos son atormentados y martirizados. Los poetas alemanes que cantan el odio de clases en lugar del odio de pueblos, encuentran, sin haberlo buscado, el camino de la cárcel.

Parece, pues, que en la práctica, la República alemana acepta, respecto del arte, el mismo punto de vista que nos-

otros, los salvajes; si bien subordina la libertad del arte no a la de la emancipación de la Humanidad, sino a la de su explotación. No queremos discutir aquí el valor de estas libertades contrapuestas porque no se trata de propagar nuestros puntos de vista; pero si nos interesa poner de manifiesto la unidad de criterios. ¿Por qué, entonces, esta hipocrecía y esta indignación?

Siendo más salvajes, nosotros somos, sin embargo, más honrados y más sinceros.

Una vez puestos de acuerdo en el punto de partida para calificar la cuestión del "escudero" Pilniak (1), podemos abordar la historia del asunto. He de advertir, para que no se produzcan malas interpretaciones y pueda pensarse que estoy decidiendo la cabeza del escritor, que el mismo reo participa de mi opinión. No es ciertamente comunista, pero en la guerra y la revolución ha aprendido bastante de la vida para verla desnuda (2).

En julio me encontré con Pilniak, a quien no había visto hacía año y medio; le dí las gracias por el envío de sus narraciones y me lamenté de no poder deducir de ellas a dónde iba a parar el camino que él seguía.

Pilniak me contestó: "Yo mismo no lo sabía", y me con-

---

(1) Se llama escuderos o acompañantes, en la moderna literatura rusa a los escritores no formados en el comunismo, pero que se han sumado a la causa de la revolución. De los libros traducidos al castellano véase, a este respecto, **Literatura y Revolución**, de Trotski. (N. del T.).

(2) Boris Pilniak escribe sobre sí mismo: "Nací el 12 de octubre de 1894 en Moshaisk, en la provincia de Moscú. Mi padre, veterinario de profesión, pertenecía al grupo de colonizadores alemanes de la región del Volga; mi madre era rusa. Recibí educación media y superior y acabé en el Instituto de Economía de Moscú, el actual Instituto Plejanof. Me ví impreso por primera vez a los trece años. Mi novela **El año desnudo**, publicado en 1920, me llevó a la literatura. He escrito hasta ahora, en total, nueve volúmenes de cuentos y narraciones y tres novelas.

He viajado mucho. He estado en Alemania, Inglaterra y Grecia, y después de Palestina, Turquía, Asia Central, Mongolia, China y el Japón. En un viaje a las regiones polares conocí Spitzberger y la isla Nidscha. Igualmente bien conozco la Unión Soviética. Me cuento entre los escritores profesionales".

tó que en el último medio año, al viajar y contemplar con sus propios ojos el gran trabajo constructivo de la revolución, había oído, por vez primera desde 1919, "el rumor de las alas de la historia". Me refirió todo lo que en las ciudades y en el campo había podido ver, y me dijo que había escrito una novela, "El Volga desemboca en el Mar Caspio", en la que describía esta lucha. Ingenieros conocidos examinaban a la sazón la parte de la novela en que se tratan cuestiones técnicas, y yo podría leerla a mi regreso del Cáucaso.

Después de esta conversación, tuve noticia en el Cáucaso de la enconada batalla producida por la novela de Pilniak, publicada en el Extranjero, "Caoba" (1). Yo no podía examinar el lado formal del asunto—la publicación de la novela en el Extranjero—, y lo que más me interesó fué la cuestión de su contenido. Si es realmente contrarrevolucionario, los críticos y escritores que condenan a Pilniak tienen razón; pero, ¿cómo podía este hombre, a quien yo había encontrado en un estado de ánimo tan confiado, gozoso de vivir y sovietista, escribir una novela contrarrevolucionaria? No he de ocultar que supuse a Pilniak víctima de una injusticia. Es un artista sin una concepción clara del mundo—me dije—, y quizá haya expresado sus pensamientos de un modo que se preste a malas interpretaciones.

Cuando volví a Moscú me dió Pilniak la narración "Caoba" y la novela escrita más tarde, rogándome leyese primero la última; pero yo sospeché alguna astucia y empezé por la obra más antigua. La mañana siguiente telefoneé a Pilniak que su condena era justa y que, puesto que ahora tenía él tiempo para reflexionar, iba yo a convencerle de que su "Caoba" era contrarrevolucionaria. Comencé por dirigirle un discurso sobre las proporciones y su importancia en política. En nuestra Prensa aparecen diariamente revelaciones sobre la corrupción, la burocracia, los falsea-

---

(1) El capítulo "Caoba", de este libro, contiene partes esenciales de la novela citada.

N. del T.—La palabra "Caoba", somo suele suceder a su sinónimo inglés "Mahogany", se refiere aquí a los muebles de una cierta época no bien determinada, pero enclavada a primeros y mediados del siglo XIX.

mientos de la constitución soviética y la degeneración de las instituciones soviéticas, cosas que colman de satisfacción a los periódicos burgueses o de las guardias blancas de todo el mundo. No tenemos libertad de Prensa; pero no hay país del mundo en que los órganos del partido que está en el Poder den a luz ni aún la tercera parte de las revelaciones sobre los males de la propia nación que dan los periódicos comunistas rusos. Estos descubrimientos que despiertan en el enemigo un gozo maligno, inspiran a los obreros, a los pequeños campesinos y a la intelectualidad revolucionaria, confianza en el Gobierno, en el Partido y en las propias fuerzas. No sólo nos llega a los tobillos el fango de de la vieja Rusia, sino que muchas veces quedan nuestras botas atascadas en él. Y, a pesar de todo, seguimos adelante, investigando su origen y movilizando contra él las masas, al mismo tiempo que lo barremos y desecamos los fangales y trazamos los caminos, sin dejar de pregonar a todos los vientos aquellos inconvenientes.

En "Caoba" describe Pilniak un rincón provinciano, sin industrias ni obreros. Los escasos comunistas locales que se levantaron al grito de octubre y participaron en la guerra civil no han podido realizar la transición de la lucha a la reconstrucción pacífica, porque en los rincones de provincias es donde las dificultades para la reconstrucción han sido mayores. Rodeados de pequeña burguesía decaen, pierden su espíritu de clase y viven soñando en la sociedad comunista y..... en el alcohol. Aunque algunos de ellos sean miembros del partido, los funcionarios son gentes que viven del comunismo y no para el comunismo. Intrigas, espíritu de camarilla, falta de iniciativa, incultura; hay caricaturas de todo esto; pero tales cosas existen en Rusia y no en un sólo sitio. La Prensa del partido describe circunstancias, no ya iguales, sino diez veces peores; describe escenas de corrupción, de abuso de atribuciones, de infidelidades. ¿Por qué entonces esta cólera contra la descripción de Pilniak? Porque no ha visto otra cosa. No hay ningún lugar tan alejado del centro de la revolución que no puede percibirse en él su aliento renovador. Yo apenas vi la revolución en Tobolsk, un escondrijo en latitud altísima, a trescientos kilómetros de la vía férrea, sin fábricas, hasta que un día asistí a una asamblea de maestros, padres y alumnos. Los

padres y los maestros recitaban una jerga revolucionaria; pero los niños tenían pensamientos revolucionarios. Una criada de servir, antes semianalfabeta, leyó el Código, con el fin de prepararse para el puesto de acusadora pública, y a su alrededor se agruparon las mujeres para deliberar seriamente sobre el derecho y la justicia. El arado de la revolución ha excavado profundamente la tierra y ha trazado surcos hasta en los más lejanos y corrompidos rincones; pero esto desaparece en Pilniak tras la deliberada caricaturización de los defectos. Sólo en una ocasión demuestra haber visto también los surcos; y es cuando la muchacha afirma con orgullo que dará la vida al hijo cuyo padre ignora y que el Estado le ayudará. En las viejas ruinas prende una vida nueva; pero Pilniak no lo ve. Y hay algo más importante. Moscú, Leningrado, la cuenca del Don, Baku, no son, desgraciadamente, toda Rusia; pero sería aún más inexacto tomar por la Rusia soviética los rincones pútridos donde sólo un ojo muy agudo puede distinguir las huellas de la reja de la revolución, porque las grandes ciudades, los centros industriales, las nuevas fábricas, las fuentes de energía eléctrica constituyen el gran tractor que va extrayendo a la vieja Rusia de su viejo basurero. La falta de proporción hace del libro de Pilniak el libro sin revolución, y se trabaja contra la revolución cuando se pinta sin ella la tierra y la revolución.

Pero hay más. La narración comienza describiendo el "llamamiento de 1917", que acaba en la miseria, la embria- guez, el delirio y la melancolía que sucedieron a los gran- des días de la revolución. Las simpatías del autor están to- das del lado de estos hombres náufragos. Pilniak y ellos acusan a la revolución de no haber cumplido sus promesas Pero si es así; si no cabe seguir adelante; si el camino de la revolución ha llegado a su fin, es preciso volver atrás. Y el libro acaba con una mordaz condenación de la pobreza de la aldea, de los inactivos que viven en sus harapos y que pretenden que el Estado les facilite semillas porque no pue- den pagar impuestos. El campesino honrado que tiene har- tas vacas y limpia su cabaña; que sabe trabajar y paga sus tributos, lo mismo que el campesino medio que abriga la idea de llegar a ser rico, es un amigo de la revolución. Las voces acusadoras de la izquierda se pierden en la lejanía;

las lágrimas por el comunismo guerrero se secan y las miradas se vuelven al pequeño labrador capaz, reconocido como único salvador. Pero el pequeño labrador capaz sólo puede convertirse en un gran labrador capaz, es decir, en el capitalismo.

Pilniak ha sido siempre un romántico. No le atraen los charcos tranquilos, lo apacible, sino lo extraordinario, lo tormentoso, lo apasionado. No fué esto, sino la falta de proporciones, lo que le hizo perder la perspectiva progresista y le arrastró a la perspectiva retrógrada, al capitalismo.

Expliqué todo esto a Pilniak; pero él no me contestó, y se limitó a indicarme su novela no impresa todavía, "El Volga desemboca en el mar Caspio".

"Léala usted y después hablaremos." Así lo hice.

¡Qué tipos más raros son estos poetas! Si Pilniak fuera examinado por una Comisión del Komsomol sobre el A B C político, sobre esta célebre "Politgramota" que tanto aterra a los poetas, sería seguramente suspendido. Y, sin embargo, he aquí que recorre el país, ve la Rusia soviética entregada a su labor gigantesca que transforma su aspecto y siente la trascendencia histórica universal de esta lucha. Ve cómo se taladra la tierra, cómo se acude a nuevos ejércitos de obreros que son arrojados en el gran crisol donde se funde una nueva raza humana. Las aldeanas que experimentan como obreras, el destino colectivo de la mujer, y se revelan para combatirlo. Los trabajadores que se encumbran al grado de señores. Los hombres de ciencia convertidos en capitanes en la lucha de la sociedad contra la Naturaleza. Un cuadro del socialismo en desarrollo. Y el mundo que nace, en guerra con el que muere. Residuos de las antiguas clases en descomposición, que fermentan y acometen al mundo nue-
vo. El elemento viejo que persiste en los artífices del nuevo
mundo y que nos entorpece y nos interrumpe en el trabajo.
Todo lo que Pilniak ha descrito como imagen de Rusia, en-
cuentra su lugar en el cuadro del mundo naciente y acome-
tedor. Lo mismo los románticos harapientos del comunis-
mo guerrero que los burgueses corrompidos miembros del
partido. Sólo que en este panorama ya no es "Rusia", si-
no "la vieja Rusia" la que combate contra la nueva. Las
nuevas proporciones impulsan la perspectiva hacia adelan-
te, por el camino histórico, y hacen desaperecer así la orien-

tación retrospectiva que buscaba la salvación en el "Kulak". Este es el único elemento de importancia social en "Caoba" que ha desaparecido en "Volga", y que debía desaparecer.

Pero lo más curioso en todo esto es que el autor emprendió esta refundición de los viejos materiales en la nueva obra antes de que hubiese aparecido una sola palabra de crítica sobre su novela. No siguió aquí el poeta los dictados de su conciencia política (ya hemos dicho que en un exámen político sería probablemente suspendido por analfabeto), sino los impulsos de su nuevo punto de observación que le presentaba prespectivas y proporciones nuevas. Y con esto llegamos al punto decisivo.

Pilniak ha expresado muchas veces su desprecio por la teoría, por el punto de vista. Y el punto de vista es precisamente lo que en igualdad de condiciones en cuanto a talento de escritor, decide la verdad del contenido de una novela.

Claro está que una de estas personas que ven en la literatura solo la reproducción es un espejo de un acontecimiento cualquiera, a quienes es indiferente que un poeta cree delirios literarios, ensueños o realidad, para quienes todo es verdadero y que sólo juzgan la obra de arte según la forma artística, torcerá el gesto al leer esta afirmación. Pero nosotros creemos que la literatura es una obra de un luchador, y para esto no sólo es interesante "cómo" representa las cosas sino también "qué" cosas representa "qué" es lo que ve.

Puede tener por objeto un cenegal o un país, individuos degenerados o una clase social con todas sus divisiones, tal como se expresa en personalidades aisladas, y esto depende del punto de vista; prueba de ello es el destino de las dos obras de Pilniak.

Su comparación nos da resuelta la polémica acerca del sentido en que se dirige la evolución de Pilniak. Cuando apareció "Caoba", una serie de críticos comunistas dijeron que el "compañero" Pilniak había dejado de ser un "acompañante de la revolución", porque el hecho de poner sus esperanzas de los campesinos ricos le lleva hacia la burguesía. La victoria del "gran campesino" es la victoria del capitalismo; esta tesis es perfectamente exacta, y si Pilniak hubiera continuado el camino emprendido, hubiera terminado en el campo de la contrarrevolución; pero, por fortu-

na para él no fué bastante consecuente. Miró con los ojos bien abiertos la evolución del campo; el panorama de la industrialización y la completa transformación de la economía agrícola le inspiró nueva confianza en la fuerza de la revolución proletaria. En la presente novela entona su "Cantar de los cantares" y en ella vuelve a aparecer como "compañero de la revolución".

¿Ha terminado con esto la evolución de Pilniak? ¿Ha alcanzado un punto de vista sólido desde el que pueda su mirada abarcar el desarrollo de la evolución? Un análisis crítico de su obra demostrará lo contrario.

Lo que le entusiasma a Pilniak es la enorme energía con que el Gobierno soviético defonda el suelo de la vieja Rusia, aparta la antigua roca y clava en la tierra los nuevos jalones de la cultura económica; pero la industrialización de un país, aunque se realice en un ritmo de tempestad, no es socialismo. Los cimientos del socialismo no consisten en la transformación de las cosas, sino en la de los hombres. El socialismo no puede seguir su camino sin una creciente simpatía de las masas obreras, es decir, sin que éstas pasen de la ejecución muda de las órdenes superiores a la comprensión de su trabajo, al reconocimiento de su labor cómo el más importante problema de la vida, y al que no sólo deben dedicar el sudor de su frente y la fatiga de sus músculos, sino también las preocupaciones de su cerebro. Pilniak cree "que *no sólo* los académicos como Lasarew, Woronof. Steinach crean las cosas duraderas en la historia. *sino también* el trabajo libre, que libera a los hombres para la meditación, el pensamiento y el descanso" (subrayado por mí. C. R.).

No; los "grandes hombres" no han creado nada duradero en la historia que no se haya apoyado en el trabajo de las masas. Aun las obras que representan el resultado de trabajos estrictamente individuales, sean grandes inventos o aportaciones de un idioma moderno, descansan en alteraciones moleculares realizadas por "masas", y sólo pueden ser duraderas cuando las "masas" las aceptan. Pero refiriéndose concretamente al socialismo, es preciso estar ciego para no ver que éste sólo puede ser obra consciente y absolutamente original de grandes masas. Los hombres más fuertes del régimen soviético no podrán derrochar inútilmente los millones y millones necesarios para la industria-

lización de un país pobre, si enormes masas de obreros y campesinos no viesen en ésta su salvación y no aceptasen por ella los más grandes sacrificios. Para la nueva obra se necesitan millares de ingenieros, de técnicos, de agrónomos, de nuevos organizadores. Los obreros y campesinos no sólo han de dar la fuerza humana precisa, sino que necesitan producir entre sus filas estos miles de hombres que encuentran en sí energía suficiente para pasar del torno o el arado a la escuela, hombres capaces de apropiarse trabajosamente de los conocimientos teóricos que les son indispensables para elevarse al grado de jefes, en el campo de batalla del trabajo. Sólo el proceso de la profunda transformación sufrida por las masas permite al Gobierno soviético extraer del proletariado estas fuerzas organizadoras. Tan sólo en la medida en que haya logrado representar con vida propia este proceso creador, puede pretender un artista haber reproducido el curso de la construcción del socialismo.

Pilniak asegura que ha sentido y comprendido este proceso progresivo de las masas. Aún el "saboteador", el ingeniero Poltorak, ve dictarse su sentencia de muerte cuando participa en la sesión del Consejo de Obreros, en que éstos, lejos de dejarse seducir por ninguna de sus habilidades, analizan a fondo todas y cada una de sus maquinaciones. Pero basta leer esta última escena para comprender que Pilniak aparenta comprender cosas que realmente no comprende. Hay que creer menos en la palabra de un artista que en la de un político. Basta con fijarse en sus personajes y notar con qué maestría y distinción describe Pilniak a los sectores decrépitos, a los anticuarios hermanos Besdietow, a los Skudrin y aún al comunista fracasado Oshogow. Casi se palpan estas figuras. Pero, ¿quién recordará, por el contrario, la sesión de los trabajadores en la "Casa de té cultural"?

Aquí no aparecen más que esquemas puros, que no hacen el menor efecto sobre el lector; y aún cabría pensar que el mismo autor no los ha visto jamás. Sabemos que no es así, y que al círculo de sus amistades pertenecen muchos organizadores industriales de los medios obreros. Es la vieja posición del intelectual la que le impide comprender el papel de los obreros en la construcción del socialismo. Aún

donde estos se destacan de la masa, no son para él, por lo general, más que partes de esta masa.

Por eso la transformación de la masa en una masa socialista le parece misteriosa y espontánea y la describe en la huelga de mujeres en la cual los directores de la construcción no saben qué sucede y el autor tampoco lo sabe muy bien.

Incapaz Pilniak de representar la evolución socialista de las masas obreras, lo es también de percibir—no digamos de comprender—la relación de la masa obrera que lucha por el socialismo con los campesinos. La comprensión de este proceso es el fundamento de toda representación de la lucha por el socialismo en Rusia. Pilniak, cuya novela "Caoba" sostiene que el campesino poderoso ha de ser el salvador en el momento necesario. Debió decirse: "Hic Rhodus, hic salta". O aprende a entender este problema y entonces de "acompañante de la revolución" pasará a escritor comunista, o volverá como en "Caoba" a extraviarse en la anécdota y a deslizarse hacia la derecha. Y está a punto de encontrarse en el centro de esta disyuntiva. Hace aparecer hijos de campesinos que son excelentes proletarios (como Sysoiew); dibuja desde lejos el espíritu conservador de los aldeanos; nos hace sentir como sus mujeres se convierten en proletarias ,pero no pinta las tendencias revolucionarias en la aldea, no encaja lo que sucede en la aldea en su cuadro de Rusia en evolución hacia el socialismo, porque no ha ascendido hasta el punto de vista único que permite planear este panorama. Sale del sótano de la fábrica de tejas en el que los comunistas extraviados ahogan en vino su melancólico recuerdo del año 1919, pero no alcanza la torre de la teoría bolchevique, única altura desde la que puede abarcarse todo el campo en su longitud, extensión y profundidad.

Por que es así, resulta tan inarticulado y superficial lo que pretende decir sobre los llamados problemas morales de la reconstrucción. Pilniak ha tenido siempre un interés ardiente por el problema de las relaciones sexuales, que en el fondo pueden considerarse en todas las épocas de la sociedad como piedra de toque de las relaciones humanas. En esta novela desempeña también esta cuestión un papel esencial; pero Pilniak enmaraña también en este orden de cosas sus imágenes porque carece de un punto de vista.

¿Es posible obtener alguna deducción de la "vida erótica" de los hermanos Besdietow, o del interiormente despedazado ingeniero Poltorak, o de la historia de las mujeres de los ingenieros Polétika, Laszlo y Sadykow? Por una lado una promiscuidad de gentes que se aturden en el libertinaje y la bebida; por otro el problema de las relaciones entre seres humanos puros y que marchan adelante. ¿Qué es lo que, sin embargo, hace sufrir a estos? La comunista Polética, abandona a su marido porque está enamorada de otro hombre más joven y no menos digno. ¿Pierde algo por eso en su calidad de ser humano, de compañera de partido? Como una comunista participa en la guerra civil y del trabajo de su nuevo marido, el comunista Laszlo. Ni el sufrimiento de Polética ni el hecho de que su segundo marido la abandone representan aquí un problema. El dolor la acompaña al envejecer; pero ella sigue firmemente en pie. La mujer de Sadykow, por el contrario, que se entrega a Laszlo sin su contenido vital propio, porque no encuentra calor y proximidad humana suficientes en sus relaciones con su marido, después de convencerse de que sólo puede ser una amante, pero nunca una camarada para Laszlo, se ahorca. Olga que ha abandonado a Polétika y ha engendrado dolor, sigue viviendo aún después de ser abandonada por Laszlo; María muere.

Lo que decide aquí no es el dolor, inseparable de las fluctuaciones de la relación que puede unir a dos seres humanos, sino el contenido del individuo elaborado por él mismo, que se muestra más fuerte que las olas del humano amor. De estos hechos sólo puede un comunista deducir una cosa: "Individuo, hombre o mujer, elabora para ti un contenido propio; sólo teniéndolo es posible sostenerse". Otra deducción podría ser la de que Olga es inocente porque se separa francamente de su marido, mientras que María se hunde y Laszlo que interiormente quebrantado de muerte porque han ocultado a Sadykow sus relaciones; pero hasta meditar si María hubiera llegado a ser una compañera aunque hubiese roto con Sadykow el mismo día en que se entregó a Laszlo, para ver que no está aquí la clave del problema. Para las obreras que se unen en manifestación con motivo del suicidio de María y boicotean a Laszlo no significa el suceso más que un pretexto.

El suicidio de la mujer del ingeniero no es para ellas si-

no una ocasión de poner de manifiesto sus sufrimientos, y sus sufrimientos consisten en que la revolución les ha dado ciertamente la igualdad jurídica y las protege como más débiles; pero a pesar de todo esto, no son todavía tan fuertes como los hombres. No pretenden que el hombre, como sería justo, responda de las consecuencias materiales de una relación sexual. Las mujeres no son todavía camaradas para el hombre, y éste, por lo general, tampoco es capaz de serlo. En este último caso sólo busca el contacto sexual y no pone ningún calor de humanidad en sus relaciones con la mujer; en el primero pasará de una mujer a otra, siempre en busca de una compañera tan débil de encontrar todavía entre las trabajadoras venidas de las aldeas para el obrero que aspira a perfeccionarse. La protesta de estas mujeres es un paso más en su desarrollo y en la lucha conquistarán un nuevo contenido vital; pero esto no las librará de la posibilidad en encontrar el dolor en sus historias eróticas. Los golpes del destino no perdonan ni aún al sabio y comunista Polétika; pero gracias al contenido que estas mujeres se han elaborado, podrán mantenerse firmes en la alegría y en el dolor. Su problema no es el de la moral, sino el de la posición social, el de la profundidad de la transformación de las masas en el proceso de la reconstrucción socialista. Porque no entiende Pilniak esta concomitancia, los destinos humanos de sus personajes tocan a la edificación socialista, pero no se enlazan con ella. ¿Dónde buscar los orígenes de este defecto?

Con el zumbido de las ruedas en las nuevas fábricas, con las explosiones de la dinamita que altera el curso del del Dnieper, con el polvo que levantan los tractores al romper las tierras vírgenes del Kasakstan y del Kuban, la vida ha enseñado a Pilniak que después de los "años desnudos" de 1920 y 21, que le impresionaron y atrajeron su atención con los sucesos de la guerra civil, siguieron otros, grandes, creadores, románticos. Después de los años de la destrucción de lo antiguo, los de la construcción de lo nuevo. Pero para entender estos días y su obra no bastan el sentimiento ni unos cuantos grandes pensamientos históricos. Para describir la técnica del cambio del cauce del río, el autor ha leído cientos de páginas de libros técnicos y ha pedido explicaciones a ingenieros; pero la decisión de emprender una obra como esa sólo puede sugerírsela a un Go-

bierno su concepto de las necesidades de las clases, de las exigencias de la vida de cada una de ellas y de sus relaciones con las demás.

Los grandes trabajos los llevan a cabo masas que pertenecen a una clase determinada: proletarios del campo, obreros. Estos trabajos los dirigen hombres de ciencia que, según su posición social, ponen en ellos el ardor de su corazón o simplemente los cálculos de su entendimiento. Para desenredar este ovillo no basta con elegir acertadamente el punto de observación: es preciso, además, apropiarse la teoría de las relaciones de las clases sociales y de sus respectivas necesidades.

El "acompañante" no puede, pues, llenar la misión del artista. No desaparecerá de la literatura porque la revolución no puede perder a sus "acompañantes" sociales; pero por lo mismo que no puede ser el escultor o creador de la nueva vida—no hace más que acompañarla—, tampoco es capaz de convertirse en el pintor o el poeta de la gran lucha de nuestros días.

El "acompañante" representa en la literatura sectores que no pertenecen al proletariado, a la fuerza directora de la revolución socialista, sino que van a su lado cuando, luchando con todas sus fuerzas, logra convencerlos de que vencerá. Pero si en la marcha invasora del proletariado aparece una parada o un descenso, comienzan a vacilar y a separarse de él, y así será hasta el día de la victoria internacional de la clase obrera. No es posible superar esta oscilación de grandes sectores por medios ideológicos, y sólo cabe que algunos elementos aislados de estos "acompañantes", dotados de visión más penetrante que el resto, consigan superarla si alcanzan aquel punto de vista que excluye definitivamente la duda en el triunfo final del proletariado, del comunismo, como único sendero que puede seguir la Humanidad. Este punto de vista es el marxismo leninista. Si Pilniak logra alcanzarlo cesarán estas vacilaciones, que a la larga impiden el desarrollo de su gran talento y acabarán por echarlo a perder, porque sin una concepción sólida del mundo puede haber ciertamente estetas, pero no grandes artistas. Pilniak ha llegado a la encrucijada: ¡ojalá elija el verdadero camino!

Moscú, agosto de 1930.

Carlos RADEK.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

EL MONOLITO

El origen de los ríos se pierde en las épocas en que la tierra pasaba del estado astronómico al geológico. Las tierras silíceas, el granito, las pizarras, las arenas, las arcillas, el "thalweg", la corriente, las afluencias y desagües del caudal, las superficies verticales, los horizontes, los trazados, la velocidad, los espacios libres, los bancos de arena, todo estaba sujeto a una rigurosa regularidad en la que sólo tienen influjo las leyes de la Física, la inercia, la masa, la gravedad. La Naturaleza no conoce el movimiento rectilíneo y en todo río, por efecto del declive y del deslizamiento del agua sobre una superficie oblicua, existen dos corrientes: una superior, descendente y fluida, en forma de cuña, que llega hasta el fondo del cauce, lo excava, arroja a los lados la arena removida y se transforma en la segunda corriente, que tiende a apartarse corriente principal que desde el fondo del cauce se dirige contra las orillas, turbia, fangosa y desprovista de fuerza vital. Hace muchos siglos que ha sido y es así. Los valles de los ríos se producen por la erosión de las aguas. Los ríos siguen su camino serpenteando por un lecho que no es nunca recto y su sección se parece a una escalera: corriente rápida, remanso, otro rápido, otro remanso. El declive de los ríos, como una cosa viva va alejándolos de sus manantiales según lo ordenan las leyes de la Física, porque de no ser así la fuerza del agua que la Naturaleza quebranta en rápidos y remansos, alcanzaría una fuerza y velocidad increíbles y los ríos desaparecerían vertiendo sus aguas unos en otros. El agua, lo mismo que la Naturaleza desconoce la línea recta, y quiebra su curso para constituirse obstáculos. Las dos corrientes divergentes, una superior descendente y otra inferior adaptada a la tierra, determinan las corrientes rápidas y los remansos; cuanto más violento sea el ángulo que forma el

curso de un río, mayor será la curvatura de la orilla acometida, más rápida la corriente que se aparte de ella, y, por lo tanto, más vigorosa la fuerza viva del agua y más profunda la excavación del cauce—esto da lugar a un remanso. En cambio, cuando el agua cansada ha quebrantado sus fuerzas y descansa en el fondo, no tiene ya energías para continuar escavando y así se produce la corriente rápida por la arena depositada entre los remansos. Cuando la corriente es demasiado fuerte en relación con el movimiento de las tierras, destruye y arrebata la orilla, gasta sus fuerzas, y el río cargado de arena extiende su curso en una sección más extensa, pero menos profunda. Así sucede desde los tiempos en que la tierra pasaba del estado astronómico al geológico. Las aguas de los ríos se mueven en parábolas, hipérbolas y elipses. Los ingenieros hidráulicos expresan en fórmulas matemáticas las leyes que rigen la corriente de los ríos y calculan la edad de éstos, su vejez o su juventud por la excavación de las capas jurásica, devoniana y de hulla. Si se arroja una astilla de madera en el Oka en Kolomna, irá a parar al mar Caspio, mientras que una piedra que se deje caer al mismo tiempo sólo será empujada hacia adelante por las aguas cuando la fuerza viva de estas sea mayor que la de ella. Como esto sucede muy raras veces, las piedras obstruyen el curso del río. El movimiento rectilíneo es tan abstracto como el cero matemático. En la ciudad de Saratof, a orillas del Volga (que hace mil años se llamaba el río Ra), se hundió hace años un barco cargado de piedra. La corriente se rompía en él, y así se produjo frente a Saratof una isla de arena que bifurca el río en una lonjitud de varios kilómetros. El movimiento de las aguas es variable y pasa de un gasto pequeño a otro grande, según atraviese la sequía del verano o el deshielo de la primavera; pero el agua se ha trazado de una vez para siempre su camino, determinado por su propio peso y movida tan sólo por éste, y su movimiento es incesante. Los ingenieros y los hidráulicos conocen la potencia del agua, saben que es posible luchar con ellas, no contrariándola, sino adaptándose a ella.

El profesor Pimen Sergueyewich Polétika salía de Leningrado para encaminarse al nacimiento de un nuevo río. Esta obra enorme se extendía a varias provincias. Junto a la ciudad de Kolomna, cerca de la confluencia del Oka y

el Moskwa, se estaba destruyendo el "monolito" (1), que debía detener las aguas del Oka y del Moskwa y hacerlas volver sobre su curso. Al mismo tiempo se abría en Moscú un canal que enlazaba el Moskwa con el Kliasma y se trazaba un cauca del nuevo río por el curso del último, que debía llegar desde Shchelkof hasta Nijni Novgorod. El objeto de esta obra ingente era crear una corriente de agua que desde Kolomna a Moscú siguiese el lecho del Moskwa, después por el canal inmediato a Moscú pasase al Kliasma y a lo largo de éste continuase hasta Nijni Novgorod; y el profesor Polética creador de este proyecto, era el hombre que se dirigía a Kolomna. En Moscú se detuvo un día porque tenía algunos asuntos que tratar con el Consejo Superior de Economía y en la Sección de Agrimensura de la provincia de Moscú, altos organismos que solía llamar sus "Oficinas de construcción". El profesor Polética se encontraba en esa edad en que los movimientos corporales empiezan a hacerse lentos y a encorvarse la espalda; era un anciano de costumbres austeras y respetables, que al llegar la revolución tenía ya un pasado extraordinario. Gozando ya en toda Europa reputación de sabio teórico y práctico se adhirió en 1903 al bolchevismo, al dividirse el gran partido social-demócrata ruso en bolcheviques y mancheviques. Aceptó, por tanto, la teoría del materialismo dialéctico, tal como la expresaba la fórmula de Lenin. Desde el año 1917 iba realizándose en Rusia el estado de Derecho cuya filosofía conocía el profesor Polétika desde su juventud: así que no necesitó aprender nada nuevo. Continuaba en 1929 escribiendo con arreglo a la vieja ortografía de 1914, y comenzaba su curso con estas palabras: "Honorables conciudadanos y futuros marxistas". Había en toda Rusia escasísimos grandes nombres—veinte o treinta quizá—que pudieran seguir siendo en 1929 como habían sido en 1914, y este derecho a no variar, lo habían conquistado en círculos de hombres que no los conocían, me-

(1) Aunque monolito signifique literalmente una construcción hecha con una sola piedra, se emplea aquí en el sentido de presa de embalse. En la Rusia soviética significa también esta palabra la construcción del nuevo Estado como una cosa única en sí, radicalmente distinta de todas las demás concepciones políticas.

diante hazañas que se destacaban en la oscuridad de los tiempos zaristas; pero entre las personas que los conocían estaba reforzado por valores personales cuya importancia no cambia en los tiempos, y la revolución no había hecho sino afirmarlo más aún. El viejo profesor Polétika, aquél hombre extraño no iba jamás en automóvil ni salía de casa sino con levita. Para él seguía la lentitud siendo una de las bases del progreso; pero en el año 1925 cedió al Instituto Lenin un grueso paquete de cartas escritas de puño y letra de Wladimiro Ilitch. Los estudiantes y los ingenieros le trataban en 1914 con la misma respetuosa deferencia con que lo rodeaban los de 1929, y la industrialización, en que Rusia había concentrado su voluntad a partir de 1926, dió vida a muchos proyectos de Polética; por esto se había encontrado el sabio frente de numerosos trabajos y tenía que viajar frecuentemente por Rusia, a pesar de lo cual un viaje de Leningrado a Pawlosk representaba para Pimen Sergueyevich no menos que una travesía a Nueva York.

El Profesor Polética hacía el recorrido de Leningrado a Moscú en el rápido que llegaba por la mañana. Desde la estación se dirigió en un coche de alquiler al "Gran Hotel Moscovita", en que paraba invariablemente desde sus años de estudiante, y en el que se le llamaba por su nombre y su patronímico Pimen Sergueyewich. En 1929 el "Gran Moscovita" se convirtió en "Gran Hotel". Polétika tomó para desayunar unos huevos revueltos y un vaso de leche y luego se hizo conducir por el mismo cochero que le había traído de la estación a las oficinas de las distintas autoridades. La conversación versó acerca de las "tijeras", la divergencia de los precios entre la avena, que preocupaba esencialmente al cochero, y las telas. En el Departamento de Construcciones Hidráulicas de la provincia de Moscú se enteró Pimen Sergueyewich de que la construcción del "monolito", que así se designaba la gran presa de embalse, había sido encomendada al ingeniero Edgar Iwanowitsch Laszlo, y esta noticia hizo ensombrecerse la faz del profesor y dibujarse entre sus cejas un pronunciado surco. Hacía catorce años que su mujer le había dejado por este otro hombre más joven y había partido con Laszlo. Desde la Oficina de Construciones Hidráulicas le llevó el cochero por el estrecho camino de las calles Worotnikow y Pimenow, y en esta última recordó por segunda vez Pimen Sergueyewich, por

efectos de la ley de le repetición de imagines, a la que había sido su mujer.

Veinticinco años antes, Polétika, un ingeniero recién salido de al Universidad y lleno de ingenuidad se casaba en la iglesia de San Pimen. Entonces tenía por delante todo el porvenir, y aquél día el joven ingeniero, que no creía en ningún Dios, se encontró con un igual fervor para el altar y para el amor de su prometida, que era santo como lo son todos los amores puros. Once años después de aquél día la mujer de Pimen Sergueyewich se había ido, llevándose a los hijos. Sólo le quedó entonces la duda del valor de la Humanidad. Desde el día de su boda no había vuelto Pimen a la iglesia, ni aún a la calleja del viejo San Pimen; pero ahora mandó detenerse al cochero frente al templo.

A la entrada del jardín que precedía a la iglesia colgaba un rótulo en un cartón:

SUBASTA DEL MONTE
DE PIEDAD DE MOSCU

Pimen Sergueyewich atravesó el jardincillo. Los grajos se peleaban en los árboles y en el pórtico del templo se apiñaban hombres. Toda aquella gente, mujeres con jubones cortos y ceñidos y pañuelos a la cabeza, esperaban con una apariencia digna y preocupada. Sólo había dos hombres singularmente parecidos, un poco apartados, de un tipo mezclado de obrero y académico, vestidos extrañamente como personajes de Ostrowski (1), con botas de caña de charol, gorras con visera también de charol y levitas negras de largos faldones. El mismo profesor aunque también vestía siempre de levita, no pudo menos de quedarse mirando asombrado aquella vestimenta; entonces el más viejo de los dos hombres se volvió hacia él y le dijo con los modales de un acaparador: "Empieza a las cuatro. No hay nada interesante en muebles viejos. Tan sólo un armario "Boule". Pase usted y véalo. Si le hace falta podemos proporcionarle un juego completo".

El profesor no comprendió lo que le decía aquél hombre,

(1) Dramaturgo ruso: 1823-1862.

y dándole las gracias, ligeramente molesto, entró en la iglesia quitándose el sombrero. La nave parecía un almacén de objetos salvados de un incendio. Junto a las paredes se apilaban armarios, aparadores, divanes y máquinas de coser. Habían desaparecido de los muros las imágenes de los santos y sus hornacinas aparecían enyesadas de cualquier manera; el altar demolido servía aún para poner en él el catálogo de la venta. Las paredes estaban cubiertas de inscripciones: "¡Alistaos en la lucha por la paz entre los defensores de la Unión Soviética!" En las lozas del pavimento se acumulaban las huellas de los zapatos de corteza de tilo embarrados. Frente a las gradas del altar que se había salvado de la destrucción se extendían los estrechos bancos, destinados a los negociantes, como las filas de butacas de un teatrito de pueblo, y la parte superior desaparecía tras montones de aparadores y muebles de gran tamaño. Muy alto, como a tres veces la altura de un hombre, había una gran mesa de comedor apoyada en dos armarios para ropa, y sobre ella otra mesita con un martillo y una silla para el subastador. No había en la iglesia, o mejor dicho, en el Monte de Piedad, sino muy pocas personas, que, sin descubrirse examinaban como expertos los objetos y discutían en voz muy alta los precios que llevaba colgados junto con el número del catálogo cada una de las cosas puestas en venta. Por las ventanas polvorientas y enrejadas entraba una luz crepuscular. El profesor imitando la conducta de los demás asistentes, fué examinando uno a uno los objetos subastados. Eran éstos las prendas de la Casa de Préstamos no desempeñadas, y aquel ajuar abigarrado, sillones, camas de latón, mesas de comedor de tilo, relataban la crónica del empobrecimiento de Rusia.

Los compradores eran exclusivamente comerciantes, porque los antiguos propietarios no podían ya aportar la cantidad insignificante que hubiera evitado a sus cosas verse expuestas a los cuatro vientos. El local todo estaba húmedo, gris y desprovisto de aroma de sanidad. Vacilando sobre el tablado un joven picado de viruelas, con el sombrero puesto, muy abierto el abrigo y los pulgares clavados en los bolsillos del chaleco, golpeaba con el martillo sobre la mesita y gritaba con expresión monótona: "¡Comienza la subasta! ¡Número uno! ¡Examínenlo! ¿Quién da más? ¡A la una!"

Los compradores que ocupaban los bancos adoptaban un gesto de absoluta indiferencia.

"¡A las dos!"
"Veintiuno", murmuró una voz en las últimas filas.
"¡Veintiuno! ¿Quién da más? ¡A la una!"

El profesor abandonó la iglesia. Los cuervos se apiñaban en los árboles. El crepúsculo se extendía tranquilo y claro. Por los maderos que hacían de pasadizo en el patio se acercaba en fila india y riendo un grupo de gente de teatro que se dirigía a comer a la "Taberna de los Cómicos", situada detrás del templo, mientras un cochero, a quien habían dado poca propina, los perseguía con una sarta de insultos. El profesor tomó el coche para regresar.

Habían transcurrido veinticinco años desde el día en que él, joven ingeniero todavía, bajó del coche delante de esta misma puerta en la que le esperaba su prometida. Sin duda había un poco de presunción en el hecho de haber elegido precisamente la iglesia de San Pimen, cuyo nombre le había sido impuesto al nacer. Florecía entonces mayo; el crepúsculo caía lentamente durante la ceremonia y en los árboles alborotaban los mismos pájaros negros, espíritus de destrucción que hay. El joven ingeniero estaba entonces penetrado de honor, de deber de felicidad, y de la carga que pensaba llevar puesta en pie y entre las manos todo el resto de su vida: su amor. Y este amor había sido efectivamente el único en la vida del profesor Polétika. El trabajo del hombre, la voluntad y el honor combaten siempre contra la desnuda Naturaleza, la obligan a ponerse en actitud de combate y, a su vez, organizan mediante ella tanto la Naturaleza misma como el trabajo, el honor y el deber. Ninguna cosa puede emanciparse de la cadena de las dependencias. Pimen Sergueyewich tenía la convicción, que se le aparecía inconcusa, y que todo el curso de su vida reforzaba, de que el hombre paga siempre al hombre con la moneda de su propio valor, de humanidad. El malvado es para el hombre honrado y éste para aquél, lo mismo en su pensamiento que en sus acciones, tal como se le trata. El profesor Polétika era naturalista, y la ley humana que ordena ajustarse a la norma ética no sólo era válida a

su juicio por razones de alta moral, sino sencillamente por motivos de utilidad por que el hecho de ser moral, lo mismo que los de la utilidad y la razón, dependen de un provecho, y para Pimen Sergueyewich la razón humana está por encima de todo lo demás. Tenía por cosa patológica toda infracción de las normas de la moralidad, y la separación de su mujer le parecía ser una de estas, o ¿acaso había en juego en este asunto otras causas? ¿Algo biológico? ¿Un elemento inconsciente, subconsciente, un residuo de la evolución animal, instinto, sangre, herencia? Para Pimen Sergueyewich este era el lado oscuro de la humanidad; es decir, ligeramente indigno del hombre. Cuando su mujer fué a él era una muchacha pura y tranquila, con horizontes limitados por el romanticismo de Schiller o Turguenef, y cuyos ojos oscuros relampagueaban como el cielo azul de Rusia; y he aquí que en el umbral del vigésimo año de una comunidad de vidas honradas y que a Pimen parecía tan fecunda y feliz, cuando todo iba bien en la vida familiar, su trabajo crecía sin cesar y sus glorias se extendían cuando los niños crecían y los hacían felices, su mujer le abandonaba, se unía con el estudiante Lazzio, profesor particular de su hijo, y se llevaba consigo a las criaturas. Era el año 1914. El profesor cerró las habitaciones vacías que habían sido de su mujer y de sus hijos, y luego la revolución pasó sin tocar estos aposentos helados y sin entrar tampoco en el cuarto de estudio, donde Pimen Sergueyewich continuaba sentado con sus conferencias, sus planos, sus dibujos y sus fórmulas, a solas con su trabajo. En los años que siguieron a 1917 no necesitó Pimen alterar su posición; el destino le dejó resolver a su manera sus situaciones personales sucesivas y los problemas de su dignidad humana, el enigma de la vida y la muerte, todas estas cuestiones que cada hombre ha de resolver alguna vez cuando el fardo de

los años comienza a pesar sobre los hombros. El estudiante Laszlo siguió las huellas de Pimen Sergueyewich, y se hizo ingeniero y constructor de obras hidráulicas; pero aunque de cuando en cuando los ponía en contacto trabajos comunes, jamás aludieron a su antiguo conocimiento. En 1919 murió en la guerra civil el hijo mayor de Polétika; pero nunca volvió a tener noticias de su mujer. Pimen Sergueyewich supo en su visita a la Oficina de Agrimensura que Laszlo estaba empleado en la construcción del "monolito", y esta noticia hundió su pensamiento en el pasado y le trajo el recuerdo de años que creía equivocadamente protegidos por el tiempo. Eran tristes aquellos pensamientos.

Su carruaje torció por la calle de Twerkaya. Se ponía el sol y era la hora en que la humanidad burócrata que mantiene a Moscú en una constante movilización de estado de guerra volvía del trabajo. Los camareros inundaban las calles. Si en aquel tiempo los numerosos Comisarios del Pueblo, los Sindicatos, los Trust y las innumerables oficinas públicas hubiesen adoptado un uniforme para sus asalariados, la Twerkaya, cubierta de carteles, se hubiera visto a la salida de las oficinas tan colmada de uniformes que nadie hubiera podido distinguir el sexo o la edad de los que los llevaban. Saltaban a los tranvías, trepaban a los autobuses, se derramaban por las aceras en oscuros batallones, desbordaban los andenes, trotaban alegres por el asfalto y se detenían en inacabables filas ante las tiendas de pan, de embutidos, de aguardiente, o de pasteles de hojaldre, y en los despachos de entradas para el cine. Pimen Sergueyewich no tenía ninguna simpatía por estos funcionarios, y los carteles eran para él un motivo permanente de espanto. La plaza Stratsnaia resplandecía de anuncios de salas de cine, de libros para la juventud publicados por el Estado, y de diarios de la mañana o de la tarde; el monumento a Puschkin callaba férreo y la Twerkaya se parecía entre la Stratsnaia y la plaza del sol de los Soviets, a la ciudad china de Pekín, en que las muestras de los establecimientos pintadas en sedas ocultan el cielo. A través de la calle se extendían anuncios de editoriales, periódicos, teatros, cines y loterías, y sólo ante la casa del Comité Ejecutivo azuleaba entre la faja de carteles un trozo de cielo en que un día dorado de julio se despedía fatigado.

Pimen Sergueyewich bajó frente a su hotel y pagó al cochero. En el "Grand Hotel" tocaba una orquesta, y en las mesas vestidas de blanco se sentaban huéspedes extranjeros, corresponsales de periódicos y hombres de negocios, deseosos todos de atisbar como se realiza en la tierra este socialismo. El profesor Polétika pidió a un camarero vestido de blanco, al que se dirigió llamándole por su nombre y su patronímico, bizcochos y una sopa de leche. La ley de la repetición de imágenes lleva oculto siempre algo excitante. Mientras esperaba su comida , pensó Pimen Sergueyewich en la iglesia de San Pimen y envió al botones del hotel con una nota a la librería de viejo Mijailof, en la calle Nikolai, rogándole que le proporcionase el tomo de la "Vida de los Santos Rusos" que comprendiera la biografía del milagroso Pimen. La orquesta se recreaba en notas de "jazz", prohibidas entonces en todas las demás ciudades de Rusia, y los extranjeros, haciendo una fiesta de su comida cuotidiana, convertían el viejo hotel ruso, célebre por sus sopas de pescado y sus pasteles, en un moderno "palace" occidental. La mayor parte de los hombres vestía trajes grises de viaje, aunque algunos llevaban "smoking", pero las damas tenían todas vestidos de noche; los camareros se movían con una magestuosa lentitud. Pimen Sergueyewich contemplaba estos hombres hartos, y, sin saber por qué, posiblemente se ocultarían crímenes y enfermedades detrás de estas mesas vestidas de blanco y adornadas con flores recién cortadas.

En una de ellas había sentadas algunas personas de aspecto anglosajón que conversaban en francés y se reían como a una voz de mando. Un hombre sentado a espaldas de Pimen Sergueyewich contaba chistes de los que sólo llegaban revoloteando palabras sueltas: "El departamento del Don.... Desgracia.... " Se volvió el que hablaba y Polétika reconoció al ingeniero Poltorak, cuyos nombres, Yewgueni Yewguenlewich, recordó en el acto. Otra vez se volvió Poltorak y el grupo enmudeció. Luego el ingeniero se puso de pie y se acercó a la mesa de Pimen Sergueyewich, seguido por las miradas de los extranjeros, que esquivaban las del sabio solitario cuando tropezaban con ellas. Poltorak saludó al profesor con las manos extendidas.

—¿Está usted solo, profesor? Mis amigos, todos ingenieros extranjeros, han oído hablar mucho de usted y ten-

drían un verdadero placer en que aceptase un puesto en nuestra mesa.

Pimen Sergueyewich correspondió sin entusiasmo al saludo de los extranjeros:

—Gracias, Yewgueni Yewgueniewich; haga usted presente mi agradecimiento a esos señores, pero estoy muy cansado y además me alimento sólo de bizcochos y leche en vez de tomar caviar.

—Ya he oído que padece usted del estómago. Es una verdadera desgracia para Rusia. (Poltorak se sentó en la mesa del profesor) ¿Irá usted hoy mismo a la construcción? Yo también tengo que ir por un asunto del Elektrotrust.

Aunque Poltorak vestía como un extranjero, su cara era de un tipo genuinamente eslavo. Su traje azul demostraba su interés por los buenos sastres; la raya que llevaba en el pelo era intachable y en su dedo índice brillaba un viejo anillo con un diamante. Al principio atrajo esta sortija la atención de Polétika y sólo después de algún tiempo puso la mirada en el rostro de su interlocutor, que conservaba una expresión de perfecta cortesía. Los ojos de Poltorak centelleaban prudentes y enérgicos; "y, sin embargo", pasó por la mente del profesor: "no son los ojos de una persona decente. Bien sabe él por qué los esconde detrás de los lentes. Polétika recordó que siempre le habían llamado la atención los dientes de oro cuidadosos que llevaba Poltorak. Se tropezaba con este hombre a todas horas, en todas partes y en todas las Comisiones de Obras Públicas. Pertenecía Poltorak, por lo menos, a diez altos organismos.

El ingeniero seguía hablando imperturbable mientras Polétika, gigantesco, avejado, con la cabeza y las cejas blancas, le contemplaba fijamente tras sus lentes tristes, vestido con su levita anticuada y su corbatín blanco.

Habrá usted comprendido, desde luego, lo que nos hacía reir. Resulta que falta agua en la provincia del Don. Hay escasez ahora ya, ¡y es uno de nuestros centros industriales más importantes! Todo esto lo sabe usted mejor que yo. En Stalingrado se está montando una fábrica que, calculando trescientos días de trabajo en el año, podrá servir diariamente ciento treinta y tres tractores. Usted conoce mejor que yo la enorme importancia de la cuenca del Don; y ahora todos los planos se vienen por tierra. La cuenca del

Don se convierte en un desierto. No hay agua en ella. Falta agua para la producción y hasta para las necesidades humanas. Me imagino cómo va a producirse la catástrofe, cómo las fábricas dejarán de funcionar, y la arena lo cubrirá todo, y el sol lo agostará, y los altos hornos sollozarán y gritando: "¡Agua, agua!"

—Dando por supuesto que eso haya de realizarse—dijo el profesor lanzando una mirada severa por la hendidura que se abría entre el borde de sus lentes y el bosque de sus cejas.

—Se dice que trabaja usted incesantemente en un proyecto de regadío del departamento del Don. ¿Quiere usted decirme algo de ello?—dijo atropelladamente Poltorak.

—Hay muchas medidas que tomar—castañeteó el profesor con los labios—. A su debido tiempo se irán haciendo públicas.

—¡Y yo que ando metido en cien comisiones!—dijo irónicamente Poltorak.

Luego cambió con rapidez de tono:

—¿Va usted por mucho tiempo a Kolomna, profesor? ¡Es una cosa colosal! ¿Ha observado usted, Pimen Serguevich, que toda construcción está cimentada en sangre? Lo mismo que la vida viviente en general. Los hombres nacemos entre sangre y morimos cuando la sangre se aquieta, el amor empieza y acaba con sangre; yo no conozco una sola construcción en que no haya corrido sangre. Si se edifica una casa se cae un obrero del andamio; cuando se instala una fábrica, queda un capataz entre las ruedas; al tender una vía, descarrilado un tren, y nunca se abre un canal sin que se rompa una presa y se ahogue gente. Parece una cosa mística, pero es una realidad: todo está fundado en sangre. La sangre nos rodea por todas partes. La bandera roja sangrienta de la revolución es un símbolo del parto sangriento. Que falte la sangre y la cuenca del Don, privada de agua, será devorada por las arenas. ¿Ha corrido ya la sangre en su construcción?

Poltorak siseó casi imperceptiblemente estas últimas palabras.

—Hoy es un día de imágenes—dijo sorprendido el profesor.

—¿De qué habla usted?

—Nada. Era una tontería.

—¿No ha habido, pues, sangre en su obra?

—No.

—Ya llegará, ya llegará—exclamó Poltorak, haciendo brillar sus dientes de oro.

De repente se puso serio y sus ojos parecieron apreciar una distancia. Se levantó y su voz sonó fríamente:

—Permítame que me despida. Hasta mañana que nos veremos en Kolomna—volvió a su mesa, y los extranjeros hicieron una nueva reverencia al profesor.

A pesar del aspecto cuidadoso del ingeniero Poltorak y de que se trataba de un hombre sano y limpio, el profesor experimentaba siempre a su lado una sensación de cosa repugnante y viscosa. Llegó el camarero con la sopa de leche y las tostadas. Pimen Sergueyewich paseó a su alrededor una mirada severa, desdobló la servilleta y extendiéndosela sobre el pecho enlazó las puntas en la nuca como un chiquillo. Luego empezó a tomar su sopa a cucharadas, lentamente y un poco enfadado. Se notaba que en el fondo su irritación procedía de una buena causa.

La idea del desierto de arena extendiéndose por la Rusia Europea le pertenecía a él, al profesor Polétika. Tan sólo dos o tres de los amigos y colaboradores más íntimos habían sido iniciados en sus planes, y no obstante, Poltorak había hablado con las propias palabras de él, de Pimen Sergueyewich".

En esto consistía la "repetición de las imágenes".

Sentado en esta sala entre europeos y rusos, vestidos como tales, el profesor era un hierático sillar. Venían del estrado las notas de la orquesta y las paredes blancas reflejaban deslumbradoras la luz eléctrica.

El "botones" del hotel llegó con un libro: "La vida de los santos del mes agosto". Tomó una propina y explicó: "Dice el librero que hay por lo menos diez santos con el nombre de Pimen, quizá más. No están todos en este libro, pero si encuentra alguno más llamará por teléfono." El profesor pasó en su habitación las horas que faltaban hasta la salida del tren hojeando "La vida de los santos" con la misma atención que había recorrido en el curso de su vida cientos y miles de páginas de obras de matemáticas de sabios rusos, alemanes, ingleses y franceses, de libros técnicos o de matemática pura, ciencia del infinito que quisiera ha-

cer estallar los límites del conocimiento humano, y da al hombre el derecho de apoyarse en el curso de las estrellas para construir máquinas, canales o ríos nuevos, para destruir átomos.

En esto sonó el teléfono. “Es el camarada profesor Polétika?” Buenos días. Pimen Sergueyewich. Aquí el librero Maijailof. He enviado a usted “La vida de los santos del mes de agosto” porque no tengo disponibles los otros tomos; pero se los iré enviando tan pronto como pueda proporcionárselos. Por de pronto puedo informarle que hay en la iglesia ortodoxa varios santos llamados Pimen. El primero es el palestinense que vivió como ermitaño en el desierto de Ruwe del año 582 al 602. Su conmemoración para las misas de difuntos es el día 27 de agosto. Segundo: Pimen el Grande; murió el año 450 de Cristo siendo abad en Egipto; fué discípulo del gran Paisius y de Juan de Konow. Lloró incesantemente sus propios pecados y los de los demás hombres. Por su elocuencia penetrante logró un gran influjo en su círculo. Tercero y cuarto: Pimen el paciente y Pimen el piadoso, monjes ambos en el convento subterráneo de Kiew. Sus reliquias se conservan en el Monasterio de San Antonio. El último poseyó el don de profecía. Su conmemoración es el 27 de agosto. Esto es todo por el momento. Muy pronto le seguiré informando a medida que le envíe los libros. A sus órdenes.” El librero cortó la comunicación y Pimen Sergueyewich volvió a su “Año Cristiano”. No estaba seguro de cuál de estos santos era el suyo. Tras de estos varones de Dios vió crecer la sombra del ingeniero Laszlo, y con la mirada de un sabio habituado a los libros, trasladó su memoria al lugar de la aparición: “Editorial de la Petscherskaia Lawra Kiew”. La sagrada ciudad de Kiew fué la patria de Pimen Sergueyewich. En sus tiempos de estudiante del Bachillerato vagaba muchas veces con el pecho oprimido entre las lamparitas y los cirios flamantes de la Petscherskaia Lawra”, el famoso Monasterio subterráneo respirando el aire frío y húmedo de las grutas que se abrían bajo el Dnieper, donde dormían inofensivas en sus ataúdes las momias y las reliquias. De la gruta húmeda saltó su recuerdo a las habitaciones claras y grandes de su casa petersburguesa, en la que su mujer Olga le dejó solo.

El profesor Polétika siguió leyendo en el texto en eslavo eclesiástico: “Ahora te invocamos a ti querido padre

Pimen, que eres ejemplo de comunidad monástica, hijo de la fe vigorosa, conciudadano y hermano en oraciones del bienaventurado angel, invencible torre de la ciudadela celestial, útil vecino de las virtudes y de las buenas obras. Imploramos tu auxilio para nuestras almas.

"Sé una luz para nuestros pensamientos; llena el alma de los que se acercan a ti con el resplandor de la fe; enséñanos con tu vida inmaculada las puertas de la sabiduría. Alabado seas, San Pimen, porque realizaste tu centésimo milagro. Alabado por las oraciones de todos los hermanos, los ayunos y las penitencias. Imploramos tu auxilio para nuestras almas." La encuadernación del "Año Cristiano" tenía impresa en oro la crucifixión de Cristo.

Cerró el libro el profesor y tamborileó en él con los dedos. Su infancia, el convento subterráneo, la iglesia de San Pimen, su mujer, su matrimonio, la revolución, la subasta de muebles en la iglesia. Sin embargo, ¡hasta qué extremo estaba este "Año Cristiano" insulso, corrompido y, mejor aún, muerto! Está muerto; nunca jamás volvería en la vida a tocarlo. Está exhausta esta corriente del espíritu humano y la era cristiana toca a su fin. Y en ella, sin embargo, todo está edificado sobre sangre. ¡Ojalá toda esta sangre de Rusia pueda ser amasada en hostias! Hace veinticinco años bendecía la moral de los tiempos el amor del profesor Polétika—y hoy en la iglesia en que se casó se venden muebles en subasta. Un hombre más joven ha cosechado los frutos de la primavera amorosa del profesor y constructor Polétika, y él ha consagrado su trabajo al socialismo. Sexo, amor, sangre; ¡todo hombre tiene que dejar abandonadas tantas cosas en el camino de su vida! En la subasta compraban los mercaderes y se llevaban consigo máquinas de coser y aparadores. Hay una cosa que subsistirá inquebrantablemente: el hombre debe ser honrado, sincero y puro, "un vecino útil de las virtudes", y de otro modo la decadencia amenaza. Cada cual debe cuidar de conservar intacto su propio honor. Los San Pimen, estas momias, no son ya modelos. El convento de San Antón en la Lawra de Kiew es frío, oscuro, opresivo; siempre se había sentido el niño Pimen Sergueyewich indefenso en aquellas cavernas; todo parecía allí inútil, las lámparas ardían para la eternidad y las llamas de los cirios afirmaban, asintiendo con la cabeza, la embotada superfluidad del mundo entero, em-

pezando por estas cavernas llenas de momias. Así sucede en la vida cuando aparece el sentimiento de inutilidad: enfermedad, muerte. Pimen Sergueyewich Polétika ha substituido la soñolienta eternidad por la vigilia y la construcción. El biólogo Lasarew pretende haber demostrado, investigando la naturaleza humana y en virtud de la aspiración de la inmortalidad del alma, que la mas alta receptividad coincide con los veinte años. Es posible que lo que el hombre haya recibido a los veinte años constituya el fundamento de toda su vida posterior. Pero debe basar honradamente sus fundamentos en nombre de las leyes de la vida y de las bases de la Humanidad. Pimen Sergueyewich sacudió de su cerebro los pensamientos del pasado y en su memoria volvió a surgir el ingeniero Poltorak. Tras de las frías cavernas del convento asomaba el ardor del desierto y tras el desierto apareció Rusia, el estado de los Soviets, la construcción del socialismo.

Salió Pimen Sergueyewich a la ventana. El crepúsculo sumergía la tierra, y el Kremlin ocultaba sus torres en la sombría cúpula del cielo nocturno y las estrellas brillaban en el cansancio de la noche de julio. Sobre la casa del Soviet Central ardía una luz roja y al pie del Kremlin se extendía Moscú, el Moscú de mil novecientos veintinueve, el Moscú de los proyectos y los trabajos gigantescos, del colosal aliento y de la tensión inmensa. Tendidas todas sus fibras hasta el espasmo marcha Moscú, y con él toda la Unión Soviética, a paso de batalla hacia el socialismo, decidido a vencer. En aquellos años corría mejor que avanzaba la Historia Universal; no fluía sino que se amontonaba como se amontonaba Rusia entera. Si se hubiese puesto uniforme a toda la gente que trabajaba en la edificación de esta torre, Rusia se hubiera encontrado en armas. En aquellos años vivía Moscú la vida de un campamento en plena guerra por sus días de jornadas heroicos y grises como el uniforme gris de campaña, por las órdenes que se expresaban en el idioma férreo del estado de guerra y contra las que cabía objeción, por las largas filas que aguardaban subsistencias y que habían perdido ya el horror de lo extraordinario. La ciudad un tiempo pacífica se había convertido en una fortaleza en que sólo quedaban los viejos y los niños, criaturas inútiles en el campo de batalla de la Historia y que constituían su impedimenta, y la capital

entera vivía la vida de una plaza fuerte demasiado poblada. La Historia se parece a la cúpula de un glaciar. Hay arroyos en el glaciar que arrastran de él las aguas. Bajo la mole del glaciar se arrastran los residuos de la humedad y del moho, del derrotismo interesado, de la crítica mezquina, de la traición, de la suciedad y de la fetidez. ¿Dónde evacuar estos residuos en una fortaleza? y como sucede muchas veces en las plazas fuertes, esta escoria es lo que más habla de guerra. Era natural todo esto; no se hace la Historia de otro modo, no es posible hacerla más que así. Hay que hundir en el olvido la basura y construir nuevas calles en las tierras desconocidas para que por ella siga adelante la vida. Es preciso empujar a los hombres en la Historia por estas calles, porque todo lo racional es real. Los cascotes de la historia de la Humanidad son tan inevitables como los de la construcción.

A aquella hora iban hundiéndose la ciudad de Moscú y el Kremlin en la tumba del cielo, y sobre la casa de los Soviets ondeaba como una llama roja la bandera. En el Kremlin y en la vieja ciudad interior amurallada (1) habían quedado ya desiertas las oficinas tras los vidrios de sus ventanas y las mesas desde las que se dirigía por el camino del socialismo la historia del mundo. Toda la humanidad encerrada en Moscú se había derramado en la estrechez de las habitaciones o en los teatros, los cines, los parques y las tabernas. No se ponía gran atención en la guerra, y los temas de conversación eran el debut del teatro japonés "Kabuki", la visita de Máximo Gorki, el conflicto del ferrocarril oriental chino, el de las tarifas, la construcción individual o la cita de una Liuba o una Morochka cualquiera. Es posible. Pimen Sergueyewich piensa en su trabajo. Dentro de algunos meses un nuevo río pasará por Moscú.

El, el profesor Pimen Sergueyewich Polétika ha hecho realidad esta corriente nueva y joven con su ciencia y su trabajo unidos a la voluntad de la revolución encaminada hacia el socialismo y la labor de todo un pueblo en acción;

---

(1) La ciudad interior de Moscú. "Kitaigorod" o Ciudad china, debe su nombre a la fortificación de que está rodeada y que recuerda a la gran muralla de la China. Es el antiguo barrio comercial de Moscú.

y esto representaba una batalla para el socialismo en el sentido que lo comprendía el profesor Polétika: un estado de cosas en que el trabajo humano traza a su voluntad nuevos ríos y por ellos evacua todos, todos los residuos de la fortaleza y establece un nuevo orden social basado en el trabajo. Los ríos reunidos por el proceso de la Historia serán el resplandeciente glaciar de aguas blancas. Ellos expulsarán la pesadez de la situación militar, el derrotismo, la duda, y.... el tiempo. Porque la longevidad humana no es un privilegio de los brujos del rejuvenecimiento. El trabajo libre, que libera al hombre de sí mismo para el pensamiento, la razón y la meditación, también produce una vida sana.

El profesor Polétika traspasaba las tinieblas con los ojos de un artista, porque sólo los artistas son capaces de contemplar así, no sólo lo que existe, sino también lo que ellos quisieran ver.

Noche de primavera, corriente de agua, un cauce amplio, luces sobre las aguas, presas de granito, vapores anclados en Moscú. Sobre las aguas flotan acordes ondeantes. El profesor oye brotar de la corriente húmedas y jóvenes risas de muchachas, y entre ellas la de su hija. La risa será siempre, como la juventud, la felicidad del género humano. Pero las risas se van haciendo más claras y Pimen Sergueyewich las reconoce. Así reía entonces veinticinco años hace, Olga su prometida. En 1929 se ríe poco en Rusia. Pero se construye. Sí. Y si la risa es la dicha de los hombres su orgullo es la tensión de un cerebro lleno de surcos. Las espesas cejas del profesor se juntan.

El profesor pide la cuenta del hotel y anota en su libro de apuntes: "Para el proyecto de lucha contra el desierto: El cálculo de la cantidad de humus que deposita una inundación se aprecia por un tanto por ciento de su sedimentación en el mar."

El tren del profesor Polétika salía a las veintidós y cuarenta y cinco. Había en la estación el acostumbrado tumulto. Las lámparas derramaban una luz blanquecina y el aire estaba saturado de un olor ácido. Tras las últimas linternas serpenteaban los rieles tanteando en el infinito del espacio ruso, y sobre las travesías irradiaba la sequedad de la noche de julio. Aquel suelo yacía sediento y se iba poco a poco liberando de sus residuos medievales. Eran un tre-

local y los habitantes de los alrededores de Moscú arrastraban a los vagones sus míseros equipajes. Polétika reconoció entre las gentes del andén la gorra del ingeniero y el magnífico gabán de cuero de Poltorak, que para fingir que no veía al profesor escondió tras la espalda de las gentes su mirada recelosa y avizorante. Le acompañaba una mujer muy elegante. Al subir al coche perdió de vista Pimen Sergueyewich a la pareja; pero, en cambio, al tomar asiento se encontró frente a los dos anticuarios a quienes había visto en la subasta de la iglesia del viejo San Pimen, con su larga levita de días de fiesta y sus viseras negras y barnizadas, que se destacaban como fúnebres picos de cuervo.

El más viejo de los mercaderes se inclinó ante el profesor y dijo respetuosamente:

—¿Hemos tenido ya el honor en la subasta de San Pimen?

—No—respondió el profesor, porque la repetición de imágenes empezaba a causarle una molesta emoción, y fingió no haber oído la frase que se le dirigía; los vecinos, por su parte, tampoco se molestaron más. Empezó el tren a tantear su camino por el recorrido inacabable; desapareció rápidamente el círculo de vapores de Moscú, y los campos aparecieron en su inmovilidad y tranquilidad primitivas, de tal modo que la quietud invadió los vagones. Los viajeros se prepararon a dormir colocándose bajo la cabeza sus humildes paquetes, y el coche resonó bien pronto con los ronquidos y se llenó del olor de los durmientes, y de emanaciones de botas de cuero y de los soplos asfixiantes de humo de carbon que lanzaba la locomotora. Unos cirios ocultos en unos faroles de cristal, sucios y polvorientos daban a los departamentos del coche el aspecto de cajones de una cuadra de caballos. El profesor Polétika puso una vela en la mesita plegable colocada bajo la ventanilla, y sacando un libro se preparó a leer; pero inmediatamente apareció el conductor, que se quedó unos momentos pensativo y por fin le ordenó apagara la vela, porque estaba prohibido encender luces en lugares no protegidos. Intentó Pimen Sergueyewich oponerse, alegando la oscuridad que reinaba en el vagón, pero el conductor no se ablandó:

—Los coches del tren no se han hecho para leer, sino para dormir. Apague usted, si no quiere ser castigado.

Siguió el tren su marcha oscilante y el tiempo pasaba

ante las aldeas y se detenía en las estaciones. El profesor Polétika empezó a dormitar con un almohadón bajo la cabeza, y sus vecinos, los dos hermanos, que a juzgar por su aspecto debían de ser de la vieja comarca eslava de los alrededores de Jaroslawl, continuaron despiertos. Se quitaron las gorras y cada uno presentó en su cabeza el pelo, dividido por una raya irreprochable. No cesaron en todo el camino de beber coñac, cambiando apenas de cuando en cuando unas palabras. Cada media hora poco más o menos, abría el hermano mayor la maleta, tomaba de ella una botella de coñac y un viejo vaso de plata, llenaba éste, lo apuraba, ofrecía también a su hermano y volvía a guardar la botella en la maleta. El hermano menor preguntó: "¿Nos quedamos con las perlas?" "Claro que sí", respondió el más viejo.

Durante otra media hora callaron, y después bebieron otra vez, y el menor preguntó: "¿Nos quedamos con las porcelanas?" "Claro que sí".

Otra media hora, y el joven: "¿Nos quedamos con los Gobelinos?" "Claro que sí."

El tren siguió oscilando a través de la noche, dejando el tiempo enredado en las señales luminosas verdes, rojas y amarillas, y en los gritos de las estaciones. El coche roncaba pacífico bajo la bendición de la noche, y la luna ardía fríamente tras las ventanillas. La noche de julio descansaba pesadamente sobre la tierra y fuera del coche iban quedando trozo a trozo la madre Rusia; cabañas, campos, claros en el bosque, fangales y, por último, los pueblos diseminados al azar por el valle del Moskwa pasaban como hojas secas. Sin preocuparse de la luna húmeda de rocío, el tren elevaba torbellinos abrasadores de las traviesas entre resoplidos y relinchos, haciendo resonar su estruendo entre los rieles. Pimen Sergueyewich meditaba medio dormido que en Oriente, donde florecían campos y jardines, en los tiempos del sangriento Tamerlán, se extendían hoy el desierto, la arena, el suelo abrasado y la roca, y que los tártaros surgidos de las estepas que circundan el Aral y el Caspio, que habían imperado en la tierra rusa, precisamente aquí, en el valle del Moskwa, alrededor de Kolomna, no habían sido simples portadores de destrucción, sino heraldos del desierto de arena mongólica. El desierto árabe fué un tiempo una tierra rica y fértil, donde

se desarrollaban la cultura, la religión y la ciencia, y las rojas arenas de Egipto dieron el ser a un poderoso Estado culto. Y los mismos tártaros, ¿no habían en los quinientos años últimos—en un pasado reciente para la memoria histórica de Rusia—fundado en el valle del Volga ciudades florecientes de las que los sabios árabes y genoveses hablaban, y conocidas por los mercaderes anseáticos? Y hoy hemos perdido en la arena hasta la huella de estas ciudades. La arena y el sol abrasador avanzan remontando el curso del Volga hacia Nishni Nowgorod, el Don y el Kuban; la arena, el fuego y la muerte que han desgastado la cara de los tártaros, amarillas y secas como la misma arena.

—¿Y no nos quedaremos con las cosas postrománticas? —murmuró el hermano menor.

—Desde luego que no—dijo el más viejo.

Una hora antes de salir el sol se detuvo el tren en Kolomna. El cielo frío del Oriente verdoso se teñía de rojo, y la construcción, campo de batalla del socialismo, descansaba rodeada de hogueras, de ruidos y de vigilancia que extremecían los aires; pero la estación parecía aún agazapada en cuclillas en tierras diferentes. Se despertó el vagón y Poltorak y su compañera de viaje, el profesor y los mercaderes se encontraron todos en el andén. El ingeniero Sadykow aguardaba al profesor Polétika. Aunque las llamas agitadas del emplazamiento de la obra ardían junto a los rieles, fuera del vestíbulo de la estación, las tinieblas llenaban los sitios vacíos y pesaban sobre la población. En la oscuridad aullaban los perros y relinchaban caballos, y toda la noche sobre la ciudad olía a sudor de caballerías.

Poltorak dijo:

—¿Ha venido usted también en este tren, profesor? ¡Cuánto siento que no hayamos venido en el mismo coche! ¿Puedo presentarles a ustedes? Nadeshda Antonowna Sarantsef, actriz. Y aquí están también los paladines de los muebles de caoba, abastecedores y valedores míos, los célebres ebanistas y restauradores de muebles Pablo y Esteban Fedorowitsch Besdjetow.

Luego, sin aguardar contestación, gritó en la oscuridad: "¡Eh, cochero!"

El ingeniero Sadykow, que presentaba señales inequívocas de la noche pasada sin dormir, tomó del brazo cuidadosamente al profesor. Tenía las mejillas terrozas y los

hombros encorvados hacia adelante, y se estremecía. La llegada del Polétika a la construcción era un acontecimiento, y Sadykow, el ingeniero del torno, como solía llamársele en broma, sentía un enorme respeto por el sabio que se ocultaba tras las formas de aquel anciano. El profesor echó a andar en silencio, sin consentir que le cogiesen la maleta, mientras Sadykow le informaba secamente, como un parte militar. Una vagoneta-automóvil les estaba esperando, y bien pronto se perdieron por una estrecha vía en las tinieblas que envolvían, profundamente negras, las hogueras de la construcción. De la oscuridad subía hasta ellos el estruendo del trabajo nocturno. La vagoneta pasó por entre los faroles y colosales cimientos, hasta que se detuvo ante un grupo de barracas, al mismo tiempo que cesaba el viento que hasta entonces les había soplado constantemente en la cara, y Sadykow descendió. Entre taludes y gargantas de tierra removida, columnas de toneles de cemento, montones de ladrillos, pilas de madera y montecillos de turba, cortada y taladrada por la luz de los faroles, corría la trinchera de esta batalla, en la que el granito y el cemento se esforzaban contra la naturaleza, y la tierra, el bosque y el río eran atenazados y prendidos por el hierro y por la mano del hombre. Así el ciclópeo "monolito" se extendía kilómetros enteros iluminado por el resplandor de la cadena de faroles hasta el Oka.

Una cama blanda, una luz sobre la mesilla y el último número de la "Gaceta de Construcción" aguardaban al profesor. En el suelo de madera, debajo de la cama brillaba humildemente el orinal. Se despidió Sadykow. La noche de julio susurraba en el cuarto a través de la ventana y olía a pino, como las casetas de los vigilantes en la quietud de la nueva construcción. Fuera, las locomotoras del ferrocarril de vía estrecha hacían sonar sus sirenas y resonaban las excavadoras, parecidas a gigantescas aves zancudas. Los silbidos de los vigilantes nocturnos se oían junto a las ventanas tan abundantes que aumentaban la sensación de tranquilidad y de noche. La luz eléctrica siempre parece dar ánimos. La casa para los extranjeros dormía y vivía envuelta en luz eléctrica, y su corredor, tapizado de carteles retenía la tranquilidad y el olor a pinos. Tras de sus paredes dormían suecos, alemanes, americanos, venidos para trabajar en la construcción y para montar máquinas.

Pimen Sergueyewich no se acostó en el acto. Sacó de su maleta abollada un grueso cuaderno forrado de hule y con cantos rojos, como los que emplean los estudiantes, y empezó a trazar fórmulas matemáticas, entre las que empezaban a germinar sus pensamientos sobre la arena y el ardor del desierto.

* * *

Las provincias primitivas de Rusia, la tierra de Oka alrededor de los ríos Oka y Moskwa, la región de Riasan, la vieja sede de las tribus tártaras, la provincia de Moscú, el antiguo y buen nido de bandoleros, han vivido su historia. Aquí tenían en los tiempos obscuros su asiento las razas finesas de los Muromeros, Merianos, Riasanianos, Meshcherianos; por aquí pasa el camino que enlaza la descomposición de los principados independientes con el ferrocarril que une los pueblos; aquí estaba la muralla viva contra las incursiones de los tártaros de Crimea; aquí se desencadenaron en los años de la anarquía los cosacos de Iwan Sarutzki, el último marido de Marina Mnichek, que murió en Kolomna, y las huellas sangrientas del paisaje se extienden de los días del falso Demetrio a las expediciones de castigo del coronel Riemann (1). Antes de que existiese una Rusia habitaban aquí los Sármatas y los Alanos, los Fineses y los Escitas, y hubo una edad de bronce y otra de piedra. El paisaje es el primitivo de Rusia; el curso del Moskwa se encamina por entre llanuras al del Oka; sobre el cauce de este último se abomban orillas cubiertas de pinos y que forman cerros y destacan su negrura las selvas de Chérnorechensk y Shchurow. Este paisaje, con sus colinas, sus árboles, sus praderas, sus rocas, sus arenales y sus guijarros del viejo cauce del Oka en la época jurásica, es profundamente triste. En los bosques negros acechan lobos, fangales e incendios.

Hace tres años que empezó a representarse aquí el preludio de nuestra historia. En las noches blancas, y sin una nube, de junio, se alzaba como en un trono en la confluen-

---

(1) Oficial zarista que se hizo tristemente célebre en la represión de la revolución de 1905.

cia del Oka y del Moskwa el viejo convento de Goltuwin, convertido en parque de Artillería, y humeaba la chimenea de la fábrica de Kolomna, mientras el resto de la ciudad, la Brujas rusa, había comenzado a sufrir la pena de muerte desde el día de la construcción del ferrocarril Moscú-Kasan. Veíanse rieles y traviesas, viaductos sobre el Oka y el Maskwa, pinos, arena y cielo, y se oían las canciones de los aldeanos de Aldeanueva y Aldea del Castor, donde mujeres plantaban coles, segaban el eno o cuidaban el ganado; en tanto que los hombres se encaminaban a la fábrica de máquinas de Kolomna para forjar el hierro.

Era en estos parajes donde el pueblo presentaba batalla—contra la vieja tierra de los Ruotsos, Reusos y Rusos—en defensa del socialismo (1).

Desde hacía tres años aparecieron hombres que en las noches blancas de verano recorrían las praderas, medían, hacían excavaciones, avizoraban el espacio y el porvenir, horadaban la tierra hasta la capa de los tiempos jurásicos y permianos, ponían estacas en los campos cubiertos de hierba de la orilla de los ríos y encendían hogueras en el campo, como los antepasados nómadas de siglos remotos, hasta que se puso en claro que aquí, precisamente aquí, debía darse la gran batalla que debía trastornar la historia de la humanidad y de la tierra, que las aldeas Nueva, del Castor, de las Doncellas, debían desaparecer porque el suelo en que estaban construídas iba a quedar cubierto por las aguas. Los habitantes de Aldea del Castor se veían obligados a trasladarse a otro sitio, lo que apenas terminada la guerra no les agradó nada; pero detrás de los hombres de los instrumentos de medida vinieron los hombres arrastrando consigo las herramientas para el combate, que empezaron a trazar calles, atalayas, bastiones y murallas, y con estas gentes vinieron el dinero y la animación. Al cabo de un año los aldeanos encontraron que en aquella cuestión el mal negocio no era para ellos, sino para los recién venidos, porque los extranjeros se proponían trasplantar la Aldea del Castor entera y construirla de nuevo con todo el "confort" europeo, como una pobla-

(1) Los Routsos eran la raza escandinava que en el siglo IX llamaron en su auxilio los eslavos y que dió al país su nombre posterior "Russj".

ción modelo. Las mujeres exigieron que la nueva aldea fuese piedra por piedra y estaca por estaca igual que la antigua, y empezaron a medir con cuerdas y nudos las dimensiones a lo largo y a lo ancho y a señalar el techo, la puerta y las ventanas y la bodega para que todo fuese sin un pelo de diferencia igual que lo viejo. Los hombres, mientras tanto, reían para su capote y acudían a la construcción. Llamaban en ésta a la Aldea del Castor, Aldea de los Tontos; pero el hecho es que la Aldea de los Tontos se escurría como un lobo con el rabo cortado desde la obra a la Aldea de la Finca, a través de los bosques, y esta última trotaba tras de los "tontos" porque traían a casa de la obra rublos sonoros, y además carretadas enteras de pensamientos y aún de libros llenos de discusiones sobre cosas inauditas.

Se contruía un río nuevo y joven, un río creado no por la tierra, sino por la mano del hombre, y este río aspiraba a reconstruir el Moskwa, el Oka y la región entera de Oka. Este río no sólo aniquilaba a las aldeas y el presente, sino también todo el remoto pasado, las aldeanas cambiaban de emplazamiento, los ingenieros excavaban la tierra hasta la entraña y los arqueólogos podían dar los buenos días a los milenios desenterrados. Se hizo venir de Moscú sabios investigadores que se repartieron en grupos en una extensión de diez kilómetros cuadrados sobre los terrenos que debían de quedar cubiertos por el agua, investigando las habitaciones de los primeros hombres rusos y las tumbas y refugios de las viejas razas finesas. Mientras las presas secundarias dejaban al descubierto el fondo del Oka, los arqueólogos investigaban los siglos sumergidos en las aguas. Las gentes de la obra experimentaban perfectamente la fiebre de nuevos nacimientos que va unida a toda obra y los sabios percibían con la misma claridad el sentimiento de las despedidas definitivas. ¡Fuera ese estúpido misticismo de la construcción sobre el suelo ensangrentado! En las aldeas hambrientas que rodean a la vieja Kolomna, Rusia, como una mujer asiática ha mendigado ante cajones vacíos y hospitales. Aquí en la obra, donde hace tres años no había sino tierra inhabitada, lo mismo que diez siglos antes, ahora combaten y vencen entre estampidos y ruidos, la nueva vida, la energía, el gozo en el trabajo, la razón, la prosperidad. La vieja Rusia puede aún

abordar en el bosque a los aldeanos, pero los perfiles de los ríos Oka, Moskwa y Kliasma, sus valles, sus lechos, sus fundamentos geológicos, sus secciones verticales, sus desagües, la potencia de sus aguas, todo lo que está contenido en la ciencia de los ríos, ha sido representado en fórmulas matemáticas. Según el estudio del perfil del río Moskwa, la diferencia de nivel entre las ciudades de Moscú y Kolomna es de más de siete metros; es decir que el fondo del Moskwa en Moscú está siete metros más alto sobre el nivel del mar que el fondo del Moskwa en Kolomna. Si se eleva, pues, en ocho metros el nivel del fondo del Moskwa en Kolomna, las aguas del río retrocederán. La presa de Kolomna, el Monolito, debe ser construido en una anchura de veinticinco metros, cortando el curso del Oka, para que el empuje de las aguas de éste haga volver atrás hasta Moscú las de su confluente el Moskwa. En la vieja ciudad de Rotislawl, más abajo de Kolomna, y en Bronnizi, se formarán grandes lagos, cámaras de alimentación del nuevo río, y ellos darán forma a la nueva geografía. Las estacas de debajo de la presa de Kolomna dejan al descubierto el cauce del río, mina de hallazgos para los investigadores. Los siglos invitan.

. . . .

Amaneció un día de julio con sol, rocío y nubes plumosas. Pimen Sergueyewich había dormido apenas una hora, y el día anterior, con la subasta en la iglesia, había sido enterrado en su memoria. Antes de bajar al comedor para desayunar tranquilo y solitario, quiso Pimen Sergueyewich examinar el punto trigonométrico fijo de referencia, porque su funcionamiento exacto representaba para el profesor una de las más seguras señales de que el trabajo se realizaba con orden intachable. El puesto de vigilancia, cubierto de cemento, estaba en el mejor estado. Se encontraba en pleno rendimiento la jornada y desde las primeras horas de la mañana los altavoces habían entrado en actividad en las habitaciones de los obreros. En el momento mismo en que anunciaban las siete entró el profesor en el comedor del hotel. Los capataces y los técnicos, hombres de expresión concentrada, con botas embetunadas que les llegaban a la cadera, se encontraban silenciosamente sentados ante su café o comían huevos revueltos antes de

encaminarse a la batalla. Fuera silbaban y rechinaban las dragas. Despiertas camareras con delantales blancos hacían sonar la vajilla.

En un tablero negro colgado en la pared estaba el plan de trabajo para el día. El profesor Polétika leía siempre con atención estas órdenes del día del estado mayor del trabajo, que eran para él un elemento de orden en no menor grado que los puntos de medida. El ejército de trabajadores, de más de diez mil hombres, reunidos alrededor de la construcción tenía a su servicio todo lo que una sociedad humana de diez mil cabezas puede necesitar, desde su Milicia propia hasta una estación de radio y un periódico mural impreso. Pimen Sergueyewich leyó este último mientras esperaba al ingeniero Sadykow. El folletín satírico estaba dedicado a la Aldea de los Tontos; en la hoja se anunciaba, además, que se estaban tomando películas de la construcción y que los haraganes y los alborotadores más acreditados debían ser inmortalizados en la pantalla. Había también una fotografía pegada a la hoja, en la que se veía a un muchacho durmiendo de bruces en el arroyo con las piernas muy estiradas y un bastón tiernamente sujeto con el brazo. La sección femenina se burlaba de las obreras que se pintaban y una caricatura representaba un hombre con gorra de ingeniero o técnico (1) que extendía diez manos, abrazando con ellas a la vez una botella de aguardiente, una obrera con pañuelo a la cabeza, una señorita vestida a la moda de la ciudad y un soporte con un nivel de agua. El artículo de fondo trataba de cómo la actividad constructora significaba la liberación del trabajo y del concepto humano del tiempo dentro de los objetivos de la Unión Soviética. En la sección de anuncios se podía observar que había en la construcción dos cinematógrafos, un cabaret de "las blusas azules", un "periódico viviente" y diecisiete bibliotecas circulantes que prestaban libros a los trabajadores. En un artículo de fondo se marcaba con fue-

(1) Los estudiantes de técnica y los ingenieros llevaban ya en el antiguo régimen una escarapela, con los dos martillos cruzados, sujeta en la gorra. En 1920 se produjo un movimiento de protesta contra esta gorra, que después del proceso de "Schachty" consideraban muchos sectores como un "privilegio" inútil respecto a los obreros.

go la violación de una obrera por tres vagabundos, y el "baile de los técnicos" celebrado el sábado anterior en el edificio de la estación de Goltuwin. En las noticias para las "gentes de ingeniería", diez organizaciones especiales anunciaban sus reuniones y además se incluía una lista de conferencias pronunciadas por ingenieros y dedicadas a los obreros, ensayos de divulgación de los ingenieros directores, el estatuto de la oficina técnica y la lista de las revistas profesionales extranjeras que acababan de recibirse.

Pimen Sergueyevich gustaba de respirar en esta orden del día el fuerte aire del trabajo afanoso, su ritmo arbitrario y su impulso hacia lo nuevo. En el comedor que era todo de pino, también olía todo a nuevo: las paredes, las mesas, los manteles recién planchados, las vitrinas de la vajilla, de cuyas junturas fluía dorada resina. La violación de una obrera no era naturalmente sino una broma de niños sin importancia comparada con el atentado célebre en toda Rusia, de la calle Chubarof, de Leningrado, en que treinta jóvenes habían asaltado a una muchacha, y el "baile de los técnicos" con las mecanógrafas pintadas y empolvadas no era sino una falta de gusto; pero todo se fundía en lo grande, lo decisivo, lo racional—la construcción—. Pimen Sergueyewich esperaba al profesor Sadykow. Habían salido ya los ingenieros y técnicos y el profesor era el único huésped. Volvióse hacia una de las camareras de delantal blanco y le preguntó:

—¿Qué es eso que dice el periódico? Una muchacha ha sido....

—Hay algo más, le interrumpió severamente la camarera, haciendo chocar de indignación las piezas de vajilla.—La mujer de uno de nuestros ingenieros se ha ahorcado. Tenemos que enseñarles lo que son las mujeres. La revolución nos ha hecho iguales....

Calló y se fué al otro lado de un tabique donde estaba instalado un fregadero. Pimen Sergueyewich entendió confusamente cómo decía a una de sus compañeras. Iremos también desde luego; tendremos que enseñarles; nos organizaremos.... Se retrasaba el ingeniero Fedor Ivanowich Sadykow. Las muchachas arreglaban la sala sin ocuparse del profesor y del cuchicheo del fregadero. Llegó por fin Sadykow reservado, frío, rendido de fatiga y con las botas llenas de barro hasta los tobillos y la frente húmeda bajo la

visera de su gorra ennegrecida por el sol. Aunque era el ingeniero director de la construcción, Sadykow, el ingeniero del torno, no se parecía en nada a un mariscal de la técnica. Los ingenieros directores, los que tienen que manejar ejércitos de diez mil hombres, millones de toneladas de material, de rublos y de cerebros suelen ser hombres de tranquilo despacho resguardados tras un vallado viviente de porteros y secretarios; la atmósfera de escritorio produce caras pálidas y abotargadas y estos hombres llevan generalmente trajes correctos, mientras que Sadykow olía a tierra fresca, llevaba el cuello de la camisa desabrochado, enseñando las clavículas y parecía un capataz; no hubiera sido posible hallar por ninguna parte un secretario correcto. El profesor Polétika tenía afectos a este hombre de pensamientos y hechos rectilíneos. Inmediatamente detrás de Sadykow entró en la sala Poltorak, que se había quedado en Kolomna.

—Perdóneme usted este retraso—dijo pesadamente y con voz fuerte Sadykow—. Ayer murió María, mi mujer divorciada, que después se había casado con el ingeniero Laszlo. Se ahorcó. Hoy es el entierro. Vamos ahora a la oficina para que pueda usted tomar informes. Todo está preparado.

Sentándose en un banco Sadykow apoyó los brazos sobre la mesa. El sol daba directamente en las rayas claras de su frente por debajo de la visera echada atrás de su gorra. Cesaron las muchachas de hacer ruido con la vajilla y el sol siguió luciendo como antes. "¡Repetición de las imágenes!", pensó Polétika. Olga que había sido suya un tiempo, no era ya la mujer de Laszlo; Laszlo la había abandonado por otra, como ella le había dejado a él por Laszlo; y la mujer, la iglesia de San Pimen, la subasta de muebles, el Monasterio subterráneo, la "Crónica de los santos", todo se hundía en el ayer, en los decenios del remoto pasado, en él "ninguna parte". El sentimiento de indefensión en los claustros subterráneos es una enfermedad, y en cambio, los músculos del cerebro, contraídos en una concentración del espíritu, son el orgullo de la Humanidad. Polétika ocultó los ojos entre las cejas y se arrellanó sobre el banco. El encuentro de casualidades, la repetición de imágenes iban constituyendo sistema. Chirrió frente al edificio un tren del ferrocarril de las obras y se oyó el aullido de una sirena.

—¿Por qué se ha matado?—preguntó el profesor.

—Es una historia muy complicada—respondió Sady-

kow—, y me es muy penoso hablar de ello. Pimen Sergueyewich.

Luego calló y por fin continuó:

—Si no me equivoco la primera mujer de Laszlo, Olga Alexandrowna, estaba divorciada de usted.

—En efecto—respondió el profesor.

—Olga Alexandrowna vive aquí, en Kolomna, con su hija mayor Liubow Pimenowna Polétika, y con Alicia, la hija de Laszlo.

Poltorak, que hasta entonces había escuchado en silencio, pareció salir de su distracción e intervino en la conversación:

—¿Liubow Pimenowna? Debe ser ahora una muchacha de veintitrés años, ¿no?

—Liubow Pimenowna está empleada aquí, en las excavaciones arqueológicas—explicó Sadykow—. Es comunista.

—Sí. Es hija mía—dijo el profesor.

La conversación quedó cortada en este punto por la aparición en el comedor del vagabundo Iwan Oshogow, un hombre con ojos de loco, empleado como fogonero en la obra, que tendió la mano ligeramente a las camareras y luego saludó a Sadykow y Polétika, presentándose al mismo tiempo con estas palabras: "Iwan Oshogow, comunista declarado hasta el año 1921". Después se detuvo ante Poltorak, dibujando un gesto espantoso que debía querer significar desprecio, y dijo, escondiendo la mano tras la espalda:

—A usted no le saludo, parásito social; puede besarse con mi hermana.

Repitió su gesto y volvióse hacia el profesor, cruzó los brazos al mismo tiempo que se inclinaba, y dijo muy alto:

—¡Usted! ¡Sí! Usted es un viejo comunista de pura cepa, Pimen Sergueyewich, profesor Polétika. Tenemos aún mucho que hablar.

. . . .

Alrededor de las once salieron de las oficinas el profesor Polétika y el ingeniero Sadykow, para dirigirse a la obra.

Los trabajos se extendían en una superficie de diez kilómetros cuadrados, sobre las praderas cortadas desde los tiempos primitivos por el Moskwa y el Oka, trabajaban

ahora diez mil obreros en turnos de día y noche, de los que siete mil se empleaban en el trasporte de tierras y en llevar vagonetas, y tres mil eran canteros, carpinteros, ebanistas, pintores, fundidores y de otros oficios auxiliares. Todos ellos laboraban en unión con las máquinas para revolver y reedificar la Naturaleza. Sadykow y Polétika llegaron en automóvil a la presa, y el último quiso inmediatamente ver cómo quedaban en definitiva los apoyos y los extremos de la presa, los lugares en que el Monolito se soldaba con la geología. Colocadas en fila, las grúas levantaban bloques de granito arrancados por aire comprimido, y centenares de porteadores llevaban en carretillas la tierra extraída por las máquinas excavadoras. Un capataz cubierto con sombrero de paja, vestido con camisa-blusa blanca y botas que llegaban a la cadera, animó al ingeniero jefe Sadykow a establecer un grupo más de obreros: sus dientes brillaban blancos al sol como si quisiesen destrozar el granito de los apoyos con que el monolito se erguía sobre el suelo. Aquí se interrumpía el curso del Oka, y un canal derivado le desviaba dos kilómetros. Las bombas resoplaban y borboteaban en las presas secundarias, y las estacadas iban dejando al descubierto el fondo del Oka: arena, granito y conchas. Chirriaban bajo la carga las cadenas de las dragas, y sus palas enormes mordían la tierra y la levantaban. Polétika se encaramó en un bloque de granito y miró a su alrededor con los ojos profundamente hundidos entre las cejas. Las grúas se elevaban sobre su cabeza, y a sus pies, en los cimientos de la presa, serpenteaban por entre las estacas los rieles del ferrocarril de carga, mordían los picos la piedra calcárea, las porteadoras arrastraban sus carretillas en filas inacabables y caldeado por el sol, olía todo a tierra fresca y a cemento. A los pies del profesor, las cargadoras, cientos de muchachas sanas y vigorosas con faldas de algodón de vivos colores y pañuelos rojos a la cabeza, remangados los brazos y las piernas desnudas, empujaban en fila india sus carretillas por un sendero hecho con maderos, volcaban la carga en camiones y volvían por otro camino a cargar de nuevo sus volquetes vacíos.

¡Qué poco se parecía esta escena con los mariscales de ingenieros Polétika y Sadykow sobre una colina de granito, en lucha por la Rusia nueva y contra la vieja, al cuadro de

Sierrow (1), en que el zar Pedro contemplaba su recién construido Petrogrado! Aulló la Sirena. Mitad de la jornada.

Como a una voz de mando las cargadoras pasaron sus carretillas. Las mujeres se pusieron en fila.

Las obreras salieron de sus puestos de trabajo en filas rígidamente ordenadas. A un kilómetro de distancia en la aldea de Konstantinowo, se veía crecer igualmente una fila de faldas de vivos colores.

Las columnas avanzaron hacia la ciudad.

—¿Qué pasa?—preguntó el profesor.

—No sé—respondió Sadykow estupefacto.

Las mujeres avanzaban silenciosas y serenas como soldados. Un capataz salió sobre su bicicleta, corrió hasta dar alcance a la cabeza de la columna y se apeó, pero los mujeres siguieron marchando por delante de él sin volverse a mirarle. Entonces el capataz se echó a la nuca el sombrero de paja y se volvió. Por el campo se veían en muchas direcciones masas vivamente coloreadas. El capataz se abalanzó al teléfono de campaña. "¡Huelga!", gritó a los ingenieros. La carrera agitaba su sombrero de paja.

Sadykow corrió hacia el auto seguido del profesor, y el capataz soltó el auricular y corrió tras ellos. El auricular, que no había encajado en su sitio en la palanca del teléfono, dejaba escapar una especie de cuchicheo. A toda carrera se dirigió hacia el coche, cruzando las praderas el Presidente del Consejo de Obreros, y explicó que al tocar la sirena las mujeres habían interrumpido el trabajo en toda la obra, y abandonando sus carretillas se habían puesto en marcha. Completamente sin aliento y bañado en sudor por su larga carrera, el presidente se tendió en el suelo y latiéndole violentamente el corazón dió cuenta a Sadykow de los acontecimientos que él mismo no se explicaba. En las oficinas de la obra era todo confusión y los teléfonos saltaban en sus soportes de nerviosidad. Un autobús lleno de gente se encaminó a Kolomna, hacia el Comité Ejecutivo del Soviet local, y del Comité Ejecutivo salía a la vez, zumbando a través de las praderas, una motocicleta. Estaban detenidas todas las excavadoras y se echaba de menos en el aire su chirrido. El sol estaba en el cenit.

---

(1) Valentín Sierow, pintor de historia ruso: 1865-1910. En el Maximilianeum de Munich hay un cuadro de Kotsebue con el mismo asunto.

CAOBA

¡Kolomna, la provincia más profundamente rusa!

Un muro hundido de ladrillos se apoya por un lado de la calle en una casa de color ocre con una terraza y por el otro en una iglesia; sigue una plaza y después otra iglesia, unos prados, un cielo de verano y calles sin pavimentar. En medio de las basuras de la calle hay un cerdo. Dobla la esquina el carro del aguador y el cerdo no piensa siquiera en moverse, así que el carretero tiene que dar habilmente una vuelta a su alrededor de modo que sólo lo note la punta del rabo ensortijado. Un portillo de jardín da paso a un patio verde y tras él a un jardín sin cercar con una terraza rodeada de parras. Una casita invadida por el verde se levanta entre los tilos y cerca de ella una caseta de baño medio destruida; alrededor, quietud y bienestar, un perro que se rasca al sol y un tablar lleno de girasoles. En las habitaciones que dan a la calle viven las dueñas de la casa, las viejas hermanas Skudrin, hijas de Karpow Skudrin, cuyos nombres son Kapitolina y Rimma. En la parte que da al jardín y a la que pertenece la terraza, habita Olga Alexandrowna, la mujer que se separó del profesor Polétika y que fué abandonada por el ingeniero Laszlo, a la que acompañan sus dos hijas Liubow Polétika y Alicia Laszlo. Solitario con su perro tiene su morada en la casa de baño el mendigo Iwan Oshogow, hermano de Kapitolina y Rimma, que ha tomado el apellido de Oshogow en lugar del suyo propio de Skudrin.

Volviendo a las dos hermanas Kapitolina Karpowna tiene su cuarto siempre limpio y arreglado. Hace muchos lustros que vive en él la existencia propia de una solterona. La cama tiene una colcha blanca, los costureros encajan entre máquinas de coser y maniquíes, y en las ventanas hay cortinas de muselina.

Estas dos solteronas, Kapitolina y Rimma Karpowna, vivían como reconocidos y firmes pilares de la pequeña burguesía de ciudad de Kolomna (1), y aún de la de toda Rusia, trabajando como costureras en blanco y modistas, y su existencia no tenía objeto determinado sino para ellas mismas. Estaban estrechamente unidas. Kapitolina era la mayor. La vida de Kapitolina transcurrió henchida de la dignidad de las ideas morales propias de la pequeña burguesía, una vida que podía colocar sobre la palma de la mano, expuesta sin reparo a los ojos y a la moral de una pequeña ciudad, bendecida por el juicio de todas las chismosas de profesión. Toda la ciudad sabía que Kapitolina pasaba los días de fiesta en la iglesia y los de labor encorvada sobre la vara de medir y el costurero entre blusas y camisas, kilómetros de tela blanca y millas de hilo, y que jamás la había besado un hombre extraño; pero sólo ella conocía las ideas y los sufrimientos del vino agriado de su vida y del inútil residuo que no era posible beber. Sin embargo, pasaron por su vida juventud y doncellez y el verano de la mujer el hacerse vieja, pero no había experimentado una sola vez lo que es amor y había dejado avinagrarse en la castidad el vino de su vida, licor propiciatorio para el ídolo moral de Kolomna, y seguido siendo un modelo de honradez para toda la ciudad.

La vida de Rimma que era también costurera de profesión, se había desarrollado de un modo completamente distinto. La historia acaecida hacía veintiocho años había durado sólo tres, tres años de ignominia para toda Kolomna, que amenazaban ser imborrables por todo el resto de su vida; ocurrió cuando Rimma pisaba el umbral de los treinta años, cuando el brillo de su juventud empezaba a disiparse y la esperanza arrojaba sus primeras raíces. Había entonces en Kolomna un empleado de Hacienda, X..., miembro muy activo de la Sociedad de Actores Aficionados, guapo mozo, pero al mismo tiempo de alma baja, casado y con hijos, y bebedor sin tasa. Rimma se enamoró de él y envió al diablo toda la moral imperante en Kolomna; pero como es natural, aquello vino a parar en un formidable escándalo en la ciudad. En los alrededores de ésta crecía el

(1) Antes de la revolución, los habitantes de Rusia se dividían en clases: Nobleza, Alta burguesía, Mercaderes, Gremios, Pequeños burgueses y Campesinos.

bosque de Los Siete Hermanos y a lo largo del Moskwa se extendía el "Prado Borracho"; solía reinar en uno y en otro una tranquilidad retirada y en ellos se entregaba Rimma a su hacendista en las horas de la noche. Los arrapiezos de Kolomna acechaban detrás de los arbustos para poder acosar como un animal salvaje a la caza que esperaban descubrir en la mañana apuntada apenas. En todos los años de escándalo, no se reunió una sola vez, bajo techado Rimma con su amante. Aun en otoño e invierno el aire libre era la salvación. Los campos y las calles, las barcas encalladas o los muros históricos y derrumbados del Kremlin con la "Torre de Marina" (1) se ofrecían como asilos del pecado. La torre de Marina no sólo guardó en sus muros los gemidos de la agonía de la hija de "woiwado" polaco Marina Mnichek, sino también los suspiros de amor de Rimma Skudrin. Los extraños señalaban a Rimma con el dedo por las calles, los parientes se avergonzaban de ella y su propia hermana Kapitolina le retiró su amistad. La esposa legal del hacendista y Romeo del teatro de aficionados le salió al encuentro y la abofeteó, y aun llegó a pagar a los pilletes de la calle para que azotasen a la desventurada. ¿Qué sería de Kolomna y de sus leyes si no se acudía en defensa del hogar conyugal? Nadie volvió a encargar a Rimma camisas y trajes de noche y pasó hambre. Rimma dió a luz una niña, testimonio vivo del pecado y de su vergüenza, a la que se impuso en el bautismo el nombre de Bárbara. Después tuvo una segunda hija, Claudia, nueva y barreandante demostración de la ignominia. En el pasaporte de Rimma se leía: "Tiene dos hijos". "Soltera." Lo mismo que hubieran puesto antes de la revolución en el pasaporte de María, madre de Cristo. El Romeo de hacienda golpeaba a Rimma y la amaba en el intervalo de dos borracheras de aguardiente hasta que fué trasladado y desapareció de Kolomna con su esposa legal. Rimma se encontró sola con sus dos hijas en la más amarga pobreza y rodeada de ultrajes, vencidos ya los treinta y dos años.

Habían pasado casi treinta años desde aquellos tiempos. Después de la lluvia sale el sol. Rimma sabe que ha vivido. La vida es felicidad, está llena de dicha. La hija ma-

---

(1) Marina, mujer del falso Demetrio, murió en 1614 en un calabozo en Kolomna, que en memoria suya se llamó desde entonces la "Torre de Marina".

yor, Bárbara, se ha casado y de su feliz matrimonio han nacido dos niños. El marido de Bárbara tiene una posición como dibujante y ella misma es maestra; la hermana menor, Claudia, es maestra auxiliar. Rimma dirige la casa como jefe de la economía doméstica y cabeza de familia. Rimma Karpowna Skudrin puede llamar dichosa su vida. Los años han inclinado su cabeza y redondeado su cuerpo.

Y Kapitolina, la hermana mayor, no tiene ya más que un objeto en su vida, que es la vida de Bárbara, de Claudia, de Rimma y de sus dos sobrinitos. ¿De qué han servido la castidad de Kapitolina, la bíblica hoja de parra, la aduana del honor del "todo Kolomna"? Kapitolina Karpowna no ha tenido una vida propia. ¡Lluvia y luz de sol! El estigma infamante de Rimma ha sido más fuerte que la coraza de honradez de Kapitolina y la vergüenza se ha convertido en felicidad. El honor de Rimma ha sido como agua estancada que el Monolito del amor ha hecho cambiar de cauce; esta mujer ha combatido contra la corriente y los remansos del río. En el cuartito de Kapitolina Karpowna hay maniquíes y una máquina de coser; el tiempo se va convirtiendo en polvo tras unos visillos de muselina.

. . . .

Sobre Kolomna morían las campanas.

¡Provincia rusa, antigüedades rusas tejidas en el valle del Oka en una red de bosque, de pantanos, de aldeas, de Monasterios, de cortijos! Hay en la burguesa ciudad de Kolomna veintisiete iglesias y cuatro Monasterios. La serpiente del Oka se cierra en torno de una corona de siete ciudades: Tarussa, Kaschira, Rostislawl, Kolomna, Riasan, Kasimow, Murom. Son como los ovarios de los pequeños principados y de los señoríos independientes en el venenoso crisantemo de la historia rusa. Aquí se levantan, testimonios en piedra de siglos y crímenes, los grises sillares de los "Kremlin" o ciudadelas; aquí murió en la torre que lleva su nombre, la falsa zarina Marina Mnichek. Así como Moscú en este año de 1929 se parece a una fortaleza que resiste un asalto, la burguesa ciudad de Kolomna se revuelca todavía como una verdadera ciudad de detrás del frente, entre diezmos, Aduanas y préstamos con interés, como un lugar de etapa que sólo ha participado en la guerra en la medida en que la contienda civil llegó hasta ella. La ciudad

burguesa se desfoga en los carnets de los Sindicatos y en la inactividad; cuando no había nada que vender en las tiendas porque la retaguardia tenía que ceder el puesto al frente, la gente aguardaba a la puerta de los comercios en dos filas, una para los que tenían cartillas de un Sindicato y la otra para los desheredados de la desorganización. Hasta en las taquillas de los cines pagaba el poseedor de una cartilla cinco, diez o quince kopekas por las mismas localidades que costaban a los que no la tenían veinticinco, cuarenta o sesenta níqueles. En las casas en que había un "carnet" se le guardaba en un puesto de honor al lado de la tarjeta de pan; pero las "tarjetas de pan", y por lo tanto también las migajas de pan, sólo se otorgaban a los que poseían el derecho de ciudadanía, y el que perdía éste se quedaba también sin pan. La retaguardia puede en la guerra morir sin derramamiento de sangre y marchitarse y caer en la miseria sin arrebatos ni cañones. Las gentes de la retaguardia son de buena pasta y no entienden nada de la marcha del mundo; sus casas son hoscas y desabridas como una puesta de sol en la llanura. Los habitantes gozan en criar pequeños animales domésticos creyendo con esto librarse de las escaseces del tiempo, y colocan los céntimos que logran ahorrar en "valores reales", con lo que el primer estafador astuto se los lleva en montón. En la ciudad de Kolomna sólo se vendía en realidad alcohol en dos formas: wodka y vino de celebrar. Se vendía mucho wodka, y vino de celebrar también bastante, aunque no tanto, en parte como carne y sangre de Cristo y en parte por vicio. De cigarrillos podían encontrarse dos clases "Rey de los cañones", a once kopekas la caja, y "Campeón de boxeo", a catorce, y nadie fumaba otra cosa. Tanto por lo que respecta al wodka como a los cigarrillos, rige el sistema de dos clases: personas con o sin el "carnet" del Sindicato. Impera en Kolomna el más profundo espíritu de retaguardia, y la ciudad vive la existencia de una compañía de vigilancia. El guardián del "Museo de Antigüedades" atravesaba las calles de Kolomna de sombrero de copa, esclavina y pantalones a cuadros. Se dejaba patillas como el bienaventurado escritor Griboiedow (1) y por esta causa le llamaban las gentes Gri-

---

(1) Griboiedow, poeta ruso de la época correspondiente a nuestro "isabelino", célebre, sobre todo, por su comedia "El Entendimiento produce dolor".

boledow. Llevaba siempre en el bolsillo de la esclavina pesadísimos manojos de llaves de Museos y Monasterios y olía siempre a cebolla, aguardiente y sudor. En su habitación, que parecía un desván, se amontonaban biblias en folio, libros de cánticos y oraciones, vestiduras sacerdotales, hábitos de monjes, imágenes de santos, corporales, adornos de altares, uniformes y objetos de los siglos XIII al XVII. Cubierto por una capa de polvo se erguía un Cristo de madera de tamaño natural con la corona de espinas en las sienes, trabajo del siglo XVII, procedente del Convento de Aldea de los Castores. En el despacho del hombre de los Museos se hallaban los muebles de caoba que pertenecieron al propietario Karasin, y, sirviendo de cenicero, decoraba la mesa una gorra de noble rusa, hecha de porcelana con adornos rojos y la tapa negra. El propietario Wiacheslaw Iwanowich Karasin, había servido en sus tiempos en un regimiento de Caballería de la guardia; pero cuando estalló la revolución llevaba veinticinco años separado del servicio a petición propia. Una vez recibió del comandante del regimiento el encargo de investigar las estafas y hurtos de un camarada, y él expuso toda la verdad, que por Dios y por todos los santos debía evitarse que llegase a oídos del jefe supremo del regimiento, la emperatriz viuda María Fedorowna. El comandante omitió los robos y Karasin presentó la dimisión y se retiró a su hacienda, de la que todas las semanas salía una vez, en un anticuado coche con dos lacayos, para hacer compras en Kolomna. Se detenía en el establecimiento del comerciante Kostakow y señalaba distraídamente con su mano enguantada de blanco media libra de caviar, una cantidad de tocino ahumado o un trozo de esturión. Un día intentó el mercader Kostakow tímidamente estrechar la mano del noble; pero Karasin no se inmutó y tan sólo observó brevemente:

—Así está bien.

Usaba el propietario Karasin gorra de noble y capa de la época de Nicolás I. La revolución le hizo trasladarse de su finca a la ciudad; pero una vez en ésta le dejó su capa y su gorra, y con ellas se le veía en las colas a las puertas de las tiendas, sólo que en vez de sus lacayos era su mujer la que velaba por él a su lado. El matrimonio vivía de la venta de sus cosas antiguas, y esto era causa de que Karasin visitase con frecuencia al guardián del Museo. Aquí encontraba sus muebles que la revolución había arrebatado

de su finca y les lanzaba miradas de desprecio; pero una vez vió sobre la mesa el cenicero en forma de gorra de noble y sus mejilas se pusieron tan rojas como la visera de la gorra.

—Quite usted eso—dijo enérgicamente.

—¿Por qué?

—La gorra de un noble ruso no es una escupidera.

Los dos peritos en antigüedades regañaron por este motivo, y ya Karasin no pisó jamás el umbral del guardián del Museo.

Sobre Kolomna morían las campanas porque el Trust del comercio de Aceros y Metales las embargaba en los mismos campanarios. Con poleas y aparejos eran extraídas de sus nichos y quedaban suspendidas en el aire hasta que caían pesadamente. Mientras se deslizaban por las cuerdas dejaban escapar aún sordos gemidos que se ahogaban en los ruidos de la ciudad. Luego se precipitaban con estrépito, rebotaban como una bala de cañón y se hundían profundamente en el suelo. Al amanecer del siguiente día las arrancaban con recios gatos rusos.

.. ..

Los ebanistas y anticuarios Pablo y Esteban Fedorowich Besdietow vivían en Moscú, en la calle Wladimiro Dolgoruki, que antes solía llamarse "el muladar". En la misma calle y en frente de ellos vivía el ingeniero Yewgueni Yewguenlewich Poltorak. El "muladar" era una calle estrecha torcida y oscura, en la que el mundo entero parecía limitado por maderas; calle henchida siempre de estruendosos camiones, de cocheros que blasfeman y de nubes de polvo, rincón del Moscú auténtico en que ya se inicia el Asia.

Los hermanos Besdietow eran fieles y tardíos cultivadores de un arte anónimo, pero de vieja tradición: el arte de los viejos muebles rusos de caoba, trasplantado a Rusia en tiempos de Pedro I y que tiene también su época prehistórica. Este arte de siervos no tiene historia escrita; no ha creído el tiempo necesario guardar los nombres de sus maestros. Eran éstos anónimos ermitaños, glorias de los sótanos en las casas de la ciudad o del último rincón de la habitación de las personas en la vivienda de los aldeanos. En estos sitios el aguardiente seco ruso y el voluptuoso tormento de la soledad podían producir verdadera embriaguez.

Eran maestros Boulle y Jacob (1), los artistas del mueble francés, y de las aldeas se transportaba a Moscú siervos jóvenes, que desde aquí eran enviados a París y Viena para aprender el arte. Habían muchos artífices que durante diez años o más no apartaban la atención de un sofá o una mesa de escritorio, de una librería o una consola, y no cesaban de trabajar y beber hasta que un día los encontraban muertos. Legaban por lo general su oficio a un hijo de su hermano, porque les estaba vedado a estos maestros tener descendencia propia, y los sobrinos mejoraban el arte de los tíos o se limitaban a imitar sencillamente lo que veían. Morían los artífices, pero sus obras sobrevivían en las casas señoriales del campo o en los palacios de las ciudades. Los hombres amaban y morían en camas fabricadas por ellos; en los cajones secretos de sus escritorios se guardaban misterios de estado o de amor; las novias contemplaban ante los tocados salidos de manos de estos maestros su carne en flor y las matronas sus arrugas. En tiempo de las emperatrices Isabel y Catalina estaban de moda el barroco y el recocó, los bronces con guirnaldas y volutas, palosanto y palorosa, ébano, brillante abedul de Carelia y nogal persa. Sucedió a ésta la época rigurosa del zar Pablo, caballero de Malta, francmasón, emperador-dependiente, época de severas líneas militares, rígido espíritu de clase y tranquilidad de cadáver. Había de pulimentarse en su tono oscuro la caoba, y los almohadones debían ser necesariamente de cuero verde; los únicos adornos eran grifos y leones negros. Con Alejandro I llegó el Imperio y a su lado consiguieron la hegemonía, el clasicismo y las cosas helénicas. Nicolás I, su sucesor, fué un nuevo Pablo, aplastado por la grandeza radiante de su hermano Alejandro, y el espíritu de la época se reflejó también en la ebanistería. Cuando desapareció en tiempos de Alejandro II, la servidumbre que había sido origen de aquél arte, las modernas fábricas de muebles substituyeron a los talleres adheridos a la gleba, pero los sobrinos de los últimos maestros continuaron su existencia adosados al cántaro de wodka, y como hoy no tienen ya nada nuevo que crear, se limitan a reproducir lo antiguo y restaurarlo con la perfección tradicional heredada de sus antepasados.

Como sobrinos de un maestro de este arte vivían soli-

---

(1) Maestros franceses de los siglos XVII a XVIII.

tarios y escasos de palabras los hermanos Pablo y Esteban Besdietow, no sólo habían heredado la ebanistería de su tío, sino que habían asistido, además, a la Escuela de Comercio del Instituto Stroganow, de Moscú. Conforme a la tradición, seguían viviendo en un sótano.

Tan absurdo es enviar a una fábrica de muebles maestros de esta clase como encargarles de restaurar un objeto de tiempos posteriores a Nicolás I. Mejor que un ebanista, uno de estos maestros es un perito y consevador de lo antiguo que cuando halla en el desván de una casa de Moscú o en una casa de préstamos, en una mansión de provincias o en las cocheras de una granja librada del incendio, una mesa, un sofá, una vitrina de la época de Catalina, Pablo o Alejandro, lo lleva consigo a su bodega y cavila sobre él meses enteros, consumiendo tabaco y midiendo las aristas con los ojos entrecerrados hasta que logra insuflar vida a la madera muerta. Es un "despertador de pasado" que mira siempre hacia atrás en lo que fué, hacia los tiempos en cuya vida ha partido el objeto de su trabajo, y que de cuando en cuando encuentra en el secreto de una mesa de escritorio un paquete amarillento de cartas. Estos "despertadores" parecen filósofos inclinados sobre su obra y la aman como poetas. Son generalmente tipos raros y es perfectamente propio de su arte vender los muebles descubiertos sólo a otros tipos raros coleccionistas. Para dar por concluida la compra se saborea una copa de coñac traspasado primero de la botella a un frasco de cristal adornado con águilas de la época de la emperatriz Catalina y vertido de éste en vasos tallados que pertenecieron en otro tiempo al servicio de boca imperial, formando parte de la vajilla "Diamante", en los que se consume.

. . . .

Cuando los hermanos Besdietow salieron de la estación, la ciudad de Kolomna yacía en una oscuridad densa y silenciosa, precursora del alba. El ingeniero Poltorak les alcanzó ya en el coche, hizo parar al cochero y exclamó, dirigiéndose al más viejo de los hermanos:

—De modo que esta noche en casa de Skudrin.

Las noches de julio en la región de Moscú son ya oscuras y persistentes como de otoño. Los olores y los lugares se confunden en las tinieblas. Los contornos de las cosas se emboscan y en el aire se acumulan el sudor de los caballos

y el aroma de las flores cultivadas por los aldeanos. La aurora es enemiga de los misterios. La ciudad se helaba a la luz verdosa del Oriente; iba tiñéndose de lila el cielo por el Este y el espacio empezó a surgir aún confuso. Ladridos de perros perseguían la fuga de la noche y las calles, en su rigidez de piedra, se extendían inmóviles entre las casas con su pavimento de guijarros, muertas en sus sudarios de piedra desde hacía medio siglo. Conducía al Kremlin, la puerta Piatniki, la misma por la que Demetrio Doskoi se encaminó al campo de batalla de Kulikowo (1). Cubierta de espesos musgos la muralla se erguía entre matas de enebro y capas de polvo formadas por los siglos. La torre de Marina Mnichek se apoyaba en el cielo, enredándose entre las nubes pálidas y ocultando los pies en la niebla. La tierra se escapaba del regazo de la noche, y la oscuridad, adelgazada, se hundía en el Oriente centelleante. La niebla se deslizaba desde las praderas hacia la ciudad y el crepúsculo.

Ardía una luz en una ventana solitaria de una casa del Kremlin que pertenecía al empleado del Museo. Acercáronse a la ventana los hermanos Besdietow y miraron por ella. Se veía una habitación que parecía un desván, llena de volúmenes en folio, imágenes de santos y cogullas de monjes. En medio del cuarto había dos hombres. El guardián estaba sentado frente a una figura humana desnuda que permanecía inmóvil con las manos cruzadas sobre el pecho. El guardián vertía aguardiente de una botellita en el vaso y lo llevaba a los labios del hombre desnudo, que no se movía. Entonces el guardián se bebía el mismo el aguardiente. El hombre desnudo llevaba en la cabeza una corona de espinas. Los dos hermanos pudieron observar que el guardián consumía su aguardiente a solas con un Cristo sedente de madera; estatua tallada en tamaño natural. El guardián apuraba los vasos unos tras otros después de llevarlos a los labios de madera. En aquel momento se despojó de su frac a lo Griboiedow, dejó al descubierto su pecho velludo y le temblaron las mejillas. El Cristo le contemplaba indiferente. El Cristo de madera, con la corona de espi-

---

(1) Victoria de los rusos mandados por Dimitri, sobre los tártaros, en 1830. Kulikowo significa "El Campo de las Becadas".

nas, las gotas de sangre en el pecho y los brazos cruzados, parecía un hombre vivo.

—Son unos hijos de perros para ti—dijo atónito el menor de los Besdietow—. No era posible adivinar qué quería decir.

La torre de Marina se apoyaba contra el cielo y las nieblas abrazaban sus pies. Al otro lado de las praderas, más allá del río Moskwa, comenzaba el sol a salir de detrás de la tierra y el día quería nacer; moría indiferente la noche y la luz destacó violentamente de las tinieblas, primero, las cúspides de las torres; luego, los molinos situados junto a la casa del guardián del Museo, y, por último, la presa y los álamos mal nacidos; después se sacudió el sueño definitivamente y se puso a su trabajo cuotidiano. Se apagó la lámpara en el cuarto del guardián del Museo y la noche desapareció en el barranco, tras los muros del Kremlin. Pasando por delante del molino y de la bomba, los hermanos se encaminaron por la presa que iba hacia el dique. Del molino salía olor a hierba húmeda, y bajo el amanecer reinaba una silenciosa tranquilidad, en la que tan sólo repicaban los pocos campanarios que guardaban su carácter sagrado, llamando a misa temprana. La noche había huído sin dejar rastro; había surgido completamente la luz, que señalaba ya su puesto en el mundo todo, y las tinieblas, disueltas, huían. Los dos hermanos tenían las caras pálidas por la noche, que ahora se había escondido para poder burlar su sueño.

Jacob Karpowich Skudrin vivía en una casa propia, con un pórtico de columnas detrás de la presa del puente Skudrin. Los hermanos hallaron al viejo sobre la presa del molino, envuelto entre nieblas, en la mañana gris. El anciano apacentaba sus vacas en camisa de dormir y calzoncillos, descalzo, metida en el pecho la mano derecha y una larga vara en la izquierda. El sol lanzaba oblicuamente sus rayos desde el borde de las praderas a las cúpulas de las iglesias y la torre de Marina. Con un grito ensordecedor se lanzó, cortando el aire, una bandada de pájaros. La ciudad descansaba melancólica al pie de sus torres sin campanas, como una gallina clueca. A lo lejos resonaban, por encima de la construcción, las explosiones del oxígeno líquido de los barrenos. Jacob Karpowich estaba tan absorto, que no vió a los Besdietow hasta que no estuvieron a su lado; los reconoció y se alegró de verlos; carraspeó concienzudamente y les sonrió:

—¡Ah, comerciantes! He preparado para vosotros una nueva teoría extra del proletariado. ¿Cuándo habéis venido?

—¿Traes a pastar al ganado?—bromeó Pablo Besdietow.

—Lo traigo.

—¿Espías? ¿Vigilas? ¡Viejo soldado!

—Sí. Yo vigilo. Y hago la guerra. He pensado una cosa Para Yewgueni Yewguenievich Poltorak....

—Ha venido con nosotros y nos encarga te digamos que vendrá a verte a la noche. Y Griboiedow, el hombre del Museo, bebe wodka con un Cristo.

—Sí bebe.

Pradera adelante se encaminaron juntos hacia la calle guiando el ganado. Volaban muy altas sobre sus cabezas las ruidosas chovas, y las golondrinas, muy a ras de tierra, daban escolta a la noche. Estaba ya muy alto el sol, y la calle, en la que brotaban plantas de manzanilla, yacía abandonada y desierta bajo el vuelo de las golondrinas, mientras se retiraba el último murciélago. Las vacas, de un gris descolorido, arrancaban apaciblemente las puntas de las hierbas. El sueño de las cosas y la creación de la luz habían terminado: y el día era.

—Escuchad. Una cosa más—dijo Skudrin—. Roban las campanas como en tiempo del zar Pedro Alexeiewich (1). En muchas gentes de la ciudad puede observarse ahora una tensión nerviosa, debido a que esperan continuamente oír caer alguna campana. Ya sabéis que cuando se lleva la primera vez los quintos al campo de tiro, cierran los ojos en cuanto el que está a su lado apunta. Cuando se precipitan las campanas se oye lo mismo que un cañonazo. Muchas gentes de la ciudad hacen ahora como los quintos y cierran los ojos porque tienen miedo: "Ahora.... ¡bum!" Y como la tensión nerviosa es tan fuerte, no ven nada. Además, fijaos en que ahora eligen las primeras horas de la mañana para deshacer las campanas. Sin detenerse a consultar al Comisariado de Trabajo.

La casa de Skudrin se destacaba en el presente como una cabeza blanca malhumorada: sus columnas se descubrían al sol como unos colmillos embotados, las ventanas

(1) Pedro el Grande, el "Anticristo" de sus demasiado piadosos contemporáneos.

—¡Ah, comerciantes! He preparado para vosotros una nueva teoría extra del proletariado. ¿Cuándo habéis venido?

—¿Traes a pastar al ganado?—bromeó Pablo Besdietow.

—Lo traigo.

—¿Espías? ¿Vigilas? ¡Viejo soldado!

—Sí. Yo vigilo. Y hago la guerra. He pensado una cosa. Para Yewgueni Yewgueniewich Poltorak....

—Ha venido con nosotros y nos encarga te digamos que vendrá a verte a la noche. Y Griboiedow, el hombre del Museo, bebe wodka con un Cristo

—Sí bebe.

Pradera adelante se encaminaron juntos hacia la calle guiando el ganado. Volaban muy altas sobre sus cabezas las ruidosas chovas, y las golondrinas, muy a ras de tierra, daban escolta a la noche. Estaba ya muy alto el sol, y la calle, en la que brotaban plantas de manzanilla, yacía abandonada y desierta bajo el vuelo de las golondrinas, mientras se retiraba el último murciélago. Las vacas, de un gris descolorido, arrancaban apaciblemente las puntas de las hierbas. El sueño de las cosas y la creación de la luz habían terminado: y el día era.

—Escuchad. Una cosa más—dijo Skudrin—. Roban las campanas como en tiempo del zar Pedro Alexeiewich (1). En muchas gentes de la ciudad puede observarse ahora una tensión nerviosa, debido a que esperan continuamente oír caer alguna campana. Ya sabéis que cuando se lleva la primera vez los quintos al campo de tiro, cierran los ojos en cuanto el que está a su lado apunta. Cuando se precipitan las campanas se oye lo mismo que un cañonazo. Muchas gentes de la ciudad hacen ahora como los quintos y cierran los ojos porque tienen miedo: "Ahora.... ¡bum!" Y como la tensión nerviosa es tan fuerte, no ven nada. Además, fijaos en que ahora eligen las primeras horas de la mañana para deshacer las campanas. Sin detenerse a consultar al Comisariado de Trabajo.

La casa de Skudrin se destacaba en el presente como una cabeza blanca malhumorada: sus columnas se descubrían al sol como unos colmillos embotados, las ventanas

(1) Pedro el Grande, el "Anticristo" de sus demasiado piadosos contemporáneos.

ocultaban la vista como lentes enturbiados, y arbustos de saúco en flor la adornaban como patillas a la moda antigua. La puertecita del jardín pendía como un pájaro cojo, y en la madera había una capa de musgo. Los tres que tan de madrugada paseaban atravesaron la puertecita y, pasando por la terraza de las columnas, entraron en las oscuras habitaciones, que se sucedían unas a otras como esponjas secas ensartadas. En los muebles, de caoba, de la sala hubiera podido recogerse polvo del siglo XVIII, cuyo olor se mezclaba con efluvios de apio y cebolla. Aquí parecía haberse detenido la noche. Los hermanos Besdietow acariciaron los muebles con ojos de inteligentes y manos de artistas, y el mayor dijo:

—¿No te desprendes de nada? ¿No tienes nada que vender?

El viejo que se movía de un lado para otro, sonrió maligno y contestó, por fin, con voz quejumbrosa:

—No. No puedo. Sencillamente, no puedo. Lo que me pertenece se queda en mi casa.

Y después de una pausa añadió intencionadamente:

—Todavía he de vivir más que todos vosotros. Pero aquí tenéis una lista de sitios en que podéis comprar.

Saliendo del dormitorio, apareció entonces María Klimowna, la mujer del viejo Skudrin, que hizo una profunda reverencia a los huéspedes, escondiendo las manos bajo el delantal, y exclamó:

—¿Qué veo? ¡Respetables huéspedes! ¡Bien venidos! ¡Bien venidos, queridos huéspedes!

Catalina, la hija apareció en la puerta, en camisa de dormir, con las piernas desnudas y las manos sobre el pecho, y también hizo una reverencia a los extraños. Su cara, de toscas facciones leñosas, parecía descompuesta de dolor. El viejo se puso unas altas botas de fieltro. Lo ojos de los huéspedes tenían un brillo vacío como las cuencas de una calavera. La mujer se interesó por su salud mientras ponía leche sobre la mesa. Se había hecho ya de día.

Los Besdietow preguntaron dónde podían dormir y se tendieron en el suelo, sobre un colchón de pluma, después de quitarse las levitas, pero conservando puestos los pantalones. Sobre la casa y sobre la calle tronaba el golpe de las campanas precipitadas, haciendo vibrar las ventanas y temblar las paredes.

.. ..

En la calle del Vivero había una casa con las fachadas laterales ya muy deterioradas, en la que vivía la septuagenaria viuda Michkin. La casa no estaba de frente a la calle, sino oblicua. Hacía ya mucho tiempo que estaba en aquel sitio cuando aún no existía la calle, y las vigas con que estaba construida habían sido cortadas con un hacha y no habían tenido ningún contacto jamás con una sierra. Fué edificada en un tiempo en que el hacha del ebanista podía substituir cualquier instrumento, antes del zar Pedro, o, a lo más, en sus primeros años. Construida al principio para un boyardo, conservaba aún su estufa de azulejos, y el banco de ésta, revestido también de cerámica. Los azulejos estaban esmaltados al estilo del siglo XVII y adornados con figuras de caballero y corderillos de color ocre.

Entraron en el patio los hermanos Besdietow. La viuda Michkin estaba sentada en un montoncito de césped, delante del comedero de los puercos, en el que un cerdo comía ortigas cocidas en agua caliente. Los Besdietow saludaron y se sentaron, sin hablar, junto a la anciana, que respondió al saludo con pocas palabras, pero afablemente. Llevaba unos zapatos de fieltro destrozados, vestido de indiana y un chal persa de vivos colores.

—Conque.... ¿vende usted?—preguntó Pablo Besdietow.

La anciana escondió las manos bajo el chal y miró al suelo. Los hermanos la contemplaban gravemente y Esteban hizo una seña con un ojo: ¡vende! La vieja se frotó los labios de pergamino con sus manos huesosas de uñas negras, que le temblaban.

—Ya no sé lo que debo hacer—dijo la anciana en tono quejumbroso y mirando a los dos hermanos—. Aquí han vivido mi abuelo y mi bisabuelo, y aquí está escondido todo el tiempo pasado.... Desde que murió mi último inquilino, que en gracia esté, no puedo arreglarme. Me daba por la habitación tres rublos al mes, y me compraba petróleo, y yo tenía bastante con aquello. En este banco de la estufa murió como un santo mi padre, y también mi madre y mi marido.... ¿Qué debo hacer? Mi inquilino en gloria esté, era un hombre muy tranquilo y pagaba tres rublos. Murió en mis manos.... ¡Cuántas noches lo he velado!....

Pablo Besdietow dijo:

—En la estufa y en el banco hay en junto ciento veinte azulejos. Podemos tasar a veinticinco kopekas el azule-

jo. Hacen un total de treinta rublos. Bastante para todo el resto de su vida. Mandaremos el albañil para que ponga ladrillos y la blanquee. Todo por nuestra cuenta.

—Yo no hablo del precio— se lamentó la anciana—. Vosotros pagáis en debida forma. No hay nadie que pague tanto como vosotros. ¿Qué me importa a mí de los azulejos? Si no fuese por los abuelos.... Detrás de mí ya no viene nadie....

La vieja dormitaba y sus ojos se arrastraban por las órbitas.

El cerdo devoró los últimos rastros de las ortigas y pisoteó con las patas traseras los zapatos de fieltro de la viuda. Los hermanos, fríamente, conservaban inalterables sus sus caras. Volvió a frotarse la vieja la comisura de la boca con su mano temblorosa, y luego sonrió confusa, miró a todos los lados como avergonzada, hacia el seto torcido y a lo largo del tablar sembrado de legumbres, y bajó los ojos, por fin, cuando llegó a fijarlos en los Besdietow.

—En eso quedamos. Dios sea con vosotros—dijo, tendiendo a Pablo Besdietow la mano, que colgaba sin fuerzas; porque el apretón de manos es tradicionalmente regla entre comerciantes, como prueba de que el precio y la mercancía se equivalen.

. . . .

En la plaza de la Catedral, en el sótano de la casa que había sido suya, habitaban los últimos miembros que quedaban de la familia del propietario, Tuchkow. Su antigua casa de campo había sido convertida en una vaquería, y aquí vivían en este sótano, dos personas mayores y seis niños. Las dos personas mayores eran la señora de Tuchkow y su nuera, cuyo marido, oficial en activo algún tiempo, se había matado cuatro años antes de darse cuenta de que era candidato a la muerte por efectos de una tuberculosis incurable. El viejo Tuchkow murió en los Cárpatos durante la Gran Guerra, siendo coronel. Su nuera, Olga Pawlowna había tenido cuatro hijos de su matrimonio. Olga Pawlowna alimentaba a toda la familia tocando el piano por la noche en un "cine". La pobre mujer, a los treinta años parecía una anciana.

Como todas las casas de pobres gentes, estaba abierto el sótano cuando entraron los hermanos Besdietow. Olga Pawlowna salió a su encuentro les hizo una pequeña inclinación y se dirigió hacia lo que llamaban la sala, para

cubrir la cama. Los visitantes no debían ver que, bajo las colchas, estaban desguarnecidas las camas. Luego arrojó una mirada al espejo de tres lunas, colgado sobre el tocador de caoba estilo Imperio.

Los hermanos entraron friamente y con aire de hombres de negocios. Esteban puso patas arriba una silla, empujó a un lado el sofá, levantó los colchones de las camas y sacó los cajones de la cómoda para examinar la madera. Pablo, mientras tanto, estudió minuciosamente las miniaturas, las porcelanas y los bordados en perlas. La joven anciana Olga Pawlowna había conservado la lijereza de movimientos de su juventud y la capacidad de ruborizarse. Los dos anticuarios tasaban en silencio el valor del conjunto del cuarto, y no había mancha ni defecto libre de sus manos. La media docena de niños se deslizaba tras las faldas de su madre y su abuela, llena de curiosidad, para contemplar con la boca abierta el desusado acontecimiento e impidiendo a los mayores ayudar a ruborizarse.

Esteban Besdietow apartó tres sillas y una butaca, y dijo:

—¿No hay sillería completa de esta clase?

—¿Cómo dice usted?

Olga Pawlowna intentó retirar a unos cuantos niños de su lado:

—Niños, ¡idos de aquí, por favor! No tenéis nada que hacer aquí.

—¿No hay sillería completa de esta clase?—repitió Esteban Besdietow—. Esto no es más que un sillón con tres sillas. Los muebles son muy buenos pero hay que arreglarlos mucho. Usted misma ve que en esta habitación enmohece todo. Necesitamos sillerías completas.

Los niños enmudecieron en cuanto empezó a hablar el hombre extraño.

Olga Pawlowna se sonrojó:

—La sillería estaba completa, pero no sé si será posible reunirla de nuevo. Parte quedó en la hacienda cuando tuvimos que salir de ella; otra parte ha sido diseminada por la aldea, y los chiquillos han destrozado otro par de piezas. Y luego, esta humedad....

Pablo Besdietow intervino en la conversación:

—¿Entiende usted francés e inglés?

—¡Oh, sí!—aseguró Olga Pawlowna—. Yo hablo....

—¿Son estas miniaturas Buocher y Cosway?

—Ciertamente. Estas miniaturas....

Pablo Besdietow miró a su hermano: "Se podría dar un cuarto de rublo por pieza."

Esteban le interrumpió secamente:

—Si reúne usted una sillería, aunque esté algo deteriorada, le compraremos todos los muebles. Si, como dice usted, tienen los campesinos algunas piezas, se podría mandar a buscarlas.

—Ciertamente. Quedará todavía media sillería acaso. A nuestra aldea hay trece kilómetros, casi un paseo; mañana la traigo. Yo iré hoy mismo, y mañana le daré a usted la contestación. Desde luego, he de reunir la mitad. Si hay rotas algunas piezas...

—Eso no importa. Lo rebajaremos del precio; pero no nos dé usted la contestación. Es mejor que esta misma noche lleve usted todos los muebles a la estación, y nuestro cargador, que está allí, los recogerá y pagará. Quince rublos por un diván, siete rublos y medio por cada sillón y cinco por cada silla. El embalaje por nuestra cuenta.

—Bien. Me iré en seguida. No hay más que trece kilómetros a la aldea. Un paseo. Me gusta mucho ir con cualquier motivo....

El mayor de los niños preguntó:

—Mamá ¿me vas a comprar ahora zapatos?

El día de julio dorado y caliente rebotaba en las ventanas del sótano.

.. ..

El noble Wiacheslaw Iwanowich Karasin estaba en su habitación tendido en un diván y envuelto en un abrigo de piel gris, cuyos defectos no era posible contar. El comedor y el dormitorio que ocupaban él y su mujer parecían salas de museo instaladas en la casa del cochero.

Los hermanos Besdietow saludaron desde el umbral. El aristócrata Karasin necesitó observarlos mucho tiempo antes de gritar:

—¡Fuera de aquí! ¡Engañadores! ¡Largo de mi casa!

Los hermanos no se inmutaron.

La sangre invadió la cara del noble Karasin, y gritó otra vez, enfurecido:

—¡Largo de aquí! ¡Estafadores!

Llegó apresuradamente su mujer, y los dos hermanos le hicieron una reverencia, y se retiraron al otro lado de la puerta.

—Nadja, yo no puedo ver a estos dos bribones que hace un mes me engañaron de tal manera—gritó Karasin a su mujer.

—Bien, Wiacheslaw, bien. Vete entonces al dormitorio y yo trataré con la gente. ¡Ay, Wiacheslaw! ¡Tú sabes bien cómo estamos!

—Me han interrumpido la siesta. Bien, me voy; pero, ¡por favor! nada de familiaridades con estos dos almas de esclavo.

Karasin salió del cuarto arrastrando su pelliza. Apenas estuvo fuera, volvieron a entrar los Besdietow y se inclinaron respetuosamente.

—Enséñenos sus gobelinos rusos y díganos el precio del escritorio—comenzó Pablo Besdietow.

—Siéntense, señores.

Se abrió la puerta del dormitorio y por ella asomó la cabeza el aristócrata Karasin; buscó la ventana con los ojos para no tener que ver a los hermanos y su voz rugió:

—Nadja, no les invites a sentarse. ¿Acaso saben estas gentes lo que es el verdadero arte? No les dejes husmear nada. No les vendas más que lo que no nos hace falta. Véndeles porcelanas, relojes de porcelana y bronces.

—Podríamos marcharnos—dijo Pablo Besdietow.

—Esperen ustedes, señores. Un ratito nada más. Wiaceslaw Iwanow se tranquilizará en seguida. ¡Es que está tan enfermo!—la señora Karasin se dejó caer desalentada en una silla—. Tenemos que vender algunos de nuestros muebles. ¡Ay, señores!.... Wiacheslaw, haz el favor de cerrar la puerta. No escuches aquí. Vete al jardín, te lo ruego....

. . . .

Jacob Karpowich Skudrin vivía al otro lado del estanque del molino, en una casa propia, junto al puente Skudrin. Aneja a éste era la presa, sobre la que algún tiempo había pretendido tener derechos. Los ochenta y cinco años de Jacob Skudrin no presentaban la menor señal de contacto con la revolución. No había conocido nunca una juventud y vivía sólo para engañar a su propia vejez. Nada se escapaba a su memoria, no tenía nada en el mundo y llevaba sus cuentas con la vida tan exactamente como con su hijo Alejandro. Solía este anciano esconderse tras una sonrisa baja, al mismo tiempo servil y astuta, y cuando son-

reía así se le arrasaban en lágrimas los ojos blanquecinos. Se había trazado para la vida una línea resbaladiza y blanda como un objeto de madera nacida en un pantano. El anciano era duro y vivía con dureza, como se habían vuelto con dureza contra él sus propios hijos. El mayor, Alejandro, había sido enviado el siglo anterior por su padre, que era ya un anciano, en cierta ocasión con una carta urgente al vapor correo Riasan, de la línea del Oka. El muchacho retrasó y recibió de su padre por esta falta un bofetón acompañado de estas palabras: "Para que apprendas a correr, ¡zopenco!" Este golpe fué la gota que hizo desbordarse el cántaro del sentido familiar. El joven que tenía catorce años, dió media vuelta, salió de casa y volvió siete años después, con el uniforme de la Escuela Técnica Superior Petersburguesa. Era precisamente al terminar el siglo. En los seis años sólo había escrito el padre a su hijo una carta, en la que le ordenaba volver y le amenazaba con la pérdida de su parte en la herencia paterna y con una maldición solemne. Pero el hijo era ya muy parecido al padre y devolvió la carta, añadiendo solamente al pie de la firma esta observación: "¡Vete al diablo con tu hacienda!" Pero cuando después de seis años de su maldición entró de nuevo Alejandro en la habitación, una mañana de primavera, corrió el anciano a su encuentro con una sonrisa de felicidad y levantando la mano para darle un sopapo. Con el mismo gesto amigable sujetó el hijo la muñeca de su padre y siguió sonriendo radiante de fuerza juvenil. La mano del padre se encontró presa como en unas tenazas. Con una ligera presión contra la rodilla tendida, hizo caer el hijo a su padre en la butaca que estaba al lado de la mesa, y le dijo cariñosamente: "Buenos días, querido papá. ¿Por qué estos cumplidos? Sigue sentado, querido papá".

El viejo resoplaba, jadeaba, sonreía; se deslizaba en su cara una bondad colérica, y por fin gritó a su mujer: "¡Corre, Maruischka! Trae wodka de lo más fresco de la bodega, querida mía, y fiambres para almorzar. ¡Cómo ha crecido este hijito! ¡Se ha hecho un hombre! Bendita sea nuestra casa porque ha vuelto el hijo, ¡hijo de perro!"

El primero que venció a su padre fué Alejandro; la segunda fué la revolución. Los senderos del hijo fueron distintos de los del padre. Alejandro se opuso a la revolución.

quiso combatirla y acabó por partirse el cráneo contra ella. Acabó en el sótano de una casa provinciana. Se puso muy erguido junto al muro y miró con ojos malignos, pero tranquilos, la bala de la "browning". Entonces, el padre, que había sobrevivido a su hijo, quiso intentar sus astucias con la revolución. En el fondo, no creía ni en ella ni en su hijo.

La serie de los hijos de Jacob Skudrin comprendía un ingeniero, un sacerdote, un bailarín, un médico y otro ingeniero. No hubo ninguno infiel a la casa de su padre, y todos acabaron por romperse la cabeza contra la revolución; sólo el anciano conservó su vida astuta. El año 1929 eran ya hombres casados los nietos mayores de Skudrin, y su hija única, Catalina, el menor de sus retoños, contaba diecinueve años. Nada quedaba al anciano del pasado que había querido guardar, y sólo el recuerdo de su hijo Alejandro era un simulacro de honor.

Desde hacía cuarenta años padecía Jacob Skudrin de una hernia, que se sujetaba con la mano al andar por la abertura de la camisa, y sus manos estaban verdes de la hidropesía. Con el viejo salero familiar extendía sobre el pan gruesas capas de sal, y luego mordía, haciendo rechinar los dientes, y volvía a poner cuidadosamente en el barril las migajas que se desprendían. En los años últimos había olvidado Jacob Skudrin el modo de dormir como un hombre ordinario; se despertaba a media noche y leía la Biblia o salía con las vacas a los prados al romper el alba y dormía después hasta el medio día. A esta hora volvía a levantarse y se encaminaba a la biblioteca de la ciudad, donde leía los periódicos. Estaba enteramente calvo, blanco como la nieve, y hinchado por la hidropesía, y antes de poder hablar necesitaba toser y escupir una eternidad. La casa Skudrin perteneció antes al propietario Werejski, que después de la abolición de la servidumbre quedó arruinado y se ganaba la vida como una especie de factótum. Jacob Karpowich entró en una casa como escribiente al terminar el servicio militar, aprendió en ella la treta de los picapleitos y acabó por comprar a su patrono el oficio y la casa. Desde entonces aconsejaba a sus conciudadanos en las cuestiones de Derecho y corría entre los aldeanos para defenderlos en sus procesos. Desde los tiempos de la emperatriz Catalina no había cambiado la casa en lo más mínimo y en sus ciento

cincuenta años tan sólo había teñido por fuera de un tono tan oscuro como los muebles de caoba de su interior. Las ventanas estaban cubiertas de un verde espeso. El viejo se acordaba de todo, del noble campesino a quien había pertenecido como siervo de la batalla de Sebastopol en la que había combatido. Para él la servidumbre era una cosa tan presente como su hijo Alejandro, y en el curso de los cincuenta últimos años había aprendido los nombres, patronímicos y apellidos de todos los ministros y comisarios del pueblo, además de los de todos los embajadores y enviados especiales, tanto en la Corte Imperial Rusa como en el Comité Ejecutivo Central de los Soviets, sin contar los de todos los cancilleres o primeros ministros de las naciones extranjeras, con los de sus correspondientes emperadores, reyes y papas.

Solía decir: "He sobrevivido a Nicolás Pawlowich, a Alejandro Nikolaiewich, a Alejandro Alexandrowich y también sobreviré a Alejo Iwanowich" (1).

Además de Jacobo Karpowich, vivían en la casa Skudrin, su mujer, María Klimowna, y su hija Catalina. A pesar de la revolución y de la senil astucia del propietario, la vida en la casa es idéntica a la de los tiempos medievales que precedieron a Pedro el Grande, aunque en el interior resplandezcan muebles de caoba de la era de Catalina. Los viejos encuentran su medio de vivir cultivando hortalizas y en la casa no se encontraría sino tres productos industriales: fósforo, petróleo y sal. Toda la familia se ocupa en el huerto de las coles, zanahorias, nabos, pepinos, cebollas y legumbres. Por la noche el anciano apacienta las vacas hasta el amanecer y corre hasta el dique a través de las praderas, rondando en las nieblas, descalzo, en camisa de dormir y calzoncillos. Durante el invierno sólo se encendía la lámpara cuando el viejo leía la Biblia y el resto del tiempo su mujer y su hija tenían que estarse sentadas en tinieblas. A mediodía íbase el viejo a la biblioteca de la ciudad y absorbía nombres y fechas de la revolución comunis-

(1) Estos nombres son respectivamente los de los zares Nicolás I, Alejandro II, Alejandro III y Nicolás II y los del Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Rykow.

ta. Mientras tanto su hija se sentaba a la espineta y tocaba cánticos religiosos del compositor Kastalski. Casi al anochecer volvía a casa el anciano, comía y se acostaba; la casa entonces quedaba en poder de las mujeres. Al oscurecer se escurría la hija a la iglesia para los cantos del coro. El padre despertaba a medianoche. Jacob Skudrin perdió el concepto del tiempo, se burlaba de la muerte y no se acordaba de temer la vida; apacentaba su vejez como apacentaba las vacas, y en su presencia la madre y la hija callaban. La madre sólo salía de casa para ir a la iglesia; ella guisaba "kascha" y sopa de coles, amasaba el pan, ponía a agriar la leche sobre el fogón, cuidaba de que se secase la salmuera, arreglaba las habitaciones, jugaba con sus nietos pequeños y, en fin, vivía y hacía las labores de la casa como habían hecho y vivido las mujeres rusas durante cinco o seis siglos. Esta seca y arrugada María Klimowna era exactamente el tipo de la mujer que se ha producido en Rusia alrededor de los iconos de la Madre de Dios del siglo XV. La dura voluntad del hombre que cincuenta años antes, al día siguiente de la boda, había trazado con los dedos húmedos la raya de los cabellos de la mujer, la dura voluntad del hombre que conservaba guardadas como en un arca de hierro todas las pequeñas alegrías de la esposa hasta el fin de su vida, convertía su sumisión en una regla inquebrantable y hacía de la puerta de la casa el límite de su mundo. La madre cantaba con su hija los melancólicos salmos de Kastalski. En aquella casa dominaba la Rusia anterior a Pedro. El viejo leía la Biblia y perdía el respeto a la vida. Raras veces, con meses de intervalo, se acercaba el anciano en la noche silenciosa al lecho de su mujer, jadeante, y murmuraba: "Oye, Mariuchka.... Todavía estamos vivos...."

Temblaba la vela en sus manos y sus ojos se cubrían de lágrimas y reían. María Klimowna le hacía la cruz y se la hacía a sí misma llena de espanto, y Jacob Skudrin apagaba la vela. Fuera de la casa se levantaba la ciudad de la retaguardia revolucionaria y la revolución seguía su camino. Al otro lado del tabique estaba en la cama Catalina. Catalina tenía unos ojos amarillos que parecían inmovilizados por un sueño infinito. Las pecas cubrían todo el año sus mejillas abultadas, sus brazos y piernas parecían vigas, y sus pechos las ubres de una vaca suiza. El viejo Skudrin

guardaba la castidad de su hija como un tesoro enterrado por siglos. Su dote estaba profundamente enterrada bajo la tarima de la casita de baños.

. . . .

Los cuervos se llevaron el día. El cielo, por el sitio donde se ponía el sol, estaba ennegrecido por los cuervos que revoloteaban llevándose el día en los picos. De minuto en minuto interrumpían el anochecer nubes grises preñadas de lluvia, haciéndole detenerse a cada paso como el caballejo que llevaba el tonel de agua. Cuando el trabajo del día estuvo terminado, los hermanos Besdietow volvieron a casa de Skudrin con los ojos fatigados por los negocios y vacíos como las órbitas de una calavera. Para comer se sentaron al lado uno de otro y bebieron coñac; luego se tendieron a dormir otra vez en el suelo, sin desnudarse. Junto a sus cabeceras pusieron la botella de coñac. Inmediatamente después de la comida se encaminó Jacob Skudrin a sus negocios con los bolsillos llenos de billetes de rublos y de listas que le habían entregado los Besdietow. Tuvo que ir a ver al embalador y luego al carretero, y proporcionarse cuerdas y envolturas y cuidarse de preparativos y expediciones hasta que pudo tener facturado en la estación todo aquel ajuar de los tiempos de Catalina, Pablo y Alejandro. Iba el anciano con un ancho sombrero de fieltro, pero completamente descalzo. Por el camino se decía: "Hubiera sido mejor encomendar el embalaje y el transporte a los vagabundos. Son un poco raros, pero también son las personas más decentes del lugar. Pero desgraciadamente no puede ser. No lo consiente mi hermano Iwan, que ahora se llama Oshogow en lugar de Skudrin. Ahora es el gran revolucionario de los camaradas mendigos y no les permite trabajar para contrarrevolucionarios como yo".

La tierra daba vueltas camino de la noche. Al oscurecer empezó a lloviznar. Como en toda la noche no dejaban de llamar secretamente a la ventana de María Klimowna, tuvo que salir Catalina a indagar quién era. Eran unos mendigos que ofrecían, balbuceando, sus mercancías "para las personas inteligentes que compran cosas viejas": gorras antiguas, "samowares" abollados, libros, candelabros, gemelos de ópera. Estas gentes de retaguardia eran sim-

ples mendigos sin ninguna idea del valor artístico de las cosas. Catalina no les dejó entrar en casa con sus harapos remendados de verde, y les propuso que volvieran al día siguiente, cuando los huéspedes estuvieran despiertos. Soplaba un viento. Este que empujaba ante sí las nubes y arrastraba hacia agosto la noche de julio; la lluvia olía a otoño. El arte de los muebles de caoba es el de las cosas que viven mucho más tiempo que los maestros que las hacen y que los hombres para quienes fueron construidas. Aquella misma noche Olga Pawlowna Tuchkow, la mujer con cara de vieja y movimientos de doncella, corría por los bosques de la orilla del Oka. Nubes grises amontonadas ahogaban el cielo por el Oeste, el viento hacía oler el bosque y el valle del Oka se extendía inacabable como lo hacía en los tiempos primitivos. Aquí soplaba el viento lejano emparentado con los bosques, las colinas y las hierbas. La mujer, con el miedo de una muchacha, por el bosque corría hacia la aldea para buscar entre los campesinos las sillas y las butacas de madera roja que no servían para nada en la aldea.

Aquella noche, por vez primera en los cincuenta años que llevaban de matrimonio, vió María Klimowna bailar a Jacob Skudrin. Volvía Jacob Karpowich a una hora desusada de la excursión de negocios, de su campaña por la caoba, con el ancho sombrero muy echado hacia la nuca, y entró en su patio secular dando con los pies descalzos torpes pasos juveniles de baile. Unas veces parecía deslizarse sobre patines, otras saltaba como un húsar a caballo y otras se elevaba como un bailarín de "mazurka" y chocaba los talones. Abrazó el sombrero como si fuera una pareja. Jacob Karpowich bailaba como si no existiese la noche ni la lluvia, pero María Klimowna vió cómo la cara arrugada del anciano brillaba de felicidad en aquella hora que había de ser una de las últimas de su vida.

Los cuervos se habían llevado el día. La torre de Marina Mnichek reinaba solitaria sobre el Kremlin de Kolomna sumergida en profundas tinieblas. La noche y la lluvia parecían derramarse de negros toneles de agua.

. . . .

Después de atravesar bailando el patio de su casa buscó apresuradamente Jacob Skudrin a los hermanos Besdietow. Los sacó a sacudidas del sueño en que estaban sumi-

dos en el suelo del salón, y llevándolos a su despacho, cerró cuidadosamente la puerta. Bajo sus pies se formaban charcos en la tarima. Al mismo tiempo que el anciano, entró en el gabinete el estilo volteriano de la Kolomna asiática, con su parterre, sus banquitos delante de las puertas de las casas y sus semillas de girasol. Jacob Skudrin avivó impaciente la lámpara de petróleo.

—Hoy ha habido huelga en la construcción—murmuró a los dos hermanos.—Han parado las mujeres. A las diez y media en punto, a una señal que dió la sirena fuera de tiempo, todas las obreras han dejado el trabajo y se han encaminado a la ciudad en filas, en silencio, sin cantar. En la esquina de la calle Riepin se han agrupado alrededor del ataúd de la mujer de Sadykow y han marcado el compás de la marcha fúnebre y han continuado así detrás del entierro. Muchas lloraban, y otras aullaban como los perros del castillo. ¡Una huelga! ¿Quién hubiera pensado esto?

—Has llevado al prado la dinamita?—preguntó Pablo Besdietow. Esta noche se hará. Bajo la falda de las mujeres se esconde perfectamente.

Los hermanos le escuchaban en silencio, puestos de pie, con una expresión preocupada hasta rayar en dura. El viejo se deshacía en expresiones de gozo. La provincia, la mujer asiática Kolomna, oprimida en las huellas húmedas de Jacob Karpowich, se erguía sorprendida e incomprensiva ante esta huelga. ¡Cómo! ¿Las mujeres, las cargadoras de la construcción, habían acompañado en silencio, con una irritación más grave que el enfado y los insultos, el ataúd de María Sadykow? ¿Millares de mujeres, manchadas de tierra, petrificadas por un trabajo de piedra, habían marchado hacia la sepultura, en filas silenciosas, con sus pañuelos de cabeza y sus faldas de colores, residuos de la vieja Rusia, por las calles de la vieja Kolomna? Tras de este desfile, Jacob Skudrin veía a su hijo Alejandro, veía la bodega con la pared manchada de sangre y el cañón del revólver, y se veía a sí mismo su vejez lamentable, su dignidad humana arrastrada por el polvo, y veía, por último la dote de Catalina, las joyas escondidas bajo la tarima de la caseta de baño y su tiempo perdido en la sala de lectura, donde los periódicos hacían burla de él. Tras la fila de las mu-

jeres veía el anciano levantarse una columna de humo y escuchaba el estallar de la dinamita, el crujir de los huesos; veía cuerpos humanos destrozados y el agua cubriéndolo todo. Y envuelto en el humo de la dinamita, sobre la sábana de agua y los bloques de granito reventados, veía su propia figura, la del anciano Jacob Karpowich Skudrin, cubierto de caspa y seguido de los Besdietow y del ingeniero Poltorak como en el cuadro de Sjerow el zar Pedro contemplando San Petersburgo. El, viejo miserable, era Pedro el Grande. El, anciano tiñoso, ponía en la revolución sus abscesos purulentos para cobrarse por su hijo Alejandro, por Rusia, por sí mismo por su cuarto volteriano con muebles de caoba. En medio del cuarto estaba la provincia rusa convertida en charcos bajo las pisadas de Jacob Karpowich. Sentóse Jacob Skudrin en el diván. Vivía gozando de sus días.

—Estallarían las detonaciones en el aire. Nadie nos verá entre el humo y las explosiones.

Empezó a humear la lámpara embebida de petróleo.

A las nueve en punto llegó el ingeniero Yewgueni Yewguewich Poltorak en un coche de alquiler. Atravesó velozmente el patio, sacudió en el vestíbulo el agua de su abrigo y entró en la habitación. La hija de la casa, Catalina, estaba sentada a la espineta, acompañándose los cánticos eclesiásticos de Kastalski. La música tenía un acento triste. En el cuarto de Jacob Karpowich centelleaba la caoba, y arriba en la librería, flotaba un navío, una anticuada fragata con los costados de bronce y el cordaje de cristal. En esta fragata se echaba el coñac, que después de un viaje marítimo y alcohólico pasaba por un tubito situado debajo del bauprés a los vasos y de éstos a las gargantas de los hombres. En esta fragata navegaba el alcohol impulsado por el viento noreste de lo fantástico volteriano (1). Los comerciantes de muebles pusieron aguardiente en la fragata, en honor de Poltorak. Estaban silenciosos, sentados alrededor del navío, con sus levitas muy cerradas, rígidos, sin

---

(1) El volterianismo se emplea aquí como modelo del tipo de aristócrata ruso del siglo XVIII, que, efectivamente, tomó de Voltaire la libertad de pensamiento; pero sin disminuir por eso la explotación de sus beneficios.

pestañear, poniendo atención a todo. La lluvia goteaba so-
bre la ventana para confirmar que la noche era de otoño.

Tanto Poltorak como Skudrin se encontraban en un estado de ánimo singular. El primero, como hombre de una capacidad de observación organizada y europea, tenía prisa aquella noche; en sus breves frases sólo se escuchaba a sí mismo, se acechaba exclusivamente a sí mismo y hacía centinela ante su propio yo. Deseaba acelerar el tiempo y retardarlo a la vez, y se llenaba de confusión.

Jacob Karpowich daba brincos y escarbaba con sus pies desnudos en torno de Poltorak, se pegaba materialmente a él, reía a hurtadillas y cloqueaba, unas veces astuto y otros sumergido en profunda y terca seriedad. Estaba en su elemento.

—¿Ha oído usted, Yewgueni Yewgueniewich? Hay huelga en la construcción.

—Sí. Una huelga de protesta.

—¿Y cómo se explica usted eso, Yewgueni Yewgueniewich?

—Qué cómo me lo explico? Hoy he estado con los obreros en el Consejo de Producción. Ahora son los jefes. No sólo deciden las cuantía de los salarios que han de satisfacerse, sino que han decidido rechazar mi proyecto de transacción. Creen que son capaces de hacerlo todo como los ingenieros.

—¿Y la huelga de las mujeres? Lo uno arranca de lo otro. Ya no son los trabajadores solos los que tienen conciencia de su fuerza, sino también las mujeres.

Skudrin hizo una pausa y añadió duramente:

—Esta noche empezaremos nosotros. ¡Ya no habrá más aplazamientos!

—Tenemos que empezar ya—asintió el mayor de los Besdietow.

—Sí. Tiene que suceder algo—dijo Poltorak inseguro—. Verdad es que precisamente ahora hay poca agua....

De repente, se volvió hacia Skudrin con un aspecto extraño de interrogación:

—¿Cómo va el asunto de usted, Jacob Karpowich? ¿En qué estado está el asunto? Dígame: ¿podría usted matar un hombre? He tenido hoy en la asamblea la sensación de que la actitud espiritual de los obreros se ha transformado ra-

dicalmente; son ahora los amos, los soberanos. los jueces....

—¿Qué significa eso de "en qué está el asunto"? Esta noche lo volamos.

—Sí. Así debe ser. Aunque ya acabo de decir que ahora hay poca agua.... El agua es más fuerte que la dinamita...

La voz de Poltorak se volvió de nuevo insegura:

—Jacob Karpowich, ¿es usted capaz de matar?

—¿Qué quiere decir.... matar....?

—Sencillamente...., pues matar.

Jacob Karpowich se encontraba en su elemento.

—¿Matar?—preguntó a su vez sonriendo—. He imaginado una idea precisamente para usted, Yewgueni Yewgueniewich, una idea. Se refiere a la teoría marxista. La teoría del proletariado europeo de Carlos Marx es una charla sin sentido que será olvidada en seguida, porque desaparecerá todo el proletariado. ¡Cuántos pueblos no se han derrumbado melancólicamente! Tres de mis hijos han sido fusilados y, sin embargo, las gentes siguen viajando Oka abajo como si no hubiera sucedido nada. Mi idea es ésta: tampoco la revolución ha variado nada en el mundo, porque ha sido un error histórico, un error cuyas consecuencias sufrimos. Dos o tres generaciones más y el proletariado habrá desaparecido, empezando por América, Inglaterra y Alemania. Marx fundó su teoría en el trabajo muscular porque creía que el trabajo muscular sería eterno; pero ahora resulta que el trabajo de las máquinas substituye a los músculos. Pronto llegará la época en que en las máquinas no habrá más que ingenieros, y entonces todos los proletarios se convertirán en ingenieros. Habrá entonces cinco hombres en la máquina y cuarenta en la oficina de fabricación; así que los oficinistas se convertirán en proletarios. Este es mi pensamiento. Pero el ingeniero no es nunca un verdadero proletario, porque cuanto más alto es el grado de cultura de un hombre, menos necesidades superfluas tiene, y, por lo tanto, estará siempre en mejor posición cuando se le coloque en iguales condiciones que todos los demás hombres, en cuanto los bienes materiales sean iguales para todos para emancipar el pensamiento... ¿No es así? Me dirá usted que habrá siempre explotación. Sí, porque ésta es la masa de la sangre; pero no será una explo-

tación según la teoría marxista. ¡No! Al aldeano, que es el único hombre a quien se le puede explotar, porque es un animal, no se le puede emplear en las máquinas; las estropearía y cuestan muchos millones. La máquina es demasiado cara para poder economizar con ella un céntimo con los hombres. El hombre debe necesariamente conocer la máquina, y la máquina necesita un hombre perito, pero nada más que uno, en lugar de un centenar como antes; y lo que hay que fomentar son hombres así (hablaba el anciano como si fuera idiota, sonriendo de júbilo y tambaleando la cabeza y sosteniéndose la hernia por la abertura de la camisa). Entre nosotros, naturalmente, se suele comparar al aldeano con el comerciante; el comerciante es como un papa, que se emperejila estúpido, vive en una gran casa y tiene cuanto puede desear. Y yo ando descalzo y no me va peor por eso. Hay que amar y respetar a los hombres, y entonces no hace falta matarlos.

Poltorak apenas escuchaba; se contemplaba a sí mismo y bebía cognac para ahogar sus pensamientos. Por fin interrumpió el anciano:

—Aguarde usted, Jacob Karpowich, y no sutilice demasiado sus pensamientos. ¿Puede usted matar a un hombre? ¿Matar con sus propias manos?

—¿Cómo dice usted?

Skudrin se sonrió para sus adentros, carraspeó y escupió.

—No; no me ha comprendido usted bien, o quizá demasiado (los dientes de Poltorak brillaban perversos por el oro). Yo no le propongo a usted matar a una persona determinada, sino que planteo la cuestión en principio: ¿Puede un hombre matar, o no?

—Sí. ¿Y la explosioncita que se producirá esta noche en la construcción? Como decía...., yo llevo a pastar en los prados mis reses, nuestras nodrizas las vacas.... Usted recordará lo que solía decir: "Toda construcción se funda en sangre".... En una explosión así se ven volar cabezas por el aire como bombas mientras los brazos y las piernas saltan por otro lado, pero luego viene el agua y se lo lleva todo al diablo. ¡Y esto también es matar!

De pronto empezó Jacob Karpowich a hablar gravemente y sus ojos se volvieron tranquilos, casi jóvenes. Los

Besdietow bebían coñac impasibles y escuchaban sin mover los ojos. Poltorak, excitado, paseaba de un lado a otro de la habitación. Tamborileaba la lluvia en la ventana y la corriente de aire agitaba las cortinas y hacía oscilar la luz. Reinaba en el gabinete Voltaire un ambiente volteriano. La mujer sucia, que es una provincia semiasiática, fluía de los pies de Jacob Karpowich en el diván, se sentaba en él y se rascaba.

—No; no me refiero a eso—exclamó Poltorak haciendo brillar otra vez sus dientes de oro—. Matar con las manos limpias; no apuñalar, ni disparar tiros ni envenenar: ¡matar sin sangre!

—Unos pueden y otros no.

—¿Quién puede y quién no?

—Nosotros cuatro.

—¿Qué nos pasa a nosotros cuatro?

—Que podemos matar.

Sacó Jacob Karpowich la mano de la abertura de su camisa y quedó en pie, con el corazón decidido. Sus ojos, generalmente fatigados, brillaban con una expresión maligna. Hablaba sin toser ni jadear; su voz ardiente de bajo sonó más fuerte, y el anciano se animó.

—¿Por qué?—exclamó Poltorak.

—Sencillamente, Yewgueni Yewgueniewich, porque hemos perdido la conciencia. Lo sabemos todo y somos capaces de todo (Jacob Karpowich sonrió, pero se volvió a poner serio en seguida). Yo no me avergüenzo ya de hablar de la conciencia. En realidad no me avergüenzo de nada. ¿No me han obligado a andar con la cabeza descubierta a pesar de mis años? En todos nosotros han desaparecido la vergüenza y la conciencia y somos capaces de todo: de robar, de traicionar, de matar. Muchas veces pienso, y no me canso de meditarlo: ¿Qué hay prohibido para mí? ¿Mi hija? Para quien la guardo yo? ¡Tonterías! ¡Yo soy capaz de todo! Y realmente no quiero más que el mal y no encuentro placer sino en él. Mis hijos—de tal palo tal astilla—todos se han roto la cabeza contra la revolución, como un toro contra una puerta nueva, y se han perdido en la lucha; pero yo me he confiado a mi entendimiento, a mi astucia; he pensado engañar a todo el mundo y quizá lo he conseguido (Jacob Karpowich sonrió y volvió a ponerse serio)... Y acaso lo he conseguido. Me he fingido ante las gentes un

viejo loco que ha perdido la razón; he hecho como si me tuviera a mi mismo y tuviera a la vieja Rusia por loca. Perdonadme que hable tanto de esto hoy. Hoy es el día de mi santo y quiero hacer fuegos artificiales con la dinamita que hemos escondido en la pradera con ayuda de mis vacas. Esta es una cosa sin astucia, sencillísima y esto es lo que más me regocija. Escuche usted Yewgueni Yewguenlewich: no son los bolcheviques los que se ocupan de hacer marchar el río Moskwa hacia atrás; está empeñada en eso toda Rusia y con ella el rublo, el brazo de Rusia. Y yo, por encargo de ustedes y de acuerdo con sus planes, llevo a pacer mis vacas en los prados. La honradez es un mandamiento Yewgueni Yewguenlewich; pero aquí no se trata de honradez, sino de desvergüenza (Jacob Karpowich jadeó ligeramente). Ser honrado, Yewgueni Yewguenlewich, aunque sea por desesperación. ¡Una honradez desesperada! Matar es libre, porque la vida del hombre es barata y su sostenimiento es caro. Tenemos organizaciones en lugar de hombres, y vivimos para la comida y no para la honradez. Hay maderas que crecen en los pantanos. las cubre el fango, se posan en ellas las sanguijuelas y se cuelgan los cangrejos; los peces nadan por entre sus ramas, la vacas los cubren con sus deposiciones, a su alrededor fluyen la fetidez y la basura, y yo vivo y sigo hablando de esto. Yo lo comprendo todo y lo veo todo. ¡Podemos matar! ¡Ordene usted a quien! Hablemos claramente por fin, Yewgueni Yewguenlewich. No hay ocasión más a propósito que esta noche: llueve y los mozos no irán a echarse con las chicas; no se trata más que de la huelga. Yo iré a apacentar las vacas, y usted, con los Besdietow, me seguirá.

—Pero yo no quiero matar a nadie—dijo Poltorak en voz baja—. Sólo es capaz de matar un hombre que no tiene fantasía...

—¿Qué significa eso de que no quiere usted matar a nadie?—preguntó el mayor de los Poltorak.

—Es cierto—dijo Jacob Karpowich ocultando la cara para sonreír—. Quizá no del todo, pero es cierto. Un criminal no ha de tener fantasía. Le atormentan apariciones, analogías. Dando por supuesto, desde luego, que haya conservado su honradez. Y nosotros cuatro nos las arreglamos bien precisamente porque tenemos fantasía.

Poltorak se llenó un vaso de coñac de la fragata, y después de beberlo dijo para sí:

"Yo no quisiera matar.... Tengo que irme porque me están esperando. Adiós. Nosotros no hacemos la guerra a los obreros...."

—¿Quién le espera a usted?—preguntó severamente el mayor de los Poltorak.

—Vamos al asunto, Yewgueni Yewguenievich—dijo Jacob Karpowich sonriendo amigablemente—. Ahora no puede usted marcharse a ninguna parte. Es preciso que se esté aquí.

—He venido con una mujer que me está esperando. Cuando yo era joven... Me duele la cabeza. Tengo que darme prisa.... Cuando yo era niño de trece años leí por primera vez "La Guerra y La Paz", de Tolstoi. ¡Cómo lloré en el pasaje en que Anatolio Kurakin besa a la joven Natacha Rostow! Lloré por su honor lastimado; me daba pena la bajeza de Anatolio, que se había atrevido a tocar su pureza... ¡No; yo tengo fantasía! Se trata ahora del honor lastimado, pero no del honor de Natacha Rostow, sino del de todas las mujeres rusas. Hoy en el cementerio han tomado las mujeres su causa en sus manos y en el Consejo de Producción ha hablado contra mí una mujer.

Separándose de la fragata de coñac, los hermanos Bessonow se pusieron detrás de Poltorak y Jacob Karpowich sonrió. Poltorak se dejó caer indeciso en una silla; su cabeza se sumergía en las tinieblas del alcohol.

—Quisiera contarle una cosa. No tenga usted tanta prisa—comenzó entre hipos Jacob Karpowich—. Natacha Rostow es en sí y por sí una fantasía. En Rusia significa mirar hacia atrás, y lo que se ve es horrible.... Voy a hablar de mí mismo de las consecuencias lógicas a que he venido a parar. Escuche usted y examine mis palabras. Tengo ahí, en la librería, obras sobre estas cosas. Cuente usted: "Mendigos", "Pobres Lázaros", "Cantares callejeros", "Adivinos", "Vagabundos", "Pedigüeños", "Rezadores de salmos", "Trotamundos", "Beatos", "Santos fingidos", "Profetas", "Locos y locas", "Lisiados e imbéciles", "Por decirlo así", "Los rizos de la cabeza de nuestra santa Rusia", "Los grupos de pobres a la puerta de las iglesias", "Los cantantes vagabundos que lloran en el nombre de Cristo", y de la "Madre-

cita Rusia". ¡Qué abigarrada corona de rizos forma todo esto! Pues bien; estas gentes existen, piénselo usted bien, desde hace más de mil años en nuestra tierra, desde la fundación del Monasterio subterráneo de Kiew, la Pecherskaia Lawra. Innumerables escritores han aguzado sobre ellos sus eruditas plumas, historiadores y etnógrafos han escrito sobre ellos libros científicos. No he de decir yo si estos escritores realizaban una labor común con sus santos mendigos y si unos y otros estaban locos o eran unos estafadores, pero el caso es que se les consideraba como el "adorno de nuestra iglesia", la "Hermandad de Cristo", los "que ruegan por la paz". Ya hablaremos luego de nuestra "santa Daniluchka de Kolomna" y de mí y mi hermanito Iwan, el proletario vagabundo. Por el momento quisiera hablar de nuestro totalmente ruso Iwan Jakowlewich. Murió el año sesenta del pasado siglo. Yo me acuerdo de él bastante bien. Era un alumno no aprobado de la Academia religiosa. Murió en Moscú en el hospital Preobrachenski, y de sus funerales hablaron los periodistas, los poetas y los historiadores. En el "Noticiero Local", de Moscú, se publicó una poesía necrológica dedicada a él; permitan ustedes que la cite:

Iwan Jacowlewich ha muerto para siempre,
El querido profeta que conducimos al último descanso
Por millares, en pie o en coche, camino de su tumba,
Mientras un sombrío dolor llena de espanto a nuestros pechos.

Jacob Karpowich hizo una pausa, gozándose en su buena memoria, y continuó:

—El cronista contemporáneo—hoy diríamos el novelista documental—Skawronski escribe en sus "Apuntes de Moscú, que en los cinco días que mediaron entre la muerte y el entierro del profundamente ruso Iwan Jacowlewich se dijeron más de trescientas misas de difuntos, y que muchos devotos permanecieron noches enteras a la puerta de las iglesias. Hubo que celebrar el entierro un día festivo, y los policías cuidaron de divulgar la noticia. Desde muy por la mañana empezaron a reunirse el día del entierro los devotos del santo y no era posible ponerse de acuerdo sobre el sitio en que había de tener lugar la inhumación; muy pronto empezaron a producirse riñas y los gritos y los insultos

crecían por momentos. Los unos querían transportar el cadáver a Smolensk, patria del difunto, otros querían entregarlo al Monasterio de frailes de Pokrowsk, donde había sido ya excavada una sepultura bajo la iglesia; un tercer partido imploraba encarecidamente que se entregasen los restos al Monasterio de mujeres de Alexeiew, y, por último, un cuarto grupo no dejaba que le arrebatasen el ataúd y lo conducía a la aldea de Cherkisowo, porque temían que en Moscú fuese robado el cadáver. Mientras tanto no cesaba de llover y las calles estaban terriblemente sucias; pero a pesar de todo, mujeres, solteras y casadas, y damas con crinolinas se arrojaban de bruces en el fango y se arrastraban bajo el ataúd. Iwan Jakowlewich había inmediatamente después de su muerte—perdonen ustedes la crudeza de las palabras—meado y ensuciado; los excrementos escurrían del ataúd y los sirvientes del cadáver tenían que cubrirlos con arena. Los fieles de Iwan Jakowlewich recogían esta arena ensuciada y se la llevaban. La arena gozó fama de poseer excelentes virtudes curativas. Cuando le dolía el vientre a un niño, su madre le ponía media cucharadita de arena santa en la "kascha" y la criatura sanaba inmediatamente. Después del oficio de difuntos se partió en pedacitos el algodón que el difunto empleaba para taparse las narices y los oídos, que fué distribuído entre los creyentes. Numerosos devotos llevaban consigo frasquitos y recogían en ellos la humedad que se desprendía del ataúd, porque el difunto había muerto de hidropesía. La última camisa que había llevado sobre su cuerpo Iwan Jakowlewich, se convirtió igualmente en talismán. Al salir de la iglesia el cadáver todos los lisiados, imbéciles, mendigos, vagos, monstruos y beatos se agruparon en un enorme montón, y como no podían entrar en el templo, que estaba demasiado lleno, se quedaron en la calle, y allí, a la luz del día, ocurrieron apariciones y visiones, se expresaron a voces profecías y blasfemias se consiguió algún dinero y se oyeron gritos fatídicos... Vea usted si gusta. Así puede un hombre encontrar un fin digno.

—¿Por qué me cuenta usted esto?—preguntó Poltorak sin fuerzas.

—¿Que para qué se lo cuento?

Jacob Karpowich iba volviéndose más animado y se

boreaba sus propias palabras. La provincia, mujer asiática, escuchaba en el diván, como un público atento.

—Tenga usted la amabilidad de escucharme. ¿No sabe usted por qué era célebre Iwan Jakowlewich? ¡Por su don de profecía. No sólo daba profecías de palabra, sino también por escrito; así que hay material abundante para disertaciones históricas. Se le preguntaba, por ejemplo, brevemente: "¿Debo casarme?", y él contestaba: "Si la familia no trabaja, no debe comer."

—Qué quiere usted decir con eso?—preguntó Poltorak.

—Toda mi vida me ha llenado de gozo pensar en la muerte, Yewgueni Yewguenlewich. Es posible que sean estos mis mejores recuerdos. Hágame usted el favor de escucharme. El queso pasa entre nosotros, muy injustamente, por un alimento extranjero; pero yo lo considero un manjar tan típicamente ruso como la cebolla. A mí me gusta mucho la cebolla. Pero hace mucho tiempo que el mejor queso de Rusia es Kitaigorod, nuestra querida ciudad del interior de Moscú. Los gusanos de este queso eran los imbéciles y los adivinos que vivían en él en grandes montones. Unos escribían versos, otros cacareaban como gallinas o chillaban como pavos reales, los de más allá se ahogaban mutuamente los gritos en "nombre del señor", y otros repetían sin cesar la misma frase que se creía era la profecía y daba al que la decía fama de gran adivino; por ejemplo: "La vida del hombre es una calle, el ataúd un coche que ya no sacude ni zarandea". Había especialistas en voces de animales, maestros en ladridos que fingían repetir los Mandamientos de la Ley de Dios en la lengua de los perros. En esta profesión de los mendigos, profetas, recitadores de salmos, leprosos y anunciadores de la palabra divina, hez de toda nuestra santa Rusia, se reunían campesinos, burgueses, obreros, mercaderes, aristócratas, niños, ancianos, hombres vigorosos y mujeres fecundas. Estaban, y ustedes perdonen, borrachos casi siempre y apestaban a cebolla.

—Pero, ¿por qué me dice usted eso? Tengo que irme—murmuró Poltorak, agotado.

—Acabo ahora mismo—le consoló Jacob Karpowich—. Sobre todos estos idiotas se extendía la magestad azul celeste y, por decirlo así, en forma de cebolla de nuestro zarismo ruso, que nos protegía a los desdichados como una

campana de cristal guarda el queso y la cebolla, porque nuestra querida cúpula nacional en forma de cebolla es sólo un símbolo de la vida acebollada de Rusia. Un símbolo, Yewgueni Yewgueniewich. Digo esto contestando a la pregunta de usted sobre el derecho de matar, para que pueda resolver por sí mismo. No nos queda otro camino. ¿El socialismo? ¡Con eso no transijo yo! Si consiguen hacer que nuestros ríos vayan hacia atrás y nosotros no volamos la presa, como tenemos proyectado, la inundación nos ahogará. Toda esta habitación quedará sumergida, y los peces nadarán a nuestro alrededor y pondrán sus huevos en nuestro barquito de coñac. Y yo he nacido en esta casa, en ella han nacido todos mis hijos. Yo estoy por Rusia. Yo no quiero nada con los peces, porque me va mejor con mis chinches. Y el socialismo, con perdón de ustedes, que.... Por eso he recordado a Iwan Jakowlewich, porque yo también puedo morirme, y le envidio los honores que encontró a su muerte. También envidio a mi hermano Iwan. Yo soy un carácter envidioso, Yewgueni Yewgueniewich.

Malignamente dijo Poltorak:

—Pero se ha olvidado usted de una circunstancia muy importante, Jacob Karpowich, y es que sus idiotas, que son o locos o estafadores, se descomponen en asesinos o asesinados. Los pícaros son asesinos y los locos víctimas.

—Absolutamente exacto, Yewgueni Yewgueniewich. Los embaucadores florecen y los locos revientan. Yo sé por noticias muy dignas de crédito que Iwan Jakowlewich era un embaucador; pero Rusia adora a sus embaucadores. Permítame usted una sola reflexión. Tengo muy pocas veces ocasión de expresarme como lo estoy haciendo ahora, Yewgueni Yewgueniewich. Permítame usted que me considere como un completo burgués. ¿Qué es en opinión de usted lo que mueve el mundo? ¿La civilización? ¿La ciencia? ¿El descubrimiento del vapor? ¿El trabajo? ¿El hambre? ¿El amor? ¡No! ¡Nada de eso! Es la memoria, nada más que la memoria lo que mueve el mundo. Imagínese usted una escena: ayer por la mañana me levanté yo con los sentidos y el entendimiento en perfecto orden; sólo me faltaba la memoria. Me desperté en mi cama y caí de ella, porque me había olvidado del espacio. Mis pantalones están encima de una silla, y yo

me hielo y no sé cómo acercarme a ellos; no sé si debo levantarme o arrastrarme a cuatro pies. No me acuerdo del día anterior, y, naturalmente, no temo la muerte, porque no tengo noticia de ella. Los ingenieros olvidan sus mesas de trabajo, y el diablo se lleva las vías férreas, los canales, las locomotoras. Los popes no encuentran el camino de la iglesia y al mismo tiempo han perdido la memoria de su Señor Jesucristo. Sólo me queda el instinto, que, a su modo, hace también el papel de la memoria. ¡Si pudiera hacerlo! Pero, de todos modos, yo no sé si esto que hay aquí es la silla o el pedazo de pan que dejé sobre ella. Veo a mi hija y la tomo por mi mujer.... ¡Memoria! ¡Fantasía! ¡La fantasía de la memoria Yewgueni Yewguenieewich!.... ¡La memoria le permite a usted matar, Yewgueni Yewguenielewich, mientras que la falta de memoria confunde a la hija con la madre.... En conjunto somos todos unos miserables, Yewgueni Yewguenielewich. Los sentimientos de usted están todos enredados. Verdaderamente debe usted marcharse a tomar el aire. Está usted demasiado confuso. Y yo me voy a ir a la cama con mi mujer. Para usted sería peligroso ir a la pradera. A mí me conocen los vigilantes nocturnos de verme cuidando las vacas, pero usted, como pastor, sería una aparición extraordinaria. Váyase usted una horita con su chiquilla y luego yo le llevaré al monolito. Proporciónese una horita de placer antes de la muerte. Yo he conservado la memoria. Eso no me lo han podido quitar, como mis hijos. No he olvidado a Iwan Jakowlewich, pero no puedo soportar que en lugar de nosotros naden peces por esta habitación. ¡Haga usted lo que quiera, mi casa me pertenece!

La provincia rusa seguía sentada en el diván, dejando correr el agua que la empapaba y acechando los discursos. El ambiente volteriano no se apartaba de aquel sitio. Con un dedo rígido los hermanos Besdietow hicieron seña a Poltorak, que se sentó indefenso cerca de ellos. Jacob Karpowich vivía disfrutando su día y se inclinaba sobre los conjurados o la fragata del aguardiente con una mano puesta en el hombro de Kolomna y otra apretada contra el pecho.

—Ha ocurrido una desgracia en mi casa—murmuró Poltorak—. He recibido un telegrama de mi mujer. Bien; pero ahora hablemos del asunto.

—Hablemos del asunto—repitió el mayor de los Besdietow.

—Seré breve—dijo Jacob Karpowich—. Todo está dispuesto y todo ha sido llevado a donde debe estar. Alrededor de la una de la mañana llevaré las vacas. Mientras tanto váyase usted con su muchacha, Yewgueni Yewgueniewich, o acuéstese usted en mi casa. Todavía podríamos charlar un rato. Yo le llevaré por los prados sin que le vea nadie.

—Nos encontraremos en el puente Goltowin—dijo el mayor de los Besdietow.

—¿Se va usted, pues, Yewgueni Yewgueniewich?—preguntó con apremio Jacob Karpowich—. ¿No se encuentra usted a gusto en mi casa? Todavía nos quedan tres horas. Ya no hay para qué seguir hablando de la muerte y el honor; aunque yo no me opongo a que cada cual conserve su honor. A mí me queda mi hija Katja... Yo me voy a la cama con mi vieja. Yo sólo vivo para mi Katja y no tengo intención de morirme esta noche.

Los hermanos Besdietow navegaban la fragata de coñac. En aquel cuarto de la época de los muebles de caoba había quedado adherido el siglo XVIII, y con él la fragata y el camarada Voltaire. Revoloteaban, junto a la lámpara de petróleo de mariposas nocturnas, y al otro lado de la ventana la lluvia murmuraba en las tinieblas. Jacob Karpowich daba vueltas sin cesar en torno a Poltorak, andando con el énfasis de un palomo, y se rascaba el pecho. Sus ochenta y cinco años le cubrían de lágrimas los ojos y estaba hinchado y verdoso, pero se encontraba a su gusto como el pus en la llaga. El viejo enorme y espectral tosía, escupía y jadeaba, graznando sin cesar, terrible y odioso. Los hermanos Besdietow bebían coñac en silencio. Poltorak apoyaba en la mano su barbilla azulada por el afeitado, y sus pensamientos flotaban muy lejos del cuarto estilo Voltaire.

—Yewgueni Yewgueniewich—dijo el mayor de los Besdietow fríamente—. Tenía usted intención de arreglar en Kolomna sus cuentas con nosotros. Ahora sería una buena ocasión.

—Es cierto—asintió Jacob Karpowich—. No vendría mal ahora algo de dinero.

—Parece, bien mirado, que no es mucho lo que hemos

perdido, aunque entre ello hay algo muy importante, la conciencia—dijo Poltorak.

—Yo no la he perdido. ¡Yo no!—resonó una voz en la ventana. Todos se volvieron.

En la luz insegura de la antorcha aparecieron la cabeza, el pecho y las manos del vagabundo Iwan Oshogow, el propio hermano menor de Jacob Karpowich Skudrin. Eran hijos del mismo padre, pero de madres distintas. Iwan Karpowich, que había sustituído su apellido de Skudrin por el de Oshogow, apoyaba los codos en la ventana, la lluvia le agitaba el pelo y se le adhería a la frente; su figura, extasiada en la locura, parecía un icono. Llevaba el cuello abierto, y la corbata, llena de agujeros, torcida. Observaba con atención el grupo reunido en la habitación.

—Yo no la he perdido—repitió Iwan Oshogow— y el profesor Pimen Sergueyewich tampoco. Hay que ir con la corriente y no oponérsele. He hablado hoy con el profesor... Buenos días por lo demás—Oshogow se retiró de la ventana e hizo una reverencia—. Ya habéis oído. Ha nacido la justicia; las mujeres han empezado la obra. ¡Vuelven nuestros tiempos y los hombres piensan en su honor otra vez!

Poltorak respondió al saludo de Oshogow. Jacob Karpowich se agitaba en su asiento y se frotaba con una y otra las piernas desnudas. La provincia bruja se había arrellenado cómodamente en el diván, como huésped y el camarada Voltaire centelleaba a la luz de la antorcha.

—¿Por qué has venido, hermanito? ¿Crees tú que yo no puedo hablar con el profesor Polétika?—preguntó Jacob Karpowich.

—He venido para vigilar las distintas formas de la contrarrevolución, hermanito—respondió Oshogow.

—¿Dónde ves aquí una contrarrevolución?

—Por lo que respecta a tí es la contrarrevolución burguesa—dijo Oshogow en voz baja y cerrando sus ojos de loco—, y lo único que lamento es no haberte fusilado a tiempo, cuando era yo presidente del Comité Ejecutivo del Soviet de aquí. Los dos comerciantes de muebles representan la contrarrevolución histórica en combinación con el parásito social, señor ingeniero Poltorak. Yo os conozco perfectamente, bribones, sólo que la gente no me cree...

Los Besdietow callaban mirando con sus ojos vidriosos.

La cara de Jacob Karpowich se teñía de púrpura, como una zanahoria empapada en vinagre; se dirigió a la ventana, se remangó los brazos y se frotó las manos como si tuviera frío.

Poltorak intentó sonreir:

—No se ha expresado usted antes con exactitud, Jacob Karpowich, al decir que de entre los idiotas los embaucadores matan y los locos son asesinados.

Jacob Karpowich, sin responder a Poltorak, se volvió con ademán cortesmente alegre a Oshogow y el siseó en voz baja:

—Quisiera aconsejarte una cosa, hermanito, y es que te vayas al diablo. Es un favor que te pido de todo corazón.

—Dispénsame, hermano Jacob; pero yo no he venido a tu casa. Mis pies no han pisado tu hogar, y aquí estoy en terreno neutral, en el alféizar de la ventana. He venido para mirar cara a cara la contrarrevolución histórica y charlar un rato con ella.

—Te ruego otra vez que te vayas con el diablo y su abuela.

El mayor de los Besdietow levantó lentamente los ojos vidriosos hacia su hermano menor, y dijo mesuradamente:

—Nosotros no hablamos con idiotas. Lárgate de aquí, porque si no mi hermano Esteban te ayudará a hacerlo.

Esteban Besdietow recogió el ademán de su hermano y se arrellanó en la silla. Oshogow cayó y cerró los ojos con un gesto de astucia, pero no se movió del sitio. Esteban Besdietow se puso de pie lentamente y se dirigió a la ventana, y entonces Oshogow se retiró prudentemente, hasta que sólo su cara quedó bañada por la luz. Jacob Karpowich sonrió lleno de gozo. Llegó Esteban a la ventana y el vagabundo sonrió estúpidamente y desapareció en las tinieblas. La lluvia murmuraba. De la obscuridad se oyó aún la voz de Oshogow: "¡A mí no me engañáis!" y su silbido estridente.

La casa quedó envuelta en un silencio tan profundo como el del bosque cuando llueve. Protegida por la noche, la selva se acercaba a Kolomna. En la torre de Marina gritaban los buhos, guardianes de aquel refugio de los siglos y de la ciudad venía un olor a sudor de caballo. Olga Pawlowna Tuchkow se encontraba a aquella en su aldea, enteramen-

te feliz y llena de agradecimiento, porque su abuelo Nazar Syoiew le hubiese cedido unas cuantas sillas y una butaca. Tendida en la paja de su cabaña descansó media hora, y ahora se preparaba a llevar los muebles a la estación. A la misma hora se retorcía en su lecho, con un ataque de histerismo senil, el aristócrata Karasin. Gritaban los buhos en la torre de Marina. El vagabundo Oshogow estaba escondido. Jacob Karpowich, el triunfador, no presentía que aquella hora debía de ser una de las últimas de su larga y terrible vida. Tambolireaba la lluvia en las tinieblas evocando ya las largas horas del otoño.

—Yo me voy ahora—dijo sin fuerzas Poltorak.

Esta noche a la una—dijo el mayor de los Besdietow.

—A la una—repitió Jacob Karpowich Skudrin.

—Sí. A la una.

. . . .

La lluviosa noche descansaba sobre la ciudad, negra e inmóvil como la historia de la comarca. La casa de los Skudrin se levantaba silenciosa y sumergida en las tinieblas al borde del camino de la pradera. El viejo Jacob Skudrin velaba y era feliz; sus zapatillas se arrastraban en el silencio ácido del dormitorio, camino de la cama de su esposa, María Klimowna. La apergaminada María Klimowna dormía y el cirio que Jacob Karpowich llevaba en la mano iba temblando. Tocó el anciano sonriendo el hombro apergaminado y sus ojos se nublaron de gozo. La provincia, mujer asiática, dormía en aquel cuarto.

Jacob Karpowich murmuró:

—¡Mariuchka! ¡Eh, Mariuchka! ¡Todavía estamos vivos! ¡Mariuchka!

Y el anciano oía ya el estruendo de la explosión y veía elevarse humo y llamas y bloques de piedra lanzados por el aire y el agua espumeante.

El viejo bailaba alrededor de la cama.

El siglo XVIII se hundía en unas tinieblas volterianas rusas.

En aquel mismo momento, el menor de los hermanos Besdietow, Esteban Fedorowich, se reunía en el entresuelo con Catalina, la hija de Skudrin y la sujetó por los hombros, poderosos como los de un caballo y dóciles como los de una vaca, y empezó a manosearla con mano ávida, mien-

tras murmuraba unas palabras en su oído. Catalina estaba quieta, obediente y desamparada.

—Llama a las muchachas—murmuró Esteban—. Nos divertiremos un rato. En la casa de baños o en cualquier otra parte. Vendrá también Yewgueni Yewguieniewich. Vete tú misma en seguida a la casa de baños.

Catalina no respondió. Estaba ante el comerciante de muebles de caoba indefensa y dócil como una vaca con los brazos colgando. Abrazó a Besdietow y se ciñó apretadamente a él.

Desde las primeras visitas de los Besdietow, existían en aquel lugar costumbres bastantes frecuentes en la vida de la burguesía. Catalina llamó a unas cuantas amigas y los hermanos aportaron el alcohol. En la casa de baños donde el viejo Skudrin había ocultado la dote de Catalina, en el rincón más apartado del jardín, colgaban telas delante de las ventanas y convertían el banco de planchar en mesa de banquete. Las muchachas servían embutidos, pescados ahumados, dulces y manzanas agrias, y los hermanos descorchaban las botellas de vino. Durante las horas del festín ardía una lámpara, pero después la apagaban, y los asistentes hablaban en voz baja. Hundida en el siglo XVIII, la casa de baños quedaba envuelta, como la habitación en un ambiente volteriano, semejante a un espectro. Las muchachas bebieron hasta perder el sentido. Los hermanos observaban curiosamente cómo en las caras de las jóvenes embriagadas el efecto progresivo del alcohol iba creando una expresión rígida. Una de las muchachas, la maestra auxiliar Claudia Iwanowna, hija de Rimma Karpowna, empezó a apoyar la barbilla en la mano, como un hombre, y a descubrir los dientes; sus labios se petrificaron de desdén; fumaba cigarrillos uno tras otro, bebía coñac como si fuera agua y repetía sin cesar:

—¿Estoy borracha? Sí, borracha. Sea. Mañana volveré a la escuela a charlar por los codos. ¡Cómo si no supiera yo lo que les llevo a los chicos! ¿Compráis muebles de caoba y cosas viejas? ¿Queréis comprarnos a nosotras también con el aguardiente? ¿Creéis que no sé yo lo que es la vida? ¡Pues sí lo sé! ¡Bueno! Mañana a las seis iré a la Casa de Cultura Popular a una conferencia. Aquí está mi libro de notas y en él tengo todo apuntado. ¡Bueno!

Cuando llegaron las cosas a esta situación y Claudia

Iwanowna descubría los dientes, Esteban Besdietow comenzó a hablar a Catalina con amabilidad irónica:

—¿Por qué no te desnudas, Catalina? ¿No te atreves?

Claudia se alisó el pelo cortado, apoyó la cabeza en la mano, como un hombre, y murmuró agitadamente, sin levantar la cabeza de la mesa:

—¡Enséñaselo! ¡Katiuchka, enséñales los pechos! ¡Que los vean! ¿Queréis que me desnude yo? ¿Creéis que estoy borracha? Hoy he venido nada más que a emborracharme como un tonel. ¿Entendéis? ¡Así! Desnúdate, Katia, para que vean que no tenemos prejuicios.

Claudia Iwanowno comenzó inmediatamente a rasgarse la blusa; Catalina le ayudó a soltarse los botones, y al mismo tiempo le decía:

—No te rasgues la ropa, Klawa, porque te lo van a notar en casa. No seas tan viva, mejor es que te desnude yo.

Entonces Pablo Feodorowich, el mayor de los Besdietow, apagó la luz....

Las escaleras del entresuelo estaban a oscuras. Catalina abrazó a Esteban Besdietow apretándose contra el suyo todo su cuerpo tosco, se estrechó a él y empezó a aullar paciente y angustiada.

—¿Qué te pasa?—preguntó Esteban Besdietow.

Catalina siguió llorando sin responder. Empujó a Esteban contra la barandilla de la escalera sin dejarle casi respirar y estando a punto de hacerle perder el equilibrio.

—¿Qué tienes, Catalina?—volvió a preguntar.

Catalina sollozó ruidosamente, dejó a Esteban y empezó a golpearse la cabeza y los hombros contra la barandilla hasta que la hizo crujir y oscilar.

—Estoy embarazada—aulló.

La torre de Marina estaba silenciosa en la noche.

A aquella misma hora, en la aldea de Akatjewo, una de las que a la terminación de la presa debían ser cubiertas por las aguas, el viejo Nasar Sysowiew despertaba a la cansado Olga Pawlowna. Se inclinó sobre ella, le tiró de la manga y movió la cabeza. El anciano era gris como la piedra y se temblaba.

—¡Pawlowna!—murmuró—. ¡Eh, Pawlowna! Voy a enganchar el caballo, que ya es hora de marchar. Despiértate. En el fogón tienes la leche. Calló un rato. ¿Qué está suce-

diendo, Olga Pawlowna, qué está sucediendo? El hombre ha cesado de respetar al hombre, y todos se atacan unos a otros como en la guerra. Mi hijo Wassili se fué con los vagabundos apenas volvió de la guerra. Los otros dos, Esteban y Fedor se han hecho comunistas y trabajan en la obra.

—¿Ya? ¿Hay que levantarse?—preguntó medio dormida Olga Pawlowna.

—No. Duérmete. Todavía puedes dormir un rato hasta que enganche. Soy viejo, estoy solo en el mundo, mis hijos se han ido... Le vienen a uno estos pensamientos. La leche está en el hogar. Duerme otro rato, hija mía. Voy a enganchar. Espérame aquí. Oyeme: aquí han vivido mis abuelos y mis bisabuelos, y la aldea de Akatiewo tenía entonces sus artesanos. En aquellos tiempos navegábamos por el Volga; y esto ha durado miles de años. Desde que aprendí a andar conozco todos los remolinos del río, todos los bancos de arena de Riasán, de Kasimow, de Murom. Nuestra aldea ha vivido del río en todo lo que recuerda la memoria de los hombres. Y ahora dicen que se ha terminado nuestra vida, que ya no existirá el Oka, ni en Riasan ni en Klatmia ni aquí: ha llegado el fin de nuestro río y tendrá que volverse por el cauce del Moskwa y nosotros irnos a vivir a otras aldeas nuevas. Oye, a mí me parece que miente. No puede haber semejante río no es posible pensar eso. Hemos vivido mil años y ahora se acabó. Yo creo que todo eso del nuevo río es mentira....; pero lo cierto es que están edificando. Yo no puedo creer que ya no podamos viajar por la corriente y que todo, todo Akatiewo se hunda en las aguas como Kiteshgrand.... (1); piensa tú....

En la torre de Marina gritaban los buhos.

---

(1) Kiteshgrand, ciudad legendaria rusa que, según la tradición, se salvó de los ataques de los tártaros porque se sumergió en el lago Swetlojar, situado en el Volga superior, cerca de Rybinsk. La leyenda tiene orígenes paganos que arrancan del dios eslavo del sol, Iar. El lago fué más tarde un lugar de romerías cristianas venerado, sobre todo, por la gran secta d elos "viejos creyentes". La leyenda de Kiteshgrand es el tema de una ópera de Rimski Korsakow.

EL SEDUCTOR

Pimen Sergueyevich Polétika tenía razón al pensar que en aquellos años Moscú se parecía a un campamento cuyas tropas hubiesen salido para la lucha por la nueva Rusia, por la igualdad, el derecho y el socialismo. Es Moscú lo mismo que un edificio gigantesco en que los siglos pasados, presentes o futuros han sido arrancados de la tierra y ceñidos de hierro, en que desembocan los caminos que proceden del imperio de las sombras y de las nuevas vías hacia el porvenir y donde los hombres son también transformados y forjados de nuevo. Los hombres del campamento llevaban uniforme, que en aquellos años estaba "estandarizado" como un artículo para las masas: blusas, guardapolvos, gorras, polainas, corbatines, hechos de un corte único para millones de cuellos y de piernas, calculando la cantidad en relación con el importe total de los salarios y con las posibilidades de compra. Toda la juventud de la nueva Rusia, hombre por hombre, vestía de gris verdoso con las correas cruzadas por el hombro y la cadera. En los calurosos días de julio lo mismo que el resto del verano, las grandes calles, la Twerkaia o los bulevares eran surcados por las zanjas de la canalización o del pavimento. Las puertas de las iglesias eran colocadas en un ataúd, como un pasado histórico. El gris verdoso de la juventud impulsaba hacia el porvenir.

Yewgueni Yewgueniewich Poltorak vivía al otro lado de las trincheras de la historia. También él estaba enfermo. Su existencia era la de uno de esos técnicos es-

...pecialistas (1) que producen en los extraños que los observan la impresión de querer desafiar los elementos. Por el día practicaba en una docena de Comisiones industriales y por la noche era huésped habitual de todas aquellas reliquias de la existencia alegre de las grandes ciudades en que se reunían detrás de las trincheras algunos moscovitas merodeadores: a la hora de comer, en el Gran Hotel; después del teatro, en el Club de los actores, refugio del "jazz" y de los "rendez-vous"; los domingos por la tarde, en las carreras; los sábados, en el Casino estudiando la metafísica de una mesa de ruleta. Además poseía Poltorak un hogar, en el sentido histórico de la palabra, con una esposa, hijos y doncella de delantal blanco y cofia, todo el estilo de principios del siguo XX; un estrecho y escondido círculo de amigos, tapices, bronces, cuadros, muebles antiguos, un servicio de porcelana de Gardner (2) y, finalmente un teléfono de sobremesa para celebrar las conferencias características de Moscú, en las que las preguntas sobre la personalidad del que llama y motivo de la llamada ocupan más tiempo que la conversación. Era Poltorak avaro en su casa como disipador en cuanto salía de ella. Los niños eran educados a la inglesa. Sólo con una invitación especial venían huéspedes a la casa, y entonces se mandaba a comprar, vino, frutas, caviar y esturión; salía a la mesa el servicio de porcelana y la señora de la casa anunciaba a cada nuevo invitado: "Un ingeniero del Servicio de Construcciones Hidráulicas, sin partido; pero, ¡vaya!, en muy buenas relaciones con los de arriba". Rara vez visitaban comunistas la casa de Poltorak, pero de todos modos, podía encontrarse en ella miembros del partido, y el anfitrión era considerado como un "spez" adherido a la revolución. Por estos invitados se esclavizaba en el trabajo a Poltorak. La señora de la casa era vieja, rendida de fatiga y reservada, y el cuidado del hogar la retenía completamente alejada de toda actividad de interés común; defendía cuidadosamente cada rublo para sostener la representación de la familia.

Poltorak estaba enfermo. No sabía como se llamaba su enfermedad ni donde la había adquirido. Tenía prisa, él

(1) En Rusia es muy usada la abreviatura "Spez".
(2) Constructor de porcelanas ruso del siglo XVIII.

tiempo apremiaba. Nunca podía estar solo, porque la enfermedad tiraba de él en todas partes. No era capaz de reprimirse con las mujeres. Sufría por ellas.

Dos semanas antes de su viaje a Kolomna recibió Poltorak un telegrama del médico que trataba en Crimea a su cuñada, hermana de su mujer: "Estado desesperado. Venga buscar paciente". No suele gustar a los médicos que los enfermos mueran entre sus manos; así que según el reglamento de su ética profesional, el telegrama significaba que la enferma podía morirse cualquier día y que era necesario ir a buscarla para traerla al lado de sus parientes. Al principio ocultó Poltorak a su mujer el telegrama, porque esperaba reducir con un aplazamiento los gastos del viaje de su cuñada; pero llegó un segundo telegrama: "Urgentísimo venga inmediatamente a buscar enferma", que fué a dar a las manos de la mujer. Una hora estuvo con los ojos fijos y el telegrama en las manos junto a la mesa de caoba en que había firmado el recibo. Después estuvo mucho tiempo echada en su cama de caoba, del tiempo de Pablo I, adornada con dragones, llorando en las almohadas y con los dientes apretados, enloquecida de desesperación; su hermana, lo único que la unía a la vida, a su infancia; lo único que significaba para ella felicidad, amor, familia, iba a morir, a perderse estúpidamente en la nada.

Yewgueni Yewguenievich llegó a la casa más alegre, y quiso telefonear, sin darse cuenta del estado de su mujer; pero ella con labios helados, le dijo:

—Se muere.

Se arrojó al cuello de su marido, para ocultarse en su calor extraño, pero familiar; para buscar, llena de miedo irracional, una protección a su indefensión.

Sin embargo, pudo encontrar fuerzas para dirigirse al Monte de Piedad y empeñar su reloj y su pulsera, regalos de boda de sus padres, porque su marido le explicó que no tenía bastante dinero para el viaje. Aquella misma noche salió Poltorak para Crimea. Su mujer le acompañó hasta la estación y le sacó un billete de clase "dura" (1).

---

(1) En los ferrocarriles rusos no hay más que dos clases: dura y blanda. En los grandes recorridos circulan, además, coches-camas del tipo más moderno.

En Podolsk tomó Poltorak un billete suplementario y pasó a un coche-cama internacional. Su compañero de departamento resultó muy hablador y a los diez minutos tenía ya una muchedumbre de conocidos comunes. A la noche fueron al coche restaurant bebieron juntos una botella de vino y hablaron largamente de la inteligencia rusa, que la revolución sólo conocía como abastecedora de especialistas, al mismo tiempo que se borraba sencillamente su valor como elemento social.

De Sebastopol se encaminó Poltorak en automóvil a Jalta. Crimea era encantadora: el mar, los montes, los caminos blancos, los hombres ociosos, el sol de julio. Poltorak tenía que hacer un esfuerzo para poner su cerebro en una actitud dolorida cuando pensaba en Wera Grigoriewna.

Wera Grigoriewna recibió a Yewgueni Yewgueniewich en una butaca en la terraza del sanatorio y le hizo una seña sonriendo y le besó en la frente cuando se inclinó sobre ella. Poltorak borró de su cara los pliegues de dolor y adoptó su gesto acostumbrado. Ella le saludaba, diciendo:

—¡Me encuentro perfectamente! El doctor dice que estoy completamente repuesta. Ahora tengo que volverme a Moscú al "Sanatorio del aire de la montaña", porque me conviene llenarme los pulmones de oxígeno, según un método nuevo. Además, me perjudica el calor de aquí. Dentro de un mes estaré perfectamente repuesta y en el otoño volveré al escenario.

Desde que Poltorak la había visto la última vez antes de salir para Crimea, parecía profundamente cambiada. Estaba más llena, tostada por el sol, con un rojo oscuro en sus mejillas. Sus ojos eran mas bellos y más profundos y los círculos azules que los rodeaban infundian al rostro un encanto especial. Pero, además de lo corporal, se había verificado en ella una transformación espiritual que sorprendió vivamente a Poltorak: Wera Grigoriewna parecía haber perdido el sentido de la familia y el pudor virginal. No preguntaba por nadie de Moscú, y, en cambio, hablaba de sus temperaturas, de sus sudores y de sus digestiones. Parecía satisfecha de tener un hombre con quien no hiciera falta retenerse, y Poltorak se puso inmediatamente en el mismo tono.

El médico del establecimiento, que envolvía sus cuida-

dos en bromas y cultivaba la situación de "tío doctor", invitó a Poltorak a dar un paseo por el parque. Sentados en un banco, entre el follaje, explicó el médico que la tuberculosis había descendido al intestino y que era inevitable un descenlace fatal, si no en horas, en días. Poltorak bajó los ojos e hizo acopio de arrugas. El doctor le miraba irónico:

—Todos pasamos por esto.

Poltorak sonrió y los dos tomaron cigarrillos de la petaca del doctor.

—Cuénteme usted. ¿Qué hay de nuevo en Moscú?—preguntó el médico.

A la puesta del sol bajó Poltorak a la playa. El mar estaba azul y en la arena había mezclados hombrecitos y mujercitas en traje de baño. Poltorak encontró a dos conocidas de Moscú, mujeres de ingenieros que estaban medio desnudas; trabó conversación con ellas y empezó a flirtear. Pasó la noche a la cabecera de Wera Grigoriewna con una mano de ella entre las suyas. Muy de madrugada, cuando Wera se hubo quedado dormida, se encaminó Poltorak, dirigido por el doctor, a una taberna griega a beber vino tinto, pero el médico resultó bastante mal acompañante y las mujeres de los ingenieros no estaban allí.

Al día siguiente salieron Wera Grigoriewna y Poltorak para Sebastopol. Como el tren de Moscú salía por la noche, tomaron una habitación en un hotel y Wera rogó a Poltorak que le ayudase a proporcionarse una irrigación. El ingeniero tuvo que salir a la cocina a buscar agua caliente.

Apenas habían subido al coche-cama se acostó la enferma y se durmió sin desnudarse, porque el viaje en automóvil desde Jalta la había dejado muy maltrecha. En el departamento reinaba una profunda tranquilidad, iluminada tan solo por la lamparilla azulada que colgaba del techo. Yewgueni Yewgueniewich estaba alegre y ni los montes ni el viaje en automóvil le habían cansado. Como se aburría, salió al pasillo a fumar un cigarro y luego se dirigió al coche restaurant a tomar una copa de coñac. En la estación de Dshankoi se despertó la enferma, pidió agua y rogó a Yewgueni Yewgueniewich que le ayudara a desnudarse.

El le soltó los zapatos y le quitó las medias. Al hacer-

lo sintió una inquietante acometida de su enfermedad, cuyo nombre y esencia ignoraba.

—Yo me quitaré lo demás—dijo la joven—. Haz el favor de sostenerme.

Se quitó el vestido mientras Poltorak la sujetaba por las caderas.

—Haz el favor de darme la camisa de dormir y las zapatillas, que están en la maleta—dijo después—. Ayúdame a lavarme. Vuélvete. Dame la toalla.

No sentía pudor, como si estuviera tratando con un médico. Le costaba mucho hablar, y no podía moverse sin ayuda. Yewgueni Yewgueniewich abrió la puerta del tocador, y ella, para lavarse, se ató la toalla a la cintura y dejó caer la camisa. Luego se puso la camisa de noche. Yewgueni Yewgueniewich la acompañó a la cama, la acostó y la envolvió las piernas en la colcha. Ella pidó agua, se arregló las almohadas, se puso la mano bajo la cabeza, y sonrió complacida. Poltorak estaba sentado a los pies de la cama, limpio, afeitado, contento y sano; tenía a su lado una mujer joven y muy bonita y sentía que empezaban a temblársele las manos. A través de los párpados, entreocerrados, los ojos de Wera Grigoriewna miraban las paredes del departamento y de su cuerpo manaba un olor inquietante. La noche se mecía ligeramente en la ancha huella del ferrocarril ruso.

Entonces rodeando con un brazo las piernas de Wera Grigoriewna, empezó a hablar Yewgueni Yewgueniewich. Hablaba en un tono de confesión, de verdad sin velos, de revelación intima.

—¿Qué es el amor, Wera Grigoriewna? ¿Y la vida? ¿Y la muerte? ¿Dónde están los límites? Todo se convierte en nada ante la faz de la muerte. Estás muy enferma Wera Grigoriewna. Sabes que tienes que luchar no con una enfermedad, sino con la misma muerte? Yo no creo en el más allá. La muerte es la nada. ¿Y el amor? ¿Hay separación entre el amor carnal y el espiritual? Ante la nada de la muerte no hay ninguna diferencia. Tú puedes condenarme, pero estoy diciendo la verdad... ¿Quien sabe donde estarás dentro de un mes? Ya ves que estoy excitado... Quisiera besar tus manos, tus ojos, tus pechos... Quisiera no dejar a la nada cosa alguna de tí. Eres una mujer, una hermosa mujer que puede sembrar la felicidad a su alrededor. Yo

quisiera que los dos sintiésemos la dicha, la dicha terrenal, que vale la pena de superar a la muerte. Yo no temo las convenciones de la moral... Quisiera besarte ahora, en este momento, por ti misma. Aunque todo esto sea inmoral....

El ingeniero Poltorak era un artista probado de la palabra. Tenía los ojos bajos y los cubría con la mano, sin ser ya dueño de sus sentidos. Tocó muy suavemente el hombro de Wera Grigoriewna y ella no apartó su mano. Puso la cabeza en sus pechos y habló. Tenía aún el brazo doblado y la cabeza apoyada en la mano. Ella con los ojos cerrados, escuchaba su voz suave y respiraba con dificultad, aunque el corazón le latía apenas.

—No me beses—dijo—, porque te voy a contagiar.

—¡Oh, magnífica! Somos más fuertes que la muerte—exclamó Poltorak lleno de entusiasmo.

Torciendo los labios de dolor, ella le besó en la frente y le echó un brazo al cuello.

—Hacemos mal Yewgueni—dijo recobrando la conciencia con un estremecimiento de susto. Estaba temblorosa y tenía la respiración jadeante. Era la primera vez en su vida que perdía el dominio de sí misma. Poltorak se desabrochaba precipitadamente el cuello...

Al día siguiente se sintió Wera Grigoriewna muy mal. Ya desde por la mañana subió la temperatura a cuarenta grados y el pulso era intermitente. Estaba bañada en sudor, incapaz de moverse o de decir una palabra. Poltorak buscó inútilmente un médico en el tren, y por fin encontró un estudiante de Medicina en la clase "dura", que exigió que la enferma descendiese del tren en Charkow, a lo que se negó Poltorak. En Charkow pusieron a Wera Grigoriewna una inyección de aceite alcanforado, y por la noche cayó en un profundo sueño. Poltorak rogó al mozo del vagón que la vigilase un rato, y se encaminó al restaurant donde invitó al estudiante de Medicina a comer y a tomar una botella de vino en lugar de pagarle honorarios. Muy tarde, en la noche, estando Yewgueni Yewguenlewich dormido en al litera superior, se despertó de repente Wera Grigoriewna estaba de pie con la cabeza apoyada en el borde de su cama.

—Querido—murmuró—, te he despertado yo. Hace mucho tiempo que estoy llamando y no me oyes.... Ven....

Quiero besarte una vez más antes de la muerte... Me da vergüenza por mí y por mi hermana... Tengo tanto miedo.... Me muero.

Sus labios apenas se movían al pronunciar estas palabras.

Yewgueni Yewguenìewich intentó tranquilizarla:

—¿Qué te pasa? Estáte quieta. Acuéstate. Voy en seguida.

—¿Qué me has hecho, Yewgueni?—murmuraba la moribunda—. Tú no me quieres.... ¿Me quieres verdaderamente?.... Me da tanta vergüenza de mi hermana... Todo el mundo es terrible...

Cuando llegaron a Moscú todavía llovía a cántaros. La mujer y los niños de Poltorak les esperaban en el andén. Las dos hermanas se besaron llorando, mientras Poltorak con un mozo sacaba el equipaje. Luego las dos mujeres y Yewgueni Yewguenìewich tomaron un "taxi" y los chicos volvieron a su casa en el tranvía.

—Gracias a él, gracias a Yewgueni—decía Wera Grigoriewna. Antes no llamaba nunca a su cuñado por su nombre. Le miraba con ojos amorosos y Poltorak correspondía con ojos agenos, como si estuviera arrobado. Wera Grigoriewna aspiraba el aire con fatiga.

—Gracias a Yewgueni—repetía—. Ha sido tan amable conmigo que me ha velado y cuidado toda la noche..

Los ojos de Yewgueni Yewguenìewich estaban fijos en el horizonte y su mujer miraba llena de agradecimiento.

Ya en casa de la calle Wladimir Dolgoruki, el portero y el criado subieron a la enferma al tercer piso, en medio de la suntuosidad de los muebles de caoba de la casa de Poltorak, que Wera Grigoriewna había de dejar una vez más la última y para siempre. Cuando llegaron arriba la mujer de Poltorak cayó desmayada.

Llevaron a su cuarto a Wera y la pusieron en el diván. Yewgueni Yewguenìewich se acercó a ella y le llamó con los ojos.

—Querido—murmuró ¿dónde está mi hermana? ¿Qué has hecho conmigo?....

Poltorak salió del cuarto sin oír bien lo que decía y encontró de pie, en la ante sala, a su mujer, que lloraba silenciosamente. Se le acercó con las manos trágicamente retorcidas.

—¡Qué horrible es la muerte!—exclamó—. Estoy quebrantado por completo moral y físicamente. Llevo tres noches sin dormir y en el viaje de ida me obligaste a hacer el recorrido en clase "dura". Durante todo el viaje no ha dejado de fantasear cosas eróticas. No es normal. ¡Horroroso! Es un cadáver vivo y sin embargo tiene una apariencia engañosa; es tan hermosa como eras tú en tu juventud. ¡Pero que espantosa es la muerte!

—¿Qué debo hacer? ¿Qué podría hacer yo?—murmuraba la mujer.

—Yo no soy sentimental—, dijo Poltorak—. A mí no me asustan las palabras. El mayor tormento para los parientes es tener que esperar a que muera una persona.

La mujer se estremeció:

—Sí. Naturalmente con tal que sufriera menos. . . .

—Yo no puedo estar tranquilo en esta casa. He velado tres noches y no me es posible dormir aquí. Voy a casa de algún conocido.

Con el pañuelo en la mano, de pie Yewgueni Yewguenie-wich parecía, tal como estaba apoyado en la pared, una estatua del quebranto y del dolor.

Su mujer le abrazó dulcemente. Estaba encendida la luz eléctrica en la antesala, y en la pared sobre la cabeza de Poltorak colgaba una cabeza de ciervo con poderosa cornamenta y ojos de cristal de una verdad falsa.

La mujer abrió la puerta, vaciló un momento y se dirigió hacia Wera Grigoriewna.

Poltorak encendió un cigarro y se encaminó hacia el cuarto de baño.

Era un breve ataque de su enfermedad. Media hora después descendía Poltorak las escaleras, erguido y flexible, recién lavado, afeitado, con un cómodo traje de verano. Aún estaba lloviendo y el pavimento de Moscú brillaba con la humedad. Los camiones rugían por el viejo "muladar". Poltorak atravesó la calle y entró en casa de los hermanos Besdietow, en la humedad medieval del sótano del establecimiento de antigüedades, en el olor a cola y a barniz, en la galería de antepasados de la caoba, el bronce y la porcelana.

Pablo Feodorowich, el mayor de los hermanos, puso en el banco de carpintero una botella de cristal con coñac—preciosa vasija, procedente del servicio imperial "Diaman-

te"—y mostró al huésped los cajones secretos de un diván de la época de Pablo I.

—¿Le gusta a usted este "Pablo"?—preguntó el mayor de los Besdietow.

—¡Ya lo creo! Pablo el Maltés, con su metafísica de soldado loco. No estaría mal pasar una noche con una mujer en este diván: los siglos despiden un cierto fluido. ¡Tener al mismo tiempo, debajo de uno, el pasado y el presente!

—Las camas catalinianas también son muy buenas para una mujer—dijo Pablo Besdietow—. Pero las alejandrinas son demasiado estrechas.

Bebieron otra copa de coñac.

—¿Ha estado aquí míster Sherwood?

—Sí. Ha preguntado por lo de Kolomna.

Yewgueni Yewgueniewich se dirigió al teléfono y llamó a Nadeshda Antonowna Saranzew.

—¿Nadia? ¿Está usted al aparato? Acabo de llegar. Nos encontramos en el monumento a Pushkin.

Las caobas que se cubrían de polvo en los rincones, cuyos restos eran restaurados en su antigua y severa armonía, que hacen aparecer de nuevo los antiguos tiempos pulidos por los siglos, se destacaban envueltas en telarañas en la penumbra de aquel sótano medieval. La cola que se obtiene de desechos de huesos huele siempre a putrefacción. Es el olor de nobleza de la pátina.

Viven en Moscú dos millones de hombres, enorme bosque de hombres, selva virgen en que apenas se conocen los unos a otros, donde incontables seres sienten al unísono, y sin embargo, nunca tienen noticia de los esfuerzos de sus vecinos y pasan toda su vida indiferentes unos al lado de otros. En esta selva innumerable hay amor, negocios, trajes, mesas, sillas, camas. ¡Cuántas camas y cuántas toallas necesita una urbe como ésta!

Poltorak sabía muy bien como se debe uno inclinar sobre los labios de una mujer, cómo tiemblan sus ojos a los efectos de un beso, cómo se dicen las palabras que debilitan la resistencia, cómo se apoya la cabeza en las rodillas de una mujer cuando la conciencia se evapora entre los efluvios del alcohol y los murmullos del amor.

En el andén de la estación de Kolomna presentó Poltorak a Nadeshda Antonowna Saranzew al profesor Poletika

y Nadeshda tendió al sabio y a los comerciantes de muebles una mano de mujer orgullosa que no usa medias de algodón ni vestiditos de indiana, como usaba ella cuando venía del servicio a las citas en el monumento a Pushkin, sino que viste como una dama elegante que está de viaje, con un traje azul inglés, medias de seda, zapatos sin tacón y un saco de viaje en la mano. Se le podrían calcular unos treinta años. Poltorak subió con ella a un "auto" y se encaminó hacia el interior de la oscuridad de Kolomna, que los recibió con ladridos de perros.

El camarero soñoliento del hotel, que tenía una vela en una mano y se sostenía con la otra la cintura de los calzoncillos, preguntó:

—¿Una habitación o dos?

Poltorak respondió decidido:

—Una con dos camas.

Y miró interrogante a Nadeshda Antonowna. Ella estaba en pie, vuelta de espaldas y mirando por los ventanillos entreabiertos de una ventana. El camarero los guió por los pasillos, que olían a ratones y a desinfectantes. El edificio tenía ciento cincuenta años y la habitación que se les asignó era humilde, con paredes muy gruesas y contraventanas casi cerradas. La luz entraba en el cuarto por las grietas de las ventanas, como a través del bastión de una fortaleza. El camarero encendió la vela que había sobre la mesa, volcó en el hueco de la mano los restos del cenicero y dejó sola a la pareja. La luz ardía furtivamente. Poltorak colgó el abrigo y la gorra de ingeniero en la percha; Nadeshda Antonowna seguía de pie delante de la mesa, con la maleta en la mano.

—No me has preguntado nunca—dijo (por primera vez venía el "tú" a sus labios)—si tengo un amante o no.

—¿Es tan interesante eso, querida Nadia? ¿Lo tienes?

—Tengo varios. Pero ¿desde cuándo me dices querida? Antes no lo decías nunca. Tú sabes que amor y felicidad son hoy dos conceptos vacíos.

—¡Querida!—Poltorak se puso detrás de Nadeshda Antonowna y pasó el brazo por sus hombros—. Querida, ¿no has estado nunca en una cacería de lobos, al amanecer en el bosque, cuando todavía las hojas están cubiertas de rocío, cuando los cazadores se colocan en sus puestos y los ojeadores se despliegan, colocan en la maleza banderolas

rojas y forman una cadena viva? El lobo está rodeado, pero él no sabe que la muerte acecha a su alrededor, y sobre todo allí, donde hay más tranquilidad. Sobre el bosque va elevándose, en el cielo, el rojo de la aurora. Nosotros los dos somos los lobos tras la cadena de los ojeadores, y al otro lado del umbral de este cuarto está aguardándonos la vida... Pero ¿qué estoy diciendo? Querida, para mí la vida eres tú sola y nada más me importa en el mundo... Tu amante, el pasado, el porvenir: sólo tú vales la pena de vivir, y es magnífico que hayamos logrado este refugio contra la vida.

Nadeshda Antonowna apartó el brazo de él de sus hombros, se quitó el sombrero y los guantes, apagó la luz y abrió las contraventanas. La mañana, que empezaba a apuntar hacía realmente inútil la vela. Nadeshda Antonowna se asomó a la ventana, se sentó en el antepecho, semejante a un parapeto, y abrió una hoja. El amanecer acometía fuera y la tierra giraba camino del sol despojándose de su envoltura de nieblas y oscuridad. En el cuarto quedaba una penumbra gris, fatigada, un poco insidiosa, que brotaba de los muros, empapados de antigüedad.

—Vamos a esperar la salida del sol—dijo Nadeshda Antonowna—. No la he visto nunca todavía. Mira como Kolomna se va deslizando fuera de la noche. Es muy oscuro eso que has dicho de los lobos. Sí, yo tengo varios amantes y hoy eres tú mi amante.

Nadeshda Antonowna no dejó a Poltorak tomar la palabra:

—Te da miedo la palabra amante, pero no temas, porque ni yo he de tocar tu libertad ni siento deseos de ser tu esclava. Dame un vaso de vino.

Yewgueni Yewguenitwich sacó de la maleta una botella de vino de Crimea.

—Naturalmente. A ti te asusta la palabra amante y por eso has pensado esa historia de lobos. ¿Para qué? Todo es muy sencillo. Antes había frases como "entrega", "soy tuya"; eso se acabó. Yo no me entrego, sino que tomo, como un hombre. El amor no es ya más que una palabra estúpida. Yo no quiero a nadie ni he querido jamás sino a mí misma. Quiero vivir para mí y no para los demás. Un día tuve yo deseos de ser mujer, y lo fuí. Tenía entonces dieciséis años. Entonces...—calló un momento—. Por lo demás, yo no sé y tú tampoco sabes mi edad ni mi situación ni de qué vivo

Hoy es la cuarta vez que nos vemos desde que nos conocemos... En Moscú se vive muchas veces la salida del sol, pero no la ve uno nunca porque las casas son muy altas. ¡Mira! Dentro de cinco minutos estará el sol en el cielo. ¡Qué magníficamente se alegra el mundo! ¡Qué amplio parece el cielo! ¡Qué lavada de rocío está la tierra!... ¿Quiere usted saber, señor mío, por qué he venido con usted? Me he imaginado que iremos por la orilla del río, a través de las praderas y de las gargantas, donde la fortaleza está construida sobre el río...

—Hablas como una poetisa—dijo Poltorak—. Bebe vino.

—Yo estoy empleada en la Oficina de Consultas de Fábricas de Metales; pero preferiría el escenario. Echame otro vaso... ¿Piensas tú en la revolución?

Poltorak detuvo la botella en el aire sin echar vino y con los ojos muy fijos:

—¿En qué?...—preguntó.

—En la revolución. Yo tenía catorce años cuando estalló la revolución. Era una muchacha cuando empezó la guerra; pero de esto hablaremos en otra ocasión.

Poltorak llenó el vaso de Nadeshda Antonowna. Se adelantó en la penumbra triste del cuarto a la ventana y se lo dió. Parecía su cara gris y le brillaban los dientes. Ante la ventana se dejó caer en el suelo, hundió la cara en el regazo Nadeshda Antonowna y empezó a besarle las rodillas. Ella le apoyó el vaso en la cabeza, lo sostuvo, y apoyándose contra el marco de la ventana miró al oriente hacia el cielo velado de nubes. Las puntas de las torres del Kremlin de Kolomna se destacaban de la niebla, y la más lejana era la de Marina Mnichek. Al otro lado del cinturón de nieblas ya debía haber salido el sol. Nadeshda Antonowna apuró el vaso de un sorbo, se levantó del antepecho de la ventana y empujó con la rodilla a Yewgueni Yewguenlewich como si no lo hubiera visto.

—Nosotros dos somos persomas nocturnas—dijo—. Cierra bien la ventana para que vuelva la noche. ¿Qué nos queda ya de la vida? Bésame, pero no tan en secreto, no tengas vergüenza. Ya sé yo que padeces por las mujeres. Cuando las torres se han destacado repentinamente de la niebla, hubiera querido ser una amazona o una hembra rubia germánica de las que luchan con los hombres...; yo no sé si valgo más para amazona o para prostituta, no sé qué

es lo más verdadero en mí. Contigo me siento europea, una cínica que puede permitírselo todo. Y a ti también te lo permito todo... Bésame...

Poltorak cerró los ventanillos. Los hombros de la mujer olían a lacre. La habitación, con sus muros de fortaleza, se hundió en las tinieblas que los hombres habían opuesto a la luz del sol. El cuarto, auténtico cuarto de posada rusa de provincia, con la mañana aprisionada y los besos desatados, se convirtió en un escondite de pasión—de una pasión terrible—, como lo son todos los cuartos de dos camas de las posadas rusas de todas las provincias. La moral europea prohibe revelar los secretos de estas cámaras a personas extrañas...

.. ..

Aquella noche no durmió Poltorak. Alrededor de las siete de la mañana se dirigió a la construcción, dejando sola en la cama de Nadeshda Antonowna, que dormía con los hombros desnudos, una mano bajo la cabeza y la boca entreabierta, como la de un niño. Fuera cegaba el sol y la calle se extendía desierta y polvorienta, enlazada con la vida por las muestras de los comercios. Los cocheros dormitaban en los pescantes de sus coches con sus camisas rusas conservadas por una tradición milenaria. Poltorak tomó un "taxi" y se dirigió a los fosos y muros del monolito. Los límites de la construcción desaparecían a lo lejos, y tanto a distancia como muy cerca se oía el estruendo de las dragas, el aullido de las sirenas y las detonaciones de los barrenos que estallaban al otro lado de los fosos. El suelo milenario de la vieja Rusia lucha contra el socialismo. Crujían todos los ejes del coche y la cola del caballo estaba pelada como una rama seca. El Moskwa discurría aún por su antiguo cauce y había que pasar por una presa de troncos como hace mil años. Aquí rompía el Oka su "individualidad", como dicen los ingenieros de construcciones hidráulicas (1), que era rechazada por la muralla del monolito.

---

(1) La "individualidad", el "régimen de un río": sus características individuales como cantidad de agua, velocidad, proporción de fango, etc.

Poltorak se encaminó a la hospedería, donde el ingeniero Sadykow y el Profesor Polétika estaban sentados en una mesa. Poltorak pidió una botella de agua mineral precisamente en el momento en que Sadykow decía:

—Vive allá arriba, en Kolomna, con su hija Liubow Polétika y la pequeña Alicia Laszlo.

—Liubow Pimenowna debe tener ahora veintitrés años —preguntó Poltorak, cortando con su pregunta la palabra al profesor.

Poltorak recordó que en marzo había hecho tres años que le presentaron a Liubow Polétika, miembro de la Unión de Jóvenes Comunistas. Había sido para él un amor de un día, perfectamente vulgar, como el de ahora con Nadeshda Antonowna, y una separación también vulgar en absoluto. Estudiaba Liubow Polétika en el Instituto Arqueológico. Hay personas que consagran su vida a cosas extrañas. Aquel mes de marzo, aquella muchacha de veinte años. Liubow Polétika dedicaba todas las horas libres y todos los pensamientos que podía economizar del trabajo en el Komsomol, Unión Comunista de Jóvenes (1), mediante una cuidadosa distribución del tiempo, al estudio de la oscura prehistoria de las mujeres de piedra (2) que salían a la luz en las excavaciones de las tumbas de los hunos. Estas mujeres de piedra eran amontonadas en Moscú en el patio del Museo Histórico como embarazosas cargas de muchos quintales, troncos roídos por los milenios, los jugos de la tierra y los vientos, con mandíbulas pechos y vientres. Liubow Polétika buscaba la época de que procedían estos monumentos y quería investigar el pueblo que había producido aquellas obras y su historia. Para poder profundizar en la desnuda estepa que ha guardado largos siglos estas figuras de piedra, pero sin dejar huella del pueblo que las creó, fué a la región del Volga para tomar parte en las excavaciones que dirigía el arqueólogo Pablo Rau. A la orilla del gran río vió Liubow Pimenowna las estepas de que los antepasados de su padras-

---

(1) "Komsomol", abreviatura de Kommunisticheskii Sojus Molodesh", es decir Unión Comunista de Jóvenes.

(2) "Mujeres de piedra": se refiere a los ídolos de piedra toscamente tallados que las tribus prehistóricos del sur y oeste de Rusia levantaban en las colinas y en la estepa.

tro Laszlo, los magyares, habían irrumpido en Europa, y las llanuras cubiertas de hierba le sugirieron pensamientos sobre la época en que estaban florecientes y pobladas, sobre la cultura de los pueblos nómadas, caídos en la lucha por aquel terreno, sin dejar a los milenios posteriores como testimonio y recuerdo más que los terribles ídolos de piedra. Verdaderamente eran espantosas las estatuas con sus pómulos salientes, sus ojos rasgados y sus vientres de vaca; pero su gracia femenina entusiasmaba a Liubow Polétika. Liubow podía hablar horas enteras de los pliegues de las faldas de aquellas mujeres, del severo dibujo de las órbitas vacías de sus ojos, de sus frentes deprimidas, sus pechos y sus vientres abultados, símbolos de fertilidad. Estas mujeres eran la demostración de la teoría del matriarcado. Estudiando la ética del pueblo que creó aquellas imágenes, según las leyes generales de la estética, llegó Liubow al pensamiento de cuánto había debido progresar la Humanidad a partir del pueblo desconocido que nos legó su cultura en aquellos símbolos. Desde su conocimiento de las mujeres de piedra, Liubow contemplaba el camino de los siglos y la marcha nómada de la Humanidad hasta nuestros días.

Demasiado bien sabía Yewgueni Yewgueniewich Poltorak cómo se buscan los labios de la boca de una muchacha, cómo tiemblan al besarlos y cómo se murmuran las palabras que enloquecen. Visitó el cuarto de soltera de Liubow Polétika y escuchó horas enteras hablar de la revolución, de los komsomolzen y de los tiempos de las mujeres de piedra. Liubow le condujo bajo la cúpula del Museo Histórico, donde estaban los montones de mujeres de piedra, a las que Poltorak unía representaciones de fetichismo, el misticismo de las relaciones sexuales de Rosanow (1), o el pueblo escita (2), que los eslavófilos veneran como antepasado de Ru-

---

(1) Basilio Rosanow, filósofo de la Historia, ruso (1856-1918) y reaccionario político que fundaba su concepción del mundo en la mística de la sexualidad.

(2) La idea que sostenían los eslavófilos de mediados del siglo XIX, de que la cultura de los eslavos del Norte se relacionaba con la del Imperio escita en la Rusia del Sur, sujeto a influjos griegos, es insostenible históricamente, y hace mucho tiempo que fue abandonada.

sia. Poltorak tenía la obsesión de que Liubow Pimenowna había elegido el estudio de la arqueología por razones en cierto modo místicas, y quería hablar de ello a la muchacha, pero no encontró en ella ninguna correspondencia para sus teorías. Investigaba el pasado simplemente para inferir el porvenir; su mundo estaba lleno de trabajo y era limpio y claro. La roja puesta de sol del mes de marzo en que se encontró con Yewgueni Yewguenlewich recordaba a Liubow los recodos del destino de la Humanidad en la estepa de la aurora de la revolución sobre la tierra. Poltorak se presentó a Liubow como Mefistófeles, llevando las opiniones revolucionarias como un indio su pintura de guerra, y llegó una noche en que apoyó la cabeza en el regazo de Liubow e intentó buscar en los labios sus labios. Aquella noche le dijo ella que le amaba, pero en palabras severas y secas, sin abrazarle, en voz baja, con los ojos y las manos caídas. Ni aún la punta de los dedos se dejó besar aquella noche, y tres días después se separaron para siempre, porque ella creía que el amor era una cosa pura, indivisible, heroica. Ella le dijo que para tener derecho a besarla, a besar su mano, era preciso que se atreviese a anunciar su amor claramente a todo el mundo y, en primer lugar, que se lo comunicase a su mujer. Atormentó a Liubow su corazón con la duda de si tendría derecho a hacer triunfar su felicidad sobre el destino de la mujer y los hijos del matrimonio, y por fin devolvió su libertad a Poltorak, ofreciéndose como víctima, porque su unión erótica hubiera significado mentira, y la mentira era en su opinión el principio del mal, que ha de evitarse a toda costa. Tres días después se separaron, porque Poltorak explicó que el honor y la justicia le impedían sacrificar a sus hijos. Tuvo, pues, que sacrificarse Liubow. Hubiera estado dispuesta a criar los hijos de la otra mujer. Se negó a nuevas entrevistas en el porvenir y le dijo al despedirse que para ella sólo había un amor verdadero en la vida, que le sería fiel eternamente y que estaba pronta a tomarle en cuanto su conciencia le hablase clara y dignamente del amor....

...Tras la ventana de la casa del ingeniero bufaba una locomotora enana del ferrocarril de vía estrecha camino del monolito y pasaban camiones tras ella.

El profesor Polétika apoyó los codos pesadamente sobre la mesa. Poltorak le miraba lleno de odio.

—Liubow Pimenowna es hija mía—dijo Polétika.

—La conocí hace unos años—observó Poltorak con desconfianza.

—Trabaja en la construcción, por encargo de la Comisión Arqueológica—dijo Sadykow—. Despide a las antigüedades que la presa ha de hacer desaparecer bajo las aguas y estudia la torre de Marina Mnichek. Liubow Pimenowna es comunista.

Otra locomotora enana resonó por delante de la ventana silbando y bufando.

Yewgueni Yewgueniewich tenía para con las mujeres una disposición patológica; su naturaleza le impulsaba a la poligamia, y la idea del amor, tal como se ha modelado en su pureza desde los tiempos primitivos, le era extraña. Amaba no a las mujeres, sino a sí mismo en las mujeres. Nadeshda Antonowna tenía razón: Poltorak padecía de las mujeres. La esperanza de nuevas aventuras tenía siempre en tensión su fantasía, soñaba con placeres extravagantes y ansiaba al mismo tiempo varias mujeres, una multiplicidad de caderas, espaldas, pechos y bocas femeninos. Una hora antes de arrancar el tren de Moscú, cuando Poltorak iba a buscar a Nadeshda Antonowna para llevarla a la estación, el inglés Sherwood le dirigió en un cuarto del Gran Hotel Moscovita por última vez la pregunta:

—¿Quedamos en eso?

Y Poltorak había respondido:

—Quedamos en eso.

—Acordado—concluyó Sherwood.

Mientras hablaban se miraban penetrantes a los ojos.

Liubow Polétika era hija del profesor Pimen Sergueyewich Polétika. La ley que conduce al criminal al lugar del crimen es lógica. Tres años antes se había separado de él intacta, y esto era ofensivo. No se le había sometido, y estas rebeldías no las olvida nunca un hombre como Yewgueni Yewgueniewich. Percibía éste todo sentimiento puro como un golpe en la cara, y la lógica no le interesaba porque sentía de un modo demasiado enfermizo para eso. Poltorak veía las rodillas de Liubow—¡al diablo con la pureza, se busca uno sus placeres en otra parte!— La noche de insomnio originó a Poltorak un violento dolor de cabeza. Estas jaquecas en que el mundo parece de cristal y todas las cosas se articulan de un modo nuevo, eran para Poltorak la ple-

nitud de la vida. Al borde de la fiebre, con las sienes pesadas como de plomo, tenía que correr, tratar asuntos, alcanzar enlaces de trenes, sentir los latidos, demasiado frecuentes de su corazón; y éste se volvía rígido, como los miembros después de estar sentado demasiado tiempo. Brillaba el sol, pero sin embargo, para Poltorak el mundo era descolorido, como las noches blancas rusas.

Entró en el comedor el proletario vagabundo Iwan Oshogow. Hizo un gesto a Poltorak y escondió la mano en la espalda:

—No quiero cambiar un saludo con usted, ser nocivo social; usted puede besuquearse con mi hermano...

El ingeniero Poltorak había venido a Kolomna como representante del "Stet", o Electo-Trust del Estado, y en el despacho de la dirección del departamento "Em" o electromecánico de la construcción, le estaba ya esperando el presidente del grupo de obreros del Consejo de Producción. Era este presidente un hombre taciturno y al parecer soñador. El Consejo de Producción relativo a la cesión de los trabajos del monolito al "Stet" estaba instalado en las salas del "club", junto a las cocinas de la fábrica. El presidente tenía el material preparado para Poltorak; y se presentó a sí mismo:

—Obrero Sysolew.

Luego hojeó activamente los papeles, y añadió sin prisa:

—Venga usted a nuestra sala de té cultural.

Atravesaron el pabellón para obreros número dos, llevando Poltorak su cartera de documentos bajo el brazo. La cabeza le pesaba, embriagada por el sueño. Sysolew iba delante pensativo, pero de tal modo, que Poltorak seguía con dificultad su paso. Antes de la revolución había trabajado Yewgueni Yewguenievich prácticamente en la producción, pero después del trastorno quedó adscrito a las oficinas y comisiones de los distintos "trusts" del Estado. Pasaron por una calle que se abría por entre paraderas, calle de una singular ciudad, en la que sólo vivían obreros o empleados de la construcción y en la que no se veía ni una sola tienda, ni un comerciante, ni siquiera un forastero de-

dicado a una profesión de esta especie. La calle estaba desierta—era un día de trabajo—(1) y las filas de casas se erguían en la disposición de un tablero de ajedrez, todas con cortinas blancas y macetas de geranios en las ventanas. A lo largo de los cercados de los jardines corría una avenida de álamos recién plantada. Un cruce de calles había sido encuadrado de macizos de flores; más allí se había construído un campo de deportes. En la casa de la esquina sobresalía el rótulo de la Cooperativa de Consumo. Un altavoz se desgañita.

—¿Viven aquí los ingenieros?—preguntó Poltorak.

—No. Los trabajadores fijos—respondió Sysoiew—. Por ejemplo, en esta casa vivo yo.

El calor de la mañana de julio hacía cantar a los gallos y cacarear a las gallinas. Unos muchachos jugaban en el campo de deportes con canicas y palos. Uno de ellos, completamente abstraído, dibujaba con yeso en el suelo una palabra indecente, y Sysoiew le gritó:

—¡Waska, arrapiezo! ¿Y tú quieres ser un explorador? ¡Borra eso ahora mismo!

Los muchachos se dispersaron en todas direcciones y Sysoiew pisoteó los trazos de yeso y dijo a Poltorak:

—Era mi sobrino ese golfillo que se ha escapado. Nos lo ha dejado mi hermano Basilio.

Y añadió inmediatamente:

—Con relación al año anterior han aumentado los salarios en un diecisiete y medio por ciento, y la producción de nuestro trabajo es un veintiséis y medio por ciento. A esto le llamo yo una competencia socialista. ¡Y pensar que mi hermano Basilio se ha ido con los vagabundos!

Sysoiew escupió con rabia en el asfalto, en el que todavía se notaban trazas de yeso, miró a su alrededor por si el chico asomaba tras alguno de los setos, y le gritó por si acaso:

—Espera, bribón; ya se lo diré yo al jefe de tu batallón para que te arregle!

Luego siguió andando pacíficamente.

Poltorak recordaba un pensamiento que había leído: que las máquinas, el acero, las construcciones, en su lucha

---

(1) Antes de implantarse la semana de cinco días, en otoño de 1929.

inacabable contra la Naturaleza y por la organización de la Naturaleza, no podían ser objeto de exaltación ni materia digna de un poema. El objetivo final, lo más importante, lo definitivo, es siempre el hombre; para él conquistan la vida las máquinas, por su voluntad son seres vivos, porque él lo quiere fluyen los ríos y las obras crecen por efectos de su decisión. Y Poltorak pensó en Liubow Polétika, pero su cuerpo se fundía en su recuerdo con el de Nadeshda Antonowna.

La construcción de las cocinas de la fábrica, hechas de cristal y hierro, hacía que parecieran colgar del aire en vez de apoyarse en la tierra. Al llegar a la antesala detuvieron a Poltorak para rogarle se quitase la gorra y el abrigo, lo que le molestó. La más absoluta limpieza reinaba en la sala de té; el aire era puro y el sol de la mañana inundaba el espacio. Poltorak entró en una gran habitación con paredes blancas, a cuyo alrededor había mesas también blancas, y en cada una de éstas un vaso con flores frescas. En las mesas se bebía té. En un segundo salón había varios obreros jugando al ajedrez o leyendo ansiosamente periódicos colocados en soportes. Sysoiew suplicó a Poltorak que apagase su cigarrillo o que pasase a la sala de fumar. No había nada forzado en la tranquilidad del salón y de los hombres, y las dimensiones de aquél y la blancura de las paredes y las mesas recordaban un sanatorio. Sysoiew se procuró en la caja vales de comida, y pidió té, manteca y pan tostado. Habían llegado mucho antes de la hora señalada. En frente de ellos había sentados tres jóvenes con cuello y corbatas anudadas, que leían periódicos, y una muchacha con pañuelo rojo a la cabeza tomó asiento a su lado.

—¿Quienes son esas gentes de las corbatas?—preguntó Poltorak.

—Perforadores. *Jóvenes obreros.* Todos son trabajadores del segundo turno—respondió Sysoiew poniéndose tranquilamente a comer.

—¿Y la muchacha?

—También obrera, del grupo de alumnos del departamento electromecánico.

Poltorak observó a su acompañante y notó que también él llevaba bajo la camisa americana una camisa con bordados ucranianos de vivos colores y por corbata un cordón con borlas. Dos trabajadores de unos cuarenta años entraron,

y después de saludar a Sysoiew se sentaron en la mesa de los jóvenes, pidieron té y cambiaron algunas pocas palabras. Poltorak ya no los escuchaba, porque iba venciéndole el cansancio; sacó de su cartera un paquete de documentos, el material que Sysoiew le había dado en el despacho, y lo puso en la mesa delante de sí.

Uno de los obreros de más edad de la mesa inmediata dijo:

—No podemos aprender en folletos y revistas. Necesitaríamos un libro científico sobre construcciones hidráulicas que sea sólido, pero barato y escrito principalmente para nosotros los aldeanos; un libro popular, pero sobre el que podamos meditar. Tenemos que aprenderlo todo fundamentalmente, por delante y por detrás, y no sólo la mostacilla de los periódicos y los opúsculos. Antes ni con un látigo hubiera sido posible hacer entrar a la gente en la educación especializada; pero ahora el primer curso está lleno a más no poder.

Poltorak leía en sus documentos: "Acta de sesión número 17 de la Célula de Trabajo para el Fomento de la Actividad Descubridora de Obreros, de 30 de abril de 1929: Se ponen a discusión las observaciones de los camaradas Chernow y Starostenko acerca de la propiedad del derecho de invención sobre la aplicación de aparatos para la descarga automática a los vagones de carga de los ferrocarriles. Se exponen: 1 Pregunta al camarada Chernow: "¿Ha comunicado usted en alguna ocasión al jefe del depósito observaciones sobre este aparato?" Respuesta: "No; pero se puso en aplicación en el trabajo, utilizando estacas y tornillos. No lo hemos comunicado porque no atribuimos a la cosa una importancia tan grande como la que ha alcanzado." 2. El camarada Korshunow comunica que trabaja en los camiones del ferrocarril desde mayo de 1928. No existían aparatos de seguridad hasta que los introdujo el camarada Omelchenkow. Los camaradas Chernow y Starostenko trabajaban entonces como cerrajeros en la instalación de aparatos de seguridad. 3. El camarada Prokopow hace una relación retrospectiva de esta circunstancia. Explica: "Como jefe del depósito recibió las peticiones del departamento G, encaminadas a introducir perfeccionamientos en relación a los aparatos de seguridad en la descarga de camiones ferroviarios. Hablé del asunto con el camarada Ome-

chenkow, que me dijo precisamente que se podía emplear una grapa que actuaría como seguridad." 4. El camarada Pipkin pide se haga constar en acta que el invento en referencia es un trabajo colectivo, en el que tienen su parte, tanto el camarada Omelchenkow como los camaradas Chernow y Starostenko. 5. El camarada Soboliew explica: "Debo observar, respecto a las anteriores preguntas que el primero en instalar el aparato en los vagones de carga fué el camarada Omelchenkow. Tengo la idea en cuestión por un invento y no por una racionalización, porque es sumamente sencilla, y los descubrimientos sencillos son los más importantes." Decisión de la Célula de Trabajo: Los aparatos para la instalación de seguridades en la descarga automática de vagones del sistema Koppel y Magorow es reconocido como una creación colectiva del capataz Omelchenkow y de los cerrajeros camaradas Chernow y Starostenko."

Uno de los obreros jóvenes decía en la mesa inmediata:

—No es posible suscribirse al "Nuevo Mundo", porque es demasiado caro para nosotros, y tampoco tenemos bastante dinero para la "Nueva Tierra Roja". Por eso creo que debemos optar por "La Guardia Roja", que es el periódico más barato. Y en cuanto a la embriaguez, nuestros jóvenes beben ahora de otra manera. No comprendemos ya cómo se ha podido beber al estilo de antes. Ahora se compra media botella de coñac por cabeza y dos de agua mineral. Primero bebemos el coñac y luego nos desembriagamos con el agua.

Un obrero más viejo contaba:

—Me he apostado un acordeón con mi hijo. No puedo explicároslo sin dibujarlo. Se trata de cómo tiene que ser de grande una bola para que quepa en un orificio. Me parece que he ganado el acordeón. Mi hijo lleva ya tres días haciendo cálculos inútilmente.

—Pero tu hijo es mecánico, ¿no? Trabajar es para ellos un puro placer y están calificados para el octavo grado. Nosotros que trabajamos la tierra y que la mitad de lo que hacemos es trabajo manual, no alcanzamos más que hasta el quinto. ¡Qué injusticia! ¡Es claro como el agua que todo se le arregla a los mecánicos!

Entraron en la habitación más obreros.

Poltorak seguía leyendo en las actas: "...El trabajo

de los Consejos y Comisiones de Producción en el año actual se ha dedicado en primera línea a la racionalización de la producción. Han participado en el Consejo de Producción de todo el equipo 559 personas, de las que eran obreros 431, empleados 52, personal técnicoadministrativo 76. Desde 1 de enero a 30 de junio se celebraron 95 sesiones del Consejo de Producción. Participaron en ellas en total 9.237 personas, de las cuales 3.758 eran miembros activos y 3.382 obreros. El número de mociones presentadas se eleva a 730, de las cuales se ha remitido 600 a la Dirección de Trabajos, hay aceptadas 343, en ejecución 257 y han sido rechazadas 57. Según apreciación del ingeniero jefe, se ha obtenido con una parte determinada de las mociones ejecutadas una economía de 307.000 rublos, sin contar con la eliminación de toda serie de inconvenientes, cuya determinación en cifras parece imposible..."

Mientras tanto se habían reunido muchos obreros.

—Y yo gano el acordeón—repetía el viejo obrero.

—Un aprendiz de nuestro turno ha descubierto un nuevo extractor para las dragas, los ingenieros se han quedado atónitos... Ha enviado al muchacho a la escuela técnica, y de tal modo se le ha subido la cosa a la cabeza, que lleva siempre las narices mirando al cielo...

Poltorak sentía martillazos en la cabeza, de sueño. Sysolew bebió un último sorbo de té, se limpió el bigote y se lo acarició, y dijo pensativo:

—Están ya reunidos los miembros del Comité y podemos empezar. Usted tiene el primer turno para explicar las proposiciones que tenga que hacernos al "Stel". Los demás miembros están ya muy interesados.

Se dirigieron a la sala de Conferencias y cada uno ocupó su puesto en silencio.

—Se abre la sesión—dijo Sysolew—. En primer lugar dará lectura a su informe el camarada Poltorak. En la orden del día figura la cesión del equipo eléctrico de la construcción al Electro-Trust del Estado. Iwan Stepanych, hágame el favor de levantar acta y de tomar la lista de los presentes mientras habla el orador.

Poltorak puso en orden sus pensamientos y rechazó el dolor de cabeza. No sabía exactamente de qué debía hablar a los obreros y a quien era propiamente a quien tenía que dar cuenta. Los obreros escuchaban en silencio y a Polto-

rak le pareció que la sala y los hombres todos tenían tanto sueño como él mismo. Hablaba lentamente y con abundancia, pero sin entender exactamente lo que decía.

Cuando Poltorak acabó dijo Sysoiew:

—Ruego a los compañeros que hagan preguntas. Y que las preguntas consten en acta, Iwan Stepanych.

Los trabajadores se agolparon a la mesa en que estaban sentados Poltorak, Sysoiew y el secretario.

—¿Podemos llenar las exigencias del "Stet" con la producción normal presente? ¿Cuántos hombres emplea el "Stet"?—preguntó un obrero joven.

—Ruego que se incluyan en el acta estas preguntas: ¿Responde la calificación de nuestros montadores a los métodos de trabajo del "Stet" y qué importancia tiene este defecto? Además, ¿qué garantías ofrece el "Stet"?

—Esperad, hijos míos. Antes de nada: ¿Conoce el "Stet" el coste de nuestra unidad de trabajo? ¿Y en cuánto aprecia cada capacidad de trabajo aislada?

Le dolía la cabeza a Poltorak como si fuera a estallar. Era la primera vez que asistía a un Consejo de Producción y lo encontraba completamente superfluo. Nadeshda Antonowna le estaba esperando en el Hotel. Por primera vez asaltó el pensamiento de Poltorak la dolorosa idea, hasta entonces rechazada siempre con cansancio, de que la disposición del espíritu de los obreros en su trabajo se había transformado radicalmente desde la revolución; de que en el proceso de la vida de su pensamiento se había producido un nuevo ser, la obra, que era su propiedad; la propiedad de su trabajo, que ellos tenían que ejecutar, que defender y que fundir con su propia personalidad. La obra y las condiciones de trabajo en ella eran la preocupación común de los obreros ante los que él, Poltorak, resultaba ahora que tenía que justificarse.

—Llevó al protocolo la pregunta de si han sido pedidos los armazones de las corazas.

—Camarada Poltorak, conteste usted a las preguntas —invitó Sysoiew.

Poltorak comenzó ha hablar de nuevo larga y confusamente, y los obreros le escuchaban con paciencia.

—Se anuncia en el debate el camarada Kuwshinow—dijo Sysoiew, y luego murmuró al oído de Poltorak—: No van bien tus cosas, camarada Poltorak, lo preveo.

El obrero Kuwshinow se puso en pié, carraspeó y se apretó el cinturón:

—Camaradas. No es la primera vez que discutimos el asunto del "Stet", pero ahora veo con claridad que el "Stet" interviene en nuestras cuestiones sin fundamento bastantes. Yo opino que por ahora no debemos ceder al "Stet", en general, ninguno de nuestros trabajos. El camarada informante ha dicho, como representante del "Stet", cosas absurdas y se ha contradicho. Si el día de trabajo cuesta a nuestra obra ocho rublos y dieciséis al "Stet", trabaja dos veces más caro que nosotros, y nuestro departamento de cuentas meterá trescientos mil rublos en el tragadero del "Stet" sin que nosotros tengamos por ello que hacer un movimiento de manos menos. Compañera Kalagaiew, sigue hablando.

Se levantó la muchacha del pañuelo rojo, se arregló el lienzo y empezó:

—Camaradas. Yo creo que en este asunto es necesario mucha precaución, y debo decir que la administración del departamento "Ess" no ha llevado bien el asunto, y por eso tuvimos grandes dificultades en la explotación. El caso es que necesitamos tener garantías, terminar al tiempo y no decidir así, a bulto. En mi opinión, el "Stet" nada tiene que ver con nosotros en este sentido. Nosotros no tenemos que salvaguardar los intereses de grupos aislados, sino los de la construcción y los de la caja de la obra.

Sysolew se inclinó hacia Poltorak y le dijo amigablemente:

—Tu asunto va mal, camarada Poltorak. Los obreros no se dejan convencer por ti. No estás de suerte. Escucha cómo trata la cuestión esta muchacha.

Poltorak comenzó a escuchar con atención. Empezaba a darse cuenta de que dependía de estas gentes y le era insoportable tener que escuchar aquí a cualquier obrera. ¿No es el hombre lo principal y la vida humana la cosa más importante del mundo? Hasta entonces no conocía Poltorak a los obreros en cuanto a hombres, en sus jornadas, sus cuidados y su heroísmo en teoría, o no los conocía en absoluto. Poltorak sólo conocía la vieja Rusia fabril en que el ingeniero no solía hablar con los obreros y el odio se le subía a la cabeza. Aquí estaban los obreros sentados como señores, en estas habitaciones claras en que se prohibía fumar a

él, cuando ardía en deseos de encender un cigarro, y aquí fallaban los problemas de la explotación como amos, como titulares de derechos sociales, como hombres cuyo modo de sentir el mundo había sido modificado radicalmente por la revolución, elevados al pensamiento de que todo lo que se construía aquí les pertenecía, era su obra, su trabajo, su preocupación. Estas gentes que Poltorak tenía sentadas delante eran sus enemigos, tomaban posición frente a él, le sacaban del camino de su vida y le subyugaban. Sentía en la cabeza como si le apretasen en un aro de fuego. La muchacha había terminado su discurso y Poltorak no escuchaba ya. El despecho le hacía un nudo en la garganta y hubiera querido insultar a aquella gentuza; pero los obreros parecían haber olvidado de que estuviese presente un ingeniero, Poltorak.

La reunión se acabó, y la proposición del Electro-Trust del Estado quedaba rechazada. Los obreros afluyeron hacia la puerta y Sysoiew ordenaba sus papeles y decía amigablemente:

—Lo principal es no enfadarse. Nosotros tenemos aquí nuestras cocinas, nuestras máquinas, nuestro pan y nuestra carne. No hay entre nosotros gentes ricas, porque nadie quita nada a otro, y así tenemos en orden nuestra economía. Debe uno tener respeto a sus semejantes, pero no miedo, y las gentes que trabajan deben ayudarse mutuamente en todas las circunstancias.

—¿De qué habla usted?—preguntó Poltorak.

—Del socialismo—respondió Sysoiew—. La amistad es el verdadero comunismo. Y tú con tu "Stet", no te enfades con nosotros, porque bien sabes que todo esto se hace por la buena causa.

Salieron juntos al caluroso día de julio. A Poltorak le pareció que el sol ardía con una llama negra. Tres años antes se había separado virgen de él Liubow Polétika. El lugar del crimen atrae al criminal.

. . . .

Liubow Pimenowna Polétika vivía en Kolomna con su madre, en casa de las viejas hermanas Skudrin. Había tomado esta habitación cuando su madre fué abandonada por su segundo marido, el ingeniero Edgar Iwanowich Lass-

lo. Ella cuidaba entonces de su madre y de su pequeña hermanastra Alicia, hija de Laszio. Liubow Pimenowna trabajaba en las excavaciones arqueológicas descubriendo yacimientos de restos y límites de territorios. La casa de las hermanas Skudrin estaba rodeada toda de un seto. En la casa de baños, que estaba en medio del jardín, vivía Iwan Karpowich Oshogow con su perro "Arap"; mejor dicho aparecía allí Iwan Karpowich sólo para visitar a su perro, y tenía su verdadera residencia en la Comunidad del horno y la fábrica de ladrillos. El perro "Arap" dormía en la casa de Iwan Karpowich y miraba la casa de baños como residencia común suya y de su amo. El día antes de llegar a Kolomna Poltorak y Polétika llevó al ingeniero jefe Sadykow otro perro a la puerta del jardín. Este perro que se llamaba "Lobo", había pertenecido a María, la difunta mujer de Sadykow. "Lobo" no quería aceptar la comida de manos del ingeniero, y por eso éste le llevaba a Liubow Pimenowna. Los dos perros se olfatearon y estrecharon muy pronto amistades. La casa se levantaba con las paredes cubiertas de una capa de musgo verde; en el patio se adelantaba hacia el jardín una terraza. El patio estaba cubierto de césped interrumpido por varios senderos que iban de la puerta a la entrada de la casa, de la escalera de acceso al granero, de la misma escalera al jardín y a la puerta del jardín.

Una tranquilidad misteriosa invadía todo esto, como la vid silvestre la terraza. En la jaula, colgada del seto, anidaba un estornino. La puerta que daba a la calle se abría chirriando y volvía a cerrarse por medio de una polea y un contrapeso. En el jardín maduraban las manzanas. La casa se calentaba al sol y al silencio. En mansiones así las ventanas están abiertas en el verano semanas enteras para que el aire circule por la habitaciones torcidas. Un ligero viento de julio agita la atmósfera, frío y verde por la vid salvaje y los tilos antiquísimos del pardín. En días así la parra guardaba la habitación del dorado ardor.

Estos días eran pesados para Liubow, y su madre, que acababa de perder su segundo marido, pasó la noche entristecida por la impresión de la muerte de María. El perro "Lobo", que acababa de perder a su dueña, veló con ellas. Desde que se fué Sadykow al atardecer, hasta las primeras luces de la mañana, en que los árboles se destacan, negros del amanecer y los trajes se cubren de rocío helado, vola-

ron Liubow Pimenowna y "Lobo". "Lobo" la miraba con sus ojos de perro y Liubow Pimenowna veía en ellos la muerte de María, sus postreras convulsiones, de las que "Lobo" había sido testigo, y veía también a su madre, Olga Alexandrowna, cuya vida había destrozado Laszlo, el mismo hombre por quién María había destruido la suya. En los ojos de "Lobo" leía Liubow Pimenowna historias de muerte. El amanecer daba un matiz plomizo a los tilos y a su traje blanco.

Por la mañana se levantó Liubow Pimenowna a la hora acostumbrada, antes de que se despertase su madre, y se encaminó, con "Lobo" y con su hermana Alicia, a bañarse en el arroyo Kolomenka, junto a la "fortaleza vieja", muy lejos de la ciudad. La marca del fuego del khan de los tártaros, Mamai (1), quedaba allí impresa en las ruinas de la iglesia que la gente llamaba la "fortaleza vieja", porque hace trescientos años existía allí realmente un fuerte de Kolomna. En el "Bosque de Campamento", más allá de la fortaleza, estaba el paraje en que se hacían las excavaciones. Las aguas del Kolomenka estaban frías como el hielo. Liubow Pimenowna se sujetó el pelo con un cordón para que no se le humedeciese. En el Bosque del Campamento, que llevaba este nombre porque Marina Mnichek había instalado allí el suyo, los obreros descubrían una tumba de los hunos, y la tierra, amontonada desde hacía siglos, era pasada por cedazos. Liubow Pimenowna volvió a la casa a la hora que solía levantarse su madre. Alicia había recibido la visita de su amigo, el pequeño Mishka, hijo de uno de los hermanos Sysoiew, que trabajaban en la construcción, y nieto del viejo Nasar Sysoiew, de la aldea de Akatiewo. El "samowar" humeaba en la terraza. Liubow Pimenowna no apartaba los ojos de su madre, que hablaba del entierro de María y parecía muy débil. Liubow Pimenowna declaró que de ningún modo consentiría a su madre ir al entierro. Olga Alexandrowna estaba sentada, iluminada por su sufrimiento, y su ánimo parecía haber huído a sus manos pálidas y estrechas, que sostenían el pañuelo blanco como si pudiera él prestarle algún apoyo.

---

(1) El "jan" tártaro Mamai fué muerto, en 1380, por los rusos que mandaba Dimitri Donskoi, en el "Campo de las Chonchas". También en Kolomna tuvieron lugar algunas batallas.

—Yo era amiga de María—decía la madre—y ella no ha tenido la culpa de nada. Era desdichada. Y, además, no se debe juzgar a los muertos.

—Mamá, tampoco debes juzgar a Edgar Iwanowich ni a ti misma—dijo Liubow.

Después del té salió Liubow Pimenowna, con su madre, al jardín. A pesar del calor del día trabajaron en un tablar de legumbres, en amistad con la tierra y sus olores, como acostumbraban a hacerlo en tiempos de vacaciones. La madre y la hija llevaban pañuelos rojos y tenían los brazos muy separados del cuerpo para no mancharse de tierra los trajes blancos. Así pasó el tiempo. A mediodía tomaron en la terraza leche recién subida de la bodega y que estaba tan fría que traspasaba los dientes al beberla. Los chicos se habían cansado de jugar y Mishka había salido a la calle un rato, dejando sola a Alicia.

Por la tarde, bajo un cielo singularmente azul y un sol que lanzaba flechas doradas por entre nubecillas que se disipaban rápidamente y volvían a formarse, leía Liubow Pimenowna, en voz alta, a los niños. Mishka, que ya había vuelto estaba sentado, en silencio, en un banco con los ojos azules y picado de viruelas. Después trajo de casa Liubow Pimenowna unas tijeras y le cortó las uñas a Mishka. Olga Alexandrowna seguía trabajando en un bancal.

Mishka dijo pensativo:

—He pasado ahora mismo por la calle Mayor y he visto que llevaban a enterrar a María Feodorowna. Estaba todo negro de hombres y decían que todas las obreras de la construcción han dejado el trabajo y van a ir con el entierro, y que luego habrá una reunión en el cementerio. Edgar Iwanowich va también con la cabeza caída así... Lleva un sombrero negro. Y también ha ido al cementerio milicia de uniforme.

Mishka se calló y se quedó mirando, pensativo, las uñas recién cortadas de sus dedos.

Los ojos de Olga Alexandrowna imploraban. Hacía seis semanas que Edgar Iwanowich Laszlo se había separado de ella para irse con María, abandonándola en el umbral de la vejez. Lo único que le había quedado de su vida a Olga Alexandrowna era el recuerdo, y la víspera se había ahorcado María.

—Bueno, mamá. Voy a ir a enterarme de lo que ha sucedido—dijo Liubow Pimenowna.

—No, Liuba. No irás a ninguna parte—dijo severamente la madre mientras sus ojos imploraban perdón.

—Sí, mamá; me voy. Vuelvo en seguida.

En aquel momento crujió la puerta del jardín. Volvía a casa la vieja Rimma Karpowna, que nunca ignoraba ninguna noticia. Sí, había huelga; era verdad que las masas acompañaban el féretro al cementerio; efectivamente, pedían a voces el "boicot" contra Edgar Iwanowich Laszlo como asesino de su mujer. En aquel momento quedaban cortadas las uñas de Mishka.

—Ahora sigue leyendo—dijo Mishka.

Olga Alexandrowna se metió en su cuarto y se echó en la cama. Los ojos de Liubow Pimenowna eran duros. Se sentó en el banco junto a Lissa y Mishka; tomó un libro y lo abrió por el pasaje en donde habían interrumpido la lectura la víspera.

Leyó en voz alta:

"Un padre y un hijo trabajaban en una mina... El pequeño y rojo Motka ayudaba a su padre en el trabajo. Padre e hijo estaban tumbados de espaldas y arrancaban el mineral con un pico. Sobre sus cabezas colgaba una lamparilla de luz turbia, protegida con una espesa tela metálica. Era la lámpara que anunciaba el grisú. De pronto resonó en la galería un espantoso estruendo que agitó la tierra hasta las entrañas. El padre, aterrado, se levantó, arrojó el pico y se quedó en acecho; el pequeño Motka se unió a su padre. A su alrededor temblaba la tierra. Arrastróse el padre precipitadamente a la salida, seguido por su hijo; pero de repente se desprendió del techo una gran masa de tierra que se precipitó sobre el padre y lo enterró. El pequeño y rojo Motka corrió en auxilio de su padre. Seguía cayendo tierra del techo y el hijo cavaba la tierra con sus débiles manos para salvar a su padre, llorando y jadeando. Las uñas se le caían de las manos..."

—Basta—dijo Mishka—. No leas más.

—¿Por qué?

—No sigas. ¡Es tan horrible!—dijo el pequeño con la cara descompuesta de terror.

En el jardín maduraban las manzanas. Mishka se estaba sentado en silencio en un banco como un chico de li-

bros de cuentos, descalzo y con los ojos azules. Liubow Pimenowna le puso una mano en la cabeza y Mishka bajó los ojos al suelo y apoyó la cabeza en las rodillas de ella. Olía en el jardín a tierra fresca. Liubow Pimenowna acarició la cabeza de Mishka y su mirada se nubló. Sabía que el pequeño veía ahora las galerías y las tinieblas y el espanto y comprendió que quería refugiarse en sus rodillas para sentir el calor de un cuerpo humano. En aquella misma hora depositaban en la tumba los restos mortales de María Satykow, y el corazón de Olga Alexandrowna estaba en aquel instante junto a la muerta. Liubow Pimenowna veía con la imaginación la oscuridad de la tumba. El sol parecía ensombrecerse y de la atmósfera habían desaparecido todos los ruidos. En aquel instante rechinó la puerta que daba a la calle y volvió a cerrarse, y a través de las manzanillas del césped se dirigió Poltorak a Liubow Pimenowna. Entonces ella olvidó el muchacho, la madre, la tumba recién abierta, el jardín y la tierra. Liubow saltó del asiento, corrió hacia Poltorak, le puso las manos sobre los hombros y apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Has venido?—murmuró—. ¿Has venido? ¡Me pesa tanto el corazón!...

—Sí, he venido—también él hablaba muy bajo—, y para siempre.

Repitió:

—Para siempre.

Aconteció algo desacostumbrado en él, que se salía de su voluntad y que debía habérsele transmitido de Liubow Polétika a él cuando el sol se ensombrecía y todos los ruidos desaparecían del aire. Le daba vueltas la cabeza y sus pensamientos se derrumbaron. Poltorak cayó a tierra, se arrodilló ante Liubow y se abrazó a sus piernas. Había desaparecido su voluntad y su cerebro no funcionaba. Liubow le sostenía por los hombros, y sin esto él hubiera caído al suelo. Mishka se levantó corriendo y ayudó a Liubow Pimenowna a sostener al extranjero. Estaba muy serio.

Nadie oyó que la puerta rechinaba por segunda vez y que el proletario vagabundo Iwan Oshogow se deslizaba por ella y se quedaba apoyado en el seto. Los ojos de Liubow Pimenowna estaban húmedos de felicidad y de sacrificio. Tras las matas de ortigas de la casa de baños aparecían las cabezas de los dos perros.

—¡Para siempre!—murmuró Poltorak caído a los pies de Liubow—. Pero ¿qué tonterías estoy haciendo? Ahora en seguida me levanto.

Se puso de pie y se apoyó fuertemente en su brazo.

—¡Mishka, trae agua!—exclamó Liubow Pimenowna.

—Sí, agua—suspiró Poltorak.

Liubow Pimenowna condujo al ingeniero, que andaba con inseguridad hacia el banco del jardín donde un momento antes había estado sentada con los niños. Todo su ser se fundía con el del hombre.

—¿Te has emancipado? ¿Me quieres? ¿Has venido?—murmuraba.

—Acuérdate que me has escrito sobre tus mujeres de piedra...—empezó a decir Poltorak; pero se detuvo inmediatamente—. Tengo que volverme al hotel... Tengo que ir a la construcción... Tu padre está allí... Yo conozco un inglés que tiene los ojos fuertes como correas de transmisión...

—¿Qué estás diciendo, Yewgueni? ¡No puedes marcharte ahora de ningún modo! Mi padre está en la construcción, ya lo sé; pero si quiere vendrá él solo. Tú estás aquí y tienes que decírmelo todo. Ha ocurrido una gran desgracia para nosotros... Mamá... Hoy han enterrado a la mujer de Laszlo... Habla, ¿dónde están tus hijos?

—¿Tú eres comunista?

—Sí.

—¿Serás mía?

—Sí.

—¿Crees en la revolución?

—Sí. ¿Dónde están tus hijos?

—Hay huelga en la construcción. Conoces al viejo Jacob Karpowich Skudrin y a los hermanos Besdietow, negociantes en muebles?... ¡Ay! Estoy hablando tonterías; quisiera decir algo completamente distinto...

—¿Dónde están tus hijos?

—¿Mis hijos? Aquí, no. Están en Moscú.

Mishka trajo un vaso de agua y Poltorak bebió. Liubow Pimenowna lo sostenía abrazado. En el jardín maduraban las frutas y el sol caía sobre los árboles; pero no había sol, ni Mishka, ni mundo, ni nada. El vagabundo Iwan Oshogow estaba en el cercado del jardín agitando todos sus miembros y haciendo muecas con un brazo apoyado en el

seto y la cabeza sobre la mano. Mishka se dirigió a él. Apareció en la terraza la pequeña Alicia y tras ella su madre. El mundo continuaba en su falta de sonido.

—Me voy—dijo Poltorak—. No sospechaba cómo me ibas a recibir, no sabía que estabas aquí.

—¿No sabías que estaba aquí?—le interrumpió Liubov Polétika.

—No. No es eso; no es eso. Yo no sabía que tú me ibas a recibir, no sabía que estabas aquí... Ahora tengo que irme. Esta noche volveré, dentro de una hora... Ahora tengo que estar solo... Tengo que ir al hotel...

Poltorak se levantó y se encaminó hacia el jardín.

—No. Por allí no... Haz el favor de guiarme... Volveré, Liubow, y para siempre.

Poltorak se dirigió con paso rápido hacia la entrada. Liubow Pimenowna no podía comprender lo que le sucedía y le acompañó hacia la puerta. El perro "Arap" empezó a ladrar. Poltorak se fué apresuradamente, sin volver la cabeza ni una sola vez. La puerta rechinó y se cerró con estrépito detrás de él. Con el ruido volvió todo el mundo a su estado anterior, los árboles clavaron de nuevo sus raíces en el jardín, la madre apareció sobre la terraza con tierra todavía en las manos porque no se había acordado de lavarse. Y el cielo, Mishka, Iwan Oshogow, todos volvieron a estar presentes.

El proletario vagabundo Iwan Oshogow se agitaba y hacía muecas. Se aproximó a Liubow Pimenowna:

—Señorita, luz mía, camarada Liubow Pimenowna—exclamó el vagabundo con melancolía—. No hagas eso, no hagas eso. Yo te aconsejo que no lo hagas. No le quieras. Ha venido y, en lugar de estarse contigo, ha vuelto corriendo a su hotel porque allí tiene una muchacha de Moscú muy pintada que le espera en la cama. ¡Señorita, luz mía, camarada Liubow Pimenowna, llora! Es un Satanás repugnante que quiere, con mi hermano Jashka, volar el monolito. ¡Alegráos, camaradas! ¡La Humanidad ha vuelto a levantarse por la justicia, por el comunismo, por el honor y la nobleza! ¡Lo han hecho las mujeres! Pero llore usted Olga Alexandrowna, y tú también, Mishka.

—¿Cómo se permite usted eso, Iwan Karpowich?—exclamó Liubow Pimenowna.

—¿De quién habla usted, Iwan Karpowich?—dijo Ol-

ga Alexandrowna irritada y dirigiéndose al vagabundo... con ojos que pedían perdón.

El vagabundo cruzó los brazos sobre el pecho y todos sus miembros dieron una sacudida.

....

Kolomna, la ciudad que ahora, a consecuencia del socialismo, ha tenido que ir a la guerra, era una ciudad nicolasiana, del tiempo de Nicolás I, porque desde el fin del gobierno de este zar, Kolomna, la Brujas rusa, había muerto. El hotel de la calle de Astrajan vivía bien en este morir nicolasiano, entre filas de casas que se habían asentado sobre la tierra, tan toscamente pétreas y sólidas como él. Las habitaciones de este hotel acechaban la ciudad a través de tragaluces estrechos, que parecían de una fortaleza. En la plaza de enfrente del hotel se habían amontonado para el último descanso las ruinas del Kremlin de Kolomna y en una casa de la antigua calle de la Nobleza de Kremlin, Gribdiedow, el empleado del Museo, bebía aguardiente por las noches con el Cristo de madera. La calle de Astrajan con sus bloques pétreos de edificios y sus portales oscuros, se extendían en filas uniformadas por los rótulos de los "trusts" del Estado, Asociaciones y Sindicatos, Centros organizadores de la guerra que la Rusia actual combate. La tierra giraba hacia la noche; los cuervos, espíritus de destrucción, volaban sobre la ciudad llevándose el día en los picos, y las campanas habían suspendido su repique, toque de muerto por la corrupción. El viento que soplaba del Oeste, empujaba; la tierra iba tiñéndose de gris y la lluvia olía a los meses de otoño. Así suele suceder cuando el cambio de las estaciones, otoño y primavera sobre todo, se anuncia de improviso con pequeñísimos detalles. Diez minutos antes nadie hubiera podido observarlos.

Muy deprimido caminaba Poltorak entre los ataúdes de piedra nicolasianos de las casas. Quería resistirse contra la antigüedad de Kolomna; caminaba lentamente, casi a tientas, por entre los rótulos rojos. La lluvia había dejado vacía la calle y Poltorak se resistía contra ella.

Cuando Poltorak entró en el silencio de la fortaleza del hotel, Nadeshda Antonowna estaba en la cama.

—Pero esto es una desconsideración — dijo Nadeshda

Antonowna—. Me invita usted a un viaje a Kolomna para
ver la construcción y estar conmigo, y me deja sola y anda
todo el día. Dios sabe dónde.
Poltorak se puso un vaso de vino, sin contestar.
—Además, es cómica esta seriedad; este hotel, que es
un ataúd de piedra, este repique antiguo sobre la ciudad,
esta plaza tan vieja, todo me pertenece a mí. Desde esto que
llaman ventana he visto pasar una procesión fúnebre anti-
diluviana delante llevaba un féretro y detrás de cuatro en
cuatro, iba acaso un millar de mujeres. Y, oye, he visto cla-
ramente que la vieja plaza y el viejo repique de campanas
y las mujeres, todas estas proletarias, eran de piedra. Sus
caras y sus brazos eran grises, como si estuviesen macera-
das; pero de un gris tan azulado que seguramente no per-
tenecen a la raza blanca. Llevaban camisas toscas y unas
faldas que podían tener mil años; eran mujeres prehistóri-
cas. Es una procesión como podría imaginarse en una tum-
ba escita.... He estado todo el día soñando y pensando...
Nadeshda Antonowna estaba medio desnuda en la ca-
ma. Ahora se levantó, se puso sobre los hombros la camisa
de dormir, bebió un vaso de vino y se sentó en la ventana
(Esta ventana de los hoteles de provincia desempeña en
las comedias de Gogol o de Ostrovski (1) el papel de intri-
gantes mudas, y aún puede ser muy interesante leer la épo-
ca en estas ventanas-periódicos.)
—Todavía no he hablado nunca de esto contigo, Yev-
gueni. ¿Tengo yo una moral en el sentido que suele tener-
la la gente, o no tengo ninguna, o tengo una mía propia? En
fin, me ha hecho pensar esta procesión fúnebre que ha
muerto un ser humano, pero que yo tendré un hijo y no sé
quien es su padre... Sobre él podrán tener derecho varios
padres. Estoy embarazada, pero no tiene importancia de
quien. Esta es mi moral; yo soy la madre y esto es un dere-
cho primitivo. Yo no sé quien es el muerto que llevaban a
enterrar. Pero, si aquí llevan a enterrar los tiempos pri-
mitivos, quizá era una mujer que me ha legado el dere-
cho a tener un hijo sin poder nombrar a su padre.

---

(1) Dramaturgo ruso de mediados del siglo XIX, cuyas nu-
merosas comedias tratan muy a menudo del mismo medio provin-
ciano de las comedias gogolianas, pero sin su agudeza satírica.

—La muerta era la mujer del ingeniero Laszlo que se ha ahorcado ayer—dijo sombríamente Poltorak.

—¿Se ha ahorcado? ¿Por qué?

—No sé. ¿Y tú no sabes quién es el padre de tu hijo? ¿No sabes que antigualla enterraban las mujeres? La enterraban a ella, y a mí, y a nuestra cultura.

—Tanto mejor para mi hijo.

Poltorak se sentó en la ventana, junto a Nadeshda Antonowna.

—¿Qué dices, Nadia? Has dormido y yo he velado. Nos han enterrado a los dos, junto con los muertos, y tu hijo no gana nada con eso porque lo han enterrado a él también. Pero es lo mismo. Yo he velado y no era nada espantoso. En la vigilia sobreviene lo incomprensible, lo fantástico, como esta procesión fúnebre. Celebraremos una noche como el "Banquete en tiempo de la Peste" (1), que cantó Pushkin, una noche de lobos, tras las banderolas rojas de los ojeadores de que te hablaba antes. Estoy enfermo, muy enfermo. Hablo como en delirio. He hablado hoy con los obreros: me dan golpes en el hombro y me miran de arriba abajo.... Es como los espectros de Hoffmann, que mezclan los ensueños con nuestra realidad...

Llamaron a la puerta y entró un ordenanza.

—Un telegrama.

Poltorak leyó el telegrama.

"Wera acaba de morir. Las dos te decimos eres un infame".

.. ..

En casa de Yewgueni Yewguenlewich Poltorak, en Moscú, en la calle Wladimiro Dolgoruki, reinaba en el mobiliario de caoba una rígida tranquilidad. La mansión del viejo "muladar" era la fortaleza de sus propietarios. En el despacho había candeleros de bronce sobre la mesa de escritorio, y unas náyades también de bronce, sostenían el tintero colgado entre sus brazos. En los candelabros ardían velas. Sobre el diván de la época de Pablo I, el mueble prin-

---

(2) Esbozo dramático de Pushkin, tomado de una tragedia del inglés Wilson.

cipal del cuarto, moría Wera Grigoriewna. Las gruesas cortinas protegían la tranquilidad del cuarto. Sobre la mesilla de noche ardía una vela entre las medicinas. Al lado de ella una campanilla de plata de estilo Imperio, de la época alejandrina.

Wera Grigoriewna estaba sóla y tenía los ojos cerrados. Fluía en la noche silenciosa la quietud de la habitación, y Wera Grigoriewna yacía en su belleza, sin voz, sin movimiento, con las manos extendidas sobre la colcha. Cuando quería llamar levantaba lentamente el brazo hasta la mesilla; sus ojos continuaban cerrados y la campanilla sonaba levemente. Sofía Grigoriewna, la mujer de Poltorak, entró en camisa de noche con una vela en la mano. La hermana mayor parecía mucho más inquieta y ansiosa que la enferma.

—¿Has llamado, Wera?

—Me muero, Sofía. Siento como la muerte va entrando en mí—Wera Grigoriewna hablaba sin acento y sin mover casi los labios—. Ya no soy un ser humano. Pienso con tranquilidad en que es la última vez que llamo en mi vida.

La faz de Wera Grigoriewna estaba enteramente tranquila; no abría ya los ojos y sus labios se movían apenas. Se inclinó sobre ella su hermana, con la boca descompuesta con un cruel dolor. Puso la vela sobre la mesilla y la apagó. La última llamarada pasó rápidamente por los rasgos de la moribunda. Wera Grigoriewna sonrió casi imperceptiblemente.

—Llama a Yewgueni; está aquí; le oigo—murmuró Wera Grigoriewna.

—No está. Ha ido a Kolomna por un viaje de negocios—respondió Sofía.

La vela de encima de la mesilla se había consumido. Servía para alumbrar al médico al escribir las recetas que ya no hacía, y se habían olvidado de ella. Sofía Grigoriewna se levantó para apagar la vela; pero Wera la detuvo. Volvió a deslizarse por su rostro la sonrisa invisible y sus labios se contrajeron imperceptiblemente. Sofía Grigoriewna se inclinó sobre su hermana.

—¿Me oyes, Yewgueni? Es tan terrible... Por primera vez... Hicimos mal, Yewgueni. ¿Qué me has hecho? ¿Qué has hecho? Tú no me quieres. ¿Me quieres de veras? Me dá vergüenza por Sofía. Me dá vergüenza por todo el mundo...

Te he despertado yo; estabas dormido y hace tanto tiempo que te estoy llamando...

Sofía Grigoriewna se inclinó más sobre su hermana. Wera hablabe delirando.

—¿Crees tú, Yewgueni, que en presencia de la muerte no son nada la fidelidad, el amor, la justicia? No, no tienes razón para los vivos, para Sofía y para tus hijos. Fué una bajeza mía entregarme a ti estando moribunda, muerta, y fué una bajeza tuya, Yewgueni, lo que hiciste conmigo, querido; y mi última bajeza es que pienso en ti, amado mío...

Sofía Grigoriewna gritó:

—¡Wera, estás diciendo locuras! ¡Calla!

Wera Grigoriewna abrió los ojos y su mirada se animó, se espiritualizó y perdió todo aire de ensueño.

—No, Sofía; no estoy diciendo locuras—dijo con energía y con una expresión de maldad—. Me muero, Sofía, y lo que te voy a contar no es un delirio de la fiebre. Yewgueni me ha poseído ahora, en el viaje. ¿Entiendes lo que digo? No me avergüenzo por mí, por que ya no estoy en el mundo, Sofía; pero me da vergüenza por tu honor. Es un ladrón y un cobarde. Me da vergüenza por ti, Sofía...

Wera Grigoriewna cerró los ojos y lanzó un gemido profundo. La medianoche se había quedado inmóvil. Sofía Grigoriewna se hundió en un rígido silencio. Cuando el sol alcanzó la altura del mediodía se estremeció—el tiempo había desaparecido para ella—. Todas las velas se habían consumido y el humo se había volatilizado por completo. Wera Grigoriewna estaba muerta en su cama y la hermana viva escondió la cabeza en el pecho de la muerta.

Lo primero que hizo Sofía Grigoriewna cuando volvió en sí fué ir a poner un telegrama. El "muladar" estaba resbaladizo por la lluvia; el pavimento húmedo reflejaba las casas y las imágenes eran la sombra de la apariencia, lo único que el hombre aherrojado vé, de que las casas reales en la verdadera calle eran los arquetipos, las ideas platónicas. La lluvia teñía Moscú del color húmedo de mermelada de las nubes exprimidas, y los altavoces disparaban series de exclamaciones.

¡Morir! Había existido un ser humano, la niñita Wera, la muchacha Wera, la estudiante del Instituto, la discípula de la Academia de Música de Moscú, Wera Sadischew, más

tarde, la mediana cantante de ópera en teatros de provincias; Wera Polewaia, su nombre de guerra; habían existido una infancia, una juventud, una feminidad y un examen final y una educación religiosa con los diez mandamientos aprendidos de memoria, y luego la medalla de oro de la Filarmónica, la primera presentación en provincias, el primer aplauso, el primer beso, la primera entrega...; todo había sido. Y cuando muere uno, le llevan al claustro nuevo de las solteras, en el cementerio, lo sepultan en la tierra y lo entregan a la constancia de los gusanos, o lo llevan al claustro del Don y lo incineran en el crematorio. En el crematorio experimentaban los hombres sus últimas convulsiones humanas. En el horno del crematorio, a una temperatura de dos mil grados, son reducidos a la nada en el espacio de dos minutos el ataúd y las ropas, y queda sólo el cadáver desnudo. El hombre desnudo empieza a agitarse, sus rodillas se retuercen hacia arriba, sus brazos se rodean al cuello y la cabeza se hunde entre los hombros. Si un hombre vivo, con nervios vivos pudiese ver por una ventana cómo otro hombre es reducido a cenizas en el horno, su cabellera se volvería gris, porque podría creer que los últimos espasmos del hombre vencen a la muerte. El muerto adopta posiciones indecorosas, pero un cuarto de hora después no queda de él sino un puñado de polvo. Los gusanos se abren en los hombres sus catacumbas subterráneas, como los hombres labran sus catacumbas en la tierra... Ha existido algún tiempo un ser humano, la niña, la muchacha, la mujer, la actriz Wera Grigoriewna. Alegría y sufrimiento, éxito, placer y amargura...

El pequeño Mishka tenía miedo por la suerte del rojo Motka, en la mina. Los niños, lo mismo que los artistas, sólo piensan en ideas concretas. Después que Lieubow Polétika leyó a los niños la historia del pequeño y rojo Motka, estuvo mucho tiempo Mishka sentado en el jardín y consolándose al sol del frío espanto de la explosión de grisú. Luego corrió por el jardín a buscar a la pequeña Alicia y se fueron al Kremlin de Kolomna, a la torre de Marina Mnichek.

Liubow Pimenowna estudiaba la vieja historia, y sobre todo las tradiciones que se relacionaban con la torre de Marina. Decía la leyenda que en esta torre destacada, de

cuatro fachadas y sin ventanas, murió la polaca hija del woiwoda Marina Mnichek. Escriben los viejos cronistas que Marina, viuda del falso Demetrio, con su último marido, el atamán de los cosacos Iwan Sarutzki, y su hijo Iwan, el "bandolerito", asaltó Kolomna a su regreso de Moscú, y la incendió. Refieren las crónicas que entonces guardó su tesoro de guerra en la vieja y esquinada torre del Kremlin. Mishka tenía de todo esto una imagen como de "Las mil y una noches". Saben también las crónicas, que Sarutzki y el "bandolerito", el zarewich Iwan, después de su vano intento de fundar un imperio propio en Astrajan, con ayuda del shah de Persia, fueron entregados por sus cosacos a las tropas de Moscú. Sarutzki y el zarewich "bandolerito", llamado también el "cuervo joven", fueron ejecutados en la plaza Roja de Moscú; pero las crónicas no dan ninguna noticia de la suerte de Marina. Sólo la tradición afirma que Marina Mnichek era un vampiro que podía adoptar figuras distintas, de animales o de seres humanos, y que convertida en cuervo volaba sobre Rusia, portadora de desgracia. Cuenta la leyenda con todo detalle, que una vez el woiwoda Danilo de Kolomna y el obispo, acompañados de popes y sacristanes, se dirigieron, tan pronto como descubrieron la facultad de Marina, de convertirse en cuervo, a la torre, en que la encontraron durmiendo, y rociaron de agua bendita las puertas y ventanas, sin olvidar el menor agujero, para que no pudiese salir por ella, en aquella forma. Pero el woiwoda y los santos varones cometieron entonces un error. Porque en el momento de rociar el agua bendita, no era Marina quien dormía en la torre, sino tan sólo el cuerpo humano de la vampiresa; su alma volaba precisamente, vestida de plumas sobre Rusia. Desde aquel tiempo, el alma inmortal de Marina vuela, convertida en cuervo, sobre los campos, sin poder reunirse con su cuerpo, hace mucho tiempo, corrompido. En todos los cuervos de Rusia se esconde el alma de Marina. Mishka conocía esta leyenda y tenía miedo a la torre.

Pero Mishka ignoraba que esta misma torre había sido el refugio de Rimma Karpowna Skudrin, en sus aventuras de pecaminosa memoria.

Las ideas de los niños son enteramente distintas de las de las personas mayores. Mishka sabía: esta torre es alta, igual por las cuatro fachadas, construida con piedra

de sillería, no tiene ventanas y hubo una vez una mujer, acaso una muchacha, que hizo la guerra a los hombres. Sabía esto, como sabía que el fuego crece igual que la hierba, pero mucho más aprisa. Mishka tenía miedo a la torre misteriosa.

Era un día de sol. El pie de la torre se hundía en rojas matas de saúco. Las piedras de la torre olían a polvo y a calor. La atmósfera estaba transparente, tranquila y vacía. Pasando por las ruinas del muro de la ciudad, un sendero cubierto de ortigas y lampazos conducía al patio monástico, por el que entraba en la torre. Mishka cogió de la mano a la pequeña Alicia. Los niños miraban atentamente el camino que habían de pisar. En la sombría escalera de la torre olía a excrementos humanos. Había en el portal madera almacenada, y de la parte alta descendía una luz turbia y temblorosa. En torno al tragaluz de encima de la puerta zumbaban, subrayando el silencio, moscas de la carne verdosa. La madera olía a cosa podrida y recalentada. Los niños se detuvieron en silencio y miraron atentamente concentrados en sí mismos. Arriba, en un madero carcomido del techo del piso superior, ya derrumbado, estaba posada una cría de búho. Mishka soltó la mano de Lissa, se encaramó en un montón de maderos, y se puso de pie en él, desvergonzado y con su nariz remangada. Aquí, al otro lado de los muros del Kremlin, donde no había seres humanos, sino matas de ortigas y hierbas de la estepa, todo era muy sencillo, tibio, tranquilo y espacioso. No era posible sostener aquí nada misterioso...

La ingenuidad primitiva de los niños, era más fuerte que los terrores del pasado.

... ...

—¿Qué dice el telegrama?— preguntó Nadeshda Antonowna.

Yewgueni Yewguenievich, no respondió.

¿Sabes cómo huele la sangre, Nadia?—gimió sin fuerzas—. El que puede morir debe también poder matar, y matar es feo, grosero...

—Tú mismo dices que todo se funda en la sangre. ¡Todo! Desde la primera unión del amor.

—Sí. Yo he hablado siempre de sangre; pero hay un

asesinato sin sangre, ¿oyes?, sin sangre, color de agua, que se ejecuta en cifras, en estadísticas. Me han dicho los obreros, en el Consejo de Producción, que soy un hombre de más, arrojado por la borda, herido de muerte, sin sangre—las palabras de Poltorak se atropellaban—. He recibido un telegrama, tengo que irme... Llueve rabiosamente. ¿Es de veras lluvia? Se puede matar sin sangre, se puede matar con besos y mentiras, y palabras de amor, y es posible robarse a sí mismo. Tú no quieres saberlo, Nadia; pero yo soy un ruso, un ruso nacionalista, un discípulo de nuestro filósofo Solowiow (1); yo podría morir por mi Rusia, y aquí en la construcción trabajan obreros rusos; son puños encallecidos de aldeanos rusos los que construyen el monolito. El socialismo es la amistad de un hombre para otro, me ha dicho hoy un obrero. Tú no has visto nunca cómo hace explosión el aire líquido cuando se le hace estallar de repente y en ocasión oportuna, cómo giran por el aire cabezas y piedras, brazos, piernas, arena. ¿Has oído alguna vez que los ingenieros hidráulicos temen al agua, más que a ninguna otra cosa, porque es más fuerte que todo lo demás? Sin embargo, yo soy un ruso nacional. Yo he fantaseado que el rusianismo tiene una misión mesiánica entre los naciones. Yo soy un hijo de la madre Rusia...

Nadeshda Antonowna se levantó del antepecho de la ventana, se dirigió a la mesa, se sirvió un vaso de vino y lo bebió. Poltorak estaba de pie entre los bastiones de la ventana con el telegrama en la mano. Lo tenía alejado de sí, como si pudiera quemarle, y sus ojos estaban fijos en el vacío. Nadeshda Antonowna volvió a echarse en la cama con el brazo atravesado debajo de la cabeza.

—Parece que fantaseamos los dos, Yewgueni—dijo Nadeshda Antonowna—. Te voy a decir lo que he pensado hoy. He hablado de siglos pasados y de antigüedades,y tú tomas todo eso con indiferencia. Dices que el entierro de la antigüedad que he visto pasar, es el entierro de mi hijo. No sé. Hablas tú de lobos. Es una vieja norma de los lobos comerse a los lobos viejos cuando pierden las fuerzas, porque se han apartado de la ley de la igualdad, se han hecho cobar-

(1) Wladimiro Soloviow (1853-1900), el representante más destacado de la filosofía de la religión en rusia.

des y cansados, y la Naturaleza no soporta fuerzas desiguales. Tú has dicho que somos como lobos... ¿Te acuerdas?... yo he soñado

—Sí, como los lobos... plantar la cruz en Santa Sofía de Constantinopla... (1)

—Bien. Los lobos están sujetos al principio del equilibrio de las fuerzas... Yo no he amado nunca. Jamás ha habido nada para mí fuera de mí mismo y de mis aspiraciones. Yo he tomado hombres, más de uno, para conocerlo todo. No tengo que dar cuentas sino a mí misma. No necesito vuestros compromisos ni echo de menos un nido caliente. Yo pariré como las lobas. ¿Crees que hay una Rusia nacional? ¡Tontería! Hasta ahora no he tenido una idea de la felicidad que puede haber en ser madre, en parir, en tender el pecho a un hijo. Y tendré mi mundo sin hombres, no un mundo rodeado de banderolas rojas como el que tú me pintas. Es grande el mundo, pero es menor que el niño que se está formando en mí... Y el mundo es grande, la vida es grande; yo no puedo abarcarla toda con la vista, pero no le tengo miedo. La revolución me ha enseñado esto. Creo en la vida y estoy tranquila con esto. No comprendo sino lo que se relaciona conmigo. Y no abortaré por nada del mundo. ¡Dime, que hago bien en tener un hijo!

—¿Dónde está Rusia? ¿Dónde estamos nosotros?—exclamó Yewgueni Yewguenievich.

Llamaron a la puerta. Tuvieron que llamar fuerte para hacerse oir entre la lluvia. Nadeshda Antonowna estaba encima de la cama, medio desnuda, con la botella del vino al lado, y no se cubrió al oir llamar.

—¡Adelante!—gritó.

En el umbral apareció Liubow Pimenowna con un abrigo de goma y un pañuelo rojo a la cabeza. Vió a Poltorak y se inclinó hacia Nadeshda Antonowna.

—¿Vive aquí Yewgueni Yewguenievich Poltorak?—preguntó, como si no hubiera visto al ingeniero.

—Sí. Aquí vive— dijo Nadeshda Antonowna.

---

(1) El móvil de guerra del "Sigfredo" ruso. El restablecimiento de la catedral cristiana de Santa Sofía, en lugar de la mesquita de Aja Sofía, fué el ornato ideológico de la política zarista en los Dardanelos.

—¿En esta habitación?

—Sí

Liubow Pimenowna tropezó en el umbral.

—¿Y usted también vive aquí?—preguntó en voz baja.

—Sí. Yo soy su amante — respondió Nadeshda Antonowna.

Liubow Pimenowna estaba quieta, como si hubiera echado raíces en el suelo.

—¿Quiere usted que le diga algo?—preguntó irónicamente Nadeshda Antonowna.

—Perdón... Dígale usted que ha estado aquí su novia Liubow Polétika. Esto sólo..., nada más...; y dígale también, hágame el favor, que ya no le espero.

—Está bien. Se lo diré—dijo afablemente Nadeshda Antonowna.

Liubow Pimenowna saludó y se fué.

Poltorak estaba en pie, indeciso, con el telegrama en la mano, entre los baluartes de la posada-fortaleza. Nadeshda Antonowna tomó un libro y se puso a leer. El bastión callaba.

Yewgueni Yewguenlewich—dijo Nadeshda Antonowna—. Su novia Liubow Polétika ha estado aquí y me ha encargado que le diga a usted que ya no tiene deseos de verle. Estoy desconsolada de haber turbado su felicidad. No soy celosa, pero no me gustan nada las groserías ruines y tampoco que me pongan en situaciones estúpidas.

—Me voy, Nadia, y no volveré. He recibido un telegrama...— Poltorak deliraba—. Me voy, no volveré.

—Pero ¿por qué? — preguntó Nadeshda Antonowna, sin levantar la cabeza del libro—. Tú has dicho que este baluarte en que estamos, es la última guarida en que se refugia el lobo acosado, huyendo de los trapos rojos.

Los aguadores llevaban en sus carros, con los arreos llenos de campanillas, a través de las calles, que los rótulos mantenían en disciplina, la noche y los viejos residuos de Kolomna. La Brujas rusa roncaba a boca abierta y dormía como si estuviese muerta desde la época del zar Nicolás. Sobre la ciudad, los cuervos, las almas de Marina Mnichek, se habían posado en silencio. Llovía a cántaros.

Y Poltorak continuó delirando esta noche de su perdición. Un cochero le llevó a casa de Jacob Karpowich Skudrin, dejando Kolomna a la espalda. Jacob Karpowich piloteó la fragata del aguardiente, y los hermanos Besdietow se pusieron de vigía en el aparejo. Jacob Karpowich le habló con los ojos del inglés Sherwood:

—Esta noche.

Y los hermanos Besdietow se levantaban como un muro, dispuestos al crimen con las palabras:

—Hoy a la una.

Palabras no menos duras que las de antes: "¿Quedamos en eso?", que Sherwood había pronunciado en Moscú, y que la respuesta dada por sus ojos duros: "¡Quedamos en eso!"

Había visto Poltorak en el Consejo de Producción con los obreros cómo la geología de las relaciones humanas se trastorna. Sus negocios se habían convertido en agua y habían surgido nuevas fuerzas. Desamparado, había dicho Poltorak a Jacob Skudrin: "¿Puede un hombre matar?", y el viejo loco había hablado de conciencia y de pureza juvenil, de memoria y de bufones de la piedad, del profundamente ruso Iwan Jakowlewich y de su don de profesía. Sí, los truhanes pueden matar, pero no todos los locos son truhanes. Los hermanos Besdietow navegaban la fragata del aguardiente, y ante sus ojos de plomo se mantenía quieto el tiempo, adherido al barquito volteriano y a los muebles de caoba. Los hermanos se habían fundido con la caoba. Alrededor de la lámpara de petróleo revoloteaban mariposas nocturnas, y en las tinieblas del otro lado de la ventana, murmuraba la lluvia. Jacob Skudrin daba vueltas en torno a Poltorak, andaba rígido como un palomo, se sostenía las entrañas por la abertura de la camisa y sus ojos se nublaban por los ochenta y cinco años, por su cuerpo de viejo, hinchado, verdoso de putrefacción, horrible y repugnante. Poltorak sentía en su delirio que ante Jacob Skudrin, él estaba enteramente desnudo, tal como era por naturaleza, más allá de las leyes matemáticas de lo infinitamente grande. Los Besdietow, con el gris plomizo de sus ojos afirmaban: "Alrededor de la una de la noche, en el puente flotante "Goltuwin". Y en aquel momento había surgido tras la ventana, en las tinieblas cargadas de lluvia, el vagabundo Oshogow, harapiento, medio loco, que no ha-

bía olvidado su honor ni perdido su conciencia. Habían expulsado al vagabundo con la amenaza de apalearlo, y él se había retirado temeroso. ¿Pensaba Poltorak en aquella hora que las víctimas pueden arrastrar consigo en la muerte a los asesinos? Poltorak sabía demasiado bien aquella noche, su última noche, que no es la sangre lo que indica la obra de la muerte, lo mismo que no es preciso que toda obra descanse en sangre.

Poltorak se separó de Skudrin en la noche abrasada de fiebre, en la primera hora de la noche, en que los ojos de los Besdietow, tan severos y plomizos como los de Sherwood, debían encontrarse con los suyos, delirantes en el puente flotante Goltuwin. Los ojos miraban fijamente a las praderas desiertas y veían levantarse de ellas a la altura columnas de fuego y voltear por los aires cabezas y cuerpos. El oído escuchaba gritos y espanto y el hervor del agua. Alrededor de la una, debía estar Poltorak en su sitio. ¿Dónde ir, si no? Se encaminó a las praderas de la orilla del Moskwa, por la vertiente del Kremlin, pasando por delante de la torre de Marina. Todo se deshacía, y la mañana naciente parecía tan lejana como la infancia desvanecida. Era negra la noche. Ante el ingeniero ardían las hogueras de la construcción, acosando las tinieblas hacia los prados. En los campos que aquel mismo año debían quedar inundados resonaban las llamadas nocturnas de pacíficas aves acuáticas. Wera, Liubow, Nadeshda, las mujeres que él había amado; Sofía, la mujer a quien estaba unido. ¡Qué casualidad! Eran los nombres que la costumbre rusa acostumbraba a reunir: Fe, Esperanza, Caridad, las hijas de la Sabiduría. Poltorak balbuceó los nombres como uno de esos idiotas a quienes se puede matar a golpes. Wera, Liubow, Nadeshda.—Fe, Esperanza, Caridad—, y la madre Sofía, la Sabiduría—la Sofía del filósofo Solowiow, místico ruso—. ¿Pero no adelantaban ahora las cosas sin que corra sangre?... Wera murió de una muerte natural. Nadeshda sostiene que ella misma no conoce su carácter verdadero, que con él se cree permitido todo... ¿Por qué? Liubow vino a decir que se iba para siempre. El entierro de la suicida María Sadykow se fundió con la sesión del Consejo de obreros. Los lobos, rodeados de rojos gallardetes de odio, no saben que en el bosque, en el profundo crepúsculo, detrás de los árboles, acechan los cazadores para matar, y que la muerte

no viene de los ojeadores ruidosos, sino de los cazadores silenciosos. Rodeados de trapos y de peligros, están tranquilos hasta que los hombres no empiezan a gritar y a azuzar los perros; pero los alborotadores empiezan su obra, y la muerte hace su cosecha en el círculo rodeado de trapos, mientras al otro lado de los ojeadores se queda la vida, la vida natural de siempre. ¡Fe, Amor, Esperanza! A través de las tinieblas, rondaba la noche. Poltorak corrió por los prados. Delante de él, las dragas silbaban, gemían y resonaban en el fuego febril de la construcción.

En este momento se arrojó Poltorak en la hierba húmeda. Dentro de un año la hierba de los prados estará sumergida en las aguas.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

AMIGOS

Aquella noche se encontró Iwan Oshogow, el vagabundo, al ingeniero Poltorak en las praderas de la orilla del Moskwa. Después de separarse de Poltorak, todavía rondó Iwan mucho tiempo, conforme a su costumbre de todos los días, en las obscuras praderas que bordeaban el río, por senderos que sólo él conocía, entre los montones de leña hacinados para la fábrica y los embarcaderos para el transporte por el río. Iwan se encaminaba a su tejera, hablando largamente consigo mismo, muy irritado.

La tejera estaba instalada en una cantera abandonada y rodeada de un cercado en ruinas. Iwan se escurrió por un agujero de la cerca y esquivó hábilmente los hoyos del suelo, cubiertos de plantas de ortigas altas como un hombre. Cuando llegó a la instalación que caldeaba el horno, se deslizó en el calor obscuro y asfixiante de la cavidad que había debajo de la puerta del fogón. Brotaban luces rojas de las grietas formadas entre el cierre y las paredes del horno y olía a humo, a brea, a hombres sucios y a pescado, como en el interior de un navío. Sobre la tierra fangosa que rodeaba el horno, yacían en la obscuridad unas cuantas figuras estrambóticas vestidas de harapos desgarrados e invadidas por bosques de pelo. Eran los comunistas de Iwan Oshogow, que tenían hecho un contrato tácito con la Administración de la fábrica de ladrillos; fundados en este acuerdo de caballeros, calentaban el horno, en cuyas llamas se cocía los ladrillos, y por el mismo convenio tenían alrededor de él su vivienda. Estos hombres, que espiritualmente se habían detenido en la época del comunismo de

guerra, habían elegido por jefe a Iwan Oshogow. Así, el horno era el hogar y el agujero abierto en la tierra, que olía a humo, a fango y a residuos humanos, el nido del comunismo de dirección oshogowiana. En aquella caverna reinaba todavía un cierto orden doméstico y de colonia, propio de los tiempos del comunismo guerrero; se habían instalado cuerdas, en que secaban harapos, en los rincones habían tendido paja, que servía de cama y al mismo tiempo de "chaisselongue" y una viga representaba la mesa.

Sobre la paja que estaba junto a la mesa, descansaban tres vagabundos, mendigos y locos, de la Rusia de los Soviets, llamados Ognew, Pasharow y Podshogow (1). Cada uno tenía una manía. La de Ognew era una correspondencia con los habitantes de Marte; a este objeto, los hombres debían arrojar a Marte, cohetes e instalar una red de estaciones interplantarias. Posharow—este era el nombre que había adoptado el hijo del anciano Nasar Sysoiew, de la aldea de Akatjew, al irse con los vagabundos—quería reunir todos los peces del Oka y el Wolga, y con el producto de esta redada, construir puentes de hierro de aldea a aldea para que los usasen los campesinos. Podsogow tenía pensado, por último, el proyecto de una red de tranvías en la región de Kolomna. Las caras de estos hombres que habitaban en la obscuridad, atravesada de luces rojas de la caverna, eran siniestras y poco tranquilizadoras, como toda la existencia de tales vagabundos. Oshogow se sentó junto a Ognew, temblando como si tuviese fiebre, se sacudió las gotas de lluvia y puso unas monedas sobre la viga.

—¿Han llorado?— preguntó Ognew—. ¿Has hecho centinela?

—Sí. Han llorado— respondió Oshogow—. Yo he vigilado.

Callaron. Otros dos hombres se deslizaron en la cavidad, los dos provistos de una selva virgen de pelo y barbas vestidos de harapos destrozados. Colgaron a la lumbre sus

(1) Los nombres de los compañeros de Oshogow tienen toda una significación determinada. Se podrían traducir estos nombres aproximadamente, por las palabras incendiario, inflamador, llama, fogonero, etc.; pero esto hubiese quebrantado el ambiente ruso.

pingajos, pusieron en la mesa pan y dinero y se dejaron caer en el suelo, rendidos de fatiga. El más joven empezó a roncar inmediatamente. Podshogow y Posharow, que también estaban dormidos, roncaban en competencia con él.

—Ahora te toca a ti, camarada Ognew — dijo Oshogow—. Ahora estás tú de guardia.

Ognew, el hombre del correo con Marte, se levantó de la obscuridad en que estaba echado, con la cabeza hundida en la paja, se arrolló a las piernas sus polainas, se puso por los hombros un viejo capote de soldado y se escurrió del agujero, dando zancadas en la obscuridad y la lluvia, mientras los otros seguían durmiendo. El mayor de los dos hombres que habían llegado los últimos, dijo que al día siguiente, temprano, había que descargar una barca de rieles de hierro, para la construcción. Posharow se despertó y fué mirando a todos, uno por uno; luego recogió los rublos y los kopeks que había sobre la mesa, y salió del agujero, sin vestirse, descalzo y con la cabeza descubierta. Los demás vagabundos se despertaron también, y tomando sus cántaros de estaño, se sentaron alrededor del madero. Pronto volvió Posharow, calado de agua, con algunas botellas de aguardiente que llevaba metidas en los tirantes del pantalón, como los cartuchos en las cartucheras de un traje circasiano. Podshogow puso wodka en los jarros, y después de chocarlos unos contra otros, bebieron todos en silencio.

—Ahora tengo yo la palabra— dijo Oshogow—. ¡Camaradas! El año diecinueve, vuelve para nosotros. Las mujeres se han levantado hoy en defensa del honor y de la justicia. He hablado hoy con el profesor Polétika, que fué el primer marido de Olga Alexandrowna, a quien Laszlo abandonó. Esta noche he derribado al suelo en las praderas al ingeniero Poltorak... ¡Vuelve el año diecinueve! Hubo una vez unos hermanos llamados Wright, que quisieron volar en el cielo, y cayeron y se destrozaron en la tierra. Yo también he volado con un paracaídas. Pero los hombres no abandonaron la obra de los hermanos Wright y se han sujetado al cielo, y hoy los hombres vuelan. ¡Camaradas! Vuelan sobre la tierra como pájaros, como águilas, y volarán hasta el planeta Marte, como dice el camarada Ognew.

—Naturalmente que volarán; y habrá también estaciones interplanetarias—gritó una voz al fondo.

—Espera, camarada. No necesitas defender a Ognew

en su ausencia, porque él volverá de la guardia y tomará la palabra— continó Oshogow—. Yo he sido en Kolomna el primer presidente del Comité Ejecutivo del Consejo de Obreros y Soldados. El año veintiuno, fuimos expulsados del partido, y todo se acabó. Nosotros éramos los únicos comunistas verdaderos de la ciudad, y hoy vivimos en un agujero de la tierra. Ahora vuelve para nosotros el año diecinueve; las mujeres han hecho una manifestación. Yo he sido aquí el primer comunista y seguiré siéndolo mientras respire. Nuestra ideas resurgirán y serán realizadas... Nosotros somos los hermanos Wright.

El camarada Podshogow sirvió una segunda ronda de aguardiente y arrebató a Oshogow la palabra.

—Ahora hablo yo, presidente. ¡Qué hazañas hemos llevado al cabo nosotros! ¡Cómo hemos combatido! Yo mandaba una sección de guerrilleros. Atravesábamos bosques día y noche y luego otra vez, día y noche, y no encontrábamos paso por ninguna parte. Era decisivo para mis resoluciones cubrir todo el día con una red de tranvías. Y aquí al amanecer oís: ¡ametralladoras!

Pasharow interrumpió al camarada Podshogow con un fuerte grito:

—¿Cómo das tú el golpe? Enséñame cómo pones el dedo.

—Camaradas—dijo Oshogow, en voz baja—. Dejadme desarrollar una idea. Escuchad: No habrá Navidades ni Pascuas, domingos, ni día ni noche. Los hombres trabajarán todo el día y todo el año y las máquinas no pararán en todo el día ni en todo el año. Serán iguales el día y la noche. La noche será iluminada por la electricidad, tan claramente como el día por el sol, y viviremos en la noche exactamente igual que de día, con fábricas, hoteles, "cines", tranvías.

—No. ¡Cómo pone éste el dedo para dar el sablazo!—exclamó al mismo tiempo Posharow—. Enseña cómo lo pones.

—En el filo, muy derecho—respondió Podshogow.

—A ver. Así, con la navaja. ¿Así lo pones? No cortarás así la cabeza ni a un pescado.

Podshogow sacó de la caña de la bota el cuchillo con que partía el pan y enseñó cómo ponía el dedo para dar un golpe de corte.

—No pegas bien—gritó Posharow—. Así te cortarás el dedo. Así no le das ni a un pez. Yo cojo el sable de otro modo para dar tajos y corto como una navaja de afeitar. Tiene que te enseñe. Tú lo haces mal.

—Camaradas— dijo Oshogow, cuya cara se descompuso con la angustia de la locura—. Hablemos de ideas, de grandes ideas, y no de sablazos. Por ahora no hay que dar tajos, sino que trabajar en el torno. Ahora ha empezado la revolución sin sangre, la construcción... Hoy la sangre produciría terror y vergüenza. Tenemos que triunfar con nuestro honor, no con la sangre y el cuchillo... Yo pienso en lo nuevo y lo viejo, camaradas. No es posible calcular cuánto he andado yo por el mundo, pero no hay que hablar de esto. Yo he sido marinero, experimentador de paracaídas, impresor, tornero de metales, pero nunca me he limitado en mi vida a la impresión o al torno, sino que he pensado siempre en la vida mejor y me he esforzado en hacerme más prudente y más bueno. Debemos respetar al hombre, y hoy, ¿dónde hay un hombre en quien se pueda confiar? La revolución ha inscrito en su escudo el honor. El año 21 me expulsaron del partido y hoy vuelve el año diecinueve, la justicia. Queremos vencer por el honor, por el trabajo y la razón, y nó por la sangre y los sablazos.

El cuarto de los vagabundos interrumpió al orador, exclamando:

—Camarada Poshorow, tú estabas en la tercera división y yo en la segunda; ¿te acuerdas cómo nos ensuciásteis el río en la aldea de Shinki?

—¿Nosotros? Vosotros fuisteis los que lo ensuciásteis.

—Camarada Poshorow, tú estabas en la tercera divi-la mañana. ¿Oís las ametralladoras? ¡Qué pena me daban entonces los jóvenes que yo conducía al fuego! Vencimos y enviamos al diablo a los blancos, pero cuando por la noche reconté mi sección... Tiene razón nuestro presidente. Se trata ahora de construir calles, puentes, fábricas, un socialismo y nuevas ideas.

—Oídme, camaradas. Por lo que respecta a las ideas yo fuí actor en una compañía de la legua; difícilmente habrá una peor en toda Rusia, pero no representábamos sino papeles nobles y no amábamos nada que no fuese noble...

Poco después de medianoche, dormía en el hoyo, jun-

to al horno de cocer ladrillos, la comunidad de Iwan Oshogow, aquel grupo de vagabundos que encontraban en el centro de la tierra el derecho a conservar sin mancha el escudo de su honor. Dormían en un ovillo, con la cabeza de uno en las rodillas del otro y cubiertos con sus harapos. El último que vigilaba era su presidente, Iwan Oshogow, tendido de bruces junto a la boca del horno, ante un trozo de papel colocado en la tierra, garrapateando con una colilla de lápiz y atormentándose para componer versos. Al principio decía como dedicatoria: "A la compañera Libow Polétika y a su padre, el compañero profesor. Venceremos sobre el mundo...", escribió; luego lo borró. Escribió: "Vosotros, que frotáis vuestras manos ensangrentadas...", y lo borró todo. "Hemos prendido el incendio del mundo..." sufrió la misma suerte. "Lo que importa es ser razonables y honrados...", escribió por fin. Pero las palabras no querían acudirle. Estuvo mucho tiempo en la misma postura, con la cabeza sobre el pedazo rasgado de papel, mientras a su alrededor dormían los comunistas del año del llamamiento, de la guerra civil contra los blancos, del comunismo guerrero, y del desarme de 1929, los hombres que habían guardado sus ideas, borrachos y locos, los hombres rectos que en su hoyo y en su trabajo, descargando barcas o acoplando madera, conservaban la fraternidad más rígida y el más severo comunismo, y no poseían ninguna propiedad, ni dinero, ni objetos, ni mujeres. Además, las mujeres habían huído de ellos por sus fantasías, su amor a la bebida y su locura. Algún tiempo aceptaron estas gentes trabajo en la construcción y encontraron que las ideas de la obra coincidían con las suyas. En el agujero, en la tierra, estaba la atmósfera caliente, sofocada y llena de miseria. Iwan Oshogow estuvo mucho tiempo tendido en la tierra, y por fin, se puso de pie, en el máximo grado de excitación, y despertó a los camaradas, que se levantaron de entre la paja.

—¡Camaradas!— gritó Iwan—. No puedo dormir y me he puesto a pensar en las mujeres. Pensad conmigo en las mujeres, camaradas. Hoy he estado en un pabellón de mujeres de la construcción. Viven en él setenta y una mujeres, y cuando estaba mirándolas, conocí que hay en ellas un sufrimiento de setenta y un dolores. Las mujeres allí se distribuyen en un orden determinado y no hay entre ellas

ninguna casada. Las mayores de treinta años son todas viudas o divorciadas, y ninguna de las menores es virgen. Las de menos de veintidós, no las cuento, porque son gente joven y tienen aún porvenir. Los niños se arrastran por entre las mesas y encima de las camas de campaña. Y lo principal es que, mirando los setenta y un dolores, se ven que se han sometido al destino y no aguardan nada de la vida. Hay entre nosotros en la construcción mujeres, pero menos que hombres, y ya podéis imaginaros que nuestros jóvenes obreros saben acariciar y charlar. La mayor parte de nuestros trabajadores son temporeros, carpinteros, layadores, canteros, albañiles. Viven en cooperativas, y bien se puede imaginar que la cocinera de una de estas comunidades no está sólo para guisar, sino para que además duerma con ella todo el grupo; de no ser así, no la hubieran tomado, y la que se resiste, es despedida en el acto. Los ingenieros y los técnicos, para no hablar de los inspectores, las invitan al cine, o a cenar, o a una partida en el campo de deportes, y luego las muchachas vuelven a casa llorando, y nó porque les han puesto el vientre redondo, sino porque las han pisoteado y luego han huido...

Oshogow hizo una pausa ante de continuar.

—¡Pensad en esto! Tres obreros de pala han violado a una muchacha. Ha habido alboroto en la barraca; todas han sentido el daño en su carne y han llorado a una. Ahora no pueden perdonar al ingeniero Laszlo, lo que ha hecho con su mujer. Es duro el destino de las mujeres. Envejecen antes que lôs hombres, tienen menos fuerzas y los niños que ellos les hacen se les quedan colgados del cuello. De todos modos, salen siempre perdiendo, pero tienen más ánimos que nosotros. No hay que ser demasiado severos con las señoritas oficinistas; ellas también quieren vivir y pintarse los labios y ser invitadas en el buen tiempo a cenar en Goltuwin. Y debajo de las faldas a todas las mujeres les pasa lo mismo... Bueno; he entrado en la barraca y he visto sus setenta y dos dolores, fundidos en uno solo; toda la amargura de la tierra, en todas por igual. Les he hablado al corazón y todas han empezado a llorar. Han hecho bien las mujeres en tomar en su mano su propia causa.

El proletario mendigo, Iwan Oshogow, calló pensativo y apoyó la cabeza en las rodillas dobladas. Ninguno

de sus comunistas habló una palabra. Dos de ellos salieron a la lluvia, trajeron madera y volvieron a cargar el horno. Después volvió a roncar el agujero en un sueño sordo y opresivo. Por fin, salió el mismo Iwan Oshogow. Faltaba aún una hora para que despuntase el día, la lluvia era más menuda, helada, y las nubes se levantaban. Oshogow cruzó las últimas prolongaciones de la ciudad, trepó por las ruinas de las casas no acabadas de construir desde el año 19, y entró en su refugio, la casita de baños en el patio de las viejas hermanas Skudrin. El patio, cubierto de hierba, estaba obscuro y silencioso, y en la habitación de Liubow Pimenowna y de Olga Alexandrowna, ardía luz aún. "Arap" corrió al encuentro de Iwan, se plegó a sus piernas, le lamió la mano, se precipitó delante de él a la casa de baños, y abriendo la puerta de un empujón, saltó a la cama y empezó a menear el rabo, lo que significaba una invitación a aproximarse que hacía a su amigo. Detúvose el vagabundo ante la ventana de Liubow Pimenowna, contemplando las cortinas blancas, y movió la cabeza, respiró profundamente y siguió al perro a la casa de baños. Una vez en ella, se echó en la cama junto a "Arap", lo abrazó y se quedó dormido, después de suspirar profundamente otra vez. El perro apoyó la cabeza en el pecho del hombre y escuchó largo tiempo el silencio y la respiración de su amigo, espiando atentamente con sus ojos obscuros. Luego bajó las orejas, cerró los ojos y se durmió también.

El vagabundo y "Arap", eran buenos amigos, probados en el afecto y fidelidad. El perro, que en la calle hacía el efecto de un vulgar gozquecillo de aldea, eran en su amistad con el vagabundo, prudente como un hombre, amigo pero no esclavo. "Arap" cedía cuando tenía razón. Iwan le traía tabaco y cerillas y cerraba la puerta cuando su amo estaba borracho. En tales casos, le ayudaba a acostarse y lo sostenía cuando estaba en peligro de caerse. Estaba alegre cuando lo estaba su amo y triste, cuando la melancolía se apoderaba de su amigo. Jamás comía el perro el pan que había sobre la mesa, sin dejar la mitad, y en cambio, el vagabundo no bebía jamás el aguardiente, cuando se emborrachaba en casa, sin darle parte al perro. Con el fuerte vodka, se embriagaban los dos y se besaban entre lágrimas y conversaciones vehementes. "Arap" se llenaba de orgullo siempre que estaba con su amo y se entristecía y aullaba

en la puerta, cuando el vagabundo estaba mucho tiempo sin venir.

La vida de "Arap", que tenía marcado sus límites por la puerta del jardín que daba a la calle, era mucho más sencilla y más corta que la de Iwan Oshogow, revolucionario, buscón y hombre. ¡Qué grande era, por el contrario, la existencia, comenzada más de cuarenta años antes, de Iwan Oshogow! El primer recuerdo que Iwan había guardado de su infancia, era el de la sirena de la fábrica, y después se tejía la vida enmarañada, aventurera y complicada de un proletario ruso. Mientras el aldeano y el aristócrata ruso continúan la tradición de una vida que mucho antes de nacer ellos, poseía ya su forma definitiva, y en la que nada tienen que hacer sino confirmar esta tradición, el proletario ruso de fines del siglo XIX, tenía el problema de crear una forma para su vida, de romper resistencias, y la mejor parte del proletariado lo hizo en nombre del honor y el derecho. Cuando Iwan nació, su hermano Jacob tenía treinta años y su padre, más de cincuenta. Con el tiempo fué dándose cuenta Iwan de que su padre estaba empleado para partir el pan y aderezar el "kwass" (1) en el comedor de obreros de la fábrica de máquinas de Kolomna. Las primeras imágenes fantásticas y originales de la memoria de Iwan, eran los edificios de la fábrica, las traviesas de ferrocarril, delgados arbolitos a lo largo de la calle, él mismo con sus bragas de niño y su camisa-blusa roja, ceñida a la cintura con una cuerda, y, por encima de todo, como un trueno que acallaba todos los demás ruidos, la sirena de la fábrica. Donde quiera que se refugiase Iwan, no había posibilidad de esconderse de este grito y sus piernas se quedaban rígidas en medio de una carrera, cuando resonaba la señal. Más tarde, siendo ya mayor, comprendió Iwan el destino de su padre. Una vez dejó de salir "kwass" de la tina en que se hacía la mezcla, y algunos días antes de este acontecimiento, desapareció una pelliza perteneciente a la fábrica. Para vaciar toda la tina donde se elaboraba el "kwass", empezaron por remover el contenido con una larga estaca, y entonces sacaron la pelliza ya hinchada. Desde aquel día, la vida del joven

---

(1) Kwas, bebida ácida y refrescante, hecha de pan fermentado

Iwan se unió a las chozas de las gentes pobres, donde su
padre y su madre trabajaban en el telar. La madre de Iwan
era la tercera mujer del viejo Karpow Skudrin, y éste ha-
bía sido expulsado de la fábrica por la pelliza podrida y
el "kwass" sucio. Los días en la fábrica de telas comenza-
ban a la luz turbia de la lámpara, a cuyo brillo saltaban
las gentes de las camas de campaña, construídas una en-
cima de otra, en las paredes. En ellas parían las mujeres
y morían todos; en ellas vivían los padres y las madres
con toda su descendencia. En aquellas literas oyó el peque-
ño Iwan historias de la campana gigante del Kremlin, que
se levanta alta como una casa en el sitio en que cayó de
la gran torre de Iwan, cuando el incendio, y del cañón co-
losal (1) del capitán de bandidos Churkin y del mago Brius
(2), que podía convertir el invierno en verano, y contaba
las estrellas del cielo desde la torre Sucharew, en Moscú.
En aquel lugar, murió el padre de Iwan, y entonces acabó
la mendicidad y empezó la verdadera vida. Iwan recorda-
ba perfectamente cómo, poco antes de morir el viejo, ha-
bían cuchicheado largo tiempo en la cama, él y la madre,
y como luego, en la mesa del comedor—esto había quedado
grabado para siempre en la memoria del niño—, la mujer
amenazó a su marido. "¡Y ahora, que no se te ocurra abrir
el pico! Te las has arreglado para ceñir con el amo y aho-
no tienes más remedio que callarte. ¡Lárgate de aquí aho-
ra mismo!" El padre calló y la madre llamó al niño, le arre-
gló las arrugas de la camisa y le acarició: "Waniushka,
querido mío, véte con el padre a decir "¡Por caridad! ¡Por
caridad!" También a ti te he hecho una chaqueta nueva.
La gente da más a los niños". En esta mendicidad aprendió
Iwan por vez primera lo que significa la palabra "honor".
Solía el niño deslizarse entre los perros callejeros por de-
lante de la ventana de un aristócrata, conocido por su bar-
barie, que estaba generalmente sentado junto a una mesa

(1) El "Zar de las campanas" y el "Zar de los cañones" son dos curiosidades muy conocidas del Kremlin de Moscú.

(2) El bandido Churkin, un Pugachef o un Rasin de menores dimensiones, tuvo por campo de sus hazañas la provincia de Moscú a principios del siglo XIX, y fué héroe de muchas novelas. Brius fué un astrólogo del tiempo de Pedro el Grande.

envuelto en su bata y bebiendo vodka, y arrojaba a Iwan una monedita de plata; pero un día el noble, le atacó como un perro enfurecido y le llamó un mozo sin honor y un malnacido, porque había tolerado que él mismo, el aristócrata salvaje y donante de los céntimos miserables, calificase a su padre de vago. Iwan arrojó los cinco céntimos a la cara bestial del noble y se fué al patio con la cabeza levantada. Este día ayudó por primera vez Iwan a los que estaban más necesitados que él. Fué a dar a una choza, en la que dos sanos estaban sentados perezosamente y pedían limosna. Le respondieron que nada podían darle y que acaso pudiera él, en nombre de Dios, hacerles una limosna, porque no tenían nada que comer y habían sido despedidos de la fábrica; el niño les ofreció su saco de mendigo. El padre murió en la cama de campaña de la casa de los pobres, y su hijo Iwan no asistió al entierro ni visitó jamás su sepultura; pero con la muerte del desventurado acabó la vida en la litera. En la nueva habitación en que se alojó Iwan, que estaba en el desván de la antigua Casa de Correos, había grandes paquetes de papeles atados; eran cartas imposibles de entregar. El primer libro que cayó en sus manos y en el que aprendió a leer la "Historia del soldado Jashka".

Pero no debía durar mucho tiempo la ociosidad del desván. El muchacho hubo de trasladarse muy pronto con su madre, a la barraca donde dormían las obreras y en la que todos los días al despuntar el alba, golpeaban a la puerta y anunciaban á gritos que era hora de levantarse, porque en seguida, tocaría la sirena para el cambio de turno. Las mujeres estaban en la barraca, exactamente igual que acuarteladas. Por el día, Iwan correteaba alrededor del canal de desagüe de la fábrica, por el que fluía el agua sucia, pero aún caliente, en la que los niños metían las piernas y los hombres trataban de curar sus articulaciones atacadas de reuma. Entonces empezó para Iwan la verdadera vida. La Rusia de la infancia de Iwan Oshogow se parecía, por lo que respecta a las relaciones sociales, a la China contemporánea, y la existencia de un hombre empezaba teniendo que moldearse su propia vida. Iwan fué aprendiz de zapatero y de cajista, tornero en metal, comparsa en una compañía de cómicos de la legua, volador en paracaídas, escribió versos y dedicó sus raras horas de ocio a la

lectura de Tolstoi, Dostoiewski y Shakespeare. Con un paracaídas saltaba a tierra desde un globo cautivo, y así fué pasando hasta la edad de entrar en filas. Después de hecho el servicio, volvió, ya socialista; a la fábrica de máquinas de Kolomna, convertido en un obrero consciente, y como hombre de honor, en un bolchevique, en lo que todo hombre honrado debía ser. En el primer año de fábrica, consiguió Iwan llegar a la escuela superior de socialismo, en los tiempos prerrevolucionarios, es decir, al empujón hacia el destierro enSiberia. Seis años pasó Iwan en ésta enseñanza, y durante ella, decidió muchas cosas: el plan en que había de encaminar su vida, su trabajo, sus relaciones con el mundo y con los hombres. El sentido de la vida era para Iwan la conquista del mundo por el hombre. La sirena de la fábrica, que imperaba en sus recuerdos, había enlazado en su imaginación de una vez para todas, el hombre con la máquina. Iwan Skudrin había sostenido en sus espaldas la vieja Rusia, que maldecía, lo mismo que había contribuido con ellas a llevar el movimiento obrero de Rusia, nacimiento del socialismo en la vieja Rusia, la Rusia del desprecio feudal por el hombre y la dignidad humana, del trato de hierro para el obrero, de un socialismo engarzado todavía en la servidumbre, era el primer hecho que definitivamente había de influir en el honor, en el respeto al hombre y, sobre todo, en el decisivo respeto por el trabajo. El destino de Iwan fué el mismo que el del crecimiento del socialismo; su honor estaba construido sobre la protesta contra el feudalismo, contra la permanencia de los débiles en las tinieblas, la esclavitud y la explotación. Era el suyo un socialismo basado en el saber, luchando siempre contra la mentira, la traición, el espionaje, el embrutecimiento y las tinieblas. Iwan sabía exactamente que el hombre y la humanidad están por encima de todo lo demás, lo mismo en casa con la mujer y los niños, que en el trabajo o en la palabra activa; que la traición al trabajo y a la palabra, de igual modo que la traición a la mujer, es más bien traición a uno mismo. Cuando estalló la revolución, Iwan Skudrin era obrero en el departamento de locomotoras de la fábrica de máquinas de Kolomna, y fué el primer presidente del primer Consejo de Obreros y Soldados de la ciudad y preparó en ella el levantamiento de octubre. Porque comprendía la revolución, no la entendió nunca como una

transformación en el sistema de salarios que hacía del rublo la equivalencia de una cierta cantidad de trabajo, sino como una renovación del concepto humano del honor, del derecho al amor y la vida, como una revolución en las relaciones de hombre a hombre.

El hogar del vagabundo Iwan en la casa de baños, hubiera parecido a un extraño repugnante. Pero Mishka gustaba de jugar en él y Liubow Poletika se sentaba muchas veces en la hierba de delante. El interior de la caseta estaba obscuro y húmedo, aun a mediodía; un moho verdoso se adhería a la ventana y olía más a perro que a hombre, porque la cama servía más veces de refugio al can que a su amo. Un madero colocado delante de la ventana, hacía las veces de mesa de escritorio, y encima de otra mesa que estaba al lado de la cama, solía haber, entre restos de tabaco, pan que "Arap" no había comido del todo para dejar su parte a Iwan. Esta vivienda demostraba que el vagabundo Iwan Oshogow estaba enteramente loco...

En aquella hora, dormían estrechamente abrazados, el vagabundo y su perro "Arap", y éste tenía la cabeza apoyada en el pecho de su amo. Al otro lado del patio, en la casa, ardía luz en los cuartos de Liubow Pimenowna y Olga Alexandrowna. La luz entraba por la ventana. Liubow Pimenowna estuvo sentada horas enteras, inmóvil, en su mesa de escribir, con las piernas cruzadas y la cabeza y los hombros caídos. En sus ojos, que llevaban ya horas enteras mirando con fijeza de frente, brillaban tan pronto la dicha como el sufrimiento, y la luz de la lámpara caía sobre su frente limpia y sobre la raya bien trazada de su pelo. En el cuarto de Olga Alexandrowna, estaba a aquella misma hora Pimen Sergueyewich y Polétika, el profesor, sentado junto a la que fué su esposa. A aquella misma hora yacían muertos en las praderas de la orilla del río, los ingenieros Laszlo y Poltorak, y sobre sus cadáveres estaba tendido el del anciano Jacob Karpowich Skudrin. A esta hora se despertaba de su sueño Fedor Sadykow, tomaba una ducha fría, bebía un vaso de leche sin calentar, miraba su plan del día y se encaminaba—un hombre feliz—a su trabajo al aire libre.

LUCHA FINAL

La construcción tocaba a su fin.

La idea de la obra había sido del profesor Polétika y la ejecución estaba en manos de los ingenieros Sadykow y Laszlo. Se había calculado los perfiles de los ríos Oka, Moskwa y Kliasma, sus recorridos, sus cauces, su constitución geológica, la sección vertical de sus aguas, la cantidad de éstas por segundo, sus individualidades según la masa de aguas, la velocidad y el barro que contienen—todo lo que representa la ciencia de los ríos—. El perfil del Moskwa, la altura relativa del nivel de sus aguas en las ciudades de Moscú y Kolomna, difiere en unos siete metros, es decir, que con relación al nivel del Atlántico, la superficie del Moskwa está en Moscú siete metros más alta que en Kolomna. Si por medio de una presa se eleva en ocho metros la superficie del Moskwa en Kolomna, las aguas del río retrocederán. Junto a la desembocadura del Moskwa en el Oka, se construyó la presa de Kolomna, el monolito, con una anchura de 25 metros, para hacer que las aguas del Oka entrasen por el cauce del Moskwa, y unidas al caudal de éste, retrocediesen por él. En la aldea Wereia, cerca de Moscú, se abrió un canal que corría por el lecho de los arroyos Pejorka y Malashka, y a través del lago del Oso, que representaba la separación de las cuencas del Moskwa y el Kliasma, y por esto marcaba el nivel del canal. Este llegaba hasta la factoría de Schelkowo y alcanzaba en este punto el Kliasma, en el que por medio de aquél eran introducidas las aguas del Oka y el Moskwa, que seguían luego

el curso del Kliasma. Así, pues el lecho del Oka era alterado y el Moskwa marchaba cauce arriba, el Oka pasaba por la ciudad de Moscú, y a través de la capital cruzaba una nueva corriente grave y navegable, producida según las últimas conquistas de la hidrotécnica. La ciudad de Moscú se encontraba en una nueva corriente y la primera capital de Europa se situaba junto al primer río de Europa, construída por la mano del hombre. Por medio de esta vía, Moscú, la capital de la Unión de Repúblicas Soviéticas, era accesible para los vapores que desde el mar Caspio navegaban Volga arriba, y pasando por el canal Volga-Don, a los procedentes de cualquier puerto, y no sólo para los buques del tonelaje de los que recorren el Caspio y el Volga, sino para todos los navíos mercantes que cruzan el mar. Las mercancías de todo el sudoeste de la Unión Soviética podían llegar a Moscú sin trasbordo; el camino fluvial entre Moscú y Nishni Nowgorod era acortado en unos 870 kilómetros, es decir, en los cuatro séptimos de la distancia actual. El anterior camino que por Kolomna, Riasan y el gobierno de Tambow iba a Yekatima, exigía dos trasbordos, mientras que ahora el nuevo corría casi recto por una de las comarcas más ricas en industrias de la Gran Rusia, pasando por Bogorodsk, Oryejowo-Sulevo, Wladimir y Kowrow (1). El canal cruzaba las líneas del enlace de ferrocarriles de Moscú a Kasan, Murom, Nishni Nowgorod y Schelkowo. Unas diez millas cuadradas del término municipal de Moscú al otro lado de las barreras Preobrashensk, Semenow, Lefortow y Rogosh, hasta el canal estaban sembrados de fábricas, como comarcas industriales, mientras el Moscú de las casas de vecinos, los museos y los jardines públicos se extendían en igual amplitud por las barreras Dorogomilowsk, Presnensk, Twersk y Butyrsk (2). Los ingenieros horadaban y surcaban el fondo del suelo de Moscú hasta el siluriano y el devoniano, hasta la roca primitiva del continente, para calcular el lecho del nuevo río. Este transformaba así por completo la geografía de las

---

(1) Poblaciones todas con importantes fábricas de tejidos.

(2) Las "barreras" (Sastawy) señalaban las antiguas fronteras aduaneras de Moscú. Las zonas primero nombradas, es decir, las industriales, se extienden al este de Moscú, y las segundas, industrializadas, al oeste.

provincias históricas de Moscú, Riasan y Wladimir, los antiguos principados independientes, su hidráulica y su clima, y conducía al socialismo la vida de sus habitantes. En las viejas ciudades de Rostislawl, Kolomna y Bronnizi aparecían gigantescos lagos represados, cámaras de alimentación del nuevo río. Kolomna, que debía quedar a medias sumergida, se levantaba ahora en una península. Docenas de aldeas y poblados desaparecían de su sitio. Las cuencas de reserva creaban un nuevo departamento fluvial que eliminaba de la alimentación hidráulica de Moscú todo peligro de exceso o sequía; la tierra que rodeaba estos lagos se cubría de industrias, cultivo de hortalizas y explotaciones agrícolas sujetas a una economía perfecta. Los lagos eran las fuentes de alimentación de Moscú. Los grandes vapores, cuyas sirenas cantaban junto a Moscú, traían materias primas y artículos a medio fabricar, metales, hierro, madera y petróleo de la cuenca del Donez, de Marsella, del mar Caspio o del Ural, pasando por Kolomna-Kashira o por Wladimir-Schelkowo. En Moscú oscilaban sobre el canal construído de granito grúas gigantescas y se abovedaban puentes de ferrocarril. Todo estaba en un estado de transición; la geografía actuaba sobre la economía como le mandaban los hombres; los ingenieros Polétika, Badykow y Laszlo, con sus estados mayores de centenares de ingenieros auxiliares rusos y extranjeros, que habían estudiado previamente las capas silúricas y los lagos fangosos de que procedía el Oka, tenían que darse prisa y extender sus cálculos a todas las cosas posibles del mundo, la gravitación en el movimiento de las aguas, el movimiento de la corriente profunda, el drenaje del país y la evacuación del fango, y aun la instalación de las fábricas que habían de sembrarse en las orillas del nuevo río, descendiendo hasta el detalle de vagones aislados de carbón, petróleo, madera o metal. Eran necesarios estos cálculos y estas construcciones para dejar libres millones, cientos, millares de millones de horas de trabajo humano, para distribuir racionalmente el trabajo y el descanso de los hombres, para darles un sentido, para emanciparlos: éste es el blanco y el objeto de la construcción socialista, el río Moskwa, el mismo Moskwa, a cuyas orillas había nacido el viejo imperio de Moscú, la historia rusa de los principados autónomos, de la unidad del Imperio, de los zares, de la hegemonía extranjera y del imperialismo fluía ahora hacia atrás, como símbolo de la nue-

va libertad rusa; porque la Rusia de octubre quería reconstruirlo y crearlo todo, desde los hombres hasta la geografía y la geología. Esta Rusia, por medio de máquinas, y siempre pensando en el trabajo, transformaba las relaciones mutuas de los hombres, igual que las del hombre con el trabajo y con la Naturaleza, del mismo modo que cortaba el viejo curso del Moskwa y daba al Oka una nueva corriente. Los ingenieros, que conocían el código del curso de los ríos, en que no existe la casualidad, sabían que su construcción, apoyada en el devoniano—y al mismo tiempo en el rubio ruso—, era tan legítima como las mismas leyes que rigen la corriente de los ríos. Aquella primavera se vertían por última vez el Oka y el Moskwa en sus cauces geológicos, como venían haciéndolo miliares de años. No sólo por la ciencia del organismo humano ha de alargarse la vida del hombre; el mejor modo de alcanzar este objeto es emancipar al hombre del trabajo. El nuevo río contribuía a la prolongación de la vida humana.

Los ingenieros Sadykow y Laszlo trabajan en la construcción del monolito de Kolomna. La construcción del monolito se acercaba a su fin; el monolito que debía contener las aguas, hacerlas retroceder e impulsarlas por su nuevo camino hacia la construcción del socialismo. Aquella masa enorme era el producto obtenido por un trabajo de ingenieros comparable con la fuerza que se apoyaba en el monolito con el peso de millones de toneladas de agua. La construcción del monolito era el estado mayor de la lucha por el socialismo, y la obra se efectuaba del mismo modo que la Naturaleza se había construido a sí misma. El Oka y el Moskwa eran llevados fuera de su cauce por un canal de desagüe para dejar libre de este modo el lugar de la edificación. La planta del monolito se juntaba y fundía con el granito del subsuelo hasta que se hubo excavado 40 metros bajo el lecho del río en las capas jurásica y permiana. Aquí el granito de la tierra firme y el producido por la voluntad del constructor colaboraban a la geología y a la proximidad a lo primitivo. Las capas de granito y cemento habían sido calculadas y talladas según las fórmulas del cálculo integral. Por el interior del monolito, en el seno de la tierra, corrían casamatas de fortalezas medievales, canales de drenaje e instalaciones de luz eléctrica, se oía el sordo chapotear de las aguas y se abrían pozos de iluminación y cama-

ras de control. Los contrafuertes de la presa auxiliar que protegía el monolito de las aguas erizaban sus grapas de hierro. En las praderas que rodeaban el monolito en las presas auxiliares y el canal de desagüe, en los talleres y en el cauce del nuevo río trabajaban 10.000 obreros, todo un ejército, para destruir y edificar de nuevo milenios de historia, que una vez dada la batalla y conseguida la victoria había de retirarse y dejar en su puesto una guarnición de un ingeniero y tres técnicos con veinte obreros. Estaba situado el monolito en las colinas de Schurumow y cortaba el río Oka junto a la aldea de Kostantinowo, que debía desaparecer lo mismo que las de Sergulyew, Perfentyew, Amerew y Bobreniew y la mitad de Kolomna de su actual emplazamiento, sumergido por el nuevo río.

La construcción del monolito se acercaba a su fin. Los ingenieros examinaban por última vez el lecho del nuevo río, su traza y perfil desde Kolomna, aguas arriba del Oka, hasta Nishni Nowgorod. Empezaban los días de sus últimas luchas. En todos los ríos y arroyos que desembocaban en el Oka y el Moskwa, en las provincias de Orlow, Tula, Kaluga, Riasan y Moscú, en los ríos Krome, Nugre, Sushe, Plawe, Upe, Shisdre y Uge se abrían los diques y las presas de los molinos para hacerles arrojar contra el monolito todas sus reservas hidráulicas. Luego habían de cerrarse de nuevo las presas para que el agua se aquietase en grandes remansos y así los cauces del Oka y del Moskwa alcanzasen frente al monolito un grado mínimo de altura, y de este modo, en aquellos días en que cada hora era precisa como en una lucha a muerte, el monolito, construido para la eternidad, pudiera soldarse con la Naturaleza y luego fuera ya posible retirar la presa auxiliar y dejar correr de nuevo las masas de agua.

El profesor Pimen Sergueyewich Polétika había venido a Kolomna a examinar por última vez el monolito. Sabía cómo pueden rasgarse las presas, cómo las aguas arruinan el cemento y el hierro, y después, con la velocidad de un relámpago, formando olas grandes como rascacielos, lo aniquilan todo a su paso. Pimen Sergueyewich conocía la fuerza del agua, y, como en todos los ingenieros hidráulicos, había en el fondo de su alma una sombra de temor por esta fuerza. Veía en la imaginación los centenares de ríos y arroyos de las provincias de Orlow, Tula, Kalug y Moscú, la Russalka rusa, ondina de sus torbellinos y sus abismos. Veía cómo el

Oka era obligado a detenerse, cómo se encabritaba frente al monolito para sujetar luego dócilmente sus aguas a la voluntad y el trabajo de aquel anciano barbudo que construía el socialismo y a aquella misma hora examinaba cuidadosamente la empalizada del pie del monolito, donde hormigueaban millares de obreros y tronaban las máquinas. Al mismo tiempo que el fondo del río la empalizada dejaba al descubierto los siglos pasados.

MARIA

Las hileras de libros se parecen a las series de años. La sucesión de los años de la vida de un hombre es como una colección de libros, porque cada libro es una convulsión del genio y del pensamiento humanos que rompe las leyes de la muerte y traspasa sus límites como las convulsiones de un cadáver en el crematorio. Por eso alguna vez en su vida, quiéralo o no, todo hombre sentirá en su despacho, ante las hileras de libros, un estremecimiento de terror y percibirá que cada libro reemplaza una verdadera vida humana, que significa una convulsión de un pensamiento que triunfó de la muerte. El hombre que no duerme no podrá menos de estremecerse y sentir que de noche, cuando las filas de libros abren sus fauces bostezando y adelantan los dorados colmillos de sus títulos, cuando la cabeza se rinde de fatiga y rebosa la medida de tiempo sujeta al imperio nocturno, la habitación se convierte en una cámara mortuoria, en un depósito judicial del que los hombres salen para el cementerio.

Así se llevaban hoy a María de este cuarto lleno de libros, de pensamientos amortajados y cadavéricos, de humanos cerebros, en pleno día. En estos estantes habitan los pensamientos de Goethe, de Schiller, de Heine, héroes venerados de la adolescencia de Edgar Laszlo y los de Tolstoi y Dostoievski, amigos de sus años de estudiante. Todo esto se quedó prendido en una época pasada, anterior a la revolución de octubre, y ahora, por efecto de las leyes de la fatiga, acecha desde los estantes de libros. Pero para los años de verdadera vida llegaron Marx, Engels, Lassalle, Plejanow,

Lenin, la historia del movimiento obrero en Alemania, en Francia, en Rusia, en el mundo entero, y han sido épocas los libros del trabajo y de la construcción; Alexeiew, Akulow, Kandiba, Dubach, Zbroshek, Engels (el ingeniero, no el sociólogo), Girardon, las obras de los geólogos y técnicos hidráulicos, los maestros de la construcción y del trabajo. Lenin ha muerto, pero sus libros crecen hasta hacerse gigantescos, y fuera de esta casa, de entre la tierra surcada por las trincheras del trabajo, brota el monolito, que ha de transformar la Naturaleza.

En noches como ésta se siente el hombre profundamente solitario en la cámara de los muertos, porque el hombre tiene dos vidas: la una del cerebro, del sentimiento del honor y el deber, con el telón de la conciencia levantado, y otra segunda inconsciente, condicionada por el instinto, la sangre y el sol. Fuera de la casa, en esta hora y en esta noche, se derrama la lluvia otoñal en las tinieblas, el abandono y la putrefacción. Noches en que los libros se tornan cadáveres en el crematorio, en lugar de pasar sin dejar huella por delante de los hombres. Aquella noche, la siguiente al entierro de María, estaba Laszlo en su despacho tendido en el diván de cuero, bajo los batallones de libros. El tiempo estaba sumido en una inmóvil tranquilidad. Las cortinas de las ventanas cerraban la entrada en la habitación a la noche, al resplandor de los faroles y a los ruidos de fuera. Laszlo estaba echado de modo que los libros quedaron ocultos a sus ojos y sin embargo los veía. No sabía con exactitud si dormía o estaba despierto, pero intuía claramente la existencia física de su cerebro y de su pensamiento, veía su encéfalo como en las clases de Anatomía se ve en los muertos, formado por dos trozos de carne cruda. Encima de la oreja izquierda y pegando al almohadón, bajo la tapa de los sesos, había nacido el pensamiento que recorría el cerebro, que se escurría como un ratón por las circunvoluciones y arañaba con sus garras en el encéfalo y tomaba forma en el cráneo, en el imperio de la conciencia: "Los obreros me han rechazado y sin embargo mañana tendré que volver al trabajo a pesar de todo. María está ya en la sepultura—¡otra vez al trabajo!" La inconsciencia iba espesándose alrededor de los dos trozos de carne lo mismo que la tela verde de los coches-camas del rápido se cierra alrededor del aparato de luz. Sólo quedaba abierta para la conciencia una pequeña rendija. Con un esfuerzo de la voluntad se hubiera podido

descorrer de nuevo la pantalla verde, pero la voluntad contribuía, por el contrario, a cerrarla herméticamente, porque era preciso dormir y tras aquella cortina llamaba el hechizo de la tibia quietud, de la obscuridad, del silencio. Pero a pesar de la voluntad, los pensamientos escurren por la hendidura de la conciencia en las sombras del cerebro, y entonces ésta recorre todos los hilos de raciocinio del recinto. Con una agilidad de relámpago penetra el pensamiento en la memoria tanto consciente como inconsciente, y los dos recuerdos se funden y vuelven a la memoria en el momento mismo en que llegaba para reunírseles del punto más remoto, del mismo cerebelo, la impresión óptica: la visión se sumaba a las dos mitades de la memoria y surgían los ojos de su primera mujer, Olga Alexandrowna, al mismo tiempo tal como los había visto en la primera entrevista y en la última, cuando la dejó; estos ojos se duplicaban con los del profesor Polétika, a quien había arrebatado su mujer, y ahora veía horrorizado también los ojos de María, su segunda mujer, ojos muertos, con el ritmo penetrante de marcha de las mujeres que seguían el féretro. En la sombra de lo inconsciente reinaban la tranquilidad, la tibieza, el silencio. Había que huir de la conciencia, alejarse de ella corriendo, esconderse para que ni un solo pensamiento quede en el cerebro y pueda éste echarse a dormir. Lo inconsciente corría sus cortinas como una barrera para que no pueda quedarse rezagado ni un solo pensamiento. En aquel momento chirrió la puerta del cuarto de María. "Está muerta en la tumba", afirmó la conciencia hasta producir dolor físico. Laszlo tenía los ojos cerrados y físicamente no podía ver nada. El ensueño era intangible. Laszlo veía cómo su mujer, su segunda mujer, María, abría la puerta, se detenía en el umbral, se acercaba en camisa de dormir, con los hombros caídos a la mesa de escribir. Tenía los ojos cerrados y el pelo sujeto con un cordón para irse a la cama. Se sentó a la mesa de escritorio, se inclinó hacia adelante; junto a ella estaba en pie con sus anchos hombros, Fedor Iwanowich, su amigo Fedor Sadykow, el primer marido de María, a quien había arrebatado su mujer. La conciencia afirmaba: "Esta mujer, mi segunda mujer, ha sido enterrada hoy. Todo ha terminado"; pero de lo inconsciente afluían por cien caminos, no ya pensamientos, sino sentimientos, y toda la inconsciencia, todo el cerebro, todo el cuerpo, sentían un peso insoportable, una angostura y un

dolor que no son corporales, pero que hacen encanecer los cabellos. Los libros son crematorios, los libros son cadáveres... ¡sin embargo esta mujer vive! No en el crematorio, sino en la extensión terrestre del cementerio de Kolomna, donde los gusanos llenan su cometido. La conciencia corre enérgicamente del cerebro y de todo el mundo la cortina verde. "¡Un sueño! ¡Nada más que un sueño!" De noche; el cuarto está vacío; silencio; silba una locomotora del ferrocarril de campaña; han caído las cortinas y ningún ser humano comparte el espacio con él.

—¡María! ¡Olga!

Silencio. No hay nadie. "Hay que desembarazar esto de libros, porque verdaderamente parece una sepultura y hasta huele a polilla. ¿O habrá que suicidarse? Silencio. Nadie. Nada. La conciencia se esfuerza por correr la pantalla verde. En lo inconsciente reinan silencio, calor, obscuridad. Pasa el último ratón de pensamiento: "Mi segunda mujer, María, que está bajo tierra, se parece a los libros". No hay en esto ni un solo pensamiento. Un hombre sueña atormentado por la fiebre. La faz de este hombre está descompuesta de dolor. El dolor y la fiebre pasan a lo subconsciente. El hombre despertará en seguida, huirá de sí mismo. Los gusanos en el cementerio se alimentan de cuerpos humanos, no sólo por la noche, sino también por el día, todos los minutos, en las tinieblas de la tierra, de los féretros y de los cadáveres.

. . . .

Fedor Iwanowich Sadykow era un ingeniero a quien solía llamarse en broma el "ingeniero del torno". Pero no sólo lo era de apodo, sino también realmente. Hijo de obrero y obrero él mismo. El ingeniero Sadykow era discípulo y auxiliar del profesor Polétika. Hacía tres años que Fedor Sadykow llegó al lugar de la construcción para, saliendo de Kolomna, tomar nuevas trazas y perfiles Moskwa arriba hasta la bahía de Kolomna, en la aldea de Wereia, cerca de Moscú, torcer aquí por el curso del arroyo Pejorka hasta la desembocadura del arroyo Malashka y luego seguir el curso de éste hasta el lago del Oso y continuar hasta Uchij, a orillas del Kliasma. Siguiendo la cuenca del Kliasma desde su desembocadura en el Oka hasta el Moskwa, se dirigía al encuentro de Sadykow el ingeniero Laszlo con su grupo de agrimensores. Los ingenieros de construcciones hidráulicas

deben someterse con todas sus pasiones a las aguas y los ríos.

Tanto Sadykow como Lázaro conocían la regularidad ineludible de la fuerza de las aguas, a la que tenían por fuerza que someterse.

Desde los tiempos primitivos son los ríos vías de comunicación. En el mes de junio están envueltos en nieblas y fiebres. Cada nueva aldea, cada barraca de guardas perdida en la selva, cada noche pasada en el barco encierra en sí todo el encanto de la novedad. Cuando, en junio, el rojo de la mañana y el de la tarde juegan al escondite, hay mucho sol. Gentes con botas de agua y provistas de aparatos en los que brillaba el níquel, protegidos por la rigidez minuciosa de sus estuches, como están siempre los de los hombres que tienen que cuidarse de la economía en sus trabajos; gentes con montañas de mapas del estado mayor bogaban en los botes sin quilla, originarios acaso de las edades primitivas, remontando el curso de los ríos, y estudiaban las peculiaridades de éstos: su velocidad, su caudal, su fondo, sus afluentes de importancia y la estructura geológica de sus declives, y proyectaban el trazado de la nueva corriente.

Los libros de Zbrosnek, Dubach, Kandiba y otros hidrólogos se apilaban en montones grandes, como tiendas de campaña. Sus páginas crepitaban al ser hojeadas al sol. Los ingenieros inquirían de los viejos de las aldeas y de los empleados de estadística las experiencias posibles sobre los años de sequía, los niveles más altos o más bajos alcanzados por las aguas, las inundaciones, los hielos y las interrupciones del curso del río, y sobre los remansos, las corrientes y los vados, especialmente sobre estos últimos; si había cambiado su situación de año a año, si en el deshielo las aguas corrían por aquel lugar veloces o lentamente. Excavaban los ingenieros hasta las capas diluviales, hasta el plioceno y el mioceno. Aquellos parajes por donde fluían ahora el Oka, el Moskwa y el Kliasma habían sido antes el fondo del mar. Los ingenieros examinaban minuciosamente las capas de jurásico, devoniano, cámbrico y de los períodos arcaicos, el yeso, la pizarra y el cuarzo, la hulla, la arena, el fango, la turba, la estructura geológica de suelo. Todo esto era necesario para distinguir las formaciones tectónicas de la cuenca y las erosionales, para determinar el grado de humedad o la impermeabilidad del fondo, para experimentar la desviación hidráulica de las aguas del fondo y los

depósitos centrales. Bajo un sol abrasador median las secciones longitudinales, los perfiles y los cortes verticales del agua, penetraban en la atmósfera y en el cielo con sus sextantes y teodolitos, pescaban con tubos Dersy y ruedas Ottsche la velocidad de las aguas para calcular la cantidad de líquido por metro y segundo, la capacidad de reflexión de la superficie del agua y los perfiles de los valles de los ríos. Estudiaban los ingenieros la individualidad de los ríos, producto de la geología de miles de años, para fundar en ella el nuevo río, cuya individualidad había de crear la mano del hombre.

En las balsas, sobre las que se había instalado un techo para resguardarlas de la lluvia, formaban montañas los dibujos y las acuarelas de los proyectos, que iban aplanándose sobre las mesas entre migas de pan y restos de pescado cuando el día iba cayendo y susurraba la olla en que se cocían los alimentos.

Una vez consumida la sopa de pescado y restablecida la tranquilidad, se complacía Sadykow en inculcar a los obreros y a los agrimensores prácticos el hecho de que setenta años antes había naufragado en el Volga, frente a Saratow, una barcaza cargada de piedra, y que a este acontecimiento, al parecer insignificante, debía su existencia toda una isla de arena. Esta isla se había formado porque todo el régimen del río venía a romper contra la barcaza. Esto había transformado completamente la superficie de las aguas en una extensión de varias docenas de kilómetros cuadrados, y obstruído con fango el lecho del río en Saratow. Sadykow sabía que en todo río pueden encontrarse lugares semejantes, en que basta arrojar en tiempo de crecida un guijarro no demasiado grande, a veces del tamaño de la cabeza de un hombre, para alterar todo el curso. Porque en los ríos todo se rige única y exclusivamente por las leyes de la física: la forma de la corriente, la cantidad de agua, la estratificación del fondo, su capacidad de resistencia y sus elementos. Y Sadykow sabía que el técnico hidráulico no puede jamás contrariar estas leyes, porque en la lucha de la Naturaleza de lo que se trata es de oponerle su misma fuerza.

Las noches de esta campaña se pasaban al azar. Tan pronto se dormía en una posada de aldea como en la casa de labor de una hacienda; tan pronto alrededor de una hoguera encendida en la orilla, como en la estrecha cabina

de la balsa, que olía a pescado y al aceite de ricino con que se engrasaban los instrumentos. Las noches en campaña o en un período de investigaciones tienen siempre algo extraordinario; pero las blancas y transparentes noches de junio en la provincia de Moscú, en que el amanecer vespertino se funden entre las nieblas y el chirrido de los grillos, no conocen el cielo nocturno.

Durante el verano trabajaba Laszlo en Moscú y Sadykow en Leningrado, junto al profesor Polétika. Eran días de tensión sobre tablas y diagramas, sobre acuarelas y apuntes y obras rusas o europeas, y de discusiones acaloradas en el Consejo Superior de Economía Política, en la Comisión de Proyectos del Estado, en el Consejo de Protección del Trabajo y de la Agricultura, en el Comisariado del Pueblo para Economía y Comercio, en que millares de páginas de papel escrito a máquina decidían sobre la existencia del nuevo río creado por la mano del hombre y no por la geología.

Y cuando volvió junio, empezada ya la construcción del monolito, se reunieron otra vez Sadykow y Laszlo en los prados cercanos a Moscú, en el lago del Oso, para concluir los trabajos de sus grupos respectivos de agrimensores y luego encaminarse juntos a Kolomna.

Tanto Edgar Laszlo como Fedor Sadykow estaban casados. La esposa de Sadykow era una de estas mujeres que poseen la más grande de todas las fuerzas femeninas: la indefensión. En los años de la guerra civil encontróse una vez Sadykow, en una noche de noviembre, en un establecimiento fabril del frente, medio destruido por el incendio, situado en la cuenca del Donez. Estaba sentado, una solitaria media noche, en la Central telefónica del cuartel del estado mayor de su sector, en la línea de combate. Silbaba en los muros el viento de noviembre y a lo lejos retumbaba el fuego de la artillería. Fedor Iwanowich no dormía; esperaba rumores, llamadas, órdenes. En la sala del estado mayor en que estaban los aparatos entró una muchacha que se le quedó mirando con los ojos descompuestos. Andaba de puntillas y con la mano puesta sobre la boca, cuidando de que nadie la oyera. Contó que era hija de uno de los ingenieros de la fábrica y que su padre y su madre habían sido muertos en la misma casa una semana hacía. El edificio había pertenecido a su padre. Antes que los rojos habían establecido en él los blancos su cuartel general. Du-

rante toda la semana la muchacha estuvo oculta en la bodega. Sus ojos parecían vacíos y se sentó, indefensa, ante Sadykow, en una silla, y le dijo:

—Máteme a mí también. Ya no me queda nada que buscar en la vida.

Aquella noche penetró por vez primera y profundamente en el cerebro de Fedor Iwanowich, la idea de que en la vida, y muy especialmente en la revolución, los hombres tomaban demasiado a juego la muerte; y que los sobrevivientes, los que se habían librado, debían conservar el pasado en un recuerdo heroico, porque los muertos, los caídos, habían jugado también con la vida y la muerte. Fedor Iwanowich veía entonces incontables muertos y nunca se había detenido a pensar lo que los muertos hubieran dicho si se hubiera podido oír sus relatos. Esta muchacha había vuelto de la muerte. Fedor Iwanowich le ordenó que viviese en el cuarto inmediato a la sala del estado mayor, en su propio cuarto, que había sido antes el de la madre de la joven. Nadie entró. La joven se levantó dócilmente de su silla y se echó a dormir. Al día siguiente, al amanecer, vió Fedor Sadykow que se encaminaba suavemente al piano de la habitación, que había sido de su madre; se sentó ante él y empezó a tocar, sin apoyar apenas los dedos en las teclas. Esta música procedía también de la muerte. Sonrió la muchacha por vez primera con aire de culpable arrepentida, miró a Fedor y cerró sin ruido la tapa del piano. Era una joven tranquila, con el pelo de un rubio ceniciento, que había ido al Gimnasio y no sabía nada de la vida, que con sus ojos azules contemplaba maravillada el mundo. Esta muchacha fué la mujer de Sadykow. El la tomó de las manos de la muerte, de entre los charcos de sangre del frente, como se coge del cogote un gato caído al agua para salvarlo. Era Fedor Iwanowich lo que suele llamarse un hombre tosco y sin cepillar, y llevaba una vida de trabajo que la revolución le había impuesto. Fedor era el primer hombre que ponía en María sus manos, y nunca se cuidó de preguntarle si le amaba. Por la potente fuerza de su indefensión logró esta mujer ser para Sadykow lo que él mismo era. Había Sadykow cambiado el fusil por un aparato; pero los planos y los mapas se amontonaban en su mesa lo mismo que en estado mayor, y como entonces hacía Fedor Iwanowich su servicio de guerra en la lucha por la ciencia, primero, y después empleándola como instrumento de combate. Fué por aque-

ños años la campaña junto a las hogueras nocturnas de la guerrilla, compuesta por las victorias y las retiradas de la guerra sostenida acerca de los ríos. Cruzó Fedor Iwanowich praderas y valles, calculó el peso y la fuerza de las corrientes y de los bajos, construyó presas, niveló cascadas. Era hombre de fuerzas atléticas en su juventud y de bien organizado dominio de sus nervios en la madurez; pero el asma y la carga de granito de la ciencia adquirida tanto de Engels, el ingeniero hidráulico, como de Engels, el sociólogo, habían triunfado de su fuerza, y en el empleo de su vida las bayonetas de la revolución eran sustituidas por las dimensiones absolutas del caudal por segundo y su periodicidad. El "shrapnell" que en el frente, cerca de Mazijewka, estalló a sus pies, encontró su equivalencia en la ruptura de la presa del Terek, que la embistió al helarse y arrastró consigo horas enteras a Fedor Iwanowich en las fuerzas desencadenadas de sus ondas y sus trozos de hielo. Desarrollábase la vida de Fedor Iwanowich como la de un soldado que fuese al mismo tiempo un obrero; su mesa servía también ahora de banco de taller y tablero de dibujo a un tiempo, y, profundamente extraviada entre los papeles había siempre una cuartilla con el bosquejo de su décimatercera enfermedad. Jamás dormía sino en un lecho de campaña. En todo el camino, María iba a su lado, adornaba con telas ucranianas de vivos colores un rincón de la sala y sabía siempre encontrar un piano en que tocar música clásica. A su lado estaba siempre su perro "Lobo", animal gigantesco cruzado de lobo y perro de pastor. Fedor no encontraba en la vida una sola ocasión de decir a María que la amaba.

Los días del territorio sometido a las órdenes de Moscú se convertían en aquellos años en graves piedras de molino de la revolución y reconstruían las tierras sujetas a sus mandatos. Estos mandatos hacían nacer construcciones y conmoverse y agitarse a cientos de miles de hombres, porque el país vivía como un campamento en armas. Acatando estas órdenes de las piedras de molino de la revolución, levantábase Fedor Sadykow al romper el alba, tosía y escupía unas cuantas veces, se derramaba por la cabeza un cubo de agua fría, se ponía las botas y se encaminaba al campo para seguir su guerra con los valles de los ríos, ancho de hombros, inclinado hacia adelante, buen molinero en las piedras de molino de la revolución. Muchas veces también, cuando las nieblas del río eran muy espesas y los pasos se hacían su-

mamente difíciles, desfallecía Fedor Iwanowich, se tendía en su cama de campaña y sus trece enfermedades le invadían hasta el corazón, los pulmones o la garganta; la frente, pálida, se cubría de gotas de sudor; los pómulos desaparecían entre las barbas y la nuez se afilaba. No, no sabía Fedor Iwanowich hablar de amor.

Edgar Laszlo y Fedor Sadykow, dos comunistas, dos hombres de una misma voluntad y una obra común, aunque de distintas capas de cultura, vivían como amigos y compartían un mismo trabajo: molineros ambos en el molino de la revolución. Sobre los hombros de Laszlo, igual que sobre los de Sadykow, pesaba la guerra civil rusa en la forma de un servicio de ingenieros militares y un juego de azar con la vida y la muerte; pero Laszlo no era, ni mucho menos, un "ingeniero del torno", y sabía mirar en las manos del banquero las cartas de la muerte. Era Laszlo un hombre que seguía, como Sadykow, el camino de una fuerte voluntad, con ojos vigorosos y manos fieles de ingeniero que sabe manejar integrales; pero había llegado a las integrales por el largo camino del Gimnasio clásico y de los libros, de la intelectualidad rusa y de las gentes de origen extranjero.

Durante su campaña por la investigación de los ríos encontráronse Sadykow y Laszlo en el valle del riachuelo Malashka, cerca del lago del Oso. Habían terminado su recorrido y los dos grupos de agrimensores se acuartelaron en una antigua casa señorial, cuyas ventanas bostezaban sin maderas, y en la que el viento silbaba por las habitaciones vacías. Irrumpió una noche tempestuosa. Caía fuera una lluvia menuda. Los capataces y los estudiantes en prácticas se dirigieron a la aldea vecina y pidieron wodka para celebrar debidamente su amigable encuentro y la próxima terminación de los trabajos. Laszlo estaba retraído y las trece enfermedades de Sadykow retuvieron a éste en su cama, instalada en el comedor, junto a las escaleras que conducían al entresuelo. La vieja casa señorial crujía por todas sus junturas. Los capataces ofrecieron aguardiente a Sadykow, que rechazó; pero Edgar Iwanowich Laszlo tomó wodka, amparado por la lluvia y el cansancio. Los estudiantes bebían y cantaban. La llovizna seguía vertiéndose en el exterior. La Naturaleza estaba desamparada, solitaria y triste.

Todo ser vivo tiene derecho a la vida, y por eso debiera

todo ser vivo tener derecho al amor. María, la mujer de Fedor, poseía la más potente arma de la hembra: la indefensión. Fedor no hablaba nunca de amor y María tenía miedo a la vida de su marido, en que la melodía de Betthoven era reemplazada por la música atonal de la revolución y por el paso militar del ingeniero a través de tierras cubiertas de fango y de ríos, en que en lugar de la tibia chimenea rusa ardían las hogueras de la orilla y alumbraban los resplandores de la aurora en vez de las lámparas elegantes de las habitaciones. Avanzaba la noche. En el comedor de la casa señorial asolada quedaba una mesa, pero no había sillaś, y las velas se sostenían en botellas vacías. Sobre la mesa se alineaban las botellas de aguardiente. Fedor Iwanowich, febril y cubierto de sudor, estaba en su cama, junto a la escalera del entresuelo. Toda vida había muerto en la casa y sólo los buhos habitaban el silencio. Los capataces, los estudiantes y Laszlo bebían wodka aburridos, y sus figuras recortaban en la pared sombras espantosas. La ciencia médica conoce varias clases de embriaguez, de entre las cuales es la más terrible la borrachera psíquica, en la que el hombre domina todavía sus movimientos y sus palabras de tal modo que un extraño no conocería su estado; pero su corteza cerebral está de tal modo saturada de alcohol, que la conciencia se escapa y la voluntad no obedece. Edgar Laszlo recorría los cuartos vacíos, se aburría en la inacción y la oscuridad, y bebía, aunque a los ojos de los otros parecía sobrio. Fedor Sadykow estaba en la cama con la garganta dolorida. La escalera crujiente llevaba desde el comedor al entresuelo. Edgar Iwanowich subió los escalones crujientes. Ni él ni María pudieron recordar más tarde si era el anochecer o la aurora lo que entraba por las ventanas cubiertas de polvo. Era un crepúsculo amarillento y tembloroso surgido del parque y del río, cubiertos de nieblas. Edgar Iwanowich puso en el antepecho de una ventana la botella y el vaso. Había en aquel momento en la ventana un hombre cuyos ojos podían penetrar el espacio; pero no para ver el espacio, sino lo que está al otro lado de él. Unos ojos así, de vuelta ya de lo que está fuera del espacio, deben pertenecer a un hombre muy enérgico. Son los ojos negros de un magyar convertido en ruso, en los que se ha acumulado toda la oscura prehistoria del pueblo que en tiempos remotísimos partió del Volga, que aún se llamaba Ra, para buscar habitación en las viejas tierras de cultivo

del Danubio.

Fedor Iwanowich se creía solo en esta habitación, cuyo techo podía tocar con la mano y cuya ventana se podía cubrir con dos brazos, cuando en el rincón, en el que se ocultaba un diván, se oyó ruido de muelles que crujían.

—¿Quién está ahí?—preguntó Laszlo.

—Soy yo—contestó María—. He bebido tranquilamente un vaso de wodka, ¿sabe usted?, y me he emborrachado por completo.

De los dominios del alcohol le llegaban siempre a Laszlo sensaciones que no tenían nada que ver con el pensamiento, sino que eran sentimientos puros: bien aspiraciones de las que hacen doler materialmente la cabeza, bien gozos, perfectamente corporales, que corren por la espina dorsal. Laszlo había conocido en el frente la más intensa de todas las aspiraciones, la que hace que la misma muerte recorra la tapa de los sesos, y el gozo de que el sol entre hasta el fondo del corazón. Al pensar en la mujer, en el milagro de la mujer, que anima el mundo de los hombres, surgían en él esta aspiración y este gozo. En el gris viejo de aquel amanecer invadió a Laszlo un gozo como aquél.

—Estoy triste, Edgar Iwanowich; me siento completamente sola y muchas veces me da miedo estar abandonada en el mundo tan sola, tan absolutamente sola—dijo María.

Un cerebro saturado de alcohol puede abarcarlo todo; la memoria reúne entonces cosas que por decenios o por minutos han estado separadas, y muchas veces nace en tales ocasiones un sentimiento de pureza inverosímil, de castidad, de verdad, de una verdad capaz de amansar a la muerte ante el reino de las sombras.

—He venido aquí para no tener que estar con los otros, y, ¡qué raro!, usted ha venido también... Precisamente pensaba en usted. Nadie, ni el mismo Fedor, me ha dicho en mi vida: "Te amo"; y yo tampoco se lo he dicho a nadie, pero ahora lo digo. Muchas veces me parece que le amo a usted. No, no sólo lo creo: es que es verdad. Mi padre era ingeniero, como usted. Tiene usted el pelo de color de acero pavonado, o, mejor dicho, de color de ala de cuervo. ¿Conoce usted la leyenda de Marina Mnichek? Y sus sienes están grises; muchas veces me sorprendo pensando que me gustaría acariciar sus sienes. Todo pasa. Estoy borracha por completo. Pienso mucho en usted.

No sabía Edgar Iwanowich si la claridad amarillenta y

turbia del parque, que se extendía al otro lado del río, tras los polvorientos portillos de las ventanas, pertenecía al crepúsculo de la mañana o al de la tarde; si era verano o había empezado ya el otoño. Los muelles dieron otra vez un sonido musical.

María dijo:

—¿Qué hace usted, Edgar?

Y se dejó caer sin fuerzas.

—¡Te amo, María!—dijo Laszlo.

Cuando Laszlo descendió las escaleras, Fedor Sadykow estaba despierto en su cama de campaña y los demás dormían sobre la paja, en el suelo del comedor. Las velas se habían consumido hasta el cuello de las botellas. Fedor Iwanowich se levantó, se acercó a la mesa con los pies descalzos y se llenó un vaso de aguardiente.

—No debías beber, Edgar. No me gusta nada la bebida, Edgar. Hay una gran silencio—dijo Fedor Iwanowich—. Bebamos una copa por la amistad, Edgar.

Fedor Iwanowich dejó caer las manos y los ojos.

—No debías beber, Fedor—dijo Edgar Iwanowich.

—¿No? ¿Por qué no?—preguntó Fedor Iwanowich.

Laszlo levantó la mano vacía, como para brindar.

—¡Sí! Bebamos.

—Pero tienes que echarte aguardiente — dijo Fedor Iwanowich—. Tu mano está vacía.

El crepúsculo, de un blanco amarillento, estaba al otro lado de la ventana. Esta noche fué el principio del amor de Edgar y María.

Fedor Iwanowich Sadykow y Edgar Iwanowich Laszlo eran amigos, hombres de la gran revolución rusa, que era para ellos como una patria, porque en el juego de azar de la muerte habían quedado vivos, guiados por el mundo y la voluntad del Kremlin de Moscú, molineros de su molino. Estos dos hombres, obrero ruso el uno, que se había hecho ingeniero, y húngaro rusificado el otro, ingeniero ya desde su nacimiento, habían llegado a ser dos intelectuales de Rusia y caminaban por la vida como dos hombres honrados. El uno sólo necesitaba conservar la atención, el aseo, la cortesía y la precisión europeas; el otro había primero de conquistárselas. Los dos sabían que sus vidas estaban consagradas a la revolución, y Fedor llevaba la suya en la abertura del pecho de su blusa rusa, mientras

que Edgar la ponía en el bolsillo del chaleco de su traje. Edgar era un hombre guapo y los dos tenían ojos que miraban siempre para actuar. Los hombros de Fedor caían pesadamente, y el andar torpe de sus piernas era también pesado; su cara impresionaba por la belleza de la irregularidad y por las arrugas de la frente, por los azules ojos eslavos, hundidos en una indiferencia soñadora; las manchas rojizas de los pómulos y el pelo color de patata, cortado a la manera de los campesinos rusos. La sangre de los habitantes de las estepas del Volga y la de los que poblaban las llanuras del Danubio se fundían en las venas de Laszlo, en las que se sumaban las semillas de tantas razas: alanos, hunos, godos, ugros. Los cabellos de Laszlo corrían de su ancha frente hacia atrás, alisados por los huracanes del pasado y por las costumbres estudiantiles de la Escuela Superior Politécnica Rusa.

Fuera de las ventanas, ardía lentamente el amanecer amarillo, turbio, anunciador del otoño.

—Sí. Bebamos. ¿Te acuerdas del principio de Girardon, Edgar?

—¿De cuál?

—Del que afirma que las corrientes de agua naturales arrastran en su caudal cuerpos sólidos, y entre ellos, todas las inmundicias imaginables. Al mismo tiempo, la cantidad de partículas arrastradas depende de la resistencia que encuentre la erosión de las aguas. El movimiento de éstas es incontrarrestable, mientras que el de las partículas arrastradas no es constante. Se hace cada vez más lento, los corpúsculos caen y se depositan en los bancos de arena.

—Es cierto—respondió Laszlo—; pero Girardon sostiene también que las profundidades en la sección del perfil están distribuidas desigualmente, y que son mayores en los trozos del lecho que oponen menor resistencia a la acción erosiva del agua. De aquí deduce que no se debe destruir los bancos de arena.

—Estás borracho, Edgar.

—Pero también esto es exacto.

—Lo que acabamos de hablar no se refiere a los ríos.

—Si te parece... ¡Sí!

Fedor Iwanowich miró a Laszlo a los ojos. Edgar Iwanowich continuó tranquilo y erguido. Fedor Iwanowich bajó

los ojos y volvió a echarse en la cama.

. . . .

Y continuó el trabajo de hacer perfiles y trazados, se embraveció otra vez la batalla incruenta en que el trabajo humano lucha por transformar la naturaleza, la humanidad y el trabajo en general, en nombre del ser humano.

En el otoño, cuando empezaron a rugir las primeras tormentas de nieve y las balsas quedaron aprisionadas entre los hielos del río, se trasladó Sadykow a Kolomna, donde la construcción estaba ya comenzada. Laszlo regresó a Moscú y no volvió a Kolomna hasta un año después, cuando se había ya puesto la primera piedra del monolito.

Para conseguir encerrar la naturaleza de los ríos en acuarelas y dibujos, en lo que todo debía hacerse con regularidad, todo tendía a un objetivo firme y un error de cálculo de un milímetro podía aniquilar centenares de kilómetros de naturaleza viviente, hubo de emplearse una gran cantidad de trabajo cerebral. A través de las praderas de Mitiaiew y Bachman y de las colinas de Shchurow y Konstantinowo, cruzando los bosques de Chernoriechenk y Joroshewo, desde las estaciones de Goliuwin y Shchurow y las canteras de Protopopowo, se tendió líneas férreas hasta la construcción. Por sus rieles o en millares de carretas aldeanas tiradas por animales, fueron llevados a la obra los materiales de construcción, madera, granito, cemento, hierro, y las excavadoras, taladradoras, bombas, máquinas para comprimir aire, la instalación de una fábrica de hormigón y las herramientas para montar las máquinas; porque tres años después debían discurrir el Oka y el Moskwa por vez última a lo largo de sus lechos, producidos por la voluntad milenaria de la Naturaleza, y someterse a la voluntad de los hombres, aprisionados en granito por sus manos.

En las praderas de las cercanías de Kolomna se jalonaba el campo para la lucha con la naturaleza, y en las colinas de Shchurow y Konstantinowo surgían pabellones para obreros, oficinas para los ingenieros directores y toda una ciudad técnica. La fábrica de cemento de Shchurow trabajaba para la obra; a orillas del Oka, en la columna vertebral del monolito, se levantaba la fábrica de hormigón; cerca de Popowka despedía polvo y estruendo la cantería; los camiones del ferrocarril de campaña conducían

a la construcción la pasta de cemento. A lo lejos, en una clara del bosque y rodeada de un vallado, estaba la fábrica de oxígeno comprimido, que se empleaba, en vez de dinamita, para hacer saltar el suelo de granito y abrir paso a los cimientos de la presa. La fábrica de máquinas de Goltuwin servía de taller para elementos complementarios.

Cuando Sadykow llegó a Kolomna, se hospedó con María en la casa de extranjeros de la fábrica de máquinas. Eran unos días de otoño y la lluvia convertía en fangales los prados de las orillas del Oka. Sobre las colinas de Shchurow se entumecían los pinos, aguardando el invierno. Los campesinos, que habían pasado el verano trabajando en la construcción, se esparcían por las aldeas. En el invierno, de todo lo que había acontecido en estos bosques y estos prados, de la nueva construcción que nacía aquí, de los millares de hombres que hormiguearon por estos parajes y de la vida que había clavado en éstos sus raíces y crecía y fructificaba, sólo quedó el pensamiento de Sadykow, unos cuantos artículos de periódico y una serie de sesiones en el Kremlin de Moscú, ante mapas y montones de apuntes y acuarelas. Las praderas que rodeaban la obra, y sobre las que, poco después de la llegada de Sadykow, se desencadenaron las tempestades de nieves, se convirtieron para él en un campo de batalla, señalado en los mapas. Todo estaba reflejado en éstos: las aldeas que habían de desaparecer de la faz de la tierra, las ciudades nuevas que debían nacer, los caminos fluviales que debían pasar sobre las casas de Serguiyew y Bobreniew, y el sitio en que habían de anclar los grandes transatlánticos en el futuro puerto de Moscú.

Un año antes que Laszlo llegó a la obra Liubow Pimenowna Polétika, con su madre. Venía a descubrir sepulturas hunas, investigar épocas prehistóricas y hacer excavaciones en los terrenos que habían de quedar cubiertos por las aguas. En las noches de invierno, en que la nieve parece azul y el cielo está claro mientras no sople una tempestad de nieve, pero adopta un tono plomizo en cuanto el viento empieza a azotar, en las medias horas de descanso y meditación en que Sadykow paseaba en trineo por el campo, en sus medias horas de soledad pensaba entre los negocios corrientes, en que la lámina de granito inmediata al cementerio de Shchurow, hundida en el fondo del lecho del Oka y afirmada con hormigón, había de

ayudar a la prolongación, la liberación y el perfeccionamiento de la vida humana. A las primeras luces de la mañana volvía a detenerse el trineo ante las viviendas, y Sadykow, envuelto en su pelliza, se dirigía a los lugares donde se trabajaba. En los inviernos rusos viene lentamente la mañana, cuelga pesadamente el cielo, el camino se hace inacabable, huelen a establo las pieles, el viento empuja a un lado la cola del caballo y los postes indicadores se quedan mirando solitarios entre la nieve. Pero en los sitios donde se destacaban de la nieve grupos de chozas, pináculos de serrerías, montones de vigas y maderos y crismas de ladrillos y granito, trabajaban los hombres, maldecían cocheros, roncaban las sierras y resoplaban las locomotoras del ferrocarril de campaña. Todo esto aniquilaba la originalidad de la Naturaleza. Y sobre la llanura aparecían mujeres con pellizas sin brazos, teñidas de rojo al curtirlas, que vendían tabaco ordinario y pasteles calientes. Mirando los gruesos pliegues de sus zamarras y sus nalgas poderosas se comprendía cómo las grasientas tortas podían almacenar tanto calor. La madera recién aserrada y las virutas exhalaban en medio del río un aroma como si fueran melones, y había otro olor más en el aire, un inexplicable olor a vida recién nacida, a las manos heladas de los técnicos y capataces en las barracas de las oficinas, olor a humo y tabaco de las pequeñas estufas de hierro de los escritorios, a frases y chistes sobrios, olor de voces y palabras humanas y huellas en la nieve que manchaban su virginidad. Donde sólo había nieve y los rebaños pastaban en verano, pregonaban ahora sus mercancías las mujeres de rojas pellizas: "¡Tortas calientes! Echan humo en la boca y ponen la tripa redonda". Los cocheros decían obscenidades sobre los olores y las mujeres, y aún esto formaba parte de la vida nueva. Estas manchas borradas por la nieve en los campos y praderas, entre los bosquecillos de pinos, eran las trincheras de la guerra, por un porvenir mejor para la Humanidad, en las que los chistes groseros de los serradores de madera por encima del olor y cuajada de las tortas calientes, atestiguaban una absoluta indestructibilidad y la tenacidad de la obra. Sadykow conocía este carácter indestructible del trabajo, que se manifiesta cuando una construcción es combatida con calor, cuando crece lentamente la parte hecha y aun

soñar parece una distracción.

Pero al llegar la primavera habían desaparecido las mujeres de pellizas rojas, porque los carpinteros y los fumistas, los pintores, los vidrieros y los albañiles habían fundado en la obra una casa de comidas para obreros, que llamaban "Cocina de la Fábrica". Y de tal modo estaban llenas de hombres las barracas en primavera, que faltaban sitios para alojamientos y hubo que montar tiendas de campaña embreadas, que el Comisariado de Guerra facilitó a la Dirección de la obra. No fué casualidad este origen militar de las tiendas, porque en los prados trabajaban verdaderos ejércitos.

El mariscal Sadykow era ingeniero jefe. Su trineo de mariscal galopaba de un punto a otro de la producción de la nueva vida en cuanto rompía el alba, para detenerse al mediodía ante el edificio del estado mayor, la casa amplia, clara y caliente en que estaban las mesas de dibujo de los ingenieros y en que fluían en los mapas del curso de los ríos de la historia de los hombres y su pensamiento, el pensamiento que edifica historia, hombres y fuerzas. Aquí calculaba el pensamiento placas de granito y grados de humedad de la arcilla, y milímetros de los mapas y los planos se convertían en metros cúbicos de fuerza viva de las aguas; y calculaba también horas de hombres y horas de máquinas, consecuencias y enseñanzas del trabajo. Iba pasando la luz blanca del día, en la sala de dibujo; a la tranquilidad de cera del crepúsculo; se encendían las lámparas eléctricas y la estrella polar se helaba sobre el edificio. La sala de dibujo permanecía en el silencio de las decisiones firmes. Cumplida la labor del día, Fedor Iwanowich desabrochaba cansadamente su camisa-blusa y el cigarrillo colgaba lleno de flojera en un rincón de su boca, pero su blusa, la más popular de las prendas rusas, no parecía hecha de tela de saco, sino de cuero, del mismo cuero que la piel de sus mejillas, teñidas por el tiempo, los ríos y la revolución. La jornada de Sadykow terminaba al aparecer en el cielo la Estrella Polar para comenzar de nuevo antes de que desapareciese.

Cuando Laszlo llegó a Kolomna, se había emprendido ya la batalla, y millares de hombres tomaban parte en la construcción. Se posesionó del mando en jefe del Departamento de Organización de Trabajo y Materiales, de la

economía de hombres y cosas, mientras que Sadykow mandaba la naturaleza y los planes de trabajo.

Edgar Iwanowich Laszlo llevó consigo a su familia y se instaló en Kolomna en la casa de las hermanas Rimma y Kapitolina Skudrin, en la tranquilidad que reinaba tras el cercado del jardín. Traía libros e instrumentos, que debían componer un hogar de ingeniero tranquilo y trabajador. La casa de detrás de la valla del jardín era tranquila, con bellas tarimas resonantes y un banco de estufa muy abrigado, y en ella reinaba algo de la pacífica personalidad de Kapitolina Karpowna Skudrin. Cuando Edgar Iwanowich volvía del trabajo, le esperaba su mujer, Olga Alexandrowna. Empezó un nuevo otoño. Por la noche, a la hora de la comida, llegaba su hijastra Liubow Pimenowna, con sus cuadernos, de vuelta de la labor en las excavaciones, indagaba las novedades ocurridas en la obra y contaba las que ella sabía. El despacho de Laszlo rebosaba de libros; invadían éstos el comedor, y las palabras se enredaban en ellos y en la alfombra. Edgar Iwanowich pasaba en esta casa las horas de la luna y las estrellas, aunque en las habitaciones daba mucho sol, un sol que Olga Alexandrowna conocía muy bien. Laszlo trabajaba siempre unido a Sadykow. En la sobremesa de la cena, en la confusión de caricias y preguntas, se deslizaba Alicia entre los libros del despacho. El padre leía periódicos ante una taza de te y la niña se sentaba en sus rodillas y se echaba sobre él como un gatito, sin interrumpir la sagrada ocupación de leer la Prensa. El sol que brillaba en el cielo quedaba para Edgar Iwanowich, en el gran despacho del ingeniero jefe y en los prados de la construcción. Su sol en la casa de Alicia, su hija única Lissa.

Una vez preguntó Alicia a su padre:

—Edgar (le llamaba por su nombre, como oía llamarle a su madre), ¿vivimos o jugamos?

—¿Qué quieres decir, Lissa?

—Que si vivimos o estamos jugando. Mamá y tú vivís, y en cambio Mishka y yo, aunque él es mayor y habla con Liuba y le llama "camarada", jugamos con las muñecas. La muñeca no está viva, porque es de trapo y tiene una cabeza que compró mamá en el Almacén Universal, de Moscú, cuando vivíamos allí, y tú [illegible] nosotros porsolían ha[illegible]

que somos pequeños. Lo que hacemos Mishka y yo, ¿es vivir o jugar?

Se había terminado la lectura del periódico. Laszlo tenía que emplear todas las fuerzas de su inteligencia para responder a las preguntas de Lissa, su única hija. Todo su corazón le decía a voces cuán querida le era esta criatura, sangre de su sangre y continuación de su vida. En el caos de la vida viviente en que la ciencia de un Metchnikow, de un Woronow y de un Lasarew, la mecanización intenta poner orden, queda siempre por resolver el problema de la muerte, tragedia del individuo y la Humanidad toda, continuación de la estirpe y de la sangre. Y Edgar Iwanowich apretó contra su corazón a la niña, estrechó aquella vida que quería surgir, y lo hizo con tal violencia, que el dolor corporal y la desconfianza en su padre llenaron de lágrimas los ojos de Lissa.

Entre los libros, en las horas de ociosidad que seguían a la cena, al lado de Lissa o tras ella, en busca de su risa y de sus manecitas que se movían por todas partes, andaba por el cuarto la mujer, la amiga, la madre, Olga Alexandrowna, la primera mujer que había entrado en la vida de Laszlo y que había entregado a él hasta la última gota de su sangre. Edgar Iwanowich era profesor particular de los dos hijos que había tenido en su matrimonio con Polétika, Liubow y un muchacho, muerto en la guerra civil, en la que fué soldado al mando de su padrastro. Entonces en el Petersburgo de las "perspectivas" rectas, en las grandes y sonoras habitaciones del profesor Polétika, había besado el ingeniero por vez primera a la mujer rubia en el umbral del amplio y resonante comedor. Era un día soleado, y ella sintió los latidos de su corazón resonar como si se produjeran en la gran habitación. Edgar besó sus manos y su cuello, como ningún hombre los había besado jamás, y Olga Alexandrowna le devolvió su beso, y sacrificó al besarle, el bienestar, la casa, el marido y los hijos. Tenía entonces treinta y tres años, y Laszlo veintitrés. En el mismo cuarto amplio, otro día de sol, poco antes de anochecer, anunció a su marido que iba a abandonarlo para siempre, y sus ojos brillaban de alegría en aquella hora. Abajo, en la calle, esperaba Edgar. Cuando se separó de Pimen Sergueyewich Polétika, eran los tiempos de la Gran Guerra, y aquellos años estaban llenos para Olga.

ga Alexandrowna de un apasionado heroísmo. El año 1917 fué su veranillo de San Martín, aunque no cayó en septiembre, sino en los principios de verano, en junio. Por Edgar aprendió a pensar en alemán, como él, y a su lado pasó por las bayonetas de la guerra civil, la revolución y los años del hambre; a su lado trepó las escarpadas pendientes, en cuya cima se desarrolló lo que ahora se estaba creando en Rusia, el pan y la fe, los usos y las formas de vida. Al mando de Edgar cayó en lucha contra los blancos el hijo de su anterior matrimonio. Por primera vez se cerraron al mundo por efecto de un gran dolor, sus ojos, bajo los besos de Edgar, y vió por primera vez su amante cómo alrededor de sus ojos aparecían las arrugas de la juventud desaparecida. Esta mujer orgullosa, amiga inmejorable, esposa tranquila y pura, que aceptó las bayonetas de la revolución por tálamo, que sabía que el sufrimiento humano es siempre noble y justo, espejo de las auroras rusas que siguen a las noches de junio, ricas en rocío, claras, blancas y puras, y no como muchos creen, reflejo de las llamaradas del incendio ruso, pasó por todos los frentes en silencio, siempre al lado de Edgar. Aprendió a reprimir en sí todo lo que se oponía a su honradez. En la estación de Mazijewka, en el frente, estalló una vez una granada a los pies de Fedor Iwanowich Sadykow, estando éste, Edgar y ella en el cuarto de mando. Un trozo de granada le rozó el hombro, y ella misma se arrancó de la carne con la mano, el hierro aún caliente, sonriendo y con los labios crispados de dolor. Cuando los cañones de la guerra civil enmudecieron y Edgar pasó a ocuparse de los ríos, Olga Alexandrowna dió a luz una hija, Alicia, su última hija, porque sus años se inclinaban a la decadencia. Entonces adaptó su tiempo al orden de la vida de un ingeniero y cuidó la casa de Laszlo y sus libros. Cuando se dormía Alicia, pasaba Olga Alexandrowna al cuarto de su marido con una vela en la mano; llevaba siempre trajes negros. El ingeniero tomaba un poco antes de medianoche el último vaso de te caliente en su despacho, en que los libros olían a polilla y recordaban el ambiente de una cámara mortuoria. Olga se sentaba en el diván al lado de su marido y hablaban en alemán, idioma en que se había criado Edgar Iwanowich, y cuyas palabras murmuraba al oído de Lissa a la hora de acostarse. Solían hablar de León

Trotzki, cuyas ideas atacaba Olga Alexandrowna, y de los libros y periódicos de actualidad, sobre los que informaba a su marido. Encima de la mesa ardía la lámpara, como la del estudio de Fausto, y la hora del último vaso de té se prolongaba hasta mucho después de medianoche. Hablaban marido y mujer de la grandeza sublime de Goethe, de la revolución que había sobrevenido en la faz del mundo y que hacía pasar la riada de la Historia por el molino del molinero de la revolución, llamado Edgar, tanto en el interior de esta habitación como fuera de la ventana de esta casa de provincia. Compartía Laszlo estas horas entre su mujer y los libros porque los prismas aplastados que eran estos últimos, poseían la fuerza de irradiar en el espacio y el tiempo el pensamiento y la personalidad de los hombres, mientras que la voz de una mujer, su cabello, su nuca, sus palabras, su dulzura y reserva, impelen al hombre a presentar su propio corazón en la palma de la mano y encerrar en él todo su ser. Eran éstas las horas en que la quietud de la habitación se convertía en un cosmos, en un mundo que la existencia de la rubia Lissa hacía completo. Después de medianoche, cuando se dormía su mujer, la esposa tranquila, orgullosa y prudente, hermana de la revolución, cuando se apagaba la luz y los libros se hundían en las tinieblas, Edgar Iwanowich apoyaba la cabeza en el codo. A su lado brillaba en la obscuridad, el hombro de Olga, su piel blanca y ya ajada, con la cicatriz familiar y querida del cañonazo de Mazijewka. Su respiración era feliz y regular. Esta mujer llevaba siempre trajes negros y sólo en verano se vestía de blanco. Era la primera mujer en su vida, el sacramento de su amor, el cántaro que no había de sobrarse nunca, como el cántaro de la revolución.

Detrás de la casa, en los prados, continuaba la construcción. Una vez a la semana, cuando se presentaba una hora libre o una tarde de descanso, cuando el cerebro estaba demasiado fatigado, venía de visita a Goltuwin Fedor Iwanowich, o iba Edgar Iwanowich a su casa, para llenar las leyes de la amistad y brindar, haciendo chocar no vasos de wodka, sino corazones o pensamientos. Fedor Iwanowich Sadykow, iba de un lado a otro de la habitación, con sus anchos hombros, escudriñaba todos los rin-

cones con sus ojos de soldado y mezclaba bromas con enseñanzas.

—Tenéis la atmósfera demasiado seca; pon agua encima de la estufa, Olga; no tomáis bastante en serio vuestra salud.

—Enséñame cómo cierras la estufa. Mal. Ya te voy a enseñar cómo se hace.

—Lissa, mírame a los ojos; estás anémica.

Se sentaba Fedor Iwanowich en el diván para descansar y en él se estaba horas enteras. Salía a luz la célebre botella entre los estantes de libros. Fedor conocía todos los movimientos de Edgar y Edgar todos los de Fedor. Fedor se llenaba un vaso de coñac y relataba historias alegres. Liubow Pimenowna se arrellenaba en un extremo del diván, Olga Alexandrowna se ocupaba de las cuestiones domésticas y empezaban las horas de conversación en que examinaba cada uno sus pensamientos, sus actos, su propio yo. Se apartaban los libros de la mesa de escritorio y se ponían velas, por todas partes velas. Las mujeres callaban y, en nombre de la amistad, Fedor apoyaba la mano en las rodillas de Edgar para aliviar de un poco de carga sus pesados hombros, y empezaba a desnudar sus pensamientos, germinados en su cerebro entre cifras y planchetas.

—¿Hablas de Trotzki? — decía Fedor Iwanowich—. Cambiemos de tema. Mejor es que pensemos en los ríos, sobre todo en los ríos que retrocederán por sus cauces. Mejor es que estudiemos la organización de nuestro trabajo (es decir, a nosotros mismos), el partido comunista en el monolito (que también somos nosotros mismos) o el Consejo de Obreros (que sigue siendo pensar en nosotros mismos). Nosotros somos responsables de todo. Como sabemos muy bien, los bancos de arena están en medio de los ríos lo mismo que peces con la cabeza contra la corriente, y sabido es también que tienen la forma de peces, con la misma aguda cabeza y la misma cola partida en dos. Esta semejanza no es una casualidad, pero ahora no se trata de esto. En primer lugar, tenemos que calcular lo que sucederá cuando el agua azote los bancos de arena por su cola partida en lugar de por la cabeza. Construimos el monolito, transformamos el clima y la geografía. ¿Qué sucederá? Hay diez mil obreros reunidos en estas tierras

incultas; millones de hombres están más o menos relacionados con la obra, y dependerán de ella. ¿Es posible comprender esto? Debiera ser comprensible también qué es lo que buscamos en la batalla; pero ¿quién de nosotros siente eso? Ni uno solo. Los ingenieros llevan a las mecanógrafas a bailar por la noche en Goltuwin. Los cavadores tienen en su "artel" (1) mujeres que llaman cocineras. Por muchos comedores que instalemos en las fábricas, los obreros prefieren comer en sus barracas, porque en ellas tienen sus "mujeres para todo". Naturalmente, en cada barraca se instala una taberna. ¿Qué podemos hacer contra eso nosotros dos?

—Voy a responderte, Fedor—dijo Edgar Iwanowich—. Proponte, por ejemplo, al camarada Moisés, de la Biblia, que sacó de Egipto a los judíos. Ciertamente, no era un aldeano estúpido. Profundizó hasta el fondo del mar, sacó de la nada maná celestial, se extravió en el desierto como nosotros en el trotskismo y estableció el célebre Congreso de Soviets del Sinaí. Cuarenta años estuvo en litigio con la Oficina de Viviendas para lograr el derecho a habitar en Palestina, y por fin, la tierra prometida estuvo cerrada para él, y tuvo que dejar a Josué la misión de detener el sol en su carrera. En la tierra prometida entraron sus hijos en lugar de él. Es perfectamente lógico que no llegara a poner el pie en ella. Las gentes que conocen Sodoma, no tienen ninguna aplicación en Israel, porque saben dónde le nace el bigote a un miliciano. Por la joven generación tuvo que quedarse Moisés en el campo del honor, porque sólo ella, que ni aun sabe lo que es un miliciano, es adecuada a la tierra prometida. Yo creo que nosotros estamos ahora en la situación del camarada Moisés, hemos cruzado el fondo del mar sin ahogarnos, no tenemos ya necesidad de comer maná, pero ninguno de los dos servimos para la nueva vida y por eso tiene razón mi hija Lissa. Todavía me acuerdo de cuando hice el servicio militar, en tiempo aún del zarismo, cuando los comandantes abofeteaban aún a los suboficiales ante las tropas formadas. En cuanto el soviet local, al Comité de Obreros, a la célula del partido comunista, otro notable compañero de la Biblia ha explicado lo que la mano derecha tiene que

(1) Artel: forma peculiar de Cooperativas de producción.

hacer en los casos en que la izquierda no sabe nada. Y las mujeres... cada uno se divierte cuando tiene ganas.

—En medicina se diagnostica como fiebre nerviosa un estado de espíritu tan desordenado—respondió Fedor Iwanowich; su voz bajaba tan pesada y lentamente como sus hombros; la luz de las velas creaba un ambiente goethiano, los estantes de libros conservaban como una cámara mortuoria la quietud del pensamiento—. Voy a dar por bueno tu paralelo, Edgar. Entre otras cosas, el camarada Moisés ha redactado los diez célebres mandamientos. He oído acerca de ellos opiniones muy diversas. Me han dicho que cada sector de la historia tiene su moral peculiar, nacida de la época misma. Es posible que los golpes de las pruebas se rompan, por decirlo así, en nuestras espaldas; pero lo que no cabe es torcerlos de tal manera, que las pruebas mismas se pierdan. Dicen que la moral social de nuestro tiempo es esencialmente política. Puede uno ser analfabeto, o no saber lo que es química, o escribir con faltas de ortografía. Puede uno ser ladrón, borracho o infiel a su palabra, comportarse indignamente con un hombre o con una mujer o con la familia, haber perdido toda idea de la decencia en los asuntos privados. Por lo menos, según las ideas de la moral tradicional, el matrimonio se ha convertido en un burdel. Pero hay que ser moral en el sentido político, por decirlo así, y no sólo muy moral y muy instruído, sino buen creyente. Ser un analfabeto político es inmoral. Dicen que se han producido capacidades políticas como las había literarias, pictóricas o teatrales. Sostienen que cabe ser un músico distinguido y a la vez un político inepto, o un astrónomo de fama mundial y además hombre ejemplar en la vida de familia, y ser completamente extraño a la vida pública. Afirman ciertos filósofos que estos astrónomos tienen derecho a declararse neutrales en política, porque las estrellas absorben toda su atención; pero los filósofos no están en condiciones de decidir quien tiene razón, si las gentes que se creen mejores que los demás porque estos son borrachos y mujeriegos y tienen en su casa muebles de edificios públicos, destinados a recibir por fin la etiqueta de un museo, o precisamente estas otras personas que poseen muebles del Estado y que han prescrito las leyes de la acción, los hombres de la revolución. Estos deben ser, precisamente, mozos de

una voluntad colosal, hombres con el cerebro mejor organizado y la más extensa razón, que en general excluyan todo lo que no es racional. Para mí, personalmente, no existen estos contrastes; simplemente me recuerdan la parábola del camarada Moisés, que no alcanzó su objeto. ¡Que no llegue hasta el fin! ¿Acaso no ha escrito él la ley? ¡Y nosotros vivimos! Nosotros escribimos las tablas de la ley del porvenir, que ya sólo será posible borrar con nuestra sangre. Tú eres una especie de nihilista, querido, porque conoces esta savia especial con la que puede escribirse tablas de la ley. Tú y yo hemos matado hombres en la guerra. A decir verdad, todo esto son subterfugios; en la nueva vida no se necesitará ya "savia especial", como aquella que aprendieron los hombres a producir en la tierra de promisión para olvidar las plagas de Egipto. Yo no admito aplazamientos para la generación que viene. Yo tomo mis decisiones. Yo arrostro mis decisiones para la totalidad, y en especial, para la moral comunista.

—Hablaba usted antes de peces—dijo en voz baja Liubow Pimenowna—. Quisiera contarle a usted, a este respecto, una cosa notable. Aquí venden pescados helados. Yo compré uno, vine a casa y noté que olía muy bien a violetas. Busqué de dónde procedía el olor. La calle estaba desierta y cubierta de nieve, y yo no me perfumo. Incliné la cabeza sobre el paquete y olía a pescado, pero cuando volví a levantarme seguía oliendo a violetas. Por fin, comprendí. El olor a pesca disipado en el aire, se parece al de las violetas. La gente de casa puso en claro que el pez no estaba ya fresco.

—Es muy cierto, Liubow Pimenowna, y muy gráfico. ¡Guárdese usted de la pesca pasada que huele a violetas!

Los amigos hicieron chocar sus vasos, corazón contra corazón—nunca había de quebrarse este cántaro—. Los pensamientos de Edgar y Fedor vagaban sobre las estepas y las aldeas rusas, sobre los edificios y las fábricas, desde el movimiento obrero en las minas inglesas al valle del Yang-tsé-Kiang, para volver luego a las grandes organizaciones industriales de Alemania. Para los dos amigos eran comunes las jornadas, las autoridades representadas, los subordinados y lo obreros, los enemigos y los camaradas, el éxito y el fracaso. En aquellas horas de ambiente goethiano, a la tranquila luz de las velas y protegidos por

las filas de libros, hablaban Edgar y Fedor Iwanowich, de los trabajos cotidianos, de las cosas sucedidas ayer y anteayer, de las cosas graves acaecidas en el círculo de su acción y de sus opiniones políticas. Las velas seguían ardiendo hasta la hora en que Fedor Iwanowich cortaba la visita. Liubow Pimenowna le acompañaba por las calles muertas y nevadas...

Lissa insistía en sus preguntas. Lissa se sentaba entre los libros, encima de la mesa.

—Edgar, me has dicho que mamá, y yo, y Mishka, todos vivimos. Pero mi muñeca Mila, que es de trapo, ¿vive también?

Lissa no aguardó la contestación.

—Cuéntame un cuento.

Edgar no podía explicarle por qué Mila, la muñeca, no vivía. Lissa se aburría, y entonces Edgar le contaba la historia del oso que serró la rama en que estaba montado.

—Bueno—dijo Lissa—, pero mamá cuenta los cuentos mejor que tú.

—¿Por qué?

—Porque los cuentos de mamá parecen libros de estampas y en los tuyos yo no veo cómo se cae el oso.

Lissa estaba sentada entre los libros, encima de la mesa, frente a su padre; se confundía con los libros y se destacaba de ellos nuevamente, rubia, alegre y pequeña. Edgar Iwanowich contemplaba a Lissa jugando en la alfombra que cubría todo el suelo de la biblioteca. En la patria de las alfombras, en Kashgar y Shiraz, los tejedores de tapices saben que puede leerse sus productos, que puede un hombre sentarse en una alfombra como ante un tablero de ajedrez y que sus motivos contienen el dibujo de las épocas. Los europeos ignoran esta lectura y Edgar Iwanowich tampoco la conocía; sin embargo, para Lissa la alfombra representaba todo un mundo, con ríos, mares, campos y ciudades. La alfombra era un objeto de familia; sobre ella había jugado Edgar Iwanowich siendo niño, como ahora jugaba Lissa, y entonces conocía todo este mundo que había olvidado hoy. Lissa señalaba a su padre dónde estaba Kolomna y dónde Moscú, dónde se levantaba el molino y cómo se podía ir por la alfombra de Moscú a Kolomna, por río y en ferrocarril.

Trasladábase Lissa del comedor al dormitorio en hombros de su padre, para que tuviese que quedarse un minuto al lado de su cama. Fuera de las ruines ventanas de la casa de las viejas hermanas Skudrin, se extendía el jardín cubierto de nieve, lucían las frías estrellas del cielo y brillaba muchas veces una luz en la mirilla de la casa de baño en que habitaban el vagabundo Iwan Oshogow y su perro "Arap".

El mundo de Edgar Laszlo estaba bañado en una paz bien resguardada.

. . . .

Los fundamentos de la técnica de seducción del ingeniero Yewgueni Yewguenlewich Poltorak, tejidos con frases: "¿Qué es la vida, Wera Grigoriewna?", "¿Qué es el amor?", "¿Qué es la muerte?", "¿No es todo insignificante ante la faz de la muerte?", "¿No reduce todo a sí mismo el salto en la nada?"—estos fundamentos perdurarán hasta que cada hombre decida por sí mismo qué son el amor, el honor, la vida y la muerte. En una época en que la individualidad humana se disuelve, en que la nada de la muerte se convierte en cadena inacabable, esta cadena no aparecerá ya, sino como un variable juego de azar por la vida y la muerte, porque cada hombre tendrá el deber, el incondicional deber, de decidir sobre su propio honor. En la comunidad humana, la monogamia no es una ley biológica. Edgar Iwanowich estaba unido para siempre con Olga Alexandrowna, que había hecho a su lado el camino de su evolución espiritual a través de la revolución y le había dado una hija, su amor y su porvenir. Pero, como tantos otros hombres de su tiempo, Edgar Iwanowich no era corporalmente fiel a su mujer, lo mismo que hay tantas mujeres que no lo son a sus maridos. Durante la guerra civil, la vida discurría entre las paredes del coche del ferrocarril, paradas en los trayectos libres y en ciudades y noches pasadas al azar. Así la vida se trastornó por completo, y todo el mundo se sentaba a la mesa del juego por la vida. Las mujeres, empujadas de un lado a otro, no reconocían deber alguno y se entregaban acaso por la vida o acaso por la nada, que era la poesía en el tapete verde. El incendio de la revolución destrozaba los cerebros, las mujeres se extraviaban en el comienzo de la nueva mañana y de los nuevos caminos.

Pero los años de la guerra civil desaparecieron con los vagones que ahora se vendían como hierro viejo. Lo que quedaba de ellos se fundía con la moral de la jornada. Aun para Iwan Iwanowich había dos vidas. Era la primera la de la revolución, de la construcción, de las horas pasadas sumergido en los libros, del hogar doméstico y de las leyes de la amistad; la segunda se parecía a los senderos de lobos en el bosque, al escondido refugio de las fieras, a sus movimientos y a sus cacerías. De la primera vida podía uno pasar a la segunda. Entre cientos de conferencias cotidianas, entre las llamadas telefónicas que interrumpían el trabajo, había una conversación nada chocante o una cita por el teléfono de campaña que decidían la hora y el lugar del encuentro en un tren de Moscú. Allí, en aquel momento y en aquel lugar, comenzaba la segunda vida, el secreto que nadie debía conocer, donde el placer era lo único que podía justificarlo todo. Los secretos eróticos no dejan ningún espacio para las ocupaciones de cada día, para las preocupaciones de dinero, para los pisos humildes del carácter. Hay muchas cosas en la vida que sólo se explican por el encanto del secreto, por sus ocultos caminos, por los signos insensibles y los escondidos lugares de descanso de la aventura amorosa. En estas horas transportadas del ritmo del trabajo a la segunda vida de Edgar no existía nada fuera de la alta tensión del erotismo. Una mano de mujer que se desliza sobre los ojos de un hombre puede cubrir todo un mundo, no sólo en virtud de las leyes físicas que regulan la visión, sino también porque la mano se convierte en el mundo entero. La rodilla desnuda de una mujer puede oprimir el corazón de un hombre, lo mismo que el pensamiento en la muerte durante un combate, porque el amor y la muerte, iguales en la nada, son iguales entre sí.

La noche del amanecer gris amarillento durante los trabajos de agrimensura en los ríos, fué el comienzo de una nueva historia de amor. María amaba a Edgar y siguió siendo su amante cuando se encontraron en Kolomna durante la construcción del monolito. Se le entregó sin reparo. Con toda la belleza que había en ella. Su amor, que fluía entre acordes de música clásica, no necesitaba para sí mismo ninguna justificación.

Todo hombre conoce la dicha de poseer una mujer y la felicidad todavía mayor de poseer un alma humana con todos sus pensamientos, tanto en el bien como en el mal, co-

locada ante él como una mano abierta. Las horas de sus encuentros estaban aisladas del curso de los días, unas veces a las diez de la mañana, otras al atardecer, otras a las cuatro de la tarde, y sus caminos secretos se encontraban en la casa de extranjeros de la fábrica de Goltuwin, o en las praderas inmediatas al bosque de Shchurow, o en el tren de Moscú. Estas horas de los senderos ocultos transcurrían siempre de un modo singular, escondidas en sí mismas, y tan pronto como habían pasado, tras el último beso en la escalera de un piso o en una encrucijada de las callejas de Moscú, la segunda vida de Edgar se transformaba en la primera, en la vida del trabajo y de los negocios, de los cuidados y las órdenes, en el terrenal y pedregoso departamento del alma en que están el granito y los pobres. Atravesar el cruce de las callejas significaba volver a Fedor Iwanowich y saludar a María Sadykow como a una extraña, como a la mujer de un compañero, preguntar por su salud y hacerle presentes los saludos de Olga Alexandrowna. Ocurre muchas veces en las cosas humanas que lo que se hace a hurtadillas no se coloca en los platillos de la balanza de la moral. Cruzada la esquina de una callejuela, vuelto a la realidad de la primera vida, poníanse de nuevo tensos sus hombros para arrastrar la carga de los negocios, y los días se disolvían en el gris plomizo de las sesiones, disposiciones, informes sobre cuentas y esfuerzos de voluntad, en que sujetos a las exigencias de la historia, los pensamientos no pueden rebotar, sino que han de mantenerse en disciplina.

Los cazadores persiguen en el bosque al lobo hasta la muerte. Los ojeadores husmean los caminos de las fieras. Los cazadores rodean el escondrijo y cortan el paso por las cavernas, y el bosque permanece silencioso, tranquilo, fuera de todo tiempo. En el silencio de la selva levantan sus gritos los ojeadores, acosan al lobo y le obligan a entrar en el estrecho paso cerrado por las banderolas y los puestos de los cazadores. La vida del lobo se convierte en muerte. En la casa de las viejas hermanas Skudrin, en que la vida de Fimina Karpowna, semejante al olor del pescado, se convierte en aroma de violetas al disiparse en el aire, crecía entre montones de libros la rubia Lissa. Los ojos de Fedor Iwanowich Sadykow estaban hechos para engendrar acción. También los de Edgar Iwanowich Laszlo parecían hechos para la acción cuando vagando por el espacio se adensaban

a las cosas. Estos hombres vivían y estaban hechos para crear y para morir por su obra.

. . . .

Comenzó el último año de la construcción.

Llegó la primavera con un sol radiante, se ocultaron las ventiscas y el sol surgía de entre la nieve en cuanto el invierno se refugiaba en la noche. Los ríos Oka y Moskwa corrían por última vez aquella primavera por sus cauces milenarios, creados por la Naturaleza. La columna dorsal del monolito se clavaba ya en el Oka.

Era un día de mayo.

Al mediodía, durante la parada para comer, mientras las sirenas daban silbidos de aviso y ondeaban banderas de señales, al mismo tiempo que se preparaban las explosiones de aire comprimido en el suelo de granito, cogió Fedor Sadykow el teléfono en su despacho colmado de planos, mapas, tablas y muestras de piedra inundado por el sol de mayo, para llamar a Edgar y María: "María, ven a mi despacho dentro de un cuarto de hora. No faltes, porque es para una cosa muy importante". Edgar, ven inmediatamente. Se trata de algo importante. En mi despacho, si no tienes inconveniente.

Aquel día se había levantado Fedor Sadykow a las cuatro, y marchó inmediatamente al trabajo. Por descuido de un técnico y varios directores de grupo, el agua había socavado la arena y las fajinas de una presa transversal. Fedor Iwanowich descendió al fondo vestido de buzo, para examinar el efecto de las capas inferiores del agua, aunque esto no entraba en sus obligaciones. Dos buzos le vistieron la coraza de caucho, le ataron el aparato de señales y le calzaron los zapatos de plomo. La campana de aluminio fué herméticamente atornillada. Cuando queda bien ajustado el casco, zumba en los oídos el aire comprimido, desaparece la tierra, las distancias se presentan en otra proporción distinta, se cierra el agua sobre la cabeza y el aire viciado surge en la superficie en pompas blanquecinas. Las leyes de la física violentan dentro del agua la luz, la presión de la sangre y la capacidad de ver. Bajo el agua se siente de otra manera. Fedor Iwanowich examinó las fajinas: los haces de ramas estaban confundidos, reblandecidos, y se habían deformado unos a otros. En el fondo hacía frío y estaba

oscuro; pececillos curiosos miraban por la ventana del casco, el aire comprimido silbaba y zumbaba, impidiendo oír el gran silencio que reinaba en las aguas. En el momento en que saliendo del agua daba vista al barco Fedor Iwanowich, abovedóse de nuevo para él la enorme cúpula del cielo, y el sol, unido a los paquetes de mimbres del fondo, engendró el pensamiento irritante en Fedor Iwanowich de que ya no podía refrenarse más. Desde la presa transversal, se dirigió Fedor Iwanowich, en el bote, pasando por el canal de derivación que seguía por el antiguo cauce del río, junto a la aldea de Konstantinowo, al despacho del ingeniero jefe. Al pasar por el poblado se detuvo para examinar la inclinación del revestimiento de fajinas del nuevo lecho. Se extendía el cielo lleno de sol y todavía las nubes se disolvían en el azul. En el revestimiento de fajinas trabajaban mujeres, muchachas de la estepa, con faldas de vivos colores. Yacían en tierra las recién contadas varas de mimbre que las jóvenes ataban en fajos con ramas flexibles, y las obreras dedicaron bromas al ingeniero. Una vez hechas las fajinas se colocaban en filas sobre el suelo del nuevo cauce y eran sujetadas a la tierra con tenedores de la misma madera de mimbre. Se debe preferir para hacer fajinas ciertas especies de mimbres, porque crecen en el agua, echan raíces y refuerzan así el suelo. Fedor Iwanowich reconoció pronto su sentimiento: "Todo esto estará en seguida debajo del agua". Fedor Iwanowich miraba a las mujeres y muchachas llenas de salud que le sonreían y le decían chistes, y se encontró de repente en el lugar de una de las matas de mimbres. Era algo muy distinto de lo que había sentido bajo el agua con el traje de buzo. La vida residía en cada vara. Estas mil maravillas atadas con ramas delgadas serán cubiertas por el agua, recibirán una vida propia, las raíces de unas se hundirán en el cuerpo de la otra, buscarán savia para alimentarse, tierra para habitar y matarán de este modo otras. La rama que haya logrado un poco de tierra aspirará hacia el sol, pero se ahogará, la hidropesía la irá ahuecando y acabará por estrangular a su vecina. Esto es enteramente distinto de la busca en el fondo del río con el traje de buzo: así mueren, por el contrario, los peces a los que se saca del agua. Las mujeres que están en la trinchera donde se colocan las fajinas, los obreros con sus amplios pantalones azules y sus camisas abiertas en el pecho, representan la nueva

vida y las viejas costumbres rusas, llenas de carne y de sangre una y otras.

La sirena de vapor tocó el descanso del mediodía, aullaron las demás y los obreros salieron de la construcción porque ahora se ponían a trabajar los equipos de barrenos para destruir el granito con oxígeno líquido, el mismo oxígeno por cuya falta mueren las ramas en el fondo del agua. Fedor Iwanowich pasó por entre los obreros que se dirigían a comer en la cocina de la fábrica, para tomar un camión del ferrocarril que le llevase a su despacho, donde estaban esperándole su mujer y su amigo.

Edgar Iwanowich le miró atentamente a los ojos, se dirigió a la ventana y se sentó en el antepecho. María estaba sentada a la mesa, radiante y tranquila, frente a Fedor. Fedor Iwanowich chupó su cigarro. Volvió a aullar la sirena e inmediatamente después retumbó la primera explosión, haciendo temblar la casa y vibrar los cristales. Fedor Iwanowich bajó la cabeza y levantó al mismo tiempo los ojos.

—¿Qué tienes qué decirme?—preguntó a Lasslo.

—¿Yo... a ti?—respondió Edgar Iwanowich.

—Sí. Acerca de las relaciones entre María y tú, que me habéis ocultado, pero que no ignoro.

Los ojos de Edgar impulsaban a la acción. Atravesó la habitación zigzagueando, soslayó un montón de mapas, y se dirigió a la ventana. María se levantó de su silla; no era posible verle la cara. Entraba por la ventana un sol tan fuerte que las sombras de las personas se destacaban de la pared con un negro intenso. Soplando y resonando pasaba por delante de la casa una excavadora, y alguien gritaba: "¡Militia! ¡Oye Militia! ¡Ya he comido!" Los hombres economizan sus gestos en los momentos verdaderamente dramáticos.

—Bueno; si os es difícil, hablaré yo—dijo Fedor Iwanowich. Bajó la cabeza y volvió a levantarla—. Ya sabes, Edgar, que hoy a las cuatro hay conferencia; pero no es de eso de lo que voy a hablar. Podría decirte también algo acerca del estado de las fajinas en el fondo del agua, que es lo que me ha decidido a no aplazar por más tiempo esta conversación, por que las fajinas son ramas vivas que ahogamos deliberadamente. Pero no es ocasión ésta para alegorías. Os he llamado para esto: Hace tres años, el 8 de agosto, en la casa señorial de Spaskoye habéis sido uno del otro, tú, Ma-

ría, esposa mía, y tú, Edgar, mi amigo, y me lo habéis ocultado. Esto me dolió porque vi que nuestras relaciones iban a hacerse extraordinariamente complicadas. Al principio creí que se trataba de algo casual. Realmente yo no pretendo tener derecho de propiedad sobre las almas, y yo mismo he tenido aventuras; por eso no discuto a nadie el derecho a ellas. Pero hace un año volvisteis a reuniros, y tú, Edgar, tomaste de nuevo a María. Hace nueve meses que sigo esto en mi diario. He fingido no notar nada, porque creí que sería sencillamente una borrachera que el tiempo había de disipar o que antes que llegase a ser una cosa seria me lo diríais. En aquella ocasión, en Spaskoye, quisiste brindar conmigo con la mano vacía, sin vaso ninguno; pero eres amigo mío, Edgar. Juntos construimos la nueva vida, la nueva sociedad, y además una nueva moral. Tenemos que poner en tensión todas nuestras fuerzas para trabajar y para guardarnos de toda confusión en el trabajo. Han pasado el otoño, el invierno y la primavera y soy quien tiene que hablaros. El tiempo me ha demostrado que no se trataba de una embriaguez pasajera. Para mí el matrimonio múltiple es incompatible con la moral comunista, y la honradez en las relaciones entre miembros del partido comunista me parece el deber más alto. Pero no vamos a constituirnos en Tribunal, sino a obrar. Ya comprendes, Edgar, que me resulta penoso esto respecto a ti. Nosotros edificamos la nueva sociedad y la nueva moral y no creo que haya ningún motivo para que nos dividamos, pero comprenderás que yo no puedo consentir un insulto a mi mujer. Exijo que os caséis, puesto que os amáis, pero sin mentiras inútiles. Insisto en que nos sujetemos al curso natural de las cosas. Tú, María, tienes la llave de nuestra casa. Yo me quedaré aquí, en mi despacho. Tú, Edgar, tomarás una habitación en el "Hospedaje de las Rocas", y yo me estaré aquí hasta que hayáis puesto, María, en orden todos nuestros asuntos y os hayáis instalado en vuestra nueva casa. No sirve de nada hablar de las cosas. Adiós. Podéis iros. Está bien. A las cuatro empieza la conferencia, Edgar; pero sería mejor que vinieses a las tres, para que pudiésemos hablar un poco antes.

Estaba María sentada en su silla, sin alientos, escuchando su sentencia. Edgar no interrumpió ni con un solo movimiento el discurso de Sadykow, y sus ojos se aguzaban como los de sus antepasados, jinetes que combatían a sus enemigos en la estepa. Fedor Iwanowich sostuvo su [illegible]

—No, Edgar, no somos enemigos. ¡No! Todos tenemos nuestra parte de culpa. Yo sé que ni una sola vez he dicho a María cuánto la amo. No he tenido tiempo para esto. No se puede pensar en todo. Ya hablaremos de esto, Edgar. Dame la mano, María. Voy a besarte. Vete.

Sonó el timbre del teléfono.

—Sí—dijo Fedor Iwanowich—. Aquí, Sadykow. ¿Es la excavadora número cinco? Bien. Sí. No. Yo mismo voy. Por lo demás, nada nuevo; me he separado de mi mujer. Sí. No, no quiero estar en posiciones falsas. Muy sencillamente. Se vuelve a casar. Con Edgar Iwanowich. Venga usted a la conferencia alrededor de las tres y media.

Fedor Iwanowich colgó el auricular. Sereno y dispuesto al trabajo se extendía ante él despacho principal con las paredes cubiertas de dibujos. La ventana daba sobre los prados. Ardía el sol y el viento llegaba cargado de tierra húmeda, hierbas y flores. En días como éste el hombre se siente más amigo de la tierra. María lloraba con la cabeza inclinada sobre la mesa de dibujo.

—No llores más, María—dijo Fedor Iwanowich, apretando el botón del timbre—. Tenéis que iros. Hay gente esperando fuera...

Cuando María y Edgar se fueron, se levantó de la mesa Fedor Iwanowich y paseó por la habitación, con sus piernas quebrantadas en línea recta. Llevaba los hombros más pesadamente caídos que de costumbre y de la frente a los ojos le corrían profundas arrugas. Tenía en su cara la expresión de un hombre que acaba de recorrer a pie treinta millas sin dormir ni de día ni de noche, y de entre el polvo y la suciedad pasa a una vivienda en que por la noche borbotea el samovar ruso; pero no ha venido este hombre a tomar té, sino a anunciar breve y concisamente la verdad, nueva y espantosa, y continuar su camino sin descanso a través de la noche para anunciar en la casa inmediata la misma cosa horrible.

Volvió a sonar el teléfono, agudo como el grito de los ojeadores en la caza del lobo.

—¿Es usted Liubow Pimenowna? ¿Conque ha hecho usted un excelente descubrimiento? Iré a su casa esta noche, desde luego. No cesan de pasárseme hoy alegorías por la cabeza. ¿Se acuerda usted de cómo hemos discutido?... Sí, siempre lo mismo; yo construyo el nuevo río, el porve-

nir, y usted desentierra cosas antiguas, para el porvenir, y usted desentierra cosas antiguas, para el porvenir también...

Otra vez el teléfono. Fedor Iwanowich dijo en el aparato:

—Sí. Ahora voy.

Salió de la habitación. Bajo sus pies, la tierra estaba caliente y se extendían las praderas verdes. Deslumbraba el sol y las nubes flotaban en el cielo azul. Había tendidos en la hierba obreros que descansaban después de comer, y a la puerta de la cocina de la fábrica se despiojaban dos muchachas. Sadykow entró a comer y se puso en la fila que aguardaba ante la caja. A su lado estaba el técnico Sarychew, con un sombrero de paja amplio, como una sombrilla china. Se saludaron.

—Acabo de separarme de mi mujer—dijo Fedor Iwanowich—. Deseo siempre lo mejor para todos los seres humanos y prefiero hacer la vida lo más sencilla posible. Edgar Iwanowich es mi amigo, y se aman. Para mí, éste es el curso natural de las cosas y el deber de un verdadero comunista. Edgar es un comunista honrado. María es una mujer honrada. Yo ayudo a mis amigos, la cosa no es nada fácil para ellos. ¿Cómo va el trabajo en su departamento, Sarychew?

Fedor Iwanowich estaba absolutamente tranquilo. En su cara inmóvil los pómulos seguían en su sitio de la jornada.

El lobo, rodeado de banderolas rojas en el bosque, al amanecer, en la lluvia fría hasta hacer estremecerse, oye gritar y hacer ruido a los ojeadores; la lluvia empapa las telas rojas y el lobo no tiene escape y queda cogido tan sólidamente como las varillas de mimbre en las fajinas.

Cuando salieron del cuarto de Sadykow María y Edgar les cegó el sol, y sobre sus cabezas el cielo estaba azul, pero la tierra se abría como un abismo. Ninguno de los dos se dió cuenta de que recorrían el camino que iba desde la construcción al Kremlin de Kolomna, a la torre de Marina; caminaban en silencio, al lado uno de otro, entregados cada uno a sus sentimientos. Cuando se mira el Kremlin desde el pie de la torre de Marina se realiza un milagro: el Kremlin asiático se convierte de pronto en un gótico medieval y europeo, aun en la torre de Marina. Los ojos de Edgar y de María volvieron en sí del espacio vacío y se encontraron.

—¡Qué locura!—dijo Edgar Iwanowich. Pero María no le oyó.

—¿Qué haremos, Edgar?—preguntó María.

—¿Qué haremos?—preguntó en contestación Edgar, como si no hubiera oído nada—. Tú vas a irte ahora mismo a casa.

—¿A casa? ¿Dónde?

Edgar Iwanowich no respondió. La torre gótica que se alzaba encima de él aspiraba en silencio hacia la altura. Edgar recordaba cómo ayer aún había tenido en sus brazos a María, su amante; cómo le abarcaba en ellos completamente; cómo le murmuraba al oído palabras tiernas. María Feodorowna le pertenecía ahora para siempre. Sus ojos volvían del espacio vacío a posarse en esta mujer que tenía delante, y sus ojos no comprendían: era una mujer extraña a la que no conocía. Muchas veces le había hablado Fedor Iwanowich en sus conversaciones sobre las formas del curso de los ríos, en el que no cabe ninguna *excepción* a las leyes, en sus cambios de ideas sobre lo fuerte que es la vida y lo tenazmente que sujeta, del momento de sorpresa en que había encontrado a María en el frente de la guerra civil, entre corrientes de sangre derramada y en la casa misma en que habían sido asesinados sus padres, y cómo de repente se sentó ella al piano y empezó a tocar para sí sola. ¡Qué tímida y desamparadamente había sonreído entonces su boca a Fedor Sadykow, a quien veía por vez primera! De la mesa de juego de la muerte había ido María a Sadykow. Y ahora estaba, desvalida, ante Edgar Iwanowich, con los hombros caídos y sonriendo con su sonrisa sin energía, como en otro tiempo había sonreído en el frente. El cielo se extendía sobre la tierra tan tranquilo; él también, como entonces; a la luz del cielo los ojos de María tenían un brillo azulado.

Griboiedow, el guardián del museo, salió de entre los muros del Kremlin, con las patillas erizadas en un sublime descuido, el sombrero de copa caído hacia la nuca y la esclavina negra ondeando en los hombros.

—¡Buenos días, Laszlo!—exclamó—. ¿De dónde bueno? ¿A dónde va usted? Venga usted a mi casa y le enseñaré un ídolo de piedra que acaban de desenterrar. Lo han encontrado entre las empalizadas y se parece mucho a las diosas de piedra del Museo Histórico de Moscú. La compañera Poliética, Liubow Pimenowna, nos la preparará perfectamente. Entre usted, y de paso podremos beber una copa de aguardiente.

El guardián del museo olía a wodka y a cebolla. En las

cacerías de lobos en el bosque los cazadores van cambiando de sitio los trapos rojos y estrechan poco a poco el camino de la bestia. En el cuarto de Griboiedow de Kolomna se amontonaban libros de oraciones, salterios, breviarios, iconos, relicarios y hábitos de frailes. En un rincón estaba el Cristo desnudo, de madera, y a su lado, en el mismo ángulo, estaba el ídolo de piedra, que llegaba casi al techo, espantoso, cubierto de algas verdosas, lanzando a través de la habitación sus ojos saltones, ciegos y sarcásticos. Entraba por la ventana la mueca asiática del Kremlin de Kolomna y el Asia reinaba en toda la sala. El amo de la casa ofrecía cebollas verdes y wodka. Edgar Iwanowich se bebió un vaso.

—María, lo mejor es que te quedes aquí—dijo Laszlo—. Fedor me encargó que estuviese en su casa antes de la conferencia, hacia las tres. Dentro de dos horas estoy de vuelta.

El guardián llenó una segunda copa y brindó al Cristo aprovechándose de que Laszlo no le prestaba atención. María se sentó, hecha un ovillo, en un extremo del diván. Laszlo se encaminó en un autobús hacia el monolito.

Al entrar en la sala de sesiones oyó Edgar Iwanowich la voz de Fedor Sadykow:

—La vieja moral ha muerto desde que los hombres no se arrojan unos contra otros por culpa de las mujeres, con los puños o con pistolas de combate, y han desterrado los celos.

Al entrar Edgar interrumpióse Sadykow:

"¡Estás aquí ya, Edgar! Empecemos la sesión".

Las cejas de Fedor Iwanowich se enarcaron serenamente y los ingenieros comenzaron sus informes. Cuando acabó la sesión dijo ya en la puerta el técnico Sarychew a Laszlo que estaba junto a él:

—Fedor Iwanowich es un verdadero comunista. En éste sí que no hay reservas. ¿Cuándo es la boda?

Edgar Iwanowich, sin poder evitar un gesto, respondió:

—Sí. Fedor es un camarada notable.

.. ..

3

Fedor Iwanowich pasó la tarde trabajando, y al anochecer se dirigió a la ciudad. En ella se encontró a Liubow Polétika, y juntos se encaminaron a través del crepúsculo azul a la torre de Marina. Era la hora en que empiezan su vuelo nocturno los murciélagos y gritan los buhos y el an-

checer se enfría para volver a teñirse de rojo sangriento en el Oriente. Sadykow no aludió ni con una sola palabra a la conversación que había tenido con María y Edgar Lasdo, padrastro de Liubow Pimenowna. El gótico de la torre de Marina aspiraba hacia el cielo oscuro y las estrellas. Al otro lado de la muralla cencerreaba un molino, y en un cercano estanque obscuro croaban las ranas.

—Este es el sitio que más quiero en Kolomna—dijo Liubow Pimenowna.

Sadykow callaba. Se sentó en una piedra, junto a la muchacha, y apoyó la cabeza en la mano. Alrededor de la torre revoloteaban en silencio los murciélagos y los buhos gritaban entre los muros, en la pálida oscuridad y el silencio azul.

—¿En qué piensa usted, Fedor Iwanowich?—preguntó Liubow.

—Escuchaba el silencio. Hoy ha sido un día difícil para mí. Estoy muy cansado.

—Sí. Aquí, en esta torre, reina una gran tranquilidad. Yo he puesto en claro la tradición de esta torre y todo su destino. ¿Conoce usted la leeynda de que el alma de Marina Michek vuela sobre Rusia convertida en cuervo? Esta alma de cuervo se ha multiplicado, y todos los grajos que vemos proceden de ella; en esto consiste que los cuervos viven siempre en lugares de desolación y anuncian la muerte. Pero hay algo más que me sorprende siempre: muchas veces vengo a la torre de día; aquí crece el saúco, quema el sol, huele a ortigas y no hay nada más que ladrillos, trozos de cemento y maleza, y sin embargo, alrededor de estas piedras se ha tejido una larga tradición de historia y poesía... no sé cómo explicarme... y está esto siempre tan tranquilo.

—Me voy—dijo Sadykow levantándose—. Estoy muy cansado. Cuando llegue usted a casa, Liubow Pimenowna, conocerá usted una noticia que ha de serle muy dolorosa y a Olga Alexandrowna aún más... Dígale que estoy de todo corazón con ella, y en cuanto a usted..., quisiera besarle la mano. Sí, así ha sucedido siempre, la historia ha vivido, ha vivido la poesía y quedan sólo las piedras; pero la historia no contará nunca cuán feliz me he sentido yo en esta torre, al lado de usted, Liubow Pimenowna... Conserve usted su ..., hable con su padre, el profesor, y reconcílielo con su madre.

Liubow Pimenowna se puso de pie, y exclamó:

—¿De qué habla usted, Fedor Iwanowich?

—Adiós, Liubow Pimenowna. Volveré pronto a su casa. ¿Puedo hacerlo? Está bien.

Sadykow besó ligera y prudentemente la mano de la joven.

La torre y los muros del Kremlin quedaron atrás, silenciosos. En las praderas daban gritos las aves nocturnas. Sus voces: "¡Id a dormir! ¡Id a dormiré", se mezclaban con el sonoro gemido de las palas de las excavadoras. Fedor Iwanowich volvió a pie al monolito, que ardía envuelto en una armadura de luz eléctrica. Pasando por la sala de dibujo se dirigió Sadykow a su despacho. Resonaba por las ventanas abiertas el canto de los obreros, en el que se distinguían voces de hombres y de mujer. Sadykow cerró las maderas de las ventanas, se extinguió el canto y los gritos de los pájaros enmudecieron; las quejas, los gemidos y los lamentos de las máquinas y sus latigazos contra la tierra y el agua se hicieron más perceptibles y amenazadores. El grito de estas excavadoras, de estas removedoras de tierra, adquiría un eco espantoso en la tranquilidad del despacho—gritos, estertores, silbidos, jadeos, gemidos, lamentos, llanto...— La sala de dibujo se ocultaba en las tinieblas, en la obscuridad de la noche de septiembre, de la noche poblada de mendigos y vagabundos rusos, que se pega húmeda y fatigada a la tierra y la envuelve; que no permite ver a un hombre su propia mano; que deja ciegos los campos y los convierte en fangales; que abre los caminos a la familia de lobos... Pero hoy todavía calentaba fuera el mes de mayo... En la sala de dibujo de Sadykow se ocultaba septiembre. Estas noches tienen por objeto que el hombre haga penitencia ante la tierra. Los fuertes lamentos de las máquinas removedoras de tierra penetraban en la noche de septiembre en la sala de dibujo. Fedor Iwanowich estaba sentado en su mesa de trabajo y el resplandor rojo del cigarro brillaba sobre sus pómulos, que se destacaban en su cara tan duramente como el ambiente septembrino de la habitación en la primavera que reinaba fuera. El auricular del teléfono se dibujaba en el resplandor de la lumbre del cigarrillo.

—¡Estación de explosiones!—dijo en el teléfono la voz del ingeniero jefe Sadykow—. ¿No hay novedad? ¡Está bien!

—¡Estación de la Central eléctrica! ¿No hay novedad? ¡Está bien!

El hombre con camisa de dormir apoyó la cabeza entre las manos y los surcos de su frente se abrieron tan cruelmente profundos como los cables del teléfono sobre el suelo debajo de la construcción. El gesto de su rostro se aclaró bondadoso e indulgente. En la naturaleza no existe el movimiento realmente rectilíneo, y no hay cosa alguna que tenga la forma de la elipse, la parábola o la hipérbole; las corrientes de agua, lo mismo que los años, no pueden hacer otra cosa que abrirse cauces tortuosos. María había sido para Fedor Iwanowich como una representación exactamente geométrica, y esto le afligía. Fuera de la casa florecía la noche de mayo.

Se levantó Fedor Iwanowich de la mesa, se encaminó a la ventana, la abrió de par en par y contempló largo rato las praderas dormidas. Se había extinguido el canto del hombre y tan sólo los pájaros se llamaban a través de la noche, sin presentir que habían de perder sus nidos cuando las praderas fuesen sumergidas por las aguas. Un rojo frío llameaba al Oriente. Fedor Iwanowich tosió, escupió por la ventana, bebió de un recipiente de barro un sorbo de leche y se tendió en el duro sofá. Un cuarto de hora después dormía.

A la misma hora, poco más o menos, estaba María apelotonada en el diván de caoba que la viuda Tuchkow había vendido a Griboledow, el guardián del Museo, en la habitación en que se apilaban en montones devocionarios e iconos, y en que reinaba en su trono el Cristo desnudo. Al lado de éste había una vela encendida, y a sus espaldas sobresalía, espantoso y cubierto de algas, con los ojos cerrados, el ídolo de piedra que se había ocultado durante mil años en el fango verdoso del fondo del Oka. En el exterior paseaba por delante de la casa, con su esclavina flotante, el hombre del Museo. Las gallinas acogían cacareando la aurora. María se retorcía en su rincón, lloraba y escondía la cara en los almohadones. Echado a sus pies estaba un perro gigantesco, llamado "Lobo", vigilando a la noche, a su dueña y al Cristo.

Edgar Iwanowich, mientras tanto, erraba por la ladera del Kremlin y las orillas del Oka. Llevaba un sombrero negro de anchas alas y una capa negra. El Kremlin y el río desaparecían en el espacio, y para Laszlo, como para Sady-

kow, se había convertido la noche de mayo en noche de septiembre. Era necesario volver del vacío, decidir, obrar. No era posible combatir contra Sadykow un torneo medieval de concepciones del honor, porque Fedor Iwanowich sólo lo había guardado cuidadosamente. Edgar Iwanowich expulsaba de su cabeza en la noche obscura el caos de pensamientos que le invadía, y pasando por delante de la torre de Marina, en que los niños, Mishka y Lissa, ocultaban sus secretos, se dirigió a su casa, a su mujer Olga Alexandrowna. Edgar Iwanowich recordaba las palabras de Sadykow acerca del vaso, que es preciso beber hasta la última gota; consiguió poner en orden sus pensamientos y comprendió que había derramado en sí mismo la semilla de la guerra, el desencadenamiento de todos los instintos. Tenía, como comunista, el deber de cumplir los mandatos de su honor, de recoger el guante que su hermano Fedor le había arrojado; pero la figura que aparecía ante sus ojos no era María, sino su hija Lissa. Como para Fedor Sadykow, María se había convertido para él en una figura geométrica.

Nadie dormía en la casa de las hermanas Skudrin, pero no había encendida ninguna luz. Encima del edificio trepaba tiritando por el cielo la luna de primavera, que se encaramaba en los altos tilos y pintaba de plata el tejado.

....

Edgar Iwanowich Laszlo estaba recogiendo materiales para una interesante disertación teórica sobre la evolución de la psicología de los obreros y la psicología de esta evolución. La masa principal de obreros del monolito estaba compuesta de albañiles, carpinteros, cavadores, porteadores de tierra, carreteros, cargadores y serradores, que se ajustaban por temporadas. La psicología de los obreros de temporada está sólidamente unida con la de la aldea. Continúan siempre siendo a medias aldeanos y envían cada rublo que consiguen ahorrar a su aldea. Esto es generalmente conocido, como suelen serlo las circunstancias de trabajo: este año hay trabajo en el ferrocarril siberio-turquestano, el próximo en el Cáucaso, el siguiente habrá que pasarlo en Leningrado o en el Ural. Los obreros de temporada viven

y trabajan en "artel" (1). Con frecuencia, los mantiene unidos una relación de parentesco común, o cuando menos de procedencia de aldeas vecinas, y el director suele ser elegido ya en el pueblo de que proceden. En cada lugar determinado de trabajo no se está sino un tiempo limitado. Estos semialdeanos, con un modo de vivir proletario, ponen un poco de piratería en el paraje en que se fijan "por la temporada", y en su permanencia hay siempre un poco de representación de "país enemigo".

Ahora bien; en el monolito llevaban ya algunos años los "obreros por temporadas" y Edgar Iwanowich había podido observar cómo su manera de vivir y su actitud espiritual se transformaban en costumbres y concepciones de obreros permanentes y verdaderos proletarios. Se disolvían los "arteles" y los obreros pasaban a las asociaciones que tenían exigencias abiertamente jurídicas, aprendían a leer y escribir, formaban familias que ya no tenían nada que ver con las aldeas de origen, y los instintos de rapiña se disipaban. Los obreros de temporada no trabajaban ya como bueyes, durmiendo en camas de campaña desnudas y comiendo sus papillas guisadas por las cocineras del "artel", sino que empezaban a reunirse en los "rincones rojos" de sus barracas, en que pendía de la pared un retrato de Lenin y había sobre la mesa un periódico o algo que leer, iban a la biblioteca y frecuentaban algunas veces cines o reuniones. Después del trabajo eran sustituidas las blusas rusas y las faldas de flores por trajes más europeos, y las camas se cubrían con lienzos blancos. Era ya el cuarto año que los obreros de temporada continuaban en el mismo sitio. Edgar Iwanowich comprendía toda la regularidad de estos fenómenos y sabía que en los trabajos de construcción hay siempre más actividad que la precisa; que jamás falta en ellos un poco de confusión, y que la vida que se hace es una existencia de guerra y campamento, en barracas y tiendas hechas en serie, que la Administración militar cede para fines construc-

(1) Artel: una especie de unión de obreros con un objeto determinado, de índole cooperativa, y que, por lo general, implica vivienda, existencia y caja comunes. Antes de la guerra, apenas había "arteles"; pero durante la conflagración se desarrollaron en gran cantidad. Por el decreto del Comisariado del Pueblo, de 18 de diciembre de 1924, han sido incorporados a la legislación soviética.

tivos. Las cantinas en que se vende aguardiente; las mujeres del "artel" o la prostitución inmediata; las peleas y las cuchilladas son fenómenos tan inevitables en las grandes construcciones como el trabajo nocturno y los accidentes, y como, por otro lado, las bibliotecas de obreros, los periódicos murales, la actividad sindical y el espíritu de inventiva. Detrás de todo esto veía Laszlo la evolución psíquica regular del obrero ruso de temporada hacia la permanencia, el origen de una nueva clase, de una nueva cultura en la que millares de corrientes, arroyos y manantiales de la psicología obrera fluyen tan sujetos a leyes como el curso de los ríos geográficos, aquí se manifiestan las leyes de las clases sociales, la estratificación de la vida, las relaciones sexuales del suelo ruso, hecho de barro, arena, tierra y piedras, y de sus destinos y sus cruzamientos.

Las viviendas de los obreros estaban distribuidas a la derecha de la construcción. Los que no tenían casas habitaban en barracas provisionales y tiendas de caucho, con ventanas de mica y puertas de tela embreada. En los cruces de las calles de barracas había bibliotecas portátiles, campos de juego, cines al aire libre, puestos de venta de los grandes bazares cooperativos de Moscú y los tableros negros de las órdenes de trabajo y de los periódicos murales. En las tiendas en que habitaban obreros olía, lo mismo que en las viviendas de los hombres, a goma caldeada por los rayos del sol, y además había un aroma específicamente femenino a jabón de tocador y manteca rancia. Empleaban las mujeres aquél para lavarse después del trabajo, y ésta para engrasarse la cabeza. Resonaban continuamente cánticos en las barracas de las obreras, y los varones eran expulsados de ellas entre grandes voces. A la más antigua de las vecinas correspondía el cuidado de mantener el orden en las habitaciones, apagar la luz eléctrica antes de dormirse y hacer que terminasen por la noche las risas y los murmullos.

Pero esta noche no había en todas las barracas y en la construcción entera otro tema de conversación que el conflicto entre Sadykow, Laszlo y María Feodorowna. Empezó el revuelo en el cine al aire libre y en las tiendas. Cuando obscureció y se apagaron las luces, las mujeres de la barraca número 5, igual que las demás, estaban ya en la cama, y en la quietud de los cuerpos preparados al sueño se levantó un murmullo: "Ahora le va a retorcer el pescuezo", afirmó

la obscuridad una voz de bajo. "¿Quién y a quién?" "Edgar a María", respondió otra voz chillona. "La ha aborrecido".

Iwan Oshogow, el proletario mendigo, tenía razón cuando decía que cada departamento de obreras, calculando setenta y una mujeres por barraca, contenía un sufrimiento compuesto de setenta y un dolores. Las mujeres, igualadas a los hombres en sus derechos civiles por la revolución, no habían logrado aún la misma actitud ante la vida, y no estaban equiparadas a ellos por las leyes biológicas, porque los niños que les hacían los hombres les quedaban colgados al cuello. Se solía llamar en las barracas a las mujeres solteras que tenían más de cuarenta años "las viejas"; seguían luego "las viudas", entre treinta y cuarenta, con niños; las "solteronas", entre veintidós y treinta, y las "doncellas", de menos de veintidós, para las que aún estaba abierto el porvenir. Estaban reunidas aquí todas las especies de miseria femenina, y era natural que las historias referentes a las cuestiones sexuales fueran tratadas con especial calor.

—Fedor Iwanowich ha pensado que no está bien a un comunista reñir con otro por unas faldas y humillarse ante ellas. Si quieres a una mujer, quiérela honradamente y con franqueza y no andes acostándote con ella en secreto, como un ladrón.

La mujer que decía esto hablaba con una voz suave y cantarina, como si estuviese contando un cuento; contaba una cosa que todas sabían, que había empezado ya a convertirse en leyenda:

—Fedor Iwanowich ha estado esperando a ver si volvían a la razón, hasta que se le acabó la paciencia. Los llamó a su despacho y allí les ha hablado cara a cara y con amabilidad.

—Cara a cara te parecerá a tí... Son todos unos canallas y unos cochinos. No hay manera de acabar con ellos. Al principio es una tonta y se les pega con cola, y luego no se sabe dónde meter el vientre abultado, para que no lo vea la gente. ¡Tan indecentes son los unos como los otros!

—De seguro que ahora le retuerce el cuello—repitió la voz profunda de la tinieblas.

—Eso no quiere decir nada—chilló una voz colérica—. Nosotras no podemos ya salir a la calle de noche, porque nos arrancarían el pelo con carne y todo; y sin embargo, mirad las que hay tumbadas por las praderas.

—Se le ha hecho repugnante.

—Basta ya, muchachas, de decir tonterías—resonó una

voz más clara—. ¿No cuenta nada el Konsomol? ¿Y la sección femenina? ¿Acaso no somos nosotras también seres humanos? ¡La revolución se hizo para todos! Es verdad que la importunan mucho a una, pero la que sabe contenerse no cede. ¿Para qué hemos aprendido ciudadanía en los cursos para obreras? ¿Para qué hemos ido a la asamblea? ¡Se acabaron ya para vosotras los aldeanos! ¡La revolución ha sido hecha para todos! ¡Y los compañeros deberán tener la responsabilidad de las cosas de que sean responsables!...

—Los ha llamado a su despacho, ante sus propios ojos...

—¡Ante sus propios ojos! ¡Está eso bueno!

—Esto mismo puede sucederos aquí cualquier día. Los campesinos han dejado en la aldea sus propias mujeres y quieren que nosotras las sustituyamos aquí. Ayer me han triturado todos los huesos los muy diablos.

Olía en la oscura barraca a goma, a cuerpos sudorosos, a jabón perfumado barato y a manteca rancia. Empezó a berrear un niño y en seguida se le sumó otro. Alguien hizo girar el botón de la luz eléctrica del "rincón rojo", y la lámpara iluminó el retrato de Lenin, orlado de una corona de flores de papel y la cabeza de una mujer que acercaba un mamoncillo a su pecho.

. . . .

A aquella misma hora se hablaba en la cavidad en que habitaban los proletarios vagabundos, bajo el horno de cocer ladrillos. Sentado ante el madero que hacía de mesa estaba el abuelo Nasar Sysolew, de la aldea de Akatyewo, que en 1918 había comprado todos los muebles de caoba de la familia aristocrática de los Tuchkow. El viejo Nasar había venido a visitar a sus dos hijos menores, que trabajaban en la construcción, y al mayor, que se había ido con los vagabundos. Rechinó la puerta del horno de hierro.

El viejo dijo a su hijo:

—¿De modo que vivís en este agujero?

—Aquí vivimos—respondió el hijo.

—Pero, óyeme, hijito. ¿Es verdad que van a hacer al río marchar hacia atrás?

—Puedes estar seguro de que lo harán.

—Pero, oye. Aquí han vivido mi abuelo y mi bisabuelo y todos hemos conducido nuestras balsas por el Oka al Volga, lo mismo que mil años antes y más. He viajado por el

río desde que era niño; conozco cada remolino, cada banco de arena en Kolomna, en Kasimow, y todo a lo largo del río. Y ahora resulta que nuestra vida se acabó y que el Oka no correrá hacia Riasan ni pasará por Murom ni por Yelatima. Piénsalo. Y ¿qué será de nosotros cuando no haya ya río Oka y toda la aldea de Akatyewo quede sumergida? Entonces se acaba el mundo entero. Lo mismo que la ciudad santa de Kitesh. ¿Crees tú que nos ahogarán con toda la aldea?

—No, viejo, no tienes por qué ahogarte. El nuevo río no dejará de venir por eso. La revolución se ha hecho para tener un río nuevo; pero Akatyewo queda verdaderamente cubierto de agua, es decir, que con el nuevo río se trasladará a un nuevo lugar. Aunque haya estado así mil años, no tiene nada que ver; algo nuevo habrá de suceder. Esto se llama revolución objetiva. Pero las gentes revolucionarias, padre, no se ahogarán.

Inmediatamente detrás del viejo se deslizó en la caverna Stepan, el menor de los hermanos Sysoiew. Al principio, por falta de costumbre de estar en tinieblas, no veía absolutamente nada. Wasilii, el hermano mayor que llevaba en esta vida subterránea el nombre de Posharow, dijo burlonamente:

—¡Ah! Ha venido el periodista, el escritor e inventor. No quiero discutir; que el Moskwa vaya hacia arriba puede ser una necesidad, y no hay nada que oponer, pero tú aquí eres ya un gran hombre... Cuando te explique mi plan sobre los peces te vas a quedar como un perro que se mete detrás de la estufa y no hay modo de sacarlo con halagos. Y con el dinero de los peces podríamos construir una calzada hasta Akatyewo y un puente sobre el río.

Stepan dijo conciliador:

—¡Hola, padre! ¿Aquí te has metido? Mejor es que vengas a nuestra sala de té cultural. No quiero reñir contigo, hermano Wasia, y voy a demostrarlo. ¿Conoces la nueva fábrica que están haciendo en Bronnizi? ¿Y las explotaciones químicas de Peski y Woskresensk? ¿Y sabes cómo va la nueva producción de motores Diesel (1) en la fábrica de maquinaria de Kolomna? No discutiremos por esto, Wasia. Ya sé, hermano, que por la comunidad atravesaríamos el

(1) La fábrica de maquinaria de Kolomna, produjo en 1907 el primer motor Diesel construído en Rusia.

fuego, sólo que a todos los de aquí os falta algún tornillo. No acabáis nunca de poneros de acuerdo con la vida y en cambio nosotros la edificamos, pero no sobre un absurdo proyecto de pesca, sino sobre el trabajo. Nosotros no tenemos ningún miedo a la vida. ¡Deja de una vez tus chifladuras, Wasia!

—¿Adónde quieres venir a parar? ¿Piensas escribir un artículo sobre nosotros? ¿Hay falta de material en la revista "La Nueva Corriente"?—preguntó con ironía el hermano mayor.

—"La Nueva Corriente" arrastrará ya la vieja vida y las gentes sobrevivirán y se adaptarán al nuevo orden de cosas. Sal por fin de tu agujero; vivís aquí como los topos. Y me llevo al padre; se viene conmigo a la sala de té cultural.

—Aquí no hay aguardiente.

—Precisamente por eso.

—¡Step, oye, Stepan! ¿Es verdad que van a cubrir de agua nuestro Akatyewo? Desde que habitan en él hombres...

—Eso no importa; quedará sumergido.

Cuando estaban los hijos hablando con el padre llegó a la cueva Iwan Karpowich Oshogow, el camarada Ognew sirvió aguardiente y, saliendo de las tinieblas se agruparon todas las cabezas alrededor de la mesa, se pusieron en cuclillas todos alrededor del madero y circuló por entre ellos el jarro de wodka.

—No sabéis todavía, camaradas, lo que ha sucedido hoy —dijo Oshogow—. Hoy a mediodía, a las doce en punto, Fedor Iwanowich Sadykow ha exaltado la moral nueva ante Edgar Iwanowich Laszlo. Esto es trascendental para nosotros y todos debemos formarnos opinión sobre este asunto... Sin embargo, todos nosotros estamos ya maduros para la rueda de la Historia, y ella nos triturará los huesos igual que a la pobre María Feodorowna...

Las fábricas de ladrillos tienen siempre algo de lugares de soledad y destrucción. En el horno había calor, suciedad y miseria; arriba, en la superficie de la tierra, florecía mayo y no era posible decir por qué estos hombres no salían de su agujero asfixiante al aire libre, al verdor, al cielo abierto. Mayo y el cielo estrellado sólo eran para ellos mensajeros de la lejanía como las cartas de los pueblos natales al llegar a los cuarteles. El crepúsculo de aquel día de mayo irrumpía maravilloso, y alumbrado por él se dirigió a su casa el

proletario vagabundo Iwan Oshogow y se paró pensativo en el patio delante de la casa de baños, con la cabeza hundida entre las manos y los codos apoyados en el cercado del jardín. Sus ojos de loco tenían un aire a la vez melancólico y alegre. No había luz en la habitación de Laszlo. Liubow Pimenowna había vuelto a casa. Iba extinguiéndose lentamente el crepúsculo y la noche cerraba sus puertas tras él. Cuando la noche hubo corrido el último cerrojo sobre todas las cosas, entró en casa Edgar Iwanowich con el negro sombrero de anchas alas muy caído sobre los ojos. El lobo rodeado por los cazadores eriza la piel y rechina los dientes. Para conservar la vida ha de romper el cerco, y si no lo consigue caerá bajo las balas. No permita Dios que los hombres puedan coger vivo al lobo porque lo pondrían en una jaula, sus dientes se desgastarían en los hierros y su piel se cubriría de sarna.

. . . .

Aunque nadie dormía en la casa de Laszlo, no había luz en ninguna habitación.

Estaban abiertas todas las puertas de la casa y nadie dormía en ella, aunque no se oía el más ligero ruido. Pareció este silencio intencionado a Laszlo y se dirigió a su cuarto de estudio con las paredes llenas de estantes de libros. Encendió una vela y la luz cayó sobre el techo y los libros. Antes de que Olga Alexandrowna entrase en la habitación por entre los libros, ya Edgar Iwanowich veía ante sus ojos a la esposa, la madre, la amiga, la mujer que se le había entregado hasta la última gota de sangre, que había entrado en su vida al mismo tiempo que la juventud, y que había atravesado siempre junto a él los atajos y encrucijadas de la revolución a través del mar de sangre ruso que llegaba hasta las rodillas y del juego de azar de la muerte. Esta mujer había recorrido también con él el último trozo de la vida, desde las primeras arrugas alrededor de los ojos hasta las caricias de Lissa en sus cinco años, y Edgar veía este camino que la puerta vino a cortar cuando Olga Alexandrowna entró en el cuarto. En otra ocasión hubiera venido a darle la bienvenida con un vestido blanco de noche y una vela en la mano, pero ahora estaba de pie delante de él con un traje negro de calle y apretándose los labios con un pañuelo blanco doblado.

Te he oído venir, Edgar—dijo Olga Alexandrowna.

—Se quedó en el umbral con la puerta, que no cerró, a la espalda. En la oscuridad de la habitación inmediata apareció detrás de su madre Liubow Pimenowna, a quien Olga había comunicado la noticia que Sadykow le ocultó.

En su juventud, en tiempos, mucho tiempo hacía, desvanecida, cuando apenas se había fundido la nieve de los años infantiles, había Edgar cogido muchas veces campanillas blancas, primeros emisarios de la primavera. Eran las mismas flores que brotaban ante las trincheras a pesar de la sangre y de la guerra, y Edgar Iwanowich expuso una vez su vida en el frente por coger en la línea de fuego un ramillete que después ofreció a Olga. Sobre la mesa de la habitación había también flores de éstas, que Lissa había cortado la víspera en el jardín para dárselas a su padre. Precisamente había traído Lissa las flores aquella vez que su padre le contó el cuento del oso que serró la rama en que estaba sentado y ella le dijo que contaba las historias peor que su madre, porque en los cuentos de ésta se veían las cosas y en los de Edgar no era posible ver nada. Las campanillas blancas estaban en una vasija de barro encima de la mesa, al lado de la luz.

—¿Lo sabes todo, Olga?—preguntó Edgar Iwanowich.

—Me lo ha dicho Oshogow—contestó Olga Alexandrowna—, pero quiero oírtelo a tí mismo.

Los labios de Olga Alexandrowna se crispaban de dolor como no lo habían hecho cuando en el frente, durante la guerra civil, un trozo de granada le rasgó el hombro y ella lo arrancó de la carne con sus propios dedos. Levantó la mano a la boca y el limpio pañuelo doblado se apretó contra los labios.

—¡Madre!—gritó Liubow Pimenowna, apareciendo en el umbral de la puerta detrás de Olga.

Lissa hubiera sabido el modo de amparar a su madre. "Bueno—hubiera dicho—, pero los cuentos de mamá tienen láminas y en los tuyos yo no veo al oso serrar la rama". Florecían las campanillas y seguirían floreciendo aún miles de años mientras la tierra conserve calor, porque Lissa vive aún y vivirá cuando Edgar y Olga hayan dejado el mundo para entregarse a los gusanos del cementerio o a las postreras convulsiones del soplo ardiente del crematorio.

Edgar Iwanowich dijo:

—Oyeme, Lissa...—y volvió a enmudecer.

—Estamos escuchando—dijo Liubow Pimenowna—; pero aquí no está Lissa, sino Olga Alexandrowna.

—Oyeme, Olga—repitió Edgar Iwanowich. Su mirada regresaba del pasado y del porvenir—. Lo sabes ya todo. Todo se acabó. Fedor ha decidido con dureza, pero con justicia, como lo exige la moral comunista. Juzga tú como quieras, pero yo no tengo más remedio que aceptar sus exigencias. Yo no puedo abandonar a la mujer que él me ha entregado honradamente después de haberla tomado con deslealtad. Créeme, esta decisión es más cruel para mí que para nadie. Juzga como quieras.

—Bueno—dijo Olga Alexandrowna, sentándose en una silla junto a la mesa—. Mañana nos iremos de aquí mis hijas y yo.

Liubow Pimenowna se puso detrás de su madre y dijo brevemente:

—¡Ven, mamá!

Una densa red de hilos se extendió ante los ojos de Olga Alexandrowna, y resplandeciente en su dolor siguió sentada aquella mujer cuyos ojos negros brillaban como el cielo azul de Rusia. Los años cuelgan su peso de plomo a los hombres y las mejillas y el cuello se agostan. Olga, la mujer, la madre, la amiga, ¿no había representado para la juventud de Edgar el amor y no lo había entregado todo por su obra común? Las noches de mayo pueden reblandecerse en una obscuridad de septiembre, en los andrajos de una noche mendicante de septiembre. Edgar Iwanowich sabía que Olga no podía ya ser una amante; María acaso se conformara con un puesto de segunda mujer. Olga Alexandrowna era su esposa o no era nada en el mundo.

—Está bien—dijo Olga de nuevo—. Mañana me iré de aquí con mis hijas para salvar tu honor, si tu honor te exige abandonar a tu vieja mujer y a tu hija.

Dirigió Olga Alexandrowna la mano al candelero para coger la vela como solía hacerlo siempre al retirarse por la noche a su dormitorio. La luz osciló tristemente como en otra ocasión, cuando por la mezquina ventana de la casa señorial junto al río no podía distinguir Edgar Iwanowich si la claridad turbia, amarillenta, desvanecida era el crepúsculo de la mañana o el de la noche. La luz de la vela parecía también ahora crepuscular. Edgar Iwanowich no se dio cuenta de cómo Olga retenía largo tiempo la bujía en la mano mientras el tiempo pasaba silenciosamente, y sobre

los dedos que habían sujetado el candelero goteaba la esperma caliente. Olga Alexandrowna recogió todas sus fuerzas y levantó la cabeza y la mano que sostenía la vela.

—Era mi deber, Olga. Yo soy comunista ante todo. Yo no puedo guiarme por mis sentimientos.

—¡Adiós, Edgar!—dijo Olga Alexandrowna.

—¡Adiós, Olga!—dijo Laszio.

—Hemos vivido juntos catorce años, Edgar. ¿Qué significa esa palabra "deber"?

—No puedo hacer otra cosa, Olga. Es mi deber.

—Está bien. Nos abandonas a mi hija y a mí. Despídete de Alicia. ¿Podrás separarte de ella? ¿Es también eso parte del deber ante la revolución?

—¡Madre!—gritó Liubow Pimenowna—. Yo también soy comunista. Yo sé tan bien como usted, Edgar Iwanowich, lo que es el deber. Déjanos, solos, mamá, y yo hablaré con Edgar Iwanowich. No empieza hoy todo esto. No comprendo cómo puede usted hablar de honor después de haber robado, robado en la noche, a María años hace. Su honor es el honor de los cobardes y de los ladrones, Edgar Iwanowich. Intenta usted poner una aureola comunista a su bajeza.

Entonces gritó Olga:

—¡Liubow! ¿Cómo te atreves a hablar así al padre?

—No es mi padre, ni siquiera pariente mío.

—No puedes hablar así, Liuba. Déjanos solos. Te deseo todos los bienes posibles, Edgar. Perdóname.

Edgar Iwanowich estaba de pie con los hombros caídos.

—¡No! ¿Por qué ha de marcharse Liuba? Tiene razón y yo lo sé mejor que ella misma. Pero sé también mejor que ella lo que exige la revolución.

Olga Alexandrowna encontró fuerzas para levantar la luz y salió del cuarto llevando en la mano la vela que Edgar Iwanowich había encendido. El cuarto de trabajo quedó en tinieblas. La hija tenía abrazada a su madre. Olga Alexandrowna andaba erguida llevando la vela delante. Sentóse Olga en el cuarto de Liubow Pimenowna, en un taburete que estaba en medio de la habitación, y su hija se arrodilló ante ella y ocultó la cara en su regazo. Un ruiseñor cantaba ante la ventana abierta que daba al jardín y la luna trepaba por el cielo, testigo de toda la eternidad de los juramentos nacidos de falsos sentimientos. La madre estaba sentada rígida, con una mano puesta delante de la boca y

sosteniendo en la otra la vela medio consumida. El silencio invadía la casa.

Edgar Iwanowich estuvo largo tiempo mirando por la ventana, en el cuarto de estudio, sumido en oscuridad y negro silencio. Sentía que los pómulos le crecían duramente bajo los ojos y éstos se adentraban en las tinieblas para la acción. Pertenecía a la casta de hombres que sabe obrar como un astrónomo, sabe seguir el curso de las estrellas y que es capaz de morir por su acción.

En la oscuridad del cuarto gritó Edgar Iwanowich:

—Liubow Pimenowna, no tienes razón. Yo tengo el deber de subordinar mis instintos, mis sentimientos biológicos, a la ética. Escucha, Liubow Pimenowna, yo no intento justificar mi pasado, pero hoy tengo razón. Y sobre todo, ¡soy comunista!

No le respondió nadie. La casa estaba en el más profundo silencio y las mujeres oyeron cómo Edgar se cambiaba de ropa a tientas en la oscuridad, revolvía en los cajones del escritorio y se sentaba en el diván. Después resonaron sus pasos por la sala y se alejaron por la terraza hacia el jardín.

Rechinó la puerta del jardín y volvió a cerrarse. El ruiseñor seguía sollozando su cántico eterno. Una vez, en el Petersburgo de las "perspectivas" rectilíneas, en la espaciosa vivienda del profesor Polétika, había ocultado Liubow Pimenowna, entonces la pequeña Liuba, su rostro en el regazo de su madre lo mismo que hoy, el día en que su madre abandonó a su marido para buscar la felicidad al lado del estudiante Edgar Laszlo. Faltaba en la ciudad de las perspectivas rectilíneas el ruiseñor que cantaba esta noche. Y la geometría actual del ingeniero Edgar Iwanowich Laszlo no era la recta del curso de las calles de Petersburgo.

. . . .

Llevaba mucho tiempo María tendida como una gata indefensa en el rincón del diván de la época del emperador Pablo, perteneciente al Museo, cuando Edgar Iwanowich entró en la habitación del guardián Griboiedow. El Cristo de madera cruzaba los brazos con una tímida expresión de arrobamiento en la cara, tal como el maestro del siglo XVII lo había imaginado. "Lobo" aguzó las orejas y cuando Laszlo entró le miró colérico. María tendió las manos a Edgar Iwanowich. El ingeniero parecía frío y preocupado.

—Ya ves—dijo Edgar Iwanowich—. Esta es nuestra noche de boda. Hasta tenemos de huésped a Jesús, nuestro señor. Despertaremos al guardián para que nos haga té. Es un matrimonio extraño, un amor bolchevique.

Edgar Iwanowich intentó sonreír.

—Pensabas haber venido a las cinco. He estado esperándote toda la tarde y toda la noche. El guardián se ha dormido y sólo se ha quedado conmigo "Lobo". He tenido miedo en esta casa ajena, tan rara. El Cristo y la "mujer de piedra" tienen unos ojos que parecen seguir a una sin cesar dondequiera que vaya.

—Perdona que no haya venido antes, querida. Mañana te vendrás conmigo y tomaremos una habitación en el nuevo establecimiento de las Rocas. Mañana nos prepararemos una noche feliz. Está en Kolomna una compañía teatral y me he proporcionado ya billetes. Pero tenemos que despertar a Griboiedow. ¿Cómo se llama realmente?

—¡No le despiertes! Quédate conmigo, me da miedo estar sola con gentes extrañas. ¡Tenemos tantas cosas que decirnos!

—Permíteme. Es preciso que nos haga té. Pero, ¿cómo se llama? Dentro de una hora, en cuanto se haga de día, tengo que ir a trabajar. Ya tendremos tiempo de sobra para todas las conversaciones imaginables...

La segunda vida pasó a ser primera. El Cristo desnudo, testigo casual de aquella noche, estaba sentado en silencio junto a ellos, al pie del ídolo de piedra. "Lobo" estaba echado a los pies de María. Esta hora crepuscular del amanecer teñía de gris la tierra y la ciudad se preparaba al aullido de las campanas precipitadas de las torres. Edgar Iwanowich estaba alegre. El guardián del Museo, a quien despertaron, escanció wodka.

. . . .

Los ríos, puestos en movimiento por su propio peso, tienen precisamente en éste un arma de potencia colosal. Los ingenieros conocen docenas de casos de muertes y destrozos producidos por el elemento del agua que al desencadenarse aniquila ciudades enteras y millares de hombres y lo arrasa todo en su camino. Los ingenieros hidráulicos anotan cuidadosamente estas catástrofes hasta en sus menores detalles. Todo hidrotécnico sabe cantar la rapsodia de cómo

las presas pueden estallar aunque estén hechas de granito o de hormigón. Los millones de metros cúbicos de agua que hasta entonces ha retenido la presa la reducen a trozos en pocos minutos. Puede acaecer la irrupción al alba o en medio de la noche o en pleno día. Entonces los elementos de destrucción se desencadenan. La gigantesca avenida se eleva a una altura de quince metros y forma una ola que se mueve con una velocidad de cien kilómetros por hora. La riada, de un color gris azulado, pesa como una casa de tres pisos y envía sus ramales por todas partes en una extensión de más de doce kilómetros cuadrados, y con la velocidad de un tren rápido, rugiendo, aniquila en su camino aldeas y ciudades, hombres y trabajos, y deja su rastro marcado por ruinas, fango y asolamiento. Tras esta inundación que avanza entre el sordo trueno de las pesadas masas de piedra que aparta de su camino flamean incendios de toneles de petróleo que han estallado, de cortacircuitos producidos en cables eléctricos, de montones de madera que se inflaman, y el terror vuelve locos a los hombres. Pero si tan fuerte es el agua, los monolitos, las presas fundidas todas como si fueran una sola piedra, tienen que ser todavía más fuertes y dominar la potencia del líquido. Construyen los monolitos ingenieros que saben calcular las fuerzas del agua, reducen a fórmulas matemáticas esta potencia y el peso que la origina y las expresan en granito, hierro y cemento. Los ingenieros pueden proteger el granito de la presión del agua por medio de un cálculo adecuado de sus propias condiciones, y no han de olvidar que sólo las fuerzas físicas pueden oponerse a las leyes de la física; este es el trabajo del ingeniero.

Edgar Iwanowich Laszlo capitaneaba el ejército de obreros de esta arma de granito. Todo ingeniero hidráulico experimenta en el fondo un sentimiento de miedo al agua porque conoce su fuerza, y todo constructor de obras hidráulicas ha tenido alguna vez un sueño espantoso en que se ha visto indefenso ante el granito que estalla y por el que penetran las turbias aguas. Edgar Iwanowich Laszlo, el hombre de la revolución, que le debe todo lo que es, se encaminaba diariamente a su trabajo. Además de las del Oka y el Moskwa fluyen contra el monolito las aguas de la historia, porque la gran presa no sólo embolsa los ríos, sino que prepara el porvenir. Edgar Iwanowich sabía que el dique no había de romperse, porque de ser así, el sentido de su vida se destrozaría y regularizaría su tiempo igual que el mono-

lito las aguas, cuidando de que no quede sin calcular una sola gota. Los días pasados en la construcción acababan con las tinieblas nocturnas y así pasaba el tiempo en el matrimonio de María y Edgar. La obra del monolito había representado la fiesta de sus bodas, fiesta del trabajo y deber. Edgar Iwanowich se llevó sus libros y sus baúles de la casa de las Skudrin y los cargó él mismo en un camión automóvil.

Cuando todo estuvo empaquetado y el "auto" dispuesto a partir, anochecía. El patio de la casa de las hermanas Skudrin iba pintándose de verde. Edgar Iwanowich salió a la calle y arrojó una última mirada a la casa verde. Fuera, delante de la puerta del jardín, estaba Sadykow, que tendió a Edgar la mano.

—¿Te mudas a la "Residencia de las Rocas"?—preguntó Fedor Iwanowich.

—Sí. Me mudo—respondió Lazzio.

Los dos ingenieros callaron.

Iba precisamente a visitar a Olga Alexandrowna—dijo Sadykow—. Estoy ahora muy solo y ella no está mejor. ¿Está en casa Liubow Pimenowna?

—Las dos están en casa, pero no las he visto. Deben de estar en el jardín. ¿Desde cuándo te has hecho tú sociable?

El crepúsculo se volvía lentamente amarillo. Partió el camión y Sadykow se quedó callado. Las caras de los dos ingenieros tomaban el mismo tono amarillento del crepúsculo. Por fin dijo Sadykow:

—Adiós, pues, Edgar. Corre para que puedas alcanzar el "auto". Yo cerraré la puerta.

—Otra vez sociable.

—No sé lo que quieres decir con eso.

—Adiós.

Edgar Iwanowich se fué sin volver la cabeza. La puerta por la que había salido el camión se cerró chirriando detrás de él. Con sus pasos pesados se encaminó Sadykow de la puerta del jardín y sus hombros caían hacia adelante. Liubow Pimenowna salió a su encuentro con un traje blanco de primavera. El jardín estaba lleno del verde y amplio crepúsculo de mayo. Oscurecía.

—Venga usted al jardín—dijo Liubow Pimenowna—. Mamá no quiere quedarse sola.

—¿No iremos a la torre?—preguntó Sadykow.

La faz de Liubow Pimenowna estaba tranquila y clara, verdadera cara de muchacha. Se adelantó al jardín sin

contestar y se sentó en un banco. Fedor Iwanowich la siguió, se sentó a su lado y se quitó la gorra. Los milanos gritaban entre los árboles, y antes de irse a acostar cantaban las currucas.

—¿Por qué no me dijo usted nada ayer en la torre, Fedor Iwanowich? ¿Amaba usted a María?—preguntó Liubow Pimenowna.

—Sí. La he amado. Y no he llegado nunca a decírselo —respondió Sadykow.

—También mi madre quería mucho a Edgar Iwanowich —Liubow Pimenowna se detuvo un instante—. Yo creo que no soy una mala comunista, y a pesar de esto, cuando estaba en el Komsomol los camaradas se reían de mí. El amor es para mí una cosa sagrada, fuerte: un hecho. En mi vida sólo habrá un hombre.

Fedor Iwanowich cogió la mano de Liubow Pimenowna y la examinó atentamente. Pareció como si fuese a besar aquella mano, pero la dejó caer.

—¿Sabe usted lo que es un revestimiento de fajinas? —comenzó diciendo—. Se toman ramas de mimbres jóvenes, se las trenza estrechamente, como si fueran pelo de mujer o guirnaldas, y se sujetan en el fondo del río. El cálculo tiene por base la probabilidad de que broten nuevas ramas que se desarrollen y echen raíces y así afirmen la parte que deben cubrir. Hace dos días que no cesa de darme vueltas en la cabeza el pensamiento absurdo de que me gustaría estar en el lugar de uno de estos haces de ramas... ¿No quiere usted ahora venir conmigo a la torre?

—¿A la torre?—Liubow Pimenowna se quedó un rato pensativa y luego dijo suavemente:—No. Estoy muy cansada.

Apareció en la terraza Olga Alexandrowna con un pañuelo en la mano. Bajó las escaleras, saludó a Sadykow y dijo más tranquila y dueña de sí de lo que su aspecto hacía esperar:

—Venga usted a la terraza a tomar una taza de té. Ya he preparado el samowar.

Olga Alexandrowna sonrió desvalida a Fedor Iwanowich. Aquella noche era la despedida de su feminidad, de su verano de San Martín. Ahora el invierno empezaba a encanar su vida. Olga Alexandrowna iba vestida de negro. Liubow Pimenowna trajo el samowar a la terraza. En el jardín cantaba un ruiseñor tardío. Los ríos, que su propio peso

pone en movimiento, tienen en esta gravedad misma un arma de enorme potencia.

. . . .

Desde la nueva habitación de Laszlo en el hospedaje de "las Rocas" se oía a lo lejos el siseo de las excavadoras que trabajaban en la obra, y por las noches entonaban sus cánticos las obreras al pie de la ventana. Las paredes de madera olían a resina de pino y en el pasillo se amontonaban unos sobre otros los baúles. María no tenía piano en esta casa, pero los libros de Edgar Iwanowich se alineaban en los estantes de su cuarto de trabajo en el mismo orden que en la casa de Skudrin y el diván estaba lo mismo que antes, debajo de ellos. La tarea cotidiana de Edgar Iwanowich no acababa hasta muy entrada la noche. Lisa no estaba ya, y en el umbral salía a recibirle María, la mujer que había encontrado su fuerza en su indefensión. Olía toda la casa a madera de pino y las habitaciones parecían empaquetadas en los baúles. Nadie venía a esta casa. María ponía las manos sobre los hombros de Edgar Iwanowich y él la besaba en la frente y pasaba a lavarse después del trabajo. Dasha, la criada, con su rojo pañuelo de Komsomolzin a la cabeza, ponía el samowar en la fría mesa de pino del comedor.

Y entonces comenzó lo terrible. En estas horas de descanso hablaban Edgar y Olga de la personalidad y de la obra de Goethe. Edgar, el varón, solía en estas horas poner su corazón sobre la palma de la mano y junto al de Olga, la esposa. Todo hombre conoce la felicidad que es poseer a una mujer, y todo hombre conoce la dicha aún mayor de poseer un alma humana. La cara de una mujer, su pelo, su voz, sus palabras, su mano, pueden cubrir el mundo entero y no sólo en virtud de las leyes ópticas, cuando la mano pasa por delante de los ojos del hombre, sino también porque esta mano vale más que todo el mundo. En estas horas conocía Edgar con más fuerza que nunca que María no le era necesaria. María estaba a su lado y se entregaba totalmente a él, pero Edgar buscaba en su interior las dulces palabras que en otros tiempos fluían tan abundantemente de sus labios para ella y no las encontraba. María se le entregaba por completo, pero Edgar no lo veía; le ofrecía toda su vida en la palma de la mano, como siempre, y él intentaba diri-

girle, lleno de amor, palabras que se formasen exclusivamente para ella, y sólo podía decirle:

—Querida, te has puesto de tal modo que no veo nada. ¡Y qué dedos más sucios tienes! ¡Todos manchados de tinta! ¿Has escrito?

—Sí... No... Mi diario. ¿Quiéres que te lo enseñe?

—No. ¿Por qué? Tú debes conservar tus secretos libremente.

María callaba y luego, escondiendo las manos a la espalda, decía con suavidad:

—No, Edgar. No quieres leerlo porque no te interesa.

—¡No es eso! ¿Por qué?

Edgar Iwanowich se rehacía y besaba a María y sus besos tenían el valor de un testimonio. La muchacha se llevaba el samowar intacto. Edgar Iwanowich observaba el sano color rojo de la joven, cuyas mejillas en nada cedían al pañuelo de la Unión de Jóvenes. La camisa blanca que le cubría el pecho estaba manchada del trabajo y marcaba la redondez de sus senos. Dasha miraba con benevolencia al mundo, sostenida en sus piernas vigorosas. Edgar Iwanowich solía preguntarle, bromeando:

—Dasha, ¿cómo va eso? ¿Qué tal?

Y ella contestaba con cierta severidad:

—Como debe ir. Muchas gracias.

La media noche se acercaba inexorable. No había velas en aquella casa porque el alumbrado era todo eléctrico. Edgar Iwanowich se dirigía a su cuarto de estudio y María le seguía. Los estantes de libros subían hasta el techo, cubrían las paredes y se convertían en cámaras oscuras que irradiaban el pensamiento humano en todos sentidos y de todas maneras. María se sentaba en el sofá junto a Edgar.

María, ¿conoces a Goethe?

—Muy poco.

—¿Y a Schiller? ¿Y a Heine?

—También poco...

—No te veo, María, y no te siento a mi lado. ¿Por qué has apagado la luz?

—Estoy más cerca de tí en la oscuridad, Edgar; pero has sido tú el que ha apagado la luz y ya no lo sabes. ¡Es que no quieres verme!

He aquí un ser humano que lo daba todo y no tenía nada que pudiera tomarse. Empezó lo más espantoso: la persona que se ponía en manos de la otra, no era necesaria, no ha-

cía falta ya y se convertía en una carga. Olga, la esposa con su cara envejecida y su pelo gris, su calor y su amistad podía aportar una esencia humana, poner su corazón en la palma de la mano. Su quietud era cómica y así se realizó el milagro que inspiró vida a la rubia Lissa. Las piernas de una mujer pueden esperar con una sublime tranquilidad. Las piernas desnudas de María eran las de una mujer débil nacida en una casa de burgueses juveniles y nada más. María decía muchas veces, poniendo en estas palabras todo lo que podía poner:

—Tú no me quieres, Edgar.

—Sí, querida, te amo. ¿No he alterado por tí toda mi vida?

—No. No me quieres, Edgar. Yo lo sé todo. No tienes confianza conmigo; soy una extraña para ti. Te viene bien como querida, pero como esposa no te sirvo para nada. Yo no he leído a Marx ni a Goethe y no soy una persona de tu familia. No te hago falta para nada. Quisiera tener en ti tanta confianza como tú puedes tener en mí; pero no puedo y quizá no podré nunca. Fui tu amante; luego tú puedes tener otra querida y yo otro amante; los dos podemos probar que es así. Tú eres para mí el único, yo te quiero, pero tú no lo crees. ¿Callas, Edgar?

—Eres una niña, María. Vete a dormir, querida. Todo eso son tonterías.

Brillaban las inscripciones de oro de los títulos en las fauces de los estantes de libros. Transcurrieron en silencio algunos minutos y luego empezó a hablar Laszlo enérgico y contundente. Sus ojos brillaban como los de sus antepasados, los pueblos de las estepas, pudieron brillar cuando tuvieron que rendir homenaje a Cristo antes de que los inquisidores los enviasen a la hoguera. Edgar Iwanowich cogió a María por los hombros, la abrazó con una dulzura bárbara que hizo asomar lágrimas a los ojos de la mujer, y gritó en la quietud bostezante y llena de baúles de la habitación:

—¡Te quiero, te quiero, María! ¡Te quiero inmensamente! Estréchate contra mí, apoya la cabeza en mi seno y yo te besaré. Voy a leerte en voz alta la historia de nuestro amor. Voy a leerte en voz alta para que aprendas quién era Goethe. Estamos estrechamente unidos uno a otro, estamos encadenados para siempre y nadie podrá separarnos. Tene-

mos que amarnos, ¿oyes?, tenemos que amarnos. Nos amamos; estamos fundidos uno con otro.

María se encorvaba de espanto. Edgar Iwanowich la atrajo hacia sí y la estrechó en sus brazos con toda su fuerza. Las hileras de libros les miraban en silencio, los libros que había leído Edgar Iwanowich, el hombre de la memoria, del espíritu, de la educación, del querer y el saber organizados. Edgar Iwanowich habló de la revolución: la revolución debía vencer. Edgar Iwanowich consiguió domar su voluntad a tal punto que sus ojos se fijaron en el espacio con una mirada de las que no aprecian el espacio ya.

Edgar Iwanowich dormía solo en el sofá. Por la mañana se despertaba cuando María seguía aún durmiendo. En aquellos días próximos ya a junio el sol ascendía audazmente en el cielo. Dasha trajo el vaso de té para el desayuno a medio vestir, con una tosca camisa de lienzo. El sol arrancaba la tierra de su envoltura de nieblas y rocío. Edgar Iwanowich sonrió a la muchacha:

—¡Hola, Dasha! ¿Qué tal va eso?

—Como debe ir—respondió Dasha severamente.

Había llegado esta joven fundamentalmente sana a la construcción junto con los cavadores de la provincia de las Tierras Negras (1). Era un magnífico ejemplo de la conversión del trabajador por temporada en un verdadero proletario y una ilustración de los estudios teoréticos de Edgar Iwanowich. Dasha era por naturaleza una verdadera aldeana rusa del país de las tierras grasas. Edgar Iwanowich se sentó en su despacho para trabajar en sus apuntes. En la mañana cubierta de rocío hacía resonar Dasha cacharros en la cocina cantando al mismo tiempo una de las cancioncitas modestas que estaban de moda en la obra:

"Hoy me gustaría mucho
salir a pasear por delante de la puerta.
En seguida me verá mi amante
y me hará señales disparando el revólver".

Por la noche, al ponerse el sol, solía Dasha bajar con las

(1) Se llama "Las Tierras Negras" a la región cubierta de humus, con un suelo cultivable de veinte metros de profundidad, que se extiende en el centro y mediodía de Rusia, desde el mar Negro al Volga medio.

jóvenes y las mujeres mayores a bañarse al Oka, zambullirse diestramente en el agua y dirigirse después del baño a la Célula de la Unión de Jóvenes o al Club de Obreros para instruirse, o al cine, o a las barracas de las mujeres en las que solían entonarse, al crepúsculo, cánticos. Edgar Iwanowich se sorprendió a sí mismo pensando en que sus ojos estaban demasiado abiertos para esta muchacha descalza, chata y vívida, y su imaginación se detuvo morosamente en las Tierras Negras, la Célula del Komsomol y los cantos en las noches de junio. Y Edgar Iwanowich escuchó celosamente en la noche el ruido de la puerta al cerrarse cuando volvía Dasha. Preguntó a la muchacha qué había pasado en la Unión de Jóvenes y ella le contestó seca y orgullosamente.

.. ..

¡Muerte! Había muerto la cantante Wera Grigoriewna porque la ciencia no había sido capaz de curar su enfermedad. Había muerto con sujeción a las leyes de la biología, y Yewgueni Yewguieniewich Poltorak le había asestado el golpe fatal. Un ser humano había sido; había existido una vez una niña llamada Wera, y luego una alumna del Gimnasio, una alumna del Conservatorio de Moscú, cuyo nombre era Wera Sadishchew, y un examen con una medalla y unos contratos en provincias. Cuando muere una persona se la lleva al cementerio. Y había existido también una pequeña María, una estudiante del Gimnasio, llamada María Feodorowna Posdnieshew que tocaba en el piano de cola obras de los clásicos de la Música; cuyos padres habían sido muertos en su propia casa; a la que su primer marido había mantenido apartada de su vida, sin que el trabajo y las ocupaciones le dejaran tiempo para decirle ni una sola vez que la amaba.

Todo lo que le rodeaba le era extraño, y la más poderosa fuerza femenina, la de ser indefensa, que le era propia, no le servía para nada. María, pequeña criatura, había vivido su pequeña vida: la infancia y el Gimnasio, la casa paterna adosada a la fábrica, llena de dulzuras maternales. La vida a que Sadykow la había conducido, en la que su padre y su madre habían sido muertos y en que alguien mataba su único amor, el de Laszlo, le aparecía espantosa

Todo ser humano tiene derecho a la vida; pero María, mujercita de brazos débiles, no conocía este derecho.

Durante el día, cuando Edgar Iwanowich se había ido y el sol estaba muy alto ya en el cielo, quedaba vacía la casa. Extendíase tras de ésta la obra. María se quedaba sola con su perro, animal sombrío y velludo, cruzado de lobo y perro de rebaño, llamado "Lobo". Era este perro el amigo de María desde la hora en que vino a ella hecho un pequeño e indefenso vellón de lana, y no conocía nada en el mundo fuera de María; por eso gruñía a todos los que se acercaban, sin excluir a Edgar Iwanowich. Una vez, poco antes de quitarse la vida, intentó María colocar unas cortinas en la ventana de su cuarto, resbaló en el borde de la ventana, se cayó y se hirió la mano. "Lobo", que jamás había lamido a la gente, vió sangre en la mano de María y empezó a pasar apresuradamente la lengua por la herida, moviendo el rabo con un gesto lleno de cordialidad y mirando gravemente la sangre con ojos afectuosos. Así curó a María, con su terapéutica canina, y su ama le abrazó, se sentó a su lado en el suelo y rompió en un llanto terrible y desesperado. No era el dolor de la herida lo que le hacía llorar así. Como día de trabajo, la casa estaba desierta y sólo quedaban en ella "Lobo" y María. El perro lamió la herida hasta que la curó y dejó de salir sangre. El sol asomaba gigantesco por la ventana, y María y "Lobo" continuaban sentados en el suelo, hasta que por fin la última acabó por quedarse dormida entre sus lágrimas, con la cabeza apoyada en el cuerpo del perro, y tuvo un ensueño espantoso. Era en invierno y ella estaba con Edgar y Fedor. Fedor estaba un poco apartado en la nieve, inmóvil. Edgar salió a la calle alejándose de María y se hundió en la nieve hasta la cintura, mientras la ventisca se arremolinaba a su alrededor. Corrió María tras él y la nieve y el viento la hacían jadear; pero Edgar se alejaba cada vez más de ella. Por fin le alcanzó y le cogió del brazo; pero él siguió andando y su brazo quedó entre las manos de María. El brazo era una simple masa de nieve y fría como ella. Entonces lo abrazó; pero sus manos se hundieron en nieve, y la cara de Edgar, pálida como si fuera también de nieve, se le quedó mirando. Le cogió después de la cabeza y la cabeza se le quedó entre las manos, fría y muerta pellada de nieve. Alejóse de María el rígido Edgar y María se arrojó hacia Fedor, que también quedó inconmovible. Era también de nieve; pero en vez de ojos tenía

dos carbones en la cara. Entonces despertó María. El sol entraba oblicuamente por la ventana, y en la cocina Dasha cantaba su canción de moda:

"Todo el mundo confiesa ya
que soy joven y bonita.
Si no me pretende Troizki
me tomará Chicherin".

Se levantó María del suelo; se habían agotado sus lágrimas y la sangre de la mano estaba seca. Los movimientos de María Fedorowna eran secos también, como sus ojos, y endurecidos, como su sangre.

Por la noche llegó Edgar Iwanowich a casa, y aquel hombre de la vida lejana que María no conocía lo subyugó todo a su personalidad. Para ella sus ojos vagaban por el espacio infinito. María vió lo más espantoso que un ser humano puede percibir: que Edgar Iwanowich no tenía necesidad de ella, ninguna especie de necesidad. Vió claramente esto, y además, que hacía enormes esfuerzos por ser amable y apasionado con ella, y en lugar de la sangre cálida que "Lobo" había lamido, le invadía una ventisca mortal que emanaba de Edgar. Era espantoso para ella estar a su lado, y la sangre se le helaba en las venas; pero le daba miedo alejarse de él, porque fuera de él nada le quedaba en el mundo. Cerca de media noche la mandó Edgar a la cama y se sumergió entre sus libros y sus escritos. En la tenebrosa oquedad de su cuarto, "Lobo", el perro velludo, aguardaba a María y se apretó a sus piernas. En la ventana, a través de la cuál brillaban las estrellas, colgaba la cortina que ella misma había sujetado por la tarde. Edgar no había notado la herida de la mano. El perro estaba tendido a sus pies, velando el silencio y con el ojo derecho brillante. María estaba de pie, en medio de la habitación. A su espalda, destacándose de entre los libros, la impulsaba la severa y contraída voluntad de Edgar Iwanowich, voluntad que llegaba del espacio, sin necesidad de verle. María se dirigió a la ventana y "Lobo" la siguió. Dió un recio tirón de la cortina, que estaba fuertemente sujeta por un clavo, y se rasgó en dos. El ruido agudo de la tela cortó el silencio de la casa, y Edgar Iwanowich se levantó de entre sus libros.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó.

"Lobo" gruñó.

María dijo:

—Nada.

Enmudeció y luego añadió en voz más baja:

—Es mi destino. Mátame, Edgar. Mátame, querido. Yo creí que tenía derecho a la vida porque no había hecho mal a nadie; pero tú me has matado ya. Manda y yo haré lo que tú quieras.

Edgar Iwanowich no se movió de su mesa de trabajo.

—No digas esas tonterías, María—dijo severamente.

Luego su voz se hizo más afectuosa:

—Vete a dormir, querida. Tranquilízate. Tengo que trabajar aún.

"Lobo" gruñó, en contestación a las palabras de Edgar Iwanowich.

María no habló.

Fuera, a lo lejos, siseaban las excavadoras y las obreras entonaban sus cantos bajo la ventana. María Fedorowna, que una vez había venido a Sadykow de los brazos de la muerte, de la tierra en que los hombres jugaban a las cartas su propia vida, se separó de Edgar Iwanowich para ir a la muerte.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA SANTIAGO DE CHILE

RETRIBUCION

Era mediodía. El gran silbato de vapor tocó la señal de la parada de mediodía, y en seguida empezaron a aullar todas las sirenas para llamar a las praderas los equipos encargados de los barrenos. El ruido de la construcción cesó a medida que los hombres fluían de sus puestos hasta que resonaron las primeras explosiones. Edgar Iwanowich trabajaba en su despacho desde muy por la mañana, desde la hora en que el sol bebía las gotas de rocío de las plantas. Estaba con el presidente del Comité de Obreros de la orilla izquierda, repasando la lista de trabajadores empleados. Cinco minutos antes del cambio de turno llamó Sadykow y rogó a Laszlo que fuese y llevase consigo al presidente del Comité.

El gran silbato de vapor y las sirenas profetizaban a porfía, con sus rugidos, las detonaciones de los barrenos que habían de dejar al descubierto el seno de la tierra. En el despacho de Sadykow, la parte alta de la vidriera tenía pegado un papel blanco para evitar el paso del sol, y por la ventana abierta entraba una brisa fresca que se deslizaba por entre los diseños que se apilaban sobre la mesa. Desde su separación de María habitaba Fedor Sadykow en su despacho. En un rincón estaba la cama de campaña en que pasaba sus escasas horas de reposo, en las noches acortadas

por el mes de julio ruso y el trabajo de la mañana siguiente. Entró Laszlo con su acompañante. Sadykow, con el cuello desabrochado, estaba junto a su mesa de dibujo, abstraído como siempre, por completo, en su labor. Junto a él estaba en pie, a la ventana, un hombre desconocido, con el uniforme de las tropas de la G. P. U. (1). Sadykow se dirigió a Laszlo, lanzó una mirada detrás de la puerta y la cerró cuidadosamente. El hombre con la blusa azul de uniforme seguía mirando por la ventana.

—Camaradas—empezó Sadykow—: Nuestro vagabundo loco Iwan Oshogow ha repetido muchas veces que su hermano, el viejo Jacob Karpowich Skudrin, mantiene oscuras relaciones con el ingeniero Poltorak. Hasta ahora hemos tomado esto por una simple habladuría; pero el camarada aquí presente, que acaba de llegar de Moscú (ruego a ustedes que se tengan por presentados: el hombre de la blusa azul saludó militarmente), ha traído la noticia de que Poltorak es realmente un traidor y está enlazado a la organización secreta...

No pudo Sadykow acabar la frase, porque se abrió la puerta y apareció en ella Dasha, la doncella, que venía a todo correr y se detuvo de pronto, jadeante. Tan atentos estaban todos a la boca de Dasha, que ninguno vió su cara. Sólo percibieron los hombres sus pies desnudos, con los dedos achatados, que se clavaban en la tierra muy separados, como si quisieran oponerse a un empuje. Llevaba en la mano el pañuelo rojo, levantado en alto, como si fuera a golpear con él.

—Fedor Iwanowich—murmuró—, su mujer se ha matado.

Y luego, volviéndose llena de cólera a Laszlo, continuó:

—¡Tú! ¡Vete a casa! ¡Ha muerto tu palomita— ¡Se ha ahorcado! ¡Pobre criatura!

Y entonces pudieron todos ver su cara descompuesta, color de púrpura, flameante, decidida, rabiosa: decidida y positiva, sobre todo. El aliento de la joven silbaba; sus pequeños ojos se cerraban aún más que de costumbre; su boca se abría, dilatada; sus dientecitos sobresalían de los labios, color de sangre, como amenazadores colmillos, y bajo la

(1) Las tropas de la G. P. U. (Oficina de Política del Estado), constituyen una entidad especial dentro del ejército rojo.

falda de indiana se estremecía y saltaba en espasmos su cuerpo, su vientre rígido de aldeana de Riasan.

Nadie dijo palabra.

Mucho antes de llegar a casa de Laszlo se oía ya ladrar a "Lobo" desesperadamente. En las habitaciones se apiñaban gentes extrañas, obreros de uno u otro sexo que volvían de su turno. María estaba en el suelo, tendida sobre una sábana, en su blanca camisa de dormir, con el pelo caído sobre el rostro, y "Lobo" le lamía el cuello aullando como un hombre, enloquecido de dolor. Edgar Iwanowich cayó de rodillas junto a María y "Lobo", y por primera vez dejó el perro de gruñirle. Junto al cadáver de María, el hombre y el perro se encontraban en el mismo dolor frenético. "Lobo" lamía el cuello y el pecho de su ama y Edgar encontró para María, por primera vez en su matrimonio, las palabras verdaderas y auténticas en las que no hay doblez ni mentira. Edgar Iwanowich cayó junto a "Lobo", le apartó sin despacharlo, abrazó el cuello del animal y besó la garganta, los ojos y los hombros de María.

—¡Querida mía! ¡Mi buena! ¡Mi única!

La sucesión de los años del hombre termina en el cementerio o en el crematorio. En el crematorio ha de experimentar el hombre sus últimas convulsiones. En la cámara ardiente, a una temperatura de dos mil grados, son reducidos a cenizas, en dos minutos, el ataúd y las ropas; el cadáver queda desnudo y el hombre desnudo comienza a agitarse. Estas últimas convulsiones humanas penetran ya en lo metafísico y parecen traspasar la muerte. Estas contorsiones postreras están sujetas a una ley extraña: primero se doblan las piernas y luego los brazos se arrollan al cuello, se cruzan sobre el pecho; la cabeza se hunde entre los hombros y el individuo entero toma, antes de entrar en la nada, la misma actitud que tenía en el regazo de su madre, cuando salió de la misma nada.

—¡Querida mía!

Había existido una vez una muchacha llamada María, a la que su madre trenzaba el pelo; una joven estudiante en el Gimnasio, cuyo nombre era María Podnishew, a la que su profesora de música pronosticaba un porvenir. Fedor Iwanowich no había tenido nunca tiempo de decir a su mujer cuánto la amaba. Los sillares de piedra del monolito no poseían una impenetrabilidad absoluta para el agua, y en la que pudiera fiarse; por eso, para precaver una catás-

trofe, había que construir el monolito de una sola pieza, de un material único, y hacerlo arraigar en el fondo de tierra firme, inconmovible, y que el agua no conseguía reblandecer. Era preciso profundizar hasta el terreno jurásico para que el asedio del agua no llegase a romper el monolito, reblandecer sus coyunturas y, por efecto de la diferencia de temperatura y de la permeabilidad, a disociar sus elementos.

Fedor Iwanowich se inclinó sobre el cadáver de María y le besó la mano, sereno y reposado; tenía desabrochado el cuello y no se lo abotonó. Luego llamó severamente a "Lobo":

—¡"Lobo", aquí! ¡Ven aquí! ¡Echate!

"Lobo" miró a su antiguo amo. Sus ojos se cruzaron; los de Fedor Iwanowich ordenaban y los del perro obedecieron tristemente. "Lobo" cedió bajo los ojos, dejó caer el rabo, se levantó y fué a tenderse aparte, cerca de Fedor Iwanowich. Entonces Sadykow volvió a acercarse al cadáver, tocó a Laszlo en el hombro y dijo suavemente:

—Levántate, Edgar.

Después ordenó a las gentes que estaban en la habitación:

—Levantad del suelo el cadáver.

Edgar Iwanowich no veía nada y sus ojos estaban fijos en el vacío. Fedor Iwanowich quedó en pie junto a "Lobo". Los obreros se inclinaron hacia el cadáver y lo pusieron sobre la mesa. Fedor Iwanowich miraba la escena y Edgar se sentó junto a la mesa, a los pies de María. "Lobo" gemía y los extraños se retiraron hacia la puerta. Fedor Iwanowich ordenó:

—¡"Lobo", aquí!

Con el empleado de blusa azul y "Lobo" salió Fedor Iwanowich de la casa de Laszlo; las gentes les abrían paso. Había un silencio tan inmenso, que se oía el ruido óseo que hacía "Lobo" al poner las patas en el suelo. En lo alto de la escalera que conducía a la casa estaba Dasha, y al pie se había reunido una muchedumbre. La muchacha tenía las mejillas y los labios rojos de odio, y era espantoso mirar entonces a la mocetona de las canciones aldeanas. Ahora se habían acabado los cantos y sus ojos llameaban; sus puños se cerraban de indignación por la ofensa y por el sentimiento de humanidad ofendida; tenía la boca dilatada, como los ojos, pero cerrada, igual que las sólidas piernas

y de sus labios brotaban palabras dispuestas a la lucha, y de furor. Lanzaba palabras como llenas de dignidad y de furor. Lanzaba palabras como llenas de dignidad y su brazo musculoso agitaba el arrugado gazos cada vez que su brazo musculoso agitaba el arrugado pañuelo rojo. Pesaban sobre ella el terror de la muerte, el terror de lo desconocido, que habían, de pronto, irrumpido en su mundo pacífico.

—¡Compañeros y compañeras!—gritó—. ¡El mismo la ha impulsado a hacer esto! ¡Se ha ahorcado por miedo a él! ¿Es posible empujar así a la nada un ser humano? ¿Para eso hemos hecho la revolución? ¡Camaradas! ¡Hermanos! ¡Mujeres! ¿Podéis perdonarle esto? ¿Ha de quedarse tranquilo, poder besar sus pies y seguir siendo un hombre honrado? ¿Y ella, su corazón, es culpable? ¿Es posible eso, mujeres? Le ha dejado una carta: "Perdóname, Edgar, no he tenido culpa para ti". Y hoy mismo, esta mañana, me ha preguntado si no dejaba abierto el cerrojo de su puerta. ¡Mujeres! ¿Qué es esto? ¿Es un compañero responsable o no? ¿Dejaremos pasar esto? ¿Para qué hay entonces sección de mujeres?

Las lágrimas se agolpaban a sus ojos coléricos, resplandecientes de noble indignación.

—¡Mujeres! ¿Qué es eso? ¿Es posible que salga del agua limpio y seco? ¿Ha sido en vano la revolución?

En el umbral de la puerta estaba apostada la muerte, que espanta a todo ser vivo. Fedor Iwanowich había salido con el hombre de la blusa azul y el perro "Lobo", camino del despacho del ingeniero jefe. Fedor Iwanowich tenía la cara color de tierra y con los músculos descompuestos en un espasmo. "Lobo" andaba tristemente junto a su amo. El día bañaba la tierra de luz solar, y en el sitio donde se edificaba el monolito resonaban las explosiones del aire líquido.

Por la noche se sentó Dasha a su mesa. Había bajado la luz eléctrica hasta la altura de sus ojos y roía, llena de cólera y de indignación, un lapicero. Estaba escribiendo una nota para el periódico mural:

"¡Camaradas! ¡Mujeres! ¡Así ha obrado con su mujer el responsable camarada E. Laszlo..."

Meditó un rato y lo borró todo.

"¡Camaradas! ¡Mujeres! Pronto hará trece años que nuestra gran revolución liberó a la clase trabajadora y dió una vida nueva a todos los obreros..."

Dibujó una cruz después de esta frase, para acordarse

de continuar más tarde el pensamiento, y pasó a un nuevo párrafo:

"¡Camaradas y ciudadanas mujeres! A aquel a quien mucho le ha sido dado, mucho debe exigírsele. Observad lo que sucede a vuestro alrededor. La ley de la revolución ha hecho iguales a todos los trabajadores, tanto hombres como mujeres; pero en la vida cotidiana las cosas son muy distintas y, en fin de cuentas, son las mujeres las que tienen que pagarlo todo. Hace poco violaron en la orilla derecha tres cavadores a una obrera de la fábrica de cemento, y el Tribunal revolucionario les condenó con todo el rigor de la ley y los entregó al desprecio de todos los proletarios. ¡Cuántas lágrimas de mujer han corrido por culpa de los hombres!..."

Dasha borró la última frase y mordió de nuevo el lápiz.

"¿Y qué hemos de decir de los camaradas responsables que dan mal ejemplo a los cavadores, y no sólo son ingenieros, sino miembros del partido? ¿No deben ser tales camaradas llevados ante el Tribunal si han infringido las disposiciones legales?"

Los ojos de Dasha estaban llenos de desprecio y de actividad y de ellos había desaparecido todo resto de torpeza. Mordía el lápiz y, junto al blanco papel, estaba como una bandera de señales el pañuelo rojo de la cabeza. La casa estaba sumida en el silencio de la muerte. Laszlo, abstraído, estaba en su despacho, y en el comedor reposaba el féretro.

....

Sadykow y Laszlo durmieron aquella noche tan poco como Olga Alexandrowna y Liubow Pimenowna. Fedor Iwanowich había dejado cerrado en su despacho a "Lobo" y estuvo todo el día fuera de casa, en la construcción. En sus puños cerrados oprimía su voluntad. "Lobo", encerrado, aullaba y gemía sin cesar. Fedor Iwanowich trabajaba por hacerse la idea de que aquel día era una jornada de trabajo como cualquier otra. Ni aun cuando Fedor Iwanowich volvió a casa cesó de aullar "Lobo". Fedor Iwanowich le dió carne, pero no la tocó. El ingeniero estuvo largo rato ocupándose de él. Caía sobre la tierra la noche, verdosa. Los pómulos de Fedor Iwanowich se destacaban grises, como la piel de "Lobo", y el perro aullaba, apelotonado en un rincón. Entonces Fedor Iwanowich salió con él, camino de Kolom-

na, y el animal le obedeció dócilmente. Apenas veía Fedor Sadykow las calles por las que pasaba, y cruzó dos veces por delante de la puerta del jardín de la casa de los Skudrin antes de decidirse a entrar. La puertecita del jardín le saludó chirriando y rechinando, y Fedor Iwanowich sonrió desvalido a Liubow Pimenowna y empezó a hablar al perro. Olga Alexandrowna estaba echada desde que tuvo noticia de la muerte de María, víctima de un ataque de debilidad y de histerismo. Liubow Pimenowna salió al encuentro de Fedor Iwanowich con un pañuelo mojado en las manos.

—Mamá quiere ir a ver a María y yo no le dejo.

Liubow Pimenowna volvió al cuarto de su madre. Caía oscura la noche y Fedor Iwanowich se sentó en la primera escalera, con el perro echado a sus pies. Salió otra vez Liubow Pimenowna de la casa y se sentó en la escalera más alta de la terraza; le temblaban los hombros.

—El perro aúlla sin cesar y no quiere comer nada—dijo Fedor Iwanowich—, y yo estoy solo y no tengo quien se ocupe de él. No sé tratar a los perros. Tengo que hacerle a usted un ruego, Liubow Pimenowna. Ha muerto María; el perro es lo único que me queda de ella y no tiene dueño... Quisiera regalarle a usted el perro. Déle de comer y sea buena para él...

—¡Desde luego! ¡Con mucho gusto! ¡Desde luego! Voy a traer ahora mismo un poco de leche...

Liubow Pimenowna se puso de pie, tiritando.

—No. Espere usted, Liubow Pimenowna... El perro era el amigo más fiel de María, probablemente su único amigo. Quiérale usted. Es fiel. Cuando yo llegué lloraba sobre el cuerpo de María y le lamía el cuello.

Fedor Iwanowich calló.

—¿Por qué me cuenta usted eso a mí, Fedor?—preguntó Liubow Pimenowna.

Fedor Iwanowich vaciló antes de dar la respuesta.

—Porque sólo a usted puedo hablarle de eso.

—No debe usted hacerlo, Fedor.

—Bueno, Liubow Pimenowna...—Fedor Iwanowich vacilaba—. Ahora tengo que irme. Naturalmente, hay que tomar las cosas del modo más simple... Y "Lobo" es un buen perro, un perro muy prudente. Hay que tomarlo todo con sencillez. Ahora me voy...

—Espere usted, Fedor—dijo suavemente Liubow Pime-

nowna—. No se puede tampoco tomar las cosas con demasiada sencillez.

"Arap", el perro de Iwan Oshogow, apareció en el jardín y, lleno de sorpresa, miró a "Lobo", encogió el rabo y puso ojos atentos. Luego trotó por la terraza, describiendo un gran semicírculo, fingiendo que se iba despreocupado a dar un paseo, pero mirando oblicuamente con un ojo. Por fin se paró delante de la terraza, moviendo de un lado a otro su rabo peludo. Habló con "Lobo" en la lengua canina, se dió a conocer a él y olfateó amablemente al recién llegado. "Lobo" seguía apenado, pero no desabrido, y movía el rabo de un lado a otro, en señal de aproximación a su congénere. La tarde tomaba el oscuro colorido propio de las noches de julio. Liubow Pimenowna desapareció un momento en el cuarto de su madre.

—Ahora me voy.

Fedor Iwanowich se levantó de la escalera en que estaba sentado, se quedó en pie, pensativo, y entregó a Liubow Pimenowna la correa que sujetaba a "Lobo".

—Esta noche viene su padre, el profesor, a la construcción.

Liubow Pimenowna acompañó con el perro a Fedor hasta la entrada del jardín. La puerta rechinó y volvió a cerrarse. Desde el jardín gritó:

—¡Vuelva usted mañana, Fedor Iwanowich! ¡Sin falta!

. . . .

Volvió Fedor Iwanowich a la construcción y se dedicó a preparar la habitación que había de ocupar el profesor Pimen Sergueyewich Polétika; puso una vela en la mesilla, miró debajo de la cama si todo estaba dispuesto y puso una toalla limpia en el lavabo. Después, como todavía era pronto, se desnudó Fedor Iwanowich para dormir un rato en su despacho, hasta la llegada del profesor. De esta manera, sentado en su cama, con la camisa de dormir puesta, sujetando en la mano una punta de la colcha, fumó, tosió y escupió durante toda la noche, hasta que se hizo hora de ir a la estación a aguardar la llegada del tren. Cada hombre tiene su destino propio. Fedor Iwanowich procedía de una familia de obreros y en su adolescencia había jugado en las calles polvorientas de un arrabal poblado casi exclusivamente de trabajadores; se había movido por pasillos oscu-

ros y álamos tísicos, primero en la barraca en que vivía y más tarde en la escuela de la fábrica, impregnada de olor a greda y al aceite de engrasar las máquinas. Lo mismo que para Iwan Skudrin, la sirena de la fábrica era la cosa más remota que quedaba en sus recuerdos; pero su vida fue mucho más variada y más consciente de su responsabilidad que la del joven Oshogow Skudrin, por la sencilla razón de que empezó veinte años después. La puerta de la fábrica se cerró amenazadora sobre los días de la infancia, pasados en el arrabal obrero; pero los álamos sedientos crecieron otra vez en su existencia, porque bajo unos árboles semejantes oyó por vez primera Fedor, aún adolescente, las palabras Socialismo y Revolución una noche de mayo en que la savia brotaba en los árboles y los hombres y el tiempo maduraban para el amor. Sobre los hombros de Fedor cayó el destino de continuar, a lo largo de su propia vida, el trabajo de la revolución. Abandonó el joven Sadykow la vivienda de sus padres y se trasladó con otros jóvenes obreros al barrio de casas cooperativas para vivir acorde con ellos un régimen comunista prerrevolucionario. No había muchos jóvenes como él; pero sus compañeros tenían, por lo menos, el honor del trabajo y una ley de vida. Vino después la carrera ordinaria de un revolucionario: el destierro a Siberia, la guerra mundial, la revolución, la guerra civil, los estudios en la Escuela Técnica Superior, los trabajos de ingeniería, la reconstrucción, el comunismo. Todo esto era, a la vez, muy sencillo y muy complicado; era el ayer y la época del pasado; las discusiones en las vallas de la fábrica y las luchas homicidas en Perekop (1); las reuniones clandestinas de los jóvenes obreros en el bosque; el estudio en la Casa de la Cooperativa, en que se leía en alta voz a Plejanow y a Mehring, y la prisión en los calabozos, que marcaban las etapas del viaje a Siberia, todo esto había existido y tras ello se había esfumado la propia vida. ¿No estaba ahora muerta María, su mujer, la esposa a quien nunca había encontrado tiempo para decir cuánto la amaba, y a la que amaba, sin embargo; por la que había combatido durante todo un año de traición y engaño con el mejor amigo? El día en que llamó a su cuarto a Edgar y María

(1) El istmo de Perekop, acceso único a Crimea, en que fue definitivamente derrotado el general Wrangel el 8 de noviembre de 1920.

para terminar con la mentira, obró según la ley de su juventud, según los mandatos del honor, de la fraternidad y de la Comuna de su barrio cooperativo. Sabía que en la vida todo es sencillo, todo debe serlo, y que las gentes sencillas son siempre honradas en sus pensamientos y en sus negocios. La vida se compone de épocas; lo pasado parece datar de ayer; pero, de todos modos, se encuentra uno con treinta y siete años a la espalda; es un trozo de historia. Desde el trabajo enconado de la Universidad Obrera y de la Escuela Superior, las sienes se han vuelto blancas, el corazón no funciona ya del todo bien; pero no ha tenido uno una vida propia de familia y hogar, nunca, desde el tiempo de la casa cooperativa hasta el del despacho de ingeniero jefe que le sirve hoy de dormitorio. La vida pertenecía al trabajo, a la revolución, a los demás. En Perekop fué herido por última vez Fedor Iwanowich. De María sólo le quedaba "Lobo" y él lo había regalado a Liubow Pimenowna. Tampoco ésta tenía vida propia. Fedor Iwanowich comprendía perfectamente por qué no debía hablar de "Lobo" a Liubow Pimenowna; por qué lo hacía, sin embargo. Amaba a Liubow Pimenowna, pero ella no quería oir hablar de esto. Cada minuto de aquella noche, de aquellas horas de silencio y silbidos de excavadoras, intentaba Fedor Iwanowich echarse a dormir; pero seguía sentado en su cama, con una esquina de la colcha en la mano, sin cesar de toser, de fumar y de escupir, hasta que llegó la hora de dirigirse a la estación para recibir al profesor Polétika, padre de Liubow Pimenowna, cuyo padrastro, Laszlo, estaba en aquel mismo momento sentado a los pies del cadáver de María, mujer antes de Fedor. El viaje nocturno a la estación en la vagoneta automóvil hizo temblar sus miembros en un escalofrío. El tren llegó, escapándose de la niebla y tanteando su camino por los rieles, y sus reflectores danzaban como fuegos fatuos.

. . . .

Después de marcharse Fedor siguió Liubow Pimenowna mucho tiempo sentada en la escalera más baja de las que llevaban a la terraza, en la misma en que había estado él. Olga Alexandrowna salió de la casa y se sentó en la más alta. Madre e hija estuvieron sentadas sin hablar, en el silencio de la noche, hasta que el rocío humedeció sus vestidos.

La muerte de María había completado el dolor de Olga Alexandrowna y había convertido en suyo propio el destino de María. Liubow estaba sentada en su escalón, sencilla, clara, limpia, con "Lobo" a sus pies. Hay seres humanos que viven para hacer el bien y no lo saben. Todo ser humano aspira a la castidad y a la pureza; pero hay algunos cuya pureza está íntimamente trabada con toda la estructura de su vida, y Liubow Pimenowna era una de ellas. Su vida y el mundo de sus pensamientos estaban siempre limpios y claros, y lo único que para ella tenía importancia era atenuar el dolor de su madre. Había muerto un ser humano, una mujer de la que el hombre amado había llegado a hartarse, y por eso había que pensar ahora en la muerte, en el tiempo y en la limitación de los seres humanos. Liubow Pimenowna pensaba en Sadykow; sabía muy bien por qué no quería oír lo que le contaba de "Lobo" y por qué ella quería tanto al perro. En lo más profundo de su corazón estaba oculta la imagen de Yewgueni Yewguenìewich Poltorak, y ardía aún la palabra que le había dado para toda la vida. Y la muerte... No es bueno pensar en la muerte; es horrible pensar en la muerte de otra persona, porque ello equivale a pensar en la propia vida, en su porvenir, y el porvenir se lo había llevado Poltorak. Cuando se tienen pensamientos como éstos se siente uno solitario, lleno de compasión para sí mismo, para su propia vida y su propia soledad. Y Liubow Pimenowna pensaba en su madre, en María, en Sadykow; sabía que en Fedor Iwanowich se había despertado el amor por ella y procuraba apagar en sí el pensamiento de su amor. Pensaba en ella misma, en su juventud, en su soledad, en sus brazos, que hubiesen querido, como los de los demás seres humanos, abrazar el mundo entero, aquel mundo que ella había ofrecido a Poltorak y que éste rechazaba. Y entonces pensó Liubow Pimenowna que era preciso que ella estuviera de pie para poder ayudar. Después de media noche llevó Liubow Pimenowna a acostar a su madre, y luego estuvo mucho tiempo sentada al lado de "Lobo", acariciándolo y hablándole con ternura. Entre el perro y ella había un vínculo de amistad, que era "Arap". El proletario mendigo Iwan Oshogow se sentó en la terraza, cerca de ella, soñador y silencioso. Toda la noche estuvo la curruca sin cesar de cantar en el jardín para enlazar los hombres con la tierra. Liubow Pimenowna no se durmió hasta un poco antes de romper el alba. Volvió a

despertarse muy temprano, cuando el sol inundaba la tierra de luz matutina, en la que el hombre se siente amigo de la tierra que habita; se despertó para estar en pie, fuerte y presta a la ayuda, sin presentir ninguna de las amarguras que el nuevo día había de acumular sobre ella. A primera hora de la mañana antes de que se despertase su madre, se encaminó con "Lobo" al río, al Bosque del Campamento, donde estaban emplazadas las excavaciones, para estar sola y reunir todas sus fuerzas. Y no tuvo ningún pensamiento que le advirtiese de que aquella mañana era la del día de sus esponsales.

. . . .

Hasta media noche estuvo Edgar Iwanowich sentado, sin desnudarse, en su cuarto de estudio, porque hasta aquella hora no dejaron de venir gentes a despedirse de María. Alrededor de las doce quedó, por fin, la casa desierta y cerrada. Desde el atardecer estaba Dasha sentada en la cocina con un lápiz y unas cuartillas, pero a medianoche se fué también. Entonces Edgar Iwanowich pasó al cuarto de María. Sobre la mesa del comedor había un ataúd rojo, y en él yacía el cadáver, amortajado por manos extrañas. La luz eléctrica lucía chillona y molesta, y en el suelo, alrededor de la mesa, se distinguían huellas sucias de pisadas. Del clavo en que María se había ahorcado colgaban aún las puntas de la cuerda, que Dasha tuvo que cortar. Todos los objetos se destacaban a la luz violenta. Edgar Iwanowich la apagó y encendió velas, que fué colocando sobre la mesa, al lado del ataúd y en el tocador de María. Luego se sentó junto a la mesa, apoyó la cabeza en el borde del féretro y estuvo en esta actitud hasta que llegaron los hombres encargados de clavar la caja y llevarla al cementerio. Las dragas estuvieron toda la noche entonando su cántico de silbidos, golpeteos y bufidos, tragando sin cesar terrones y horadando el regazo de la tierra. La noche fué sombría, nublada y silenciosa, porque los hombres de los alojamientos de obreros acallaron en ella sus cánticos. Dasha se fué a dormir a una de las barracas de las mujeres. La luz de la mañana irrumpió de pronto, sin preocuparse de que las bujías estaban ardiendo aún. Estaba ya el sol en el cielo y las velas llameaban lentamente. Con el alba empezó otra vez la corriente de visitas. Edgar Iwanowich seguía sentado

junto al féretro y las gentes no se daban cuenta de que estaba, lo mismo que él no se había dado cuenta de la noche. Los ojos de Laszlo se abrieron, por primera vez, de regreso del espacio vacío, en el cementerio.

.. ..

Un cuarto de hora antes de que el grito de la sirena resonase, a una hora en que no había cambio de turno y las obreras dejasen sus carretillas, cuando Sadykow en una de las presas auxiliares que separaban el monolito del Oka, acabó de hablar con un técnico de la conveniencia de instalar un nuevo grupo de obreros, dijo el profesor Pimen Sergueyewich Polétika:

—Voy a explicarle a usted mis nuevas ideas, Fedor Iwanowich.

El profesor levantaba pensativo los ojos al cielo; estaban Sadykow y él de pie en una colina de tierra removida, como dos mariscales del trabajo, bien distintos del cuadro de Sierow que representa al zar Pedro contemplando la edificación de San Petersburgo. A sus pies trabajaban los hombres y las máquinas, organizando tierra, granito, hormigón y agua.

—Todo lo que hacemos aquí es nada en el fondo, si se compara con los que podemos y debemos hacer aún los ingenieros hidráulicos. Imagínese usted el globo terráqueo. Nada queda del continente de la Atlántida, porque el sol lo ha secado y la arena lo ha enterrado. En donde estuvo él se extiende hoy el desierto del Sáhara, todo fuego y arena. Asiria y Babilonia, la tierra de Mesopotamia comprendida entre el Eufrates y el Tigris, fué un tiempo un paraíso terrenal, un jardín floreciente; pero hoy no es sino un mar de arena y fuego. Arabia tuvo un tiempo en que produjo una ciencia elevada, una filosofía y una religión islamita, que se extendió y ha perdurado hasta hoy; pero ahora está cubierta también de arena y fuego y los beduinos arrastran su vida nómada en los mismos parajes en que florecieron jardines. Sigamos más adelante en la historia. En las tradiciones de los pueblos mongoles se encuentran recuerdos de que los tigres podían recorrer de extremo a extremo la Mongolia sin mancharse de polvo las uñas de las patas. Y la Mongolia hoy es otro mar de arena y fuego, y donde existieron los jardines de Buda se extiende hoy el desierto.

desde el Gobi hasta el mar de Aral. En los tiempos históricos hemos visto cómo Gengis-Kan extendió sus dominios desde este desierto sobre toda Asia, y Rusia y China fueron provincias de un mismo imperio. Los tártaros irrumpieron entre nosotros desde Mongolia, y de Mongolia han cruzado las tierras escitas innumerables pueblos que pasaron a sangre y fuego la Europa. Hasta ahora las ciencias no han hallado explicación satisfactoria de la causa de las grandes emigraciones, pero voy a dársela a usted. La última invasión de Europa fué la de los turcos. La primera, en el porvenir, será la de los rusos, si nosotros, los ingenieros hidráulicos, no nos oponemos a ella. Recuerde usted la época históricamente clarísima, de hace cuatro o cinco siglos, en que aún existía en el valle del Volga el poderoso imperio tártaro de la Horda Dorada. El sabio investigador árabe Ibn Suad describe la residencia del jan de la Horda Dorada, gran ciudad con canales, palacios y jardines, a la que afluía el comercio de China, India, Persia, Italia, España y Arabia, y en que tenían lugar grandes debates sobre ciencia y religión. Estuve una vez en el sitio en que esta ciudad se levantaba. En una acequia que el gran canal ha hecho inútil habita ahora un kalmuco con dos camellos. El viento arrastra allí la arena como la nieve en las ventiscas de nuestros inviernos. El desierto avanza para atacar a los hombres. En estos momentos ataca la Siberia occidental y la Rusia europea, y partiendo del mar Caspio, extiende hacia adelante la estepa arenosa comprendida entre el Aral y el Caspio. ¿Ha oído usted decir que el desierto está a las puertas de la cuenca del Don y que en la provincia de Donez escasea el agua? Sin que nos demos cuenta, el desierto avanza hacia Moscú, y la llamada zona de sequedad, avanzada del desierto, se extiende ya en zigzag de Nishni Nowgorod a Riasan, Orel, Kiew y aun la frontera rumana. ¿Qué han hecho siempre los hombres cuando el desierto les ha atacado? Han huído de él. La flor de la cultura arábiga, del Islam, montó a caballo; los corceles de los moros irrumpieron en España y los Selshukidas dominaron los Balkanes. Mongolia ha muerto lentamente y durante cinco siglos ha huído del desierto, unas veces por China, hasta llegar a Corea, y otras por Europa, hasta la frontera alemana. Estas son las emigraciones de los pueblos. Pero también ahora observamos emigraciones semejantes, y por eso digo que acaso también Rusia tendrá que marchar hacia el Oeste. Estamos

presenciando el origen de una gran emigración de la humanidad. El año 1891 reinó en la región del Volga el hambre, la llamada "gran escasez". Entonces el hambre arrancó del suelo en que habían nacido siete millones y medio de hombres y los diseminó por todo el país. El año 1921 el hambre empujó ya a treinta millones de personas, que huyeron por toda Rusia, y aun los alemanes del Volga, hasta las fronteras de su patria. Estos treinta millones de hombres se arrastraron por toda la tierra rusa, cayeron en parte en el canibalismo o fueron muriendo por los caminos; pero con ellos se perdieron sus ricos ajuares, porque la región del Volga era opulenta. Yo calculo que, en caso de una nueva hambre, quizá el año 1950, no serán ya treinta, sino setenta millones de hombres los que se verán obligados a huir si no ponemos remedio. Ningún Atila ni Tamerlán ha tenido a sus órdenes una masa de setenta millones de hombres. Estos setenta millones de hambrientos, con sus carros, caerán sobre Europa más exasperados que los hunos. ¿Se imagina usted esto? Hambrientos que se acometerán los unos a los otros en cuanto se encuentren con un cuchillo en la mano. En comparación con esto palidece toda la guerra europea. Me basta con el año veintiuno...

Pimen Sergueyewich calló y miró al cielo con las cejas contraídas, como si el sol que en él brillaba fuese el enemigo, y Sadykow enmudeció también. A su alrededor, en las praderas, se agitaban millares de manos constructoras. La flota de excavadoras y bombas formaban un frente de batalla y arrojaban la tierra detrás de sí como una estela, que las mujeres de las carretillas iban recogiendo. Las mujeres dejaban las cargas de tierra en los camiones del ferrocarril de campaña. Las excavadoras mugían sobre todo el paisaje.

—Yo sé el modo de detener el ataque del desierto—dijo Pimen Sergueyewich—. El desierto avanza porque...

En aquel momento sonó la sirena entre dos cambios de turno. Como a una voz de mando, dejaron las mujeres sus carretillas y se pusieron en filas. A kilómetros de distancia, en las presas auxiliares, se formaban idénticas columnas de colores.

—¿Qué pasa?—exclamó el profesor Polétika.

—No lo sé yo tampoco—respondió estupefacto Sadykow.

Las mujeres se dirigían a la ciudad, marchando con ra-

pidez, silenciosas y decididas. Brillaba el sol sobre los prados y en el cielo se rizaban nubecillas blancas. El sol de julio daba resplandor a todos los colores y hacía refulgir a la superficie de la tierra todo el ardor del día. En el momento mismo en que aullaba la sirena, salieron de casa de Laszlo unos hombres llevando el ataúd de María, y de todas partes de la obra afluían, alrededor de éste, columnas de mujeres. Durante la noche que precedió a este día, nadie durmió en las barracas de las mujeres, nadie hubiera logrado dar un mismo contenido a todas las palabras que en esta noche pasaron de oído en oído en las camas de campaña, y, sin embargo, de todas las frases se produjo un sentimiento unánime: el de que el ingeniero Laszlo no sólo había matado a su mujer, al amor de todo el mundo, a un ser humano, sino también el honor de toda la Humanidad. La muerte de María se convirtió en símbolo del destino de todas las mujeres. Aquella noche, en las tinieblas de las barracas de dormir, en el ahogo de la oscuridad sofocante que se produjo al apagar la luz eléctrica, en el pensamiento del verdugo, que es la muerte, que siembra en sus huellas viudas y huérfanas, se podía oír siempre de nuevo en las duras yacijas las palabras: "¿Sabéis lo que ha pasado, chicas"?, "¿Sabéis lo que ha pasado, mujeres?" "Se ha matado. ¡Matado con sus propias manos!" De setenta y un almas de mujer se derramó en nombre de la Humanidad un sufrimiento único. Pero en aquella corriente se formaron bien pronto conceptos sólidos, según las leyes que el ingeniero Laszlo había descubierto en sus estudios sobre la transformación del obrero de temporada en verdadero proletario, y las palabras zumbaron como enjambres de abejas toda la noche sin sueño.

—¿Hemos hecho una revolución, o no?

—¿A quién se le van a exigir responsabilidades? ¿A los cavadores que violaron a la muchacha, sí, y al ingeniero Laszlo, no?

—¡Ciudadanas! ¿Qué suele pasar entre nosotras? Primero se hace de miel un jefe, y durante el trabajo la mira a una por entre los dedos; pero después nos encontramos con un niño en la barriga, y entonces nos dejan sentadas. La revolución nos ha dado todos los derechos y nos ha enseñado lo que debemos hacer. Preparemos un acompañamiento al cadáver, tan grande, que este Laszlo tenga que

recordar toda la vida su bajeza. ¡El mismo ha de desear encontrarse en el ataúd!

Setenta y un destinos de mujer, fundidos en uno solo, daban voces de protesta y reclamaban la huelga para la mañana siguiente.

Laszlo marchaba detrás del ataúd. No veía el sol ni el féretro, pero sentía a su espalda las mujeres, que se unían en filas cada vez más espesas al fúnebre cortejo. Dasha, colérica y llena de desprecio, iba en la primera fila con el pañuelo rojo en la mano; no había tenido desde la víspera un solo momento libre para volvérselo a anudar a la cabeza. Las mujeres marchaban—esta sensación penetraba a Laszlo por la espalda en todos los nervios—en un ritmo pesado y sordo. Al levantarse de las praderas y soplar hacia la ciudad, el viento llevaba consigo el olor de tierra, de sudor y de la manteca rancia que las mujeres se daban en el pelo. Este olor pesaba como si fuera de plomo sobre los pulmones. Las caras brillaban al sol con un rojo cobrizo y las blusas baratas de algodón resplandecían chillonas en todos verdes de hierba, azul de ultramar y cinabrio. Los pies desnudos hollaban sordamente el suelo. Edgar Iwanowich iba delante, muy pegado al ataúd, de levita negra y sombrero de anchas alas del mismo color. Las columnas de mujeres se espesaban sin cesar y el gentío rebosaba en las calles.

Con los ojos muy abiertos se situó Edgar Iwanowich en el cementerio al lado de la tumba. Rodó la primera paletada de tierra entre el silencio de los árboles y de la muchedumbre, y golpeó la tapa del féretro. María está ahí abajo; María, que no ha de volver jamás y que acaba de casarse con la nada. Edgar Iwanowich veía a su alrededor cien caras, todas de cobre o de piedra. Le parecía como si todos aquellos rostros le contemplasen con lascivia y pensó que la voluptuosidad no sólo va asociada con la reproducción, sino también con la muerte; pero este pensamiento se le fué de la memoria inmediatamente. ¿Para qué estaban todas estas mujeres alrededor de la sepultura? ¿Querían meterle bajo tierra, juntamente con María? Tenía la sensación de encontrarse ya en la tumba.

De pronto recibió un golpe en el pecho y vió a Dasha ante él. Al principio no la reconoció del todo, porque tenía la cara espantosamente descompuesta; entonces comprendió que su idea de que le miraban las mujeres con deseo era

falsa. La cara de Dasha, como la de todas las demás mujeres, sólo expresaba el odio y el desprecio.

—¡Metedlo en la tumba también, para que se lo lleve el diablo!—gritó Dasha golpeando otra vez en el pecho a Edgar Iwanowich—. ¡O no! ¡Ya acabaremos contigo sin necesidad de sepultura! ¡Mujeres! ¡Muchachas! ¿Qué ha pasado aquí? ¡El la ha matado! ¿Y saldrá del atolladero limpio y seco? ¿Podemos creer esto nosotras, las mujeres?

Y Dasha rompió en lágrimas, como si hubiese olvidado por completo a Laszlo.

Las mujeres lanzaron un grito espantoso y se apiñaron en la sepultura. Sus caras habían perdido los matices de piedra y de cobre y habían vuelto a hacerse humanas. Los enterradores llenaban apresuradamente la fosa y lanzaban al mismo tiempo miradas temerosas a la muchedumbre. María había sido olvidada y Dasha dominaba sus lágrimas.

—¡Compañeras!—gritó con voz cortada y agitando el pañuelo—. ¡Compañeras! ¡Mujeres! ¡Somos proletarias organizadas! ¡Podrán absolverle los Tribunales, pero nosotras las mujeres tenemos que defender nuestra propia vida y le declaramos culpable! ¡Nosotras mismas juzgaremos...!

Una mujer más vieja interrumpió a Dasha. Laszlo no la conocía y únicamente recordaba haberla visto en las sesiones de la Célula del partido. Llevaba la anciana una blusa azul y un delantal de tela de saco, y sus enormes pies se hundían en unos zapatos de corteza de árbol. Era una mujer rusa, a quien el duro trabajo había consumido cuarenta años de vida, escrito profundas arrugas en el libro de cuentas de su cara y teñido de gris la piel. Tragándose las lágrimas, dijo tranquilamente la vieja:

—¡Compañeras, mujeres! Somos gentes trabajadoras y comunistas, y él es comunista también. Pero no necesitamos para nada miembros del partido de esta especie. Boicotearemos en su persona la lujuria y al mismo tiempo protestaremos de nuestro destino. Era un camarada responsable, y por su culpa se ha ahorcado una persona. Los cavadores han sido llevados ante los tribunales y no lo meteremos a él en la sepultura, pero nosotras obraremos en defensa de la revolución y de nosotras mismas. Juzguémosle en forma, como prometimos anoche. El habrá de responder ante nuestra organización. Hemos prometido que le enseñaremos que somos compañeras conscientes y...

Uno de los enteradores cogió a Laszlo del brazo, se in-

clinó hacia su cara hasta que se percibió el olor a mal aguardiente de su aliento y le murmuró con tosca familiaridad:

—Ahora, lárgate de aquí, señor; te lo aconsejo. Evapórate pronto, porque si no te va a ir mal. ¡Por aquí, por la puerta trasera! ¡Vete, mientras las mujeres siguen charlando!

Edgar Iwanowich levantó la cabeza atónito. ¿Dónde estaba? Estas mujeres que le rodeaban le parecían más terribles que la muerta María. Hubiera sido menos espantoso para él estar en la tumba, al lado de María. El sol brillaba aguadamente y se apelotonaba un vapor denso, anunciador de lluvia. Los árboles del cementerio se erguían ante él como testigos silenciosos. Muchas veces había Edgar ido al cementerio en su infancia para leer en secreto o para meditar en su porvenir. En este momento toda su vida anterior se le presentaba como si la tuviera extendida en la palma de la mano.

El entierro se convertía en una asamblea popular. En la medida en que le era posible discurrir lógicamente, percibió Edgar Iwanowich aquella reunión como una fiesta funeraria, como una manifestación de instintos y sentimientos y no de ideas organizadas. Pero no; no era esto... Una, dos, setenta mujeres, y una, mil faldas, blusas, pañuelos de la cabeza, pies, senos, vientres, ojos, pómulos, sudor de sobacos que olía a lacre. Ante él se levantaba una tribuna gigantesca. Mujeres, no como mujeres, sino como principios, orígenes de vida, que pueden cubrir el sol y el mundo... María... María... A lo que huele es a la manteca rancia del pelo de estas mujeres... El pelo de Lissa olía como un polluelo en incubación...

—... ¡Compañeras! ¡Mujeres! Vamos a proponeros una resolución: la de que nos neguemos para siempre a trabajar con el ingeniero Laszlo...

—¡Márchate de aquí cuanto antes, señor!

Los árboles del cementerio desaparecieron en el cielo azul, cuyos bordes iban cubriéndose de nubes, y tras ellos se levantó la cruz de la capilla. No, no había deseo en las caras de las mujeres. Era el sentimiento colectivo de odio, la indignación de la masa por sí misma y por el destino común de las mujeres.

—¡Edgar Iwanowich! ¡Edgar Iwanowich! Escuche usted para terminar.

Laszlo no vió quién le hablaba y sólo percibió en las mejillas un aliento cargado de cebolla y aguardiente.

—¡Es peligroso! He pedido policía montada a la ciudad.

Laszlo levantó los ojos. Tenía delante a Griboiedow, el guardián de museos, aterrado, descompuesto, bañado en sudor.

—Le lincharán a usted estas mujeres. ¡Huya!

—Corra todo lo que pueda—asentía el enterrador.

Y Edgar Iwanowich se deslizó, como un ladrón, de la tumba de María, sin darle su despedida postrera. Como un ladrón se apretaba entre el enterrador y el guardián del museo, compañero de orgías del Cristo de madera. Por encima de las tumbas se dirigieron corriendo hasta el coche que había traído el féretro de María. El caballo mordisqueaba pacíficamente las hierbas del suelo. La masa de las mujeres parecía una úlcera gigantesca y brillante extendida sobre el cementerio. Edgar Iwanowich no se dió cuenta de cómo corrió por encima de las tumbas, con Griboiedow, aleteando la esclavina de este último como las alas de un murciélago espantado. En la carrera, Laszlo tropezó y cayó un momento.

Así presenció el entierro de María, Edgar Iwanowich. El corresponsal en Kolomna de la "Komsomolskaia Prawda", que asistió al sepelio, envió a su periódico (1) el siguiente telegrama:

"... La repentina huelga de las obreras de la construcción del monolito está relacionada con el entierro de la esposa del ingeniero Laszlo. Esta protesta colectiva del elemento femenino obrero representa un signo del despertar de la conciencia de clase. Pero además de la muerte de la señora de Laszlo, han contribuido otros sucesos anteriores a despertar la indignación de las mujeres, como, por ejemplo, la violación de una muchacha por tres individuos de vida airada, condenados ya por los Tribunales, y las persecuciones de que los técnicos y jefes de grupo hacen objeto con frecuencia a las obreras. A esto han de sumarse también las relaciones de los ingenieros con las empleadas y algunos casos de favoritismo que han beneficiado a las muchachas que se prestan a sostener relaciones sexuales. Casos de éstos han sido observados tanto en el trabajo co-

---

(1) La Komsomolskaia Prawda" de Moscú, es el órgano central de las Uniones Comunistas de Jóvenes en toda Rusia.

mo en la administración. Esta huelga de protesta de las mujeres está, pues..."

. . . .

La casa estaba desierta y cerrada. Nadie entraba en ella. En la casa reinaba un silencio sordo, que parecía engendrar moho. El cuarto de trabajo estaba sumido en tinieblas, y Edgar Iwanowich no sabía qué hora era. No podía ver los libros colocados en los estantes, pero tenía la misma sensación que si los estuviera viendo, y ellos le miraban abriendo la boca para enseñar sus colmillos dorados. Cada libro reemplaza una verdadera vida humana, es la lucha de un pensamiento. Los libros son las cámaras mortuorias en que la verdadera vida, los pensamientos y las pasiones humanas perduran ya cuajadas en formas rígidas. Lo inconsciente vela la bóveda del cráneo lo mismo que en los coches-camas una pantalla verde opaca se corre en torno al hemisferio de la lámpara. Sólo quedaba para la conciencia una pequeña hendidura. En la oscuridad de lo subconsciente había tibieza, silencio y blandura. Cada hombre despierta en otro el sentimiento que es exclusivo de éste. En lo subconsciente sólo quedaba del entierro la sensación de Lissa y el olor de sus cabellos. Hay dos vidas: una dentro de la pantalla verde y otra la de los pensamientos que se deslizan como ratones por las grietas. A pesar de la voluntad, se escurren los ratones, y entonces el pensamiento vuelve a empezar su marcha tortuosa. Con la rapidez de un relámpago penetra el pensamiento en la memoria, tanto en una como en otra de sus partes, que se reúnen y vuelven a la conciencia; en el mismo momento la visión les acopla una imagen traída de la más remota zona de las sensaciones, la de los hombros de Olga, su primera mujer, cuando estaba a su lado en el lecho conyugal, y al mismo tiempo la escena de la guerra civil, en el frente, cuando Olga Alexandrowna, con sus propias manos, se arrancó el trozo de granada que le había rasgado el hombro. En la oscuridad de lo inconsciente había tibieza, quietud, dulzura. El hombre hubiera querido refugiarse en lo inconsciente. Edgar Iwanowich podía ver materialmente con los ojos cerrados Vió cómo María entraba en la habitación, cómo se detenía en el umbral de la puerta y luego seguía hacia la pared cubierta de libros. No sucedía esto sensiblemente. María no

abrió los ojos, que continuaban cerrados como en el ataúd, fué contrayéndose y, por fin, se convirtió en un libro que vaciló un momento en el aire y luego fué a detenerse en un estante, al lado del "Cándido", de Voltaire. El libro inmediato a "Cándido" era una obra de Kandiba, el hidrólogo ruso. La cámara oscura, que era el libro de Kandiba, proyectaba en el techo de la habitación las leyes del curso de los ríos, y por las paredes fluían, sujetas a estas leyes, corrientes de agua. Aconteció algo inverosímil. El río invisible arrastró la habitación, y la llevó a dar a la sala de Andrés (1), en el Kremlin de Moscú. "¡Edgar Iwanowich Laszlo no es ya comunista!" Allí estaba María, convertida en libro, y Fedor Iwanowich, con sus anchos hombros, se acercó a la estantería, tomó el libro en que María se había convertido, lo abrió y lo hojeó, y después de besar la encuadernación, volvió a ponerlo torpemente en su sitio. El libro se cayó, y Fedor Iwanowich volvió a levantarlo y ponerlo en su sitio; pero el libro se cayó de nuevo. Aquella escena hormigueaba desde lo subconsciente, unas veces como pensamiento y otras como impresión óptica. La subconsciencia, todo el cerebro, todo el cuerpo, sentían una pesadez, un ahogo, una debilidad y un estado de sensibilidad dolorida inverosímiles. Con un vigoroso empujón, la conciencia corrió la pantalla del cerebro. El trabajo en el monolito estaba terminado; el nuevo río, la batalla del socialismo, se hacía realidad. Las aguas de riachuelos que pasaban por cientos de aldeas y caseríos rusos chocaban contra miles de presas y diques. El ala derecha del monolito tenía profundas raíces. El ferrocarril de campaña de la fábrica de hormigón de Shchurow hacía rodar sobre la columna vertebral del monolito las mil últimas toneladas. El monolito se adentraba ya en las últimas capas del terreno que dejaban paso a la construcción, hechas pedazos por el aire líquido. Se habían ya retirado las presas auxiliares cegadas, y atacaba el agua. La estacada estaba cubierta de una delgada capa de hormigón. Los terraplenes que limitaban el lecho del nuevo río, que tenía la extensión de un lago y estaba revestido de fajinas, alcanzaban hasta Bronnizi, a cien kilómetros de distancia. En aquel instante sonó el teléfono. En todo el día no ha-

(1) La llamada Sala de Andrés en el Gran Palacio del Kremlin, en que tenía lugar la coronación de os zares. Hoy día sala de sesiones de las autoridades de los Soviets y del partido.

bían cesado de sonar los teléfonos en la obra. Al anochecer había estado el ingeniero Laszlo en la central, pálido, con un cuello duro, sombrero blando negro y abrigo, y una cartera de documentos bajo el brazo. Acababa de volver del entierro y sus ojos anunciaban su voluntad de obrar. Aunque habían terminado las obras de servicio, el personal de la oficina estaba todavía en su puesto. Todas las oficinas de las fábricas y trabajos de construcción eran amplias, claras y llenas de una gravedad inquebrantable y recordaban siempre un poco el oscilar de la guadaña de la muerte al fin de toda vida, porque el ruido de las bolitas del cuadro de calcular (1) tiene algo de chocar de huesos, y lo que sucede en tales despachos suelen ser, no cosas, sino ideas de cosas. Laszlo entró en el despacho del ingeniero jefe con la voluntad encerrada en el puño, y detrás de él invadieron la habitación unas docenas de mujeres, que se mantuvieron tranquilas y serenas, aplastando con los vivos colores de sus faldas y sus pañuelos de la cabeza la gravedad pedantesca del majestuoso despacho. La primera de ellas deslizó en silencio una hoja de papel sobre la barrera que separaba a los visitantes. Era la resolución de las mujeres en el cementerio, que el ingeniero jefe Sadykow había ya aceptado. En ella se hacía constar que las obreras declaraban el "boycott" al ingeniero Laszlo. Laszlo estaba de pie, junto a Sadykow, cuando éste leyó en voz alta la resolución.

—Hemos chocado, pues, Édgar, y tenemos que vaciar el vaso hasta el fondo. ¿Te acuerdas de la barca sumergida junto a Saratow, de que te he hablado tantas veces?

Sadykow había dicho esto tranquila y fríamente.

—No hablemos más de la resolución y vamos a seguir tratando de los asuntos corrientes.

Las mujeres salieron en silencio del despacho.

—Noche, vacío el dormitorio, nadie en la casa, no se mueve nada.

—Hay que arreglar los libros, decididamente. Es verdad que María era lo mismo que un libro.

Silencio. Nadie, nada en la habitación. La casa está cerrada por todas partes. El círculo se ha hecho más estrecho. Siglos antes, los magyares, antepasados de Laszlo, ha-

---

(1) El tablero de calcular, inevitable en toda oficina rusa, y sin el cual no conseguiría el cajero más experto realizar la suma más insignificante.

bian partido del Volga, que entonces se llamaba el Ra. Laszlo había vuelto para excavar en las fuentes del río y encontraba aquí su ruina. Edgar Iwanowich se levantó del sofá y salió de la casa, porque las paredes se le hacían demasiado estrechas. Se le había olvidado el sombrero. A la izquierda, en dirección a Shchurow, corría la cadena de luces del monolito, y detrás ardían los faroles del canal de desagüe. Las hogueras de la construcción se elevaban al cielo negro, y por entre las nubes bajas y el cielo, vertía una lluvia fina y ya enteramente otoñal. El viento surcaba las praderas. Laszlo dejó abierta su casa y tomó el camino más distante de las luces y las estrellas, por miedo a encontrarse gente. Entre las tinieblas y la lluvia vagó al azar por las praderas. La medianoche acampaba ya sobre la tierra y de la oscuridad brotó una voz:

—¿Eres tú otra vez?

Delante de Edgar Iwanowich surgió del suelo el ingeniero Poltorak. A ninguno de los dos les sorprendió este encuentro, y Poltorak volvió a tenderse en la hierba mojada. Laszlo se echó junto a él. En aquel momento empezaba a caer con más fuerza la lluvia. Los ingenieros fumaron sin hablar, hasta que Laszlo rompió el silencio:

—Yewguen! Yewgueniewich, hemos tenido noticias de que es usted un traidor.

—Es posible que tenga usted razón—respondió Poltorak con indiferencia—. Puede ser también que esta noche hagamos saltar por los aires al monolito.

Los dos siguieron fumando sus cigarros en silencio.

. . . .

—¡Alrededor de la una de la noche!—había dicho el mayor de los Besdietow.

—¡A la una!—había respondido Skudrin.

—Sí. A la una.

Y ya en esta noche de su perdición todo había sido para Poltorak un confuso sueño. Jacob Karpowich Skudrin estaba ante la fragata del alcohol, apoyado en los hombros de los hermanos Besdietow, chocheando, empeñado en afirmar que para los pillos existe el derecho a matar y que no todos los hombres viles podían ser imbéciles. Y Poltorak veía, veía claramente aquella última noche de su vida, que la muerte puede llegar también sin heridas sangrientas, de

igual modo que puede haber construcciones que no estén fundadas en sangre. Separóse Poltorak de Skudrin con un cerebro seco, en el que sólo quedaban adheridas las palabras "la una" y "el puente flotante", en que persistía el brillo plomizo de los ojos de los Besdietow, tan pesados como los del inglés Sherwood. Los ojos estaban fijos en él desde el vacío de las praderas, y le miraban, muy abiertos, plomizos y sin simpatía, en la columna de fuego que se levantaba al cielo, en los gritos, el pánico y el agua que brotaba. Poltorak iba acompañado del recuerdo de sus tres amadas: Wera, Nadeshda, Liubow—Fe, Esperanza, Caridad—, hijas de la Sabiduría, Sofía. ¡Qué místicamente armonizaba la trinidad de los nombres amados de doncellas con el de su mujer! Erró por la ladera del Kremlin, delante de la torre de Marina, en la que aullaban los buhos. A la una de la noche debía estar en su puesto. Todas las cosas fluctuaban en un sueño confuso. El día naciente estaba tan lejano como los años de la infancia. ¿No había él llorado porque en "La guerra y la paz", de Tolstoi, Anatol Kurakin besa a la joven Natasha?

¡Fe, Esperanza, Caridad!—Wera, Nadeshda, Liubow—. Delante de él ardían las luces de la construcción. Poltorak huyó de ellas y vagó por las praderas en tinieblas, que pocos días más tarde debían quedar cubiertas por las aguas. Las aves acuáticas gritaban a través de la noche. La lluvia caía más fuerte. Wera, Nadeshda, Liubow—¡hijas de la sabiduría!—. ¡Qué absurdo sueño! Así sueñan los imbéciles que es preciso matar. Todo se basa en sangre. No, también puede hacerse sin sangre. Wera murió en su cama, de una enfermedad. Nadeshda se cree todo permitido y oscila entre la amazona y la prostituta. Liubow ha venido para decirle que le deja para siempre. No saben los lobos, en el cerco del ojeo, que por toda la selva, en la media luz del crepúsculo, detrás de los árboles y de las telas rojas, acechaban los cazadores para matar. No viene la muerte de los chillones ojeadores, sino de los cazadores silenciosos. Los ojeadores gritan, rugen, se embravecen como poseídos, y la vida, la vida dada por la Naturaleza, acaba al otro lado de los trapos. ¡Wera! ¡Nadeshda! ¡Liubow! ¡Rusia! Caía la lluvia, el viento soplaba sobre las praderas y la oscuridad devoraba el espacio. Poltorak corría a través de los prados, y delante de él el resplandor inquieto de las luces de la construcción golpeteaban, silbaban, aullaban y gemían las excavadoras

al resplandor inquieto de las luces de la construcción. Poltorak retrocedió, aterrado y vacilante, entre los faroles, se dejó caer al suelo y asió con las dos manos la tierra fangosa. Sobre su cabeza aullaban las voces de ojeo de las dragas, que zumbaban como los remolques del tranvía de Moscú. En su memoria brillaba deslumbrante el rótulo en cartón que suele colgar dentro de los tranvías: "¡Ciudadanos, pagad vuestro billete sin necesidad de que os lo pida el revisor! ¡Las negligencias se castigan con multas!" En cuanto le era posible pensar, Poltorak se sentía ruso, patriota. ¿Era él el mismo hombre a quien el plomizo Sherwood metía en la mano libras inglesas para hacer saltar por los aires el dique, obra de obreros rusos? La Asamblea de Producción de los obreros del monolito se destacó de su memoria. "¡Ciudadanos! ¡Llevad vuestro dinero a la Caja de Ahorro en vez de a la taberna!" "¡Pagad vuestro billete; la negligencia está penada con multa!" Delante de los ojos de Poltorak se pegaban unos encima de otros cientos de carteles que se deslizaban entre él y su vieja Rusia. "¡Guardaos de la bebida!" "¡Sentaos sin necesidad de requerimiento!" "¡El saludo dándose las manos no sirve para nada!" "¡Cuidado con los rateros!" "¡Ciudadanos, cuidad al pagar multas de que el miembro de la milicia os entregue un recibo que coincida con el talonario que queda en su cuaderno de servicio!" Eran carteles altamente morales, de los que la moralidad rezumba en las calles como la sal en una salmuera inmóvil. Poltorak vió ante sus ojos una mano vendada con gasa, y en la atadura había un precinto; era un vendaje de comprobación de los que los médicos de la fábrica empleaban para evitar que los obreros se descubriesen las heridas en sus casas y se las enconaran. El vendaje de comprobación se deslizó sobre los ojos de Poltorak; en todo hombre hay una parte de embustero, y no debe uno fiarse de nadie en el camino, porque el solo hecho de vivir hace ya sospechoso a un hombre. La muerte espera fuera; Poltorak era el lobo en la cacería. Se levantó de un salto y echó a correr en las tinieblas; a su espalda ardían las hogueras de la construcción. Allí estaba Rusia, el país que seguía luchando en una guerra sin efusión de sangre. En el delirio de Poltorak, las imágenes de hombres, ciudades, fábricas y obras en construcción se confundían unas con otras; Rusia continuaba en su lucha por el socialismo, siempre hacia su destino, sin cejar un momento. Los hombres se dejaban caer rendidos

de fatiga, se levantaban de nuevo y seguían andando. Las ciudades marchaban en las armaduras de sus carteles rojos. Todo estaba en movimiento y ya no quedaba nada parado. Marchaban hasta los bosques y las aldeas, y con ellas hombres, casas, árboles, piedras, agua y tierra. Rusia caminaba en su gris envoltura de acero, ejércitos de "sin pantalones" conducidos por consignas y carteles. Cuerpo de ejército de los sindicatos, infantería de las autoridades del Estado y baterías y tanques del partido comunista marchaban en orden de fábrica. Probablemente avanzaba sobre la tierra una fábrica gigantesca, ejército de trabajadores de Rusia forjado, fundido, manejado y dirigido por las organizaciones del partido, del Estado, de los sindicatos, de los círculos y distritos, de las aldeas y ciudades, de los obreros y aldeanos, de la intelectualidad del Comisariado del Pueblo y de otras innumerables instituciones que sistematizan los hombres y el trabajo y se subordinan y enlazan unas con otras. Poltorak tenía fiebre. Aquella campaña era el entierro de María, y al mismo tiempo, el Consejo de Producción de los obreros del monolito. Hombres, ciudades y aldeas marchaban hacia la construcción, la atravesaban y retrocedían, porque el emplazamiento del monolito era el campo de batalla del socialismo. ¡Y él debía hacer saltar el monolito! Poltorak huyó a través de las praderas. Pero en el mar de los hombres se veía a sí mismo caminnado en las filas de los otros, con las ciudades, las fábricas y las aldeas. Siguió corriendo hasta que tropezó en un foso y volvió a caerse. La tierra fangosa, resbaladiza, húmeda de lluvia, se abría ante sus pasos y de la tiniebla surgió un hombre que se dirigía hacia él. Era el mendigo proletario Iwan Oshogow. Detrás de él, en la oscuridad, bailaban las luces de la construcción.

—¿Qué haces tú corriendo por los prados?—gritó el vagabundo.

—¿Quién está ahí?

—Yo, Iwan Oshogow.

—¿Dónde estamos?

—En la cantera de la fábrica de ladrillos.

El proletario-mendigo Iwan Oshogow vacilaba en el delirio de la embriaguez y podía sostenerse a duras penas sobre sus piernas. Tenía los brazos muy apretados contra el cuerpo y tiritaba como un perro helado.

—¿Qué haces tú aquí—preguntó Poltorak.

—¡Vigilarte! Yo sé que mi hermano Jaschka y tú queréis volar el monolito. Y sé por qué mi hermano Jaschka trae a pacer aquí sus vacas todas las noches.

—¡Mientes, idiota!

—No miento.

Callaron los dos.

—¿Has llegado ya? ¿Te ha movido?—preguntó Oshogow.

—¿Qué?

—Tu conciencia. ¿Te ha movido ella?—insistió el mendigo. De repente, con una voz terrible gritó:—¡Llora!

En el delirio de la fiebre, el proletario mendigo y el ingeniero se miraron cara a cara. Iwan Oshogow, con todo su cuerpo tembloroso, habló entonces de su comunidad, compuesta de camaradas semejantes a él, del pasado, cuando él era presidente del primer Soviet de Kolomna durante la revolución, de los años maravillosos, justos y preñados de tempestades desde 1917 a 1921, desaparecidos ya, de cómo él, Iwan Oshogow, había sido expulsado porque ya no podía participar en el triunfo de la revolución y se dedicaba desde entonces a vagar por Kolomna, excitando a llorar a la gente. Y otra vez habló de la igualdad y fraternidad que reinaba en ella, y afirmó que el comunismo significaba la renuncia a toda propiedad y que el verdadero comunista había de ser ante todo digno de confianza, abnegado y útil a los demás. Predicó sobre las venas desiertas de piedra, sobre las lastras que asomaban ligeramente en la tierra y ante las tapias llenas de agujeros de la tejería. Las fábricas de ladrillos, rodeadas de montones de arcilla removida, parecen lugares de misterio y destrucción. Iwan Oshogow trepó a un montón de tierra, y detrás de la cerca agujereada las luces de la obra dieron en su cara y la hicieron resplandecer en su locura. Poltorak sabía que Oshogow había sido efectivamente el primer presidente del Soviet de Kolomna y que había perdido la razón el año 22, cuando la corriente del comunismo guerrero tuvo que cambiar de dirección. Los mendigos y los vagabundos, los idiotas y los inválidos, profetas, adivinos, semilocos, santones y rezadores se habían reunido alrededor de Iwan Oshogow, rizos de la cabeza de la santa madre Rusia, como solía decir Jacob Karpowich Skudrin, resíduos para siempre embrutecidos y extraviados en la idiotez, en nombre de Cristo de la santa Rusia. Jacob Karpowich los exaltaba como honor de la vida, hermandad

de Cristo y gentes que oraban por la salvación del mundo. Delante de Poltorak estaba un mendigo, un anormal y pobre Lázaro de la Rusia soviética por amor de la justicia, uno que oraba por el comunismo, una conciencia de Kolomna. Iwan Oshogow vagaba por entre la burguesía de Kolomna, detenía en la calle a conocidos y desconocidos y les exhortaba a llorar. Pronunciaba ardientes discursos sobre el comunismo, de su boca fluían palabras de locura y sus prédicaciones hacían llorar a muchos en pleno mercado. Entraba y salía a su voluntad en las oficinas, y en la ciudad corría la voz de que muchas personalidades de los Soviets de Kolomna se frotaban los ojos con cebolla para atraer el favor y el respeto de la burguesía sobre la simpatía que de este modo demostraban por Iwan Oshogow y sus proletarios vagabundos. Los filisteos de Kolomna veneraban a Oshogow de la misma manera que se ha venerado en Rusia, en cuanto alcanza la memoria de los hombres, a los individuos anormales, porque la verdad se manifiesta por su boca y están siempre dispuestos a ir a la muerte por amor a la verdad. Iwan bebía; el aguardiente consumía su cuerpo. Y aquella noche en que se encontró con Poltorak estaba embriagado de la hermandad de su comunismo de caverna, poseedor de la amistad y la igualdad verdaderas. Estaba de pie en el montículo, iluminado por las llamas oscilantes, con la cabeza muy levantada y los ojos brillantes de locura.

—¡Llora!—gritó Iwan.

Poltorak no le comprendió y siguió el delirio de sus propios pensamientos.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Llora! ¡Llora, ingeniero! ¡Ahora mismo! ¡En seguida! No creas que yo voy a contemplar tranquilamente cómo asesinas a la revolución. ¡Llora!

—¡Ay!—dijo Poltorak—. No vale la pena. Es demasiado tarde ya.

—¿Cómo? ¿Demasiado tarde? ¡Entonces vete al diablo! ¡Apártate de mi vista, porque si no voy a matarte!

—¿Qué estás gritando ahí?

—¡Vete, si amas tu propia vida, porque si no te voy a matar!

Iwan descendió del montículo y golpeó a Poltorak en el pecho.

—¡Fuera! ¡Fuera de mi fábrica!

Poltorak vaciló y cayó al suelo. El vagabundo le asestó

un puntapié. Poltorak, a toda prisa, se retiró a un lado. Sobre la tierra negra fluía la lluvia desde el cielo. Ante los ojos febriles de Poltorak avanzaron las columnas de la férrea Rusia, gris sobre gris. Alrededor de su frente se fijó un vendaje de comprobación precintado. Las luces de la obra brillaban siniestras y las excavadoras tenían un bufido maligno. Arañó con las manos la tierra húmeda y las hierbas le pincharon en la cara. El deseo de detener el tiempo llenó su cerebro y pareció a punto de hacerlo estallar.

Se acercaron unos pasos y entonces levantó la cabeza del suelo:

—¿Eres tú otra vez?

El ingeniero Laszlo vino precisamente a tropezar con Poltorak.

. . . .

Caía la lluvia y el viento surcaba el espacio negro y húmedo. Poltorak estaba echado en la tierra. Laszlo se dejó caer a su lado y los dos fumaron.

—Yewgueni Yewguenicwich—dijo Laszlo—, han llegado a la Dirección de la obra noticias de que usted nos traiciona.

—Es posible que tengan ustedes razón—respondió Poltorak, indiferente—. Y también es posible que esta noche a la una hagamos saltar el monolito, aunque sería mejor esperar tres semanas más, cuando el agua entre ya en el nuevo río, porque entonces la destrucción sería mucho mayor.

Ni Laszlo ni Poltorak se sorprendieron de las palabras que decían. Los cigarrillos no tiraban por la lluvia, y los dos ingenieros callaron.

—Debieran fusilarle a usted, Yewgueni Yewguenicwich —dijo Laszlo.

—También a usted le fusilarán, Edgar Iwanowich—respondió Poltorak—. Por otra parte, no sé lo que opinará usted de esto, pero yo estoy ya fusilado. Es gracioso, ¿verdad? Los dos hemos sido ya fusilados sin que haya corrido sangre. Han puesto a cero nuestra multiplicadora. Aunque yo sólo puedo decir esto con seguridad de mí mismo.

—Exacto. Hemos sido puestos a cero. Mis antepasados emigraron del Volga al Danubio, y yo he regresado. ¿Se ha vuelto usted loco, Poltorak?

—No. Estoy muerto. Me han fusilado sin derramar san-

gre. Me han fusilado hoy en el entierro de su mujer, y antes ya, en la Asamblea de producción. Permítame que me presente: el cadáver, o mejor dicho, el ingeniero-cadáver Yewgueni Yewguenlewich Poltorak (Poltorak sonrió y se arrellenó sobre la tierra). Lo principal es que ya no estoy en condiciones de hacer daño, que no tengo fuerzas ya para hacer saltar la mina. Y si no he comprendido mal, usted, Edgar Iwanowich, no es ya tampoco a propósito para constructor y revolucionario. ¡Ya no servimos para nada ninguno de los dos! Naturalmente, habrá usted observado que todo hombre, por muchas bajezas que haya hecho, encuentra siempre justificación. Usted sabe lo que es un vendaje de comprobación. ¿No? Yo se lo diré. Si se estropea usted un dedo en el trabajo de la fábrica, el médico inspector del punto en que haya ocurrido el accidente le aplicará un vendaje y lo precintará para que no pueda usted quitárselo y hacerse daño a sí mismo. Se ha comprobado que muchos individuos se declaran enfermos y están sin trabajar meses enteros por heridas que normalmente debieran curarse en tres días. Parece, pues, que es más ventajoso estar enfermo que sano. Yo no necesito tener mucha confianza en mí como individuo, pero no es posible que me hayan puesto por interés del Estado un vendaje de comprobación. Yo creo que estos vendajes no deben ponerse en los dedos cortados, sino en nuestras almas—artículo cuya existencia no reconocemos ninguno de los dos—, y precisamente aquéllos son la causa de mi estancia a estas horas de la noche en estas praderas desabridas. Antes teníamos una moral familiar, pero ahora tenemos una moral colectiva. Usted sabe, por supuesto, que los cigarrillos que fumamos, nuestras botas, nuestras casas y todo lo demás, no es propiedad privada nuestra, sino propiedad del Estado, en la misma medida que el trigo sembrado por un aldeano, las locomotoras y los tesoros enterrados. Por el momento estamos necesitados de producir tanto pantalones, botas, pan, máquinas y fábricas como sea posible, y para esto construyen ustedes su monolito. En los años de la guerra y la revolución hemos tenido enormes pérdidas de cereales y calzados. Pero hay algo más que yo no sabía, además de que yo no marcho de acuerdo con nuestro tiempo, y que probablemente no habrá llegado a su conocimiento hasta hoy. Parece que la moral individual tiene un valor lo mismo que los cereales y las botas, y no me refiero a la posesión de conocimientos, que ganan de

día en día el respeto común, sino a la posesión de cualidades morales. Resulta que también puede sentarse la moral en la cuenta de pérdidas y ganancias y que la revolución la ha incluido en ella. Hay, pues, que reponer la moral lo mismo que cualquier bien material, porque es un objeto simple y eficaz de la más alta importancia, tanto por lo menos como el traje único o las patatas. Cuando las reservas morales se agotan aparecen individuos como nosotros, o por lo menos como yo. Esto cesa en cuanto se ponen en fuego las últimas calorías de cualidades morales. Pero la moral, como los productos de las fábricas de tejidos, puede ser de dos calidades: buena como un paño inglés, o mala como nuestros productos nacionales rusos. Tenemos el prejuicio de que nuestro país está retrasado y que nuestro pueblo no es capaz de sostener una competencia, de que hay algo aquí estropeado, podrido por efecto de la torpeza y la terquedad de los rusos. Este prejuicio falla porque los malos productos no deben cargarse en cuenta al atraso de un pueblo, sino a una moral podrida y tan imposible de aprovechar como un pan enmohecido, o como me sucede a mí, a la falta de toda moral. El vendaje de comprobación es una cuestión moral y no de cultura, lo mismo que el trato con las mujeres, el robo, la chismorrería, la mentira, la adulación y la burocracia. No tenemos ningún respeto por el hombre, y en consecuencia, tampoco por la actividad productiva original, por el trabajo humano. Porque para llegar a respetar el trabajo es preciso primero respetar el hombre. Por el mero hecho de ser hombre, todo hombre pasa a nuestros ojos por un farsante en mayor o menor grado, y él saca de éste más o menos sus consecuencias, y empieza a robar, a engañar, a violar y a saltar todas las barreras. Con las limitaciones inseguras del más o menos el hombre se convierte en una cosa, cuando debiera ser siempre un fin y no un medio, y el más o menos es propio de las cosas. En Rusia no acostumbramos a creer a un hombre. Nos admiramos de que una persona sea decente, en vez de horrorizarnos cuando es indecente. Me objetará usted que todo esto es un pecado hereditario de la vieja Rusia, pero yo no puedo admitir este argumento.

Poltorak se sentó, arrojó la colilla y encendió otro cigarro.

—¿Ha observado usted cómo la mentira, la putrefacción, la traición y la descomposición natural van royendo

la grandeza de nuestro Estado? (Puedo decir: su Estado, y no puedo decir: mi Estado, pero de todos modos si se me permitirá decir: nuestro Estado). El Estado se rodea de un sistema de aparatos de comprobación. El Comisariado del Pueblo para la inspección de Obreros y Campesinos es una autoridad moral, lo mismo que los carteles en las calles, en las escaleras de las casas, en las fondas, en los tranvías y en las oficinas: "Se prohibe fumar y escupir", "Cuidado con los rateros", "No mientas", "No hagas ninguna violencia", y otros por el estilo. En mi casa hay junto al interruptor de la escalera un aviso: "Que no pierdan aquí el tiempo los ladrones, porque las lámparas están soldadas". Y en los tranvías de Moscú se excita a los hombres a convertirse en denunciantes por interés público: "¡Ciudadano! Tu deber es tener siempre la vista fija en los que demoran el pago de sus tributos". Ya ve usted, pues, que todo el país se ha convertido en un cartel moral; la moral invade la calle, porque ya no se encuentra en su centro en el artículo de consumo llamado alma. Las gentes en Rusia se sienten culpables por el mero hecho de estar en el mundo. Explico esto porque nos hemos acostumbrado a encontrar a cada infamia su justificación...

—¿A quién ha matado usted?—le interrumpió Laszlo con indiferencia y arrojando la colilla de su cigarro.

Poltorak respondió fríamente:

—A mí mismo—y devolvió cortés la pregunta:—¿Y usted? ¿A quién ha matado?

—¿Yo? No sé. Acaso en el frente, en la guerra civil.

—En fin de cuentas, también es una porquería. Pero eso no es cuenta ahora. Allí había sangre, y usted mismo ha pagado aquello con la suya. Sin embargo, ¿ahora ha matado usted a su mujer?

—Mi mujer se ha ahorcado. Yo me he matado a mí mismo, como usted.

—Es cierto. He oído hablar de eso. Su mujer se ha suicidado.

Callaron los dos ingenieros y Poltorak se acurrucó junto a Laszlo.

—Tengo delirios. Estoy muy enfermo—dijo Laszlo—. Veo ante mis ojos mi propio cerebro como dos chuletas de carne ensangrentada, y veo también cómo los pensamientos hormiguean por él. Tiene usted razón, ciertamente; pero no ignora que estas praderas en las que estamos quedarán

cubiertas de una capa de agua de veinte metros de altura. El agua lo ahogará todo, incluso a nosotros, y ella misma pondrá en marcha el molino de la nueva vida.

—Pero de momento nosotros intentamos volar el monolito—dijo Poltorak. Luego sacó el reloj, encendió una cerilla y alumbró la esfera—. ¡Pero si es ya la una y veinte minutos! ¿Dónde andará Skudrin?—Poltorak miró a su alrededor—. Sí. Es exacto. El agua lo inundará todo, incluso a nosotros; se acerca un porvenir mejor. Pero ¿dónde estará el viejo Skudrin? Habrá usted leído, desde luego, "La guerra y la paz", de Tolstoi. ¡Cómo me ha hecho llorar en mi adolescencia el que Anatol Kurakin se atreva a besar a la joven Natasha, a echar un borrón en su pureza!... Exacto; todo quedará bajo el agua. Fuera de esto no quedan más que las mujeres, que lo han enterrado a usted hoy, y los Consejos de Producción, que me han enterrado a mí...

....

Aquella noche se reunió en las praderas Jacob Karpowich Skudrin con Poltorak, para matar. La lluvia negra seguía derramándose sobre la hierba; el viento arrancaba sus límites al espacio, y las nubes se arrastraban muy bajas sobre la tierra. A la hora del primer aliento del amanecer encontró Jacob Karpowich a los ingenieros. Estaban Poltorak y Laszlo sentados en el prado contemplando la silueta de Skudrin a lo lejos, donde el horizonte, ligeramente iluminado, se separaba de la tierra. Venía el viejo andando como los ciegos, con la cabeza muy alta y los brazos extendidos, y estaba descalzo y en camisa de dormir. Sus pies desaparecían en el suelo negro; a su espalda se abría una grieta de horizonte verdoso y turbio, y su nuca se apoyaba en las nubes; parecía mucho mayor de lo que realmente era, y ante él retrocedía el cielo. En torno suyo, sobre la tierra, en la lluvia y el viento, se apelotonaban las tinieblas en masas compactas.

Aquella noche tuvo lugar en casa de Skudrin, en las escaleras del piso alto, el encuentro de su hija Catalina con Esteban, el más joven de los hermanos Besdietow.

—Llama a las muchachas—murmuró Stepan—. Pasaremos un rato alegre en la casa de baños.

Estaba sombría la escalera. Catalina abrazó a Esteban Besdietow, se estrechó contra él con todo su cuerpo gigan-

tesco, se apretó a él y empezó a gimotear, humilde y descompuesta:

—¿Qué tienes?—preguntó Esteban.

Catalina no respondió. Seguía llorando, y apretó a Besdietow contra la barandilla, de tal modo, que casi le hizo perder el equilibrio y apenas podía respirar.

—¿Qué te pasa, Catalina?—volvió a preguntar.

Catalina sollozó a gritos, soltó a Esteban y empezó a golpearse la cabeza y la espalda contra la barandilla, que vaciló y dió unos crujidos.

—¡Estoy embarazada!—aulló por fin.

—No grites así. ¿Qué ocurre? ¿Qué dices?—murmuró Esteban.

—¡Estoy embarazada!—aulló Catalina, todavía más fuerte y dejándose caer en las escaleras—. ¡No puedo más! ¡Ayúdame! ¡Socorro!—Sus gritos se convirtieron en un aullido prolongado, que retumbó por el pasillo:—¡Socorro! ¡Padre! ¡Que me mata!

Esteban le tapó la boca con el pañuelo, para ensordecer sus gritos, y ella mordió al mismo tiempo el pañuelo y los dedos de Besdietow, sin darse cuenta, y retorciéndose en las escaleras como un gusano. Esteban le lanzó un puñetazo a los dientes para resolver por el dolor físico el ataque.

Mientras estaba quieto y silencioso, el viejo Jacob Karpowich Skudrin hubiera querido engañar al mundo entero. Bajo su máscara de idiota, de perteneciente a esta humanidad idiota, que, según su teoría, era preciso desarraigar, ocultaba su odio. En el silencio fúnebre de su casa amueblada en caoba estaba a la cabecera de su mujer cuando penetró a través de las paredes el aullido canino de su hija. El anciano se ufanaba de superar a todos en astucia, y cuando alguien le escupía a la cara se gozaba en su orgullo de idiota, porque en los ojos manchados por el escupitajo creía tener oculta su más alta propiedad, su honor que lo abarcaba todo, casa, vacas, muebles de caoba, su mujer, su hija, su yo. La hija lanzaba su aullido de dolor y de angustia al mundo entero a través de la casa. El sarnoso y apestante Jacob Karpowich vió cómo su hija se retorcía en las escaleras y Esteban Besdietow le asestaba un puñetazo en los dientes. La madre, María Klimowna, no había conocido jamás una vida propia, y toda su existencia estaba comprendida entre la puerta del jardín y las visitas a la iglesia. Vió el anciano cómo la madre abrazaba a su hija y

cómo apoyaba en sus hombros secos los hombros, cómo pegaba la cabeza a su cuello, y cómo desconfiando de los propios ojos tocaba su cuerpo con los dedos enjutos. Oyó a la madre murmurar: "Katyenka, Katiushka, ¿por qué he vivido tanto tiempo?"

El viejo envolvió en el chal las piernas desnudas de su mujer, lloraba y miraba ciegamente la oscuridad de la escalera. Y empezó a bailar, a agitar las piernas sin moverse del sitio en que estaba, en la última danza de su vida. Catalina quería esconderse entre las escaleras. Al lado de ella estaba, con la levita puesta encima de la blanca camisa de dormir, Pablo Besdietow, el hermano mayor, uno de los padres del niño que germinaba en el vientre de Catalina. La hija aullaba como un perro, y el padre, que danzaba y sollozaba a la vez, confundiendo su aullido con el de su hija, se arrojó de repente sobre ella y la golpeó. La golpeaba en el cuerpo con los pies y le pegó en la cara con el candelero. La maldad de los hombres, a la que siempre había presentado sus ojos de idiota para salvar su propiedad, le había penetrado hasta el fondo del alma. Cuando por fin Jacob Skudrin, desfallecido de dolor paternal y amor, aullando y sin poder casi respirar, se dejó caer sobre el cuerpo de Catalina, retorcido en espasmos, habían ya desaparecido los hermanos Besdietow. La vieja María Klimowna roció de agua fría a Jacob Karpowich, que estaba tendido en el suelo, y besó a su hija con labios temblorosos. Catalina clavaba sus ojos dilatados en la bóveda de la escalera y la mirada de su madre resplandecía de dolor, del dolor de la mujer que jamás ha conocido una vida propia y ha sido siempre esclava de una ajena voluntad.

De pronto se separó Jacob Skudrin de las mujeres y salió corriendo de su casa.

Pocas horas antes se sentía feliz el viejo y amaba su vida, con la mujer asiática, que es la provincia sentada en el diván de su salón, como si fuera un ama de llaves, mientras el compañero Voltaire hacía señas con los ojos a la luz vacilante de la lámpara de petróleo. En el antepecho de la ventana, su hermano el proletario-mendigo había declarado que ni él, el vagabundo Iwan Oshogow, ni el profesor Polétika, habían rendido esta honra que Jacob Skudrin pisoteaba lleno de júbilo. Jacob Skudrin, que quería engañar al mundo todo, expulsó a su hermano de la ventana y anunció que también él hablaría con Polétika.

Y en aquellas horas de confusión, en que se precipitó fuera de su casa, vió al profesor. Había encontrado a Polétika y Sadykow en la ladera del Kremlin, bajo la torre de Marina. Skudrin les cerró el paso.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Muchas gracias!—gritó—. ¡Ya sabía yo que nos encontraríamos! ¡Vamos a hablar un rato, porque quiero revelaros la verdad sobre la vida, una verdad que no es seguramente peor que la vuestra! ¡Os la descubriré con una casta vergüenza!

—Perdone usted—dijo el profesor—, pero no tengo costumbre de entablar conversación en la calle con gentes desconocidas. Además, me parece que está usted enfermo.

Entonces Jacob Skudrin gritó como un loco:

—¿Quién está enfermo? ¿Yo? ¡Sí! ¡Gracias a usted! ¡Gracias! ¡Gracias, señor profesor! Usted ha hablado con mi hermano. Yo no soy peor que él; hable usted también conmigo. Quiero decirle una cosa sobre el honor. ¿Cuándo llegarán por fin los tiempos en que las gentes no necesiten matarse unas a otras? El señor ingeniero Poltorak ha estado luchando con el miedo al homicidio y yo me he burlado de él. Yo quisiera hablar con usted, desahogar con usted mi corazón.

Sadykow miró atentamente al anciano a la cara:

—¿Es usted Jacob Karpowich Skudrin?

—Sí. Yo soy Skudrin. Pretendo engañar a todos...

Pero Sadykow no le dejó terminar.

—Venga usted, Pimen Sergueyewich—dijo al profesor—. No tenemos nada que hacer con este viejo loco.

Calló la torre de Marina, calló la noche, y Polétika y Sadykow siguieron su camino.

Durante el paseo dijo el profesor a su acompañante:

—Retrocedamos otra vez el curso de la historia, Fedor Iwanowich. Rusia ha sido siempre la avanzada de Europa. Recuerde usted toda la época comprendida entre el siglo tercero y el décimoquinto de la Era cristiana, cuando se arrojaron sobre nosotros todos los pueblos nómades de Asia, los innumerables alanos, godos y hunos, cuyos restos desentierra ahora mi hija Liuba. Nosotros, los hombres de las bajas llanuras rusas, detuvimos estas hordas con nuestra carne y nuestra sangre; nosotros fuimos con nuestros cuerpos el escudo para que Europa no fuese exterminada de la faz de la Tierra, como nos sucedió tantas veces a nosotros los rusos. Le he hablado a usted de la marcha progresiva

del desierto y le he explicado cómo es posible detenerla. Contendremos el desierto y salvaremos una vez más a Europa; pero esta vez no haremos la guerra con nuestros cuerpos, sino con nuestra ciencia.

De repente Jacob Skudrin se encontró con un palo en la mano. El mismo no sabía dónde había encontrado la vara con que solía llevar a pacer sus vacas en la pradera. Corrió por las calles, descalzo, con la cabeza descubierta, la corta camisa de dormir flotando sobre las rodillas y el palo oscilando en su mano. El anciano sollozaba. Como llevaba la cabeza muy echada atrás no veía su camino, y descargaba golpes sin cesar con la vara que llevaba en la mano, como si fuese empujando las vacas con tal fuerza que hacía zumbar el aire.

. . . .

Jacob Karpowich Skudrin corría como un ciego hacia los ingenieros; sus pies resbalaban en el suelo negro y a su espalda se entreabría una grieta en el horizonte verdoso y turbio. Su cabeza se levantaba hasta el cielo, cabeza de anormal puesta en movimiento para matar.

Laszlo decía a Poltorak:

—¿Conoce usted a Griboiedow, el hombre del Museo? Todas las noches bebe aguardiente con el Cristo de madera. Sí, estas praderas deben ser cubiertas por las aguas, y entonces quedarán borrados todos nuestros sufrimientos. ¡Qué pequeño es esto en lo que todo desaparece!

Iba a responder Poltorak cuando Skudrin surgió delante de ellos. El viejo quedó de pie delante de Poltorak, sollozando, cantando, aullando en los aires:

—¡Gracias! ¡Gracias, Yewgueni Yewguenlewich! ¡Gracias!

Ni Laszlo ni Poltorak malbarataron una palabra en asombrarse de la conducta del viejo, Poltorak dijo:

—Otro cadáver más ha venido a parar aquí. Aunque es viejo, no tiene ninguna gana de morirse...

Se interrumpió y dejó caer pensativo la pregunta:

—¿No volaremos, pues, el dique? ¿No sirves ya ni para destruir, viejo? ¿Se ha puesto ya de acuerdo tu conciencia patriarcal con los tiempos nuevos?

Pero Skudrin no le oía. Cantaba y gritaba una y otra vez:

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

—Sí—exclamó Laszlo, reanimándose de pronto—. ¿Sabe usted lo que es la cámara obscura de los libros? ¡Sí! Antes de que pase mucho tiempo no podrán los hombres encontrar este sitio en que estamos ahora. Un par de años nada más, y...

Poltorak sacó una pistola del bolsillo, la contempló, examinó el depósito, colocó el primer cartucho en el cañón, puso el índice en el gatillo y dejó el arma colgada del dedo, oscilando.

—¿Quién es el primero?—preguntó.

Los ingenieros estaban sentados en el suelo, al lado uno de otro. El viejo Skudrin estaba de pie, mucho más alto que ellos, su cabeza tocaba las nubes y el bastón se movía en su mano, marcando el compás de un eterno canto de gracias. La lluvia caía oblicuamente en gotas apresuradas. La grieta verdosa y turbia del horizonte se ensanchaba.

—Me ha preocupado siempre saber si una construcción tiene o no que estar cimentada en sangre—dijo Poltorak—. En estos últimos tiempos la muerte ha sido huésped bastante asiduo aquí, en esta obra. Primero, su mujer, Laszlo; después, nosotros. ¡Sangre, pues!

Los ojos de Laszlo recobraron de pronto la expresión de su antigua actividad.

—Sí. Yo le dispararé a usted. Es usted un traidor social. Y después terminaré conmigo.

Poltorak repitió su pregunta:

—¿Quién primero?

El viejo Skudrin cogió el revólver de la mano de Poltorak y arrojó lejos de sí la vara. Jacob Skudrin, el viejo que había perdido el sentido del tiempo y el miedo a la muerte, disparó; el proyectil hirió a Poltorak en la cara. En el mismo segundo en que Laszlo vió vuelto hacia él sus ojos el cañón del arma, brilló en su mirada un testimonio de actividad. La luz cortó las nubes. Skudrin cantaba:

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

El pelo gris del anciano tocaba el cielo. Jacob Karpowich Skudrin se metió un proyectil en la boca.

El sol pasa sobre Rusia, sobre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, durante ocho horas del día. Cuando es medianoche en Wladivostok, quedan aún en Moscú cuatro horas de día. Cuando sobre Wladivostok se levanta el mediodía, la mañana despunta en Moscú.

NOCTURNO

Mientras aullando de inofensivo amor paternal abrazaba Jacob Skudrin el cuerpo agitado en convulsiones de su hija, en la escalera de su casa, los hermanos Bezdietow se alejaban de la mansión de los muebles de caoba y de las antigüedades. No sólo eran los hermanos Bezdietow inteligentes en la ebanistería en caoba, sino que conocían también la historia de otros muchos oficios. El año 1744, Guerasim Kirillowich Lobradowski, conductor de la caravana del comercio chino, recogió en su compañía, en la avanzada de Kiajta (1), a un tal Andrés Kursin, de Yaransk, platero de profesión. Lobradowski envió a Pekín a este Kursin para que intentase descubrir el secreto de la fabricación de porcelanas chinas. Una vez llegado a Pekín consiguió Kursin trabar amistad con algunos alumnos de la Escuela Inferior Militar, y con su ayuda, sobornar a un jefe de taller de la Fábrica Imperial China de Porcelanas, por una suma de 1.000 lans, que equivalía entonces a 2.000 rublos rusos de oro. Este chino inició a Kursin en los misterios de la fabricación de porcelana en una pagoda abandonada, a 35 Li de Pekín. A su regreso a Peterburgo condujo Lobradowski a Kursin de Yaransk a la corte imperial, y presentó a la emperatriz Isabel un informe sobre el secreto descubierto del

---

(1) Kiajta, aldea situada en la frontera rusochina, al sur de Wergne-Udinsk, actualmente capital de la República autónoma mongoloburiática, fué fundada en 1727. Hasta la construcción del Transiberiano, fué la estación fronteriza más importante del comercio de té rusochino.

arte de fabricar porcelana. Efecto de ello fué un úkase imperial que el favorito de Isabel, conde Rasumowski, transmitió al barón Cherkassow, por el que se ordenaba llevar a la corte de Tsarkoie-Selo al viajero recién vuelto de China. Kursin fué recibido con grandes honores, pero su encumbramiento duró poco, porque bien pronto se demostró que el chino había engañado al platero ruso y ciertamente "de un modo misterioso", según explicaba una circular secreta dirigida a la Academia de las Ciencias. Kursin huyó a su patria nórdica, Yaransk, por miedo al castigo de baquetas. Al mismo tiempo que ocurrían estos sucesos, el 1.° de febrero de 1744 firmaba el embajador en Christianía, barón Korff, un pacto secreto con el súbdito alemán Cristóbal Conrado Hunger, maestro del arte de la porcelana, que declaraba haber adquirido sus conocimientos en la Fábrica de los Príncipes de Sajonia, en Meissen. Hunger fué enviado por Korff a San Petersburgo secretamente, en una fragata rusa, y resultó que no era sino un pillo, embustero y charlatán. En primer lugar, empezó por construir un taller, del que luego había de hacer la primera fábrica imperial rusa de porcelana, y fingió toda clase de experimentos; pero casi al mismo tiempo dieron principio sus disputas y quimeras con el técnico en minería, Winogradow, designado para ayudarle. Cuatro años consiguió prolongar su situación, hasta que fué expulsado de Rusia por sus patrañas. Entonces ocupó el lugar de Cristóbal Conrado Hunger, Dimitrii Iwanowich Winogradow, antiguo discípulo de Pedro el Grande y bebedor impenitente, que por fin logró poner en marcha la fabricación de porcelanas en Rusia: de modo que puede realmente afirmarse que la porcelana rusa nació como producto nacional, sin tomar nada del extranjero. Sin embargo, hay que considerar siempre como el padre de la fabricación rusa de porcelana al aprendiz chino Kursin de Yarensk y al engañador sempiterno Cristóbal Conrado Hunger. El arte ruso de porcelana tuvo su siglo de oro. Los maestros de la Fábrica Imperial, los "viejos" Popow, Batenin, Miklashewski, Karnilow, Safranow, Sabanin y el mayor de los Gardner, florecieron en la época de la servidumbre. Según la tradición de su predecesor el técnico en minas ruso Dimitrii Iwanowich Winogradow, eran todos por regla general tipos originales, borrachos y avaros. Los propietarios de fábricas eran gentes, como el príncipe Yussupow, de la más rancia nobleza rusa, o el rico comerciante Nikita Jrapunow

de Bogorodsk. Este mercader fué condenado por un úkase del zar Alejandro I a ser apaleado, por fabricar una figura de monje llevando a la espalda un haz de trigo; en el haz de trigo se ocultaba realmente una muchacha campesina desnuda (1). Todos los maestros del arte cerámico se robaban mutuamente sus secretos. Los Yussupow robaban a la manufactura imperial, Kisselw a Popow, y Safronow espiaba a sus competidores por un tragaluz practicado en el techo de sus talleres. Con el trabajo de sus manos serviles estos maestros extravagantes construían las más bellas piezas. Los hermanos Besdietow conocían con precisión todas las marcas de los antiguos maestros, sus esmaltes, sus dorados y sus colores.

Cuando dejaron la casa de mohosa caoba de Skudrin, anduvieron Pablo y Esteban en silencio, con una indiferencia recogida, y por si acaso, cuidadosamente cubiertos por la tapia, en dirección a la ciudad de Kolomna. Su paso tenía algo de la retirada dueña de sí de un gato que ha comido leche ajena. El menor de los hermanos dijo al mayor:

—Lo mejor que podíamos hacer era ir a la milicia y denunciar a Poltorak y Skudrin por atentado contra la construcción que nosotros hemos frustrado.

—Vamos demasiado tarde para el tren—respondió brevemente el mayor.

De camino para la estación torció el menor de los hermanos, Esteban, en dirección al hotel, subió hasta el cuarto de Poltorak y llamó. Nadeshda Antonowna salió a abrirle.

¿Está en casa Yewgueni Yewguenievich?—preguntó Esteban Besdietow.

—No—respondió Nadeshda Antonowna.

(1) El caso Jrapunow aconteció en Saratow en 1822. Con él se enlazó una gran cuestión de competencia que decidió la intervención del zar Alejandro I, en favor del archimandrita Sawa, que presentaba una queja contra la indecente porcelana. Por otra parte, la figura del monje llevando a cuestas una muchacha desnuda, es de origen alemán. La manufactura berlinesa produjo en 1780, con el título "Provisiones para el convento", un capuchino con una joven a la espalda; este grupo había sido elaborado sobre un grabado en cobre, del siglo XVII. El "Fraile con el haz" está actualmente en la exposición de la "Unión de Ateos", en la Galería Tretshakow, de Moscú.

Entonces, con su acento sereno y amigable dijo Esteban Besdietow:

—Yo creo que sería mejor para usted venirse con nosotros a Moscú. Hay aquí un asunto sucio en el que están mezclados Poltorak y el viejo Skudrin. El tren sale dentro de cuarenta minutos.

Nadeshda Antonowna estaba de pie en camisa de dormir con una vela en una mano y en la otra el libro que había estado leyendo. Miró a Besdietow, envuelto en su levita, y su dignidad rayana en desprecio se disipó:

—¿Quién es usted y de qué me conoce a mí?—preguntó.

—Soy anticuario y restaurador Besdietow—respondió Esteban—. La hemos visto a usted en el tren con Yewgueni Yewguenicwich y él nos ha dicho quién es. Le hablo a usted francamente y como un camarada. Es como para darse por contento si se logra conservar la piel. Créame.

Ya con menor asombro dijo Nadeshda Antonowna:

—¿Qué puede ser eso? ¡Vamos! Espere usted unos minutos mientras recojo mis cosas. Todavía queda vino en la botella. Vuélvase y beba. Pero yo quería preguntarle a usted: ¿hay escándalo en ese asunto?

—Algo parecido—respondió Besdietow.

En el vasto cuarto del hotel ardía una vela, arrojando una débil luz a la bóveda del techo. Esteban Besdietow se bebió el vino tranquilamente y encendió un cigarro; Nadeshda Antonowna le pidió fuego. El bastión de la fonda olía ahora a perfumes y humo de velas.

—No tengo el honor de conocer su nombre ni su patronímico—dijo Besdietow—. Pero como artistas somos colegas.

Kolomna estaba desierta y sombría y en las afueras aullaban los perros, poetas de la provincia rusa. La noche lluviosa tendía sobre la guerrera ciudad de Kolomna un toldo negro y lagrimeante. Las tropas y los estados mayores dormían preparándose para la lucha del siguiente día y encargaban de velar a los perros y a los serenos que gobernaban las tinieblas con sus silbatos y sus aldabonazos. La lluvia formaba grandes charcos en el pavimento negro. En la estación, depósito central de transportes de tropas y materiales, los relinchos de los caballos de tiro reproducían la música de los corceles de guerra. Delante de la estación estaba abandonada toda una carga de botas rusas, seres que ciertamente no se relacionan con la filosofía, pero si encarnan el movimiento de las carreteras nacionales. Cua

a brea y a artesanía. En las tinieblas, tan espesas como la brea a que olían, los zapateros consignatarios del envío andaban de un lado a otro y maldecían del tiempo con los cocheros en palabras castizas y claras. La humedad de las extensas superficies de las praderas desembocaba en el andén y lo cubría. La construcción hacía oscilar contra el cielo sus luces eléctricas. Calado su sombrero de fieltro, y con los lentes torcidos sobre la nariz, soportaba la lluvia en el andén un intelectual ruso que contaba con pacífica locuacidad la historia del cinematógrafo de una ciudad rusa de retaguardia. Hallábase el cine instalado en un cobertizo con estufa, que formaba parte del jardín del Sindicato. No había instalación de timbres para anunciar el principio de la función y solía dar la señal la fábrica municipal de electricidad, así que se oía en toda la ciudad. Un solo toque significaba que era hora de preparar el té de la tarde; dos, que las personas dispuestas a salir debían partir de casa para llegar a tiempo a la representación. La fábrica municipal funcionaba hasta la una de la noche, pero los días de santo o de "octubrización" (1) o de aumento de la descendencia en las familias del presidente del Comité ejecutivo del Soviet local, del presidente de la Central Industrial o del jefe de las Instalaciones Técnicas del Estado, se retrasaba la hora de parar las máquinas y ardía la luz en la ciudad toda la noche. El resto de la población acomodaba por esta causa sus fiestas familiares en las noches de los notables cuando por la repetición habían aprendido la fecha en que se celebraban. Pero volviendo al cine, aconteció cierto día que un hombre que se hallaba en la localidad por algún negocio, representante del Comisariado del pueblo para el comercio interior, un tal Katz, o Satz, estando completamente sobrio, por simple torpeza, tropezó a la mujer del presidente del Comité ejecutivo; y entonces la interesada, rebosando desprecio, explicó:

—¡Yo soy la señora Kuwarsin!

El representante comercial, impenetrable al encanto de aquel nombre, se disculpó sorprendido, pero tuvo que pa-

---

(1) En las familias que han roto con las viejas tradiciones, se celebra en lugar del bautizo eclesiástico la "octubrización" o inscripción en el registro civil de los niños, a la que se da aquel nombre en recuerdo del renacimiento del pueblo, por la revolución de octubre de 1917.

gar su distracción no terminando un solo negocio en todo el distrito. El intelectual criticaba a la "superioridad"—así llamaba a las autoridades—por sus concepciones limitadas, por su vanidad, llevada hasta la ostentación para con los demás, por su espíritu hecho de lugares comunes que solía suplir la actividad social, y por el sistema que hace que este elemento burocrático aparezca cada año en un nuevo sector de la administración, según la eventual fórmula de reparto de la pandilla. El intelectual fumaba cigarro tras cigarro, elegía solemnemente sus palabras y explicó que respondía de la veracidad de todos los hechos que relataba. Por ejemplo: la dirección económica del Establecimiento Industrial Central estaba en manos de tres personas, el representante del Comité ejecutivo, marido de la referida señora Kuwarsin, el representante de la Inspección de Obreros y Aldeanos, Pressnujin, y un cierto Nedosugow, presidente. Su procedimiento en los negocios consistía, según las afirmaciones del intelectual, en un derroche paulatino de las mercancías aún existentes del tiempo de la revolución, según el método de Trishka al remendar su caftán (1). La sierra trabajaba con pérdida, la carnicería, también con pérdida y el laminador, idem; la fábrica de cueros, si no producía pasivo, no daba por lo menos ningún beneficio y funcionaba sin amortizarse la maquinaria. En esta fábrica de cueros se había adquirido una nueva caldera que hubo que transportar en pleno invierno y tirada por caballos desde el otro extremo de la provincia, a más de cincuenta kilómetros. Al recibirla resultó que era inservible; se puso el importe de la compra en la cuenta de pérdidas y ganancias y se dió por terminado el asunto. La adquisición siguiente fué una máquina de cortar paja que debía emplearse para triturar pieles. Como se demostró palpablemente que las pieles no son paja, hubo que arrinconar la máquina tal como llegó y operar, en cuanto a la contabilidad, del mismo modo que con la caldera. A continuación se puso en estudio la reforma de las condiciones de las viviendas obreras. Empezaron por comprar una casa de madera de dos pisos, llevarla a la fábrica y... poco después serrarla para leña, porque todo el material de la construcción estaba apolillado y

(1) En las "Fábulas" de Krilow se retrata a Trishka remendando su caftán con trozos que recorta del mismo, así que siempre aparecen en él nuevos agujeros.

no quedaban más que treinta vigas aprovechables. Uniendo a estas treinta vigas quinientos rublos se construyó de nuevo una casa de madera, pero en el mismo momento que se terminaba hubo que cerrar la fábrica por efecto de persistente falta de rendimiento, de modo que la casa se encontró sin moradores. Una violenta indignación se apoderaba del intelectual. El Establecimiento Central de Industrias cubrió el déficit malbaratando la maquinaria de algunas fábricas paradas anteriores a la revolución y mediante chanchullos de todas clases. El presidente del Soivet, Kuwarsin, vendió al miembro de la dirección industrial del Establecimiento Central de Industrias, Kuwarsin, madera por un importe de veinticinco mil rublos con el cincuenta por ciento de rebaja por pago al contado. El economista Kuwarsin vendió la misma cantidad de madera a la población, y entre otros, al presidente del Soviet, en cincuenta mil rublos, pagó al contado y sin rebaja. Entonces sus colegas hicieron a Kuwarsin un regalo consistente en una magnífica cartera de cuero con monograma, que se pagó con dinero procedente de cálculos equivocados. Inmediatamente recorrían la ciudad con la caja de recoger donativos y conseguían arrancar el dinero. El intelectual temblaba de cólera al relatar esta historia y se frotaba el bigote húmedo de lluvia.

Por fin apareció lentamente el tren, las luces de la locomotora surcaron las tinieblas y todos corrieron unos contra otros por la estación entre grandes voces.

A aquella misma hora de medianoche recorría el viejo Nasar Sysoiew de Akatiewo el camino para llevar a la estación los muebles de caoba de la familia Tuchkow. No había dejado de llover desde por la tarde y el barro del camino estaba de tal manera reblandecido que las ruedas del carro se hundían hasta el cubo y el caballo hasta las rodillas. El camino corría por las colinas de la orilla del Oka en un terreno fangoso. No cedía la tenacidad de la lluvia, y el abuelo Nasar, viejo y encogido, iba sentado silenciosamente en la vara. Detrás de él, entre el diván y las butacas, se acurrucaba Olga Pawlowna. A lo largo del camino se extendían, turbios y empapados de agua, los campos. Para llegar al tren tuvo el viejo que emplear el látigo hasta que el caballo pareció volar. El lodo de la carretera se había convertido en un lago; difícilmente hubiera podido estar aquel camino en peor estado quinientos años antes. Cerca de la

aldea de Protopopowo pasaba la carretera por una garganta y desde ella corría cuesta abajo hasta el puente, sobre cuyas tablas pasó el carro sin dificultad. Pero al otro lado del río había un charco negro y profundo. El carro se metió en él violentamente y el caballo resbaló y cayó sobre las patas traseras. El viejo Nasar golpeaba con el látigo al cansado animal, que se levantó y tiró, pero el carro no se movía del sitio, el fango denso lo sujetaba y la rueda delantera de la izquierda estaba fija como si la hubieran clavado. Se escurrió del sitio en que estaba sentado hacia delante el viejo Nasar hasta que pudo tocar con la bota el cuarto trasero del animal, pero sólo consiguió que un nuevo tirón del caballo hiciera romperse la vara del carro y que aquél quedara hundido en el fango hasta la collera. Por mucho que el viejo tiró de las riendas y las hizo restallar, el caballo no se movió. Entonces Nasar tuvo que bajarse para desengancharlo. Entró en el pantano e inmediatamente se hundió una de sus piernas hasta la rodilla, pisó con la segunda y quedó apresado en el fango; en el siguiente intento de dar un paso pudo librar la pierna, pero la bota se le quedó en el fondo. Entonces Nasar perdió el equilibrio, cayó de bruces y se encontró sumido en lodo hasta los brazos. El viejo lloraba de desesperación lágrimas amargas e impotentes. De todos modos no podían llegar antes de salir el tren, el diván y las sillas de caoba que habían pertenecido a la familia señorial de Tuchkow.

El tren estaba bastante desocupado. Reinaba en los coches una profunda oscuridad, y en las tablas superiores dormían campesinos de Saraisk. Olía a cuerpos durmientes y se oían ronquidos regulares como en todos los trenes que se dirigen al frente. Los hermanos Besdietow se sentaron uno al lado de otro y dejaron a Nadeshda Antonowna que ocupara un sitio enfrente de ellos. En seguida se quedaron adormilados por la fatiga, molestos por los ronquidos de los otros durmientes. Aún apareció en la maleta de los hermanos una última botella de coñac. Al compás soñoliento de los trenes que huyen hacia la retaguardia bebían de cuando en cuando los dos hermanos entre largas pausas dedicadas a la meditación, en su cantimplora de plata que les había prestado el mismo servicio durante el viaje de ida, y volvían a acostar en la maleta la botella de coñac. El tren cortaba los dilatados dominios de los antiguos principados rusos. El menor de los Besdietow se inclinó con la frente surcada de

arrugas al oído de su hermano y le preguntó en voz baja:

—¿Crees tú que el viejo Skudrin matará a golpes a la muchacha?

—Se puede creer que lo hará—murmuró el mayor, también en voz baja.

—El niño tiene que ser tuyo o mío.

—Desde luego.

El tren conducía de Kolomna a Moscú el sueño y la espesa atmósfera de la retaguardia. Después de media hora y reforzado por un nuevo sorbo de coñac, preguntó Esteban:

—¿No sería mejor que presentásemos la denuncia de todos modos? Antes de que nos formen proceso por violación.

—Para eso hay tiempo aún. Yo no creo que nos denuncien por violación. Esperaremos aún tres o cuatro días, y si entonces da ruido el viejo pondremos en circulación la historia del atentado.

El tren llegó a Moscú a la misma hora que las campanas empezaban a aullar en Kolomna. Moscú, la capital, lo recibió con ruido y vida. En el camino de la estación había hileras de camiones y carros cuyos caballos parecían más fuertes que la energía de los motores. Espesas masas de gente afluían a los ferrocarriles suburbanos, tranvías y autobuses. De las locomotoras, plataformas y remolques se derramaban por las calles al mismo tiempo que las personas, carteles y ruidos de máquinas que hacían gritar a los hombres para entenderse unos con otros. Los anuncios cubrían el cielo. El orden de batalla en forma de cuña de los hombres del trabajo perforaba las calles, y los tanques, también en forma de cuña, de los Transportes Automóviles, se abrían camino por entre la gente. Las zanjas de las calles, abiertas entre muros de casas, rechazaban la corriente con una férrea tranquilidad y la cegaban con las ventanas empolvadas de las casas. Moscú jadeaba por la carga de los trabajos empezados y de los terminados, se dejaba caer al suelo en los derribos y se erguía en nuevas construcciones. Los automóviles se oprimían entre las casas y rebosaban la rigidez opuesta al tráfico por el sistema de calles. Moscú, campamento del frente en la lucha por el porvenir de la Humanidad, saludaba la aurora de su jornada con un gris acerado. Nadeshda Antonowna y los hermanos Besdietov hablaban al mismo tiempo que se abrían paso por entre la muchedumbre de las especies de porcelanas viejas de los

Gardner y Sabanin. Con el pulgar en el peto de su levita, Pablo Besdietow pronunció un instructivo discurso. Nadeshda Antonowna se fué a tomar café con los dos hermanos. Un "taxi" los arrancó al Moscú de las manos encallecidas y los mozos de cordel y los condujo a la parte del viejo "Muladar", donde los hombres vivían aun como si las masas glaciares del pasado pudieran fundirse en la nueva vida o hallar un medio de transición a ella. El taller de los hermanos Besdietow en el viejo "Muladar" era como una isla glaciar, residuo del viejo tiempo.

El arte de los muebles de caoba se ha transmitido siempre anónimo a través de los siglos como una actividad accesoria. Sus maestros se emborrachaban y embotaban hasta que les sobrevenía la muerte. Los accesorios sobrevivían a sus artífices y viven aún en nuestros días; eran tálamos de amor y lechos mortuorios, ocultaban secretos de pasión y de dolor de trabajos y amistades. Isabel y Catalina, las zarinas, barroco y rococó, Pablo el Maltés, el Severo, bajo el que morían las habitaciones, tomó un brillo oscuro la madera de caoba y aparecieron mullidos de cuero verde, leones negros, grifos y dragones, Alejandro y el estilo Imperio, clasicismo y helenismo: todo tenía aquí residuos. Los hombres mueren, pero los muebles quedan y en su vejez emanan el flúido de los tiempos desvanecidos. En el año 1929 las tiendas de antigüedades brotaban como setas en Moscú, en Leningrado y en las grandes ciudades de provincias, y se compraba y vendía en todas partes muebles antiguos procedentes de Montes de Piedad, de ventas hechas por el Estado o de comerciantes particulares. Había muchas gentes el año 1929 que coleccionaban el flúido del pasado, que después de las tormentas de la revolución daban refugio en su casa a todo un museo del viejo tiempo, que aspiraban la vida viviente de los viejos utensilios e intentaban animarlos de nuevo con su propio aliento. Y se prefería especialmente a Pablo, el rectilíneo y severo maltés, espíritu de cuartel, en cuyo reinado las habitaciones tomaron aspecto de cuarteles, desprovistas de bronces y arabescos. Los hermanos Besdietow vivían en el "Muladar", actualmente calle Wladimiro Dolgoruki, y eran anticuarios y restauradores. Su sótano, lleno de muebles, era como un tope de los tiempos taponado con antigüedades de las épocas de Alejandro, Pablo y Catalina. Los hermanos reinaban como zares en aquel imperio de caoba, conocían todos los objetos y sus autores

y el ambiente de la bodega estaba preñado de vapores de la antigüedad. Las charlas de los restauradores solían ser bañadas de coñac, contenido en una garrafa de la época de Catalina, que bebían en vasos tallados del antiguo servicio imperial "Diamante". El café que tomaban era auténtico moka, en un recipiente de porcelana obra de Batenin, joya singular. Los hermanos invitaron a Nadeshda Antonowna a que se sentase en un diván de la época pauliana, y junto a éste pusieron una mesa de estilo catalíniano provista de dulces y licores. Las levitas de los hermanos tomaban el mismo corte anticuado que sus conversaciones. Después de tomar el café empezó a sentir Nadeshda Antonowna deseos de dormir. Pablo Besdietow le enseñó viejas miniaturas, porcelanas y gobelinos rusos, le acariciaba las manos, contaba historias viejas y llenaba otra vez los vasos de licor. Luego tocó a Beethoven en una espineta. Al mediodía, cuando estaban dando las doce, se quedó dormida Nadeshda Antonowna, que rogó no la despertasen hasta las siete de la tarde. Los hermanos se lavaron en el grifo sucio y se encaminaron a la iglesia de San Pimen para tomar parte en la subasta. En el templo, convertido en casa de préstamos, les aguardaban sus negocios y personas habituales; aquí salía a subasta la miseria, y los objetos que ocultaban el "fluido", escapaban de las manos tocadas por la desdicha. Sobre un altar reinaba en la iglesia, atestada de cachivaches de todas clases, el subastador como si estuviera en un trono. Los hermanos Besdietow se encontraban allí como el pez en el agua. Las cinco serían aproximadamente cuando salieron de la iglesia, y después de comprar vino, dulces y comestibles, regresaron a casa. Nadeshda Antonowna se despertó fresca y animada. El tiempo quedaba como un mar al otro lado de las zanjas de la revolución. Nadeshda Antonowna tomó el teléfono y llamó a una amiga:

—Ksana, estoy en un sótano de antes del diluvio, entre magníficas piezas de caoba, bebiendo coñac en una botella antigua y oliendo a cola y barniz. Ven y haremos locuras enormes, jugaremos al siglo dieciocho, como si fuéramos auténticas marquesas y pastoras. El dueño de la casa cencerrea en la espineta música bucólica. Hay bóvedas con telarañas en el techo y los huéspedes usan levitín. No son capaces de decir dos palabras seguidas que no se refieran a sus antigüedades.

Los hermanos Besdietow prepararon la comida en el

precioso servicio Gardner y pusieron a enfriar el aguardiente y el vino blanco y a calentar el tinto. Sobre las peras tempranas, enviadas del Mediodía, las perlas de savia parecían lágrimas. Instalaron cuatro cómodos sillones alrededor de la mesa redonda. La amiga de Nadeshda Antonowna pertenecía a esta clase de mujeres que, desafiando los elementos, salen de paseo en Moscú, en pleno verano, con abrigo de pieles, que jamás dejan de pintarse y a las que se encuentra al atardecer en el paseo del Kusnetzki Most (1) y por la noche en los establecimientos en que se baila. Las dos mujeres mimaron el "siglo dieciocho", pero no dejaron atrás a los hombres en cuanto a beber aguardiente. El mayor de los Bedletow se sentó en la espineta. El cristal del que fué servicio "Diamante", del palacio imperial, se llenó de un champaña de rubia espuma producido en Rusia. Tomaron otra vez café muy cargado, al modo turco, con licores y coñac, y poco a poco el perfume de las mujeres, que se confundía con el "flúido" de la antigüedad, desalojó del ambiente el olor a cola. Esteban, el más joven de los hermanos, enseñó a las invitadas viejas esclavinas, fichus, chales y abanicos, sedas antiguas, terciopelos, brocados y encajes, figuras talladas en marfil y ámbar que conservaban aún el olor marchito del pasado. Nadeshda Antonowna cruzó una pierna sobre otra, se dibujó con el carmín el contorno de la boca y empezó a hablar con el cerebro nublado por los vapores del vino:

"En la biografía de Sergio Iessenin (2), cuyo destino parece un cuento mágico—os ruego un poco de atención para mi discurso—, puede encontrarse la prueba de que este hombre vivió exclusivamente en estados de ánimo alegres, lo que le distingue fundamentalmente de los demás seres de nuestro tiempo. ¡Escuchad! ¡Escuchad! Sergio Alexandrowich Iessenin tuvo un fin trágico. Por esto voy a hablaros de su fatal encuentro con Isadora Duncan. Iessenin fué amante de la célebre bailarina que tenía quince años más que él, y no sabía una palabra de ruso, pero que no era capaz de combatir su pasión por el joven. Esta mujer, que ha-

(1) Una de las calles más importantes del centro de Moscú.

(2) Sergio Iessenin (1895-1924), importante lírico ruso de después de la revolución. Sus relaciones con Isidora Duncan, a que se alude aquí, sirvieron al escritor ruso Marienhof para su Novela sin mentiras.

bía trastornado la cabeza a innumerables hombres de todos los países y a cuyos pies había puesto la Humanidad muchos millones para satisfacer sus caprichos, que había recorrido todos los escenarios entre Honolulú, San Francisco y el Kamchatka, que había probado para conservar joven su cuerpo todos los productos lanzados al mercado por las fábricas químicas, esta mujer se entregó, pues, a un joven aldeano ruso de la provincia de Riasan, cuya patria, Konstantinowo, sobre el Oka (hemos pasado por allí esta noche), quedará muy pronto sumergida en las aguas. La moral de nuestra bohemia hizo creer a Sergio Iessenin que era un deber de honor ser el amante de una mujer con la que sólo podía entenderse por medio de intérpretes. Fué una magnífica locura, semejante a la nuestra de esta noche. Sólo que Sergio Iessenin se casó con la Duncan, fué su marido legal y aquí empezó su decadencia. Os suplico que os fijéis bien en la palabra "decadencia". En su orgía de amor y de wodka nada cambió por el matrimonio. La pendiente de la decadencia empezó a manifestarse porque ahora existían lazos sólidos, porque el hombre, que apenas tenía cumplidos los treinta años, se sintió encadenado para siempre a una mujer de cincuenta, una mujer que no conocía su idioma, que había agotado la pasión y la energía vital de muchos hombres, que había aprendido que la noche es para dormir y que una persona del sexo débil lleva vestidos femeninos, y que bebía como agua el wodka, que los traidores de nuestro Estado llaman "aperitivo nacional". No es posible amar a una mujer como ésa. ¡Escuchad! ¡Escuchad! Sergio Iessenin no fué ya Iessenin, sino Sergio Duncan. Isadora dejó de ser ella misma y fué Isadora Iessenin. El muchacho-poeta, rubio como el trigo, imagen de belleza varonil, abofeteó a la mujer que empezaba a aviejarse y la obsequiaba con puntapiés en todo el cuerpo. Los golpes y los puntapiés se volvieron contra él mismo. Le leía en voz alta sus versos en que le llamaba perra, y ella no entendía una sola palabra. Bebían juntos aguardiente en cubos y ahogaban así su vida, su sangre, su poesía...

Nadeshda Antonowna estaba borracha y su amiga también, y se esforzaban por adoptar una actitud, que el alcohol hacía oscilante, de marquesas del siglo XVIII. Los Besdietow no se embriagaron y guardaban las cosas que habían sacado para enseñarlas. Hacia las diez se detuvo un "auto" a la puerta del sótano, montaron los cuatro y dieron un

paseo por el camino de Petersburgo hasta más allá del límite del distrito de Moscú y volvieron. Alrededor de las once y media se detuvieron en el Club de Actores, frente por frente de la iglesia convertida en casa de préstamos de San Pimen, en cuya cúpula, en lugar de la cruz se destacaba un madero sobre las estrellas del cielo azul de la noche. Los camareros del Club de Actores traicionaban el siglo del rococó en favor del excelente aspecto "mil novecientos veintinueve" de sus caras. Trajeron una cena escogida y una ponchera de champaña. Las mujeres bailaron al son del "jazz-band", mientras los hermanos Besdietow seguían dignamente sentados en sus sillas, simétricamente flanqueados por los faldones de sus levitines. Hacia las tres volvieron a encontrarse en la desierta oscuridad de la calle, que tomaba fuerzas para la lucha del próximo día, y tomaron otro "taxi", que los condujo de nuevo a la calle Wladimiro Dolgoruki. Toda la compañía estaba bastante embriagada. Los hermanos hicieron café otra vez, con los ojos firmes en su resplandor plomizo. Esteban propuso a las mujeres que se pusieran unos trajes de seda y encajes, a fin de parecer auténticas marquesas del siglo XVIII, y tendió tapices sobre el diván para que se echasen en ellos. Las mujeres se desnudaron, pero no les duró la conciencia bastante para vestirse y se quedaron tendidas en el diván, desnudas y estrechamente abrazadas. Los hermanos se quitaron las levitas, se sentaron a los pies de las mujeres y empezaron a besuquearlas. Detrás de las cortinas pesaba una profunda noche sobre los cachivaches de caoba. Las velas, oscilantes, se reflejaban en la roja madera, y el café y los licores se pegaban a las telas. Nadeshda Antonowna, desnuda, dijo:

—Yo no sé quién es el padre de mi hijo; pero me da absolutamente igual. Estoy embarazada y no he de abortar. Yo no tengo miedo a la vida. Somos la nueva Humanidad. Los pueblos mueren, pero mi niño vivirá, hijo de una nueva época. Y es bueno que yo no conozca a su padre. Es la moral nueva. Yo soy madre—así ha sido desde los tiempos primitivos—. Hoy es la última vez que me emborracho. Mañana temprano iré a ver al médico.

Esteban Besdietow apagó las últimas velas...

Por la mañana fué Nadeshda Antonowna a ver al médico. Eligió el camino de los bulevares, pasando por las calles Worotnikow y Pimen. Sus ojos taladraban el espacio. Ante la casa de préstamos se estrechaba el ejército de co-

merciantes en la puerta de San Pimen, santo que, como había comprobado el profesor Polótika, aparecía en muchas ediciones entre los bienaventurados del clero ortodoxo. Era la primera un ermitaño palestinense del desierto de Ruwe, la segunda un abad egipcio que lloraba constantemente sus propios pecados y los de los demás, la tercera y cuarta monjes de la Pecherskaia Lawra, sobre los que estaba escrito en el "Año Cristiano": "Ahora te invocamos a ti, caro padre Pimen, que eres ejemplo de comunidad monástica, hijo de la fe vigorosa, compañero de oraciones del bienaventurado ángel..."

Los ojos de Nadeshda Antonowna taladraban el espacio. Descargaba el combate del día sobre Moscú, campo de batalla de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; la Unión hacía la guerra por el socialismo, guerra sin cañones ni sangre, pero ajustada a todas las reglas del arte de las batallas. Moscú resonaba como frente y retaguardia a la vez, con el fuego de contención de la actividad, del principio, de la conclusión. Era Moscú un cartel único, una única contraseña, cuartel general del Estado Mayor y ejército de la Rusia invencible, color gris de acero. Por la Twerskaia pasaban dos aldeanos llevando encadenado un oso salvaje que lanzaba miradas melancólicas a los autobuses. La Twerskaia estaba cortada por trincheras como un frente de batalla. Talleres ambulantes de zapatería ejercían su oficio en las esquinas, y las mujeres hablaban de que el hilo para coser y los enchufes eléctricos habían desaparecido del comercio detrás del frente de batalla. Pasaba el frente por la fábrica de electricidad de Dnieprostroi, el ferrocarril de Turksib, las fábricas de hierro de Magnitogorsk, el monolito de Kolomna. Se daba pan al pueblo a cambio de tarjetas, porque la Economía Política estaba fijando la atención en su consumo de pan, y todo el país estaba equipado, lo mismo que Moscú, como para marchar a la batalla. Moscú se encaminaba a la victoria. La historia del país seguía adelante, los hombres vivían en el frente. Los hombres vestían todos lo mismo, con abrigos, americanas, pantalones y levitas hechas todas con un mismo modelo. Los trabajos del principio y del fin hacían retumbar a Moscú, porque no sólo los médicos y los biólogos intentan hallar el procedimiento para alargar la vida humana, hay todavía otro camino más importante: el de la colectividad, el camino de la liberación del tiempo del hombre, de la liberación del trabajo huma-

no, cuando el hombre logra dar por sí mismo destino a su vida y la construye según su propia voluntad. Y este camino es el que preparan Turksib, Dnieprostroi, la lucha, la construcción.

Mientras se lavaba las manos después del reconocimiento, el médico dijo a Nadeshda Antonowna que, efectivamente, se hallaba en cinta; pero que estaba tocada de sífilis.

El sol cruzaba sobre Rusia, sobre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, durante ocho horas del día. Cuando es medianoche en Wladivostok, quedan aún en Moscú cuatro horas de día; cuando el mediodía luce sobre Wladivostok, despunta la mañana en Moscú.

PORVENIR

El día de su llegada a Moscú había interrumpido el profesor Polétika en su cuarto del Gran Hotel Moscovita la lectura de las vidas de los santos de la Iglesia ortodoxa y comenzado a meditar sobre las leyes de la repetición de imágenes. Pensaba en su infancia, en el Monasterio subterráneo de Kiew, en la iglesia de San Pimen en que se había casado, en su mujer, en su matrimonio, en las grandes y frías habitaciones de su casa de Petersburgo; todo esto había desaparecido para nunca más volver; y se había convertido en la casa de préstamos de la vida. En el Monte de Piedad que había hecho ahora su nido en la iglesia de San Pimen se vendía, en lugar de los malos pasteles de hostias de otros tiempos aguardiente y pastas de requesón. Veinticinco años antes vivió el joven ingeniero Pimen Serguéyewich su primavera amorosa. El estudiante Laszio irrumpió en ella y le arrebató su mujer. Por delante de la memoria cavilosa de Polétika pasaban cuadros vistos solamente con los ojos del artista, del nuevo río que enlazaba Moscú con el mar; pero aun éstos se desvanecieron cuando sonó el teléfono y el librero de viejo Mijailow informó cortésmente al camarada Polétika sobre los distintos santos reconocidos por la Iglesia con el nombre de Pimen. Los santos no eran ya modelos para la vida. El más espantoso sentimiento del hombre en la vida es el de empezar a conocer la superfluidad,

y éste había llegado a Pimen en su infancia en las cavernas del Monasterio de Antón. Los santos del viejo libro enviado por el librero de viejo se fundían en una pieza con los hermanos Besdietow, comerciantes de antigüedades. Investigando las leyes físicas de la vida había demostrado el fisiólogo Lasarew que el grado más alto de la capacidad de asimilación está en los veinte años. Lo que un hombre asimila alrededor de los veinte años representa un contenido fundamental para todo el resto de la vida...

El tren surcaba la noche conduciendo al profesor Polétika hacia la vieja ciudad de Kolomna, campo de la batalla por el socialismo, de la batalla presentada por el profesor Polétika. Cuando el tren llegó por la mañana a la estación de Kolomna, un anciano erguido, hombre de acción, constructor, se encaminó hacia el emplazamiento de la obra.

Así recordaba las cosas Pimen Sergueyewich Polétika.

—Ayer murió María, mi mujer, que se había separado de mí para irse con Laszlo. Se ha ahorcado. Hoy es el entierro—dijo Fedor Sadykow con voz clara, pero con la lengua pesada.

El sol había tostado hasta ennegrecerlo el cráneo con el pelo muy corto de Sadykow. La luz del día parecía chillona. Pimen Sergueyewich ocultó los ojos tras de las cejas espesas; las repeticiones de imágenes se intercalaban en el curso de los acontecimientos. Laszlo, las mujeres, la vida de Sadykow, la suya propia. ¿No les había Edgar Iwanowich Laszlo arrebatado la mujer a los dos? Pero el camino de Fedor Sadykow era el más difícil. Los pensamientos se confundían hasta producir dolor, y el dolor se resolvía en la dulzura de la vejez limpia. El profesor no gustaba de revelar sus sentimientos y por eso contrajo duramente las cejas.

—Sí. Olga Alexandrowna fué mi mujer y Liubow Pimenowna es hija mía—dijo Pimen Sergueyewich con voz vigorosa y golpeando con sus dedos nudosos la mesa.

Surgió de nuevo en su memoria la casa de Petersburgo, los largos pasillos, las habitaciones amplias, el umbral en que Pimen Sergueyewich vió por última vez a Olga Alexandrowna cuando le dejó para irse con Laszlo. Del lado de acá del umbral quedaban para Pimen Sergueyewich los negocios, el trabajo, el pensamiento y el tiempo.

En la puerta del hospedaje para visitantes extranjeros de la construcción apareció un hombre singular, vestido de harapos, con una americana rasgada y barba torcida. En

sus ojos y en sus movimientos se descubría la locura. Apresuradamente sacudió la mano uno tras otro a todos los que estaban presentes, *se* inclinó y se presentó:

—Iwan Oshogow, comunista sincero hasta el año mil novecientos veintiuno.

Sadykow saludó al loco con grave amabilidad. Los pensamientos de Fedor Sadykow vagaban en el tiempo; la regla de conducta para la vida, que ordena a todo hombre ser honrado, no sólo es necesaria en el sentido de la llamada moral superior, sino que constituye un sencillo precepto de utilidad, porque ser honrado es un mandato de la razón práctica, y para Pimen Sergueyewich Polétika la razón humana estaba en muy alto lugar en el mundo. Infringir las reglas de la razón significaba para él una enfermedad.

—¿Quién de los presentes es el antiguo bolchevique Pimen Sergueyewich, camarada Polétika? Tengo que hablar con él—dijo el loco.

—Yo soy Polétika—respondió el profesor.

—¿Es usted?—los ojos del loco adquirieron un brillo dulce y triste—. Muy bien. El año mil novecientos veintidós me expulsaron del Partido por embriaguez pertinaz. Soy un proletario-vagabundo. ¡Pero soy comunista! Pimen Sergueyewich, camarada profesor! ¡Venga usted a nuestra comunidad, a nuestro subterráneo! Sólo quiero de usted que sea honrado, y vengo a buscarle para que repita esta frase a todas estas gentes. Me dirijo a ti, camarada Polétika, porque tú y yo no hemos cambiado en la revolución. Nuestra primera revolución fué la de octubre, la bolchevique, la revolución social, y después ha venido la segunda, la de la cultura. Ahora necesitamos una revolución del honor, de la conciencia, para que subsista en el mundo la honradez, porque sin ella todo se viene abajo. ¡Es preciso ser honrado! ¡Fiel a la conciencia!

—¿Quién es usted?—preguntó el profesor.

—¿Le han expulsado ya a usted?—preguntó a su vez el vagabundo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Del Partido.

—No.

—Pues le expulsarán si no hacemos la tercera revolución.

—¿Quién es usted?

—Soy un hombre que ha sido; un borracho y un vaga-

bundo-proletario, pero al mismo tiempo soy el sincero comunista Iwan Oshogow. Ayer se ahorcó en la casa de Laszlo la mujer del ingeniero Sadykow. Mírele usted a la cara al camarada Sadykow. ¿Es esta una cara humana? Mire usted a la compañera Olga Alexandrowna, esposa abandonada de Laszlo que anda siempre con los labios apretados, un pañuelo en la boca y todo su ser consumido. En mes y medio Laszlo ha matado en cuerpo y alma a su nueva mujer y él mismo se ha quedado marchito como un tizón en la estufa. ¿Quién tiene la culpa? En el honor nadie es culpable. ¡Pimen Sergueyewich, camarada profesor! Mis hermanos comunistas me han encargado de llevarle a usted ahora mismo y tal como esté. Queremos mantener el honor...

Los ojos del loco resplandecían de pasión y de dulzura. Arrojaba las palabras con los brazos muy apretados contra el cuerpo y las piernas temblorosas, como en los escalofríos de la fiebre. Y este pobre anormal de la especie de los que son muertos y no matan, este mendigo, inválido y pobre Lázaro de la Rusia de los Soviets, que hace mil años padece de ellos, "herencia" del zarismo y de los principales feudales de Moscú, temblaba con todo su cuerpo. Le sacudían los espasmos desde la cabeza a los pies, las palabras le brotaban de los labios como en un acceso de fiebre y la lengua se le trababa:

—¡Honor! ¡Honor! ¡Honor!

En tales momentos, los pobres de espíritu de la Rusia de los Soviets, como los de la antigua "santa" Rusia, predican y profetizan o maldicen. Sadykow sirvió un vaso de agua al loco y el agua le cayó por la barba, cortada sin espejo, lastimosamente, con tijeras sin filo. Sin embargo, los ojos de Iwan Oshogow brillaban como antes, llenos de bondad.

—¡Viva el comunismo! ¡Hurra por el honor y la revolución comunistas!—gritó el vagabundo.

—Sí, sí. Exacto. Tiene razón...—dijo el profesor gravemente.

Pero Pimen Sergueyewich no acabó esta frase, porque sus pensamientos se sumieron en el invierno y las nieves del recuerdo. Suceda lo que quiera, todo hombre debe resolver a su propio modo el amor, el trabajo, la ciencia y la muerte; cada cual tiene su infancia, su juventud, su madurez y su ancianidad propias, y todo hombre tiene derecho a su propio honor. ¿No se habían lanzado los estudiantes revolucionarios, en la época del zarismo, fuera del camino

de la ley en la tierra innominada? Y hoy los pensamientos flotaban en el tiempo como las nubes en el cielo los días interminables en que los vapores descienden pesadamente y quitan al sol la vista de la tierra.

—Sí, sí. Tiene razón. En mis tiempos de estudiante...

El ataque hizo caer al suelo a Oshogow y tuvieron que llevarlo al comedor.

El profesor Polétika inspeccionó los planos, los hitos de la obra terminada, los apuntes y acuarelas; vió millones de metros cúbicos de agua y las fórmulas se convirtieron en fuerzas vivas. Las imágenes del recuerdo iban puliéndose una a una: Olga, su mujer; el entierro de María, la construcción del monolito. ¿Dónde estaba el verano de su vida? Sólo había conocido a su hija como una muchachita. La había llevado en sus brazos, entonces potentes; la había asustado con sus lentes. Hoy era ya una persona mayor, una mujer independiente, una comunista. El monolito, la construcción de kilómetros de largo, el cemento y el hormigón, las estacadas, todo esto no existía ya sólo en colores sobre el papel, sino que se levantaba, sólidamente edificado en granito, en medio de la Naturaleza. El día avanzaba con lentitud, y sobre el sol pasaban nubes aisladas; luego palideció todo unos minutos para recobrar su brillo dorado cuando el sol envió refuerzos. El profesor Polétika hablaba con frases breves y condensadas, acorazado en los años de su vejez. Las mujeres abandonaron las carretillas y marcharon hacia la ciudad. Un técnico alcanzó con una bicicleta a las mujeres, retrocedió y no consiguió aclarar nada. De la oficina decían:

—¿Hay huelga, pues?

El técnico intentó un camino intermedio:

—Parece una demostración.

El profesor Polétika miraba al cielo de mal humor y meditaba que no sólo está llamado el hombre, la Humanidad toda, a transformar la naturaleza de las cosas, invertir el curso de los ríos y soldar el trabajo con la geología, sino que es también misión suya, misión de la Humanidad entera, edificar el monolito de las ideas, trastornar la historia universal, elevar lo subconsciente a la conciencia y engendrar nuevas relaciones de hombre a hombre. Las columnas de mujeres marchaban al encuentro del porvenir. Huelga, protesta, manifestación: todo palabras vacías.

La jornada fué interrumpida en el monolito por el en-

tierro. En aquella hora de confusión decidió Pimen Sergueyewich ocuparse de sus propios asuntos y llamó a Fedor Sadykow para hablar con él a solas. Fuera de las ventanas volaban enjambres de mosquitos, mensajeros de la lluvia que el cielo no anunciaba todavía. El silencio se hacía más intenso cuando se miraban los enjambres callados. Pimen Sergueyewich se sentó, pesado y rendido, en la cama de la habitación de Laszlo. El cuarto era poco confortable y triste en su amplitud. Rogó el profesor a Sadkow que acercara su silla y Fedor se sentó. Pimen Sergueyewich contempló largo rato a su camarada; su expresión se hizo confusa y le abandonaron las fuerzas. Sadykow estaba sentado frente a él, con los hombros caídos, fatigado y con una melancólica mirada en los ojos. Pimen Sergueyewich le sonrió afectuosamente.

Entonces empezó el profesor:

—No he hablado hoy con usted del avance del desierto por pura casualidad, Fedor Iwanowich. Ya continuaremos tratando este tema. Por el momento estoy pensando en lo parecidos que son nuestros destinos. No es cosa que se pueda tomar muy en serio, pero esto me trae a la imaginación la repetición de imágenes. Hace veinticinco años me casé con Olga Alexandrowna. Perdone usted que trate estos asuntos personales; a mí me ha quitado Laszlo, como a usted, la mujer. Olga me abandonó y por eso sé lo que usted ha debido de sufrir cuando María Fedorowna le dejó. Yo sé cómo duele esto; pero sé también que en hombres que cuidan de sí mismos no existe la casualidad, por mucho que dure la vida. Cuénteme ahora de usted. ¿Suele usted ver a los míos?

—¿Qué puedo contarle de mí? María ha seguido sus impulsos y tenía fatalmente que ir a su ruina, porque en Edgar estaba precisamente pervertido el instinto originario. Ayer ví a su familia, Pimen Sergueyewich. Fuí a llevar a su hija el perro de María porque no quería tomar alimento de mí. Veo con frecuencia a las dos mujeres.

Pimen Sergueyewich comenzó a hablar otra vez, levantando la cabeza hacia el techo y hacia sus categorías de tiempo y espacio, que los enjambres juguetones de mosquitos reducían a polvo.

—Hay que dejar que las cosas se resuelvan. En Olga Alexandrowna fué una especie de enfermedad el hecho de abandonarme; pero aún no está todo claro para mí. He visto pasar antes a las mujeres que iban al cementerio. La

interrupción del trabajo cuesta al monolito algunas docenas de miles de rublos, sin contar con la fuerza que representaba Laszlo. Porque esto lo arruinará, naturalmente...

Pimen Sergueyewich sonrió un poco avergonzado.

—Yo creo, Fedor Iwanowich, que no me negará usted el favor de amigo de acompañarme a ver a Olga Alexandrowna. Para hombres que se respetan no puede haber casualidades; esto pertenece al departamento de las enfermedades. He vivido en un matrimonio feliz con Olga Alexandrowna, y hoy somos viejos los dos. ¿No es así? Además, yo quisiera ver a mi hija Liuba. La he querido mucho y la quiero todavía.

Sadykow dijo en voz baja y confuso, como el profesor:

—Sí, vayamos. Se alegrarán por usted.

Sadykow calló un instante.

—Su hija es una persona maravillosa, Pimen Sergueyewich. Y la vida... hay que tomarla sencillamente; tal como es.

El profesor se puso de pie, todavía confuso.

—Usted comprenderá, Fedor Iwanowich...

Pero se atascó en su discurso y se indignó contra sí mismo y contra su propia confusión.

Los enjambres de mosquitos de fuera se destacaban grises del aire, reforzando el bochorno silencioso del día decandente.

. . . .

Hay días en que el hombre se siente buen amigo de la tierra. Hay días en que los hombres se agarran cuidadosamente a todo lo que la sucesión de los instantes ha predeterminado para no caer en el sufrimiento sin forma. En la casa de las hermanas Skudrin era hoy un día de éstos. En la orden en las provincias rusas exige que en tales días se abran temprano las ventanas para que el aire, movido por un ligero viento de julio, encuentre paso libre por toda la casa. Entonces hace frío en las habitaciones; los tilos y los arces proyectan sombras verdosas; la vid salvaje que llena la terraza acapara todo el oro del día; la luz dorada se derrama sobre el jardín, y los girasoles levantan la cabeza en el seto. Olga Alexandrowna cavaba cuidadosamente en el jardín y rastrillaba los tableros de flores para no quebrantar el orden impuesto por el tiempo y para que en la casaca del curso del día no quedara un solo agujero sin remendar. Tenía

las manos manchadas de tierra y andaba de un lado a otro por la casa y el jardín, con un pañuelo rojo en la cabeza y los brazos muy separados del cuerpo para no mancharse el traje blanco. Quería vivir en amistad con la tierra, en aquella cara y feliz amistad que es propia de los seres humanos, cuya fuerza consiste en amar, en creer y en ser fieles. Es un trabajo maravilloso cavar la tierra hasta que duelen los músculos, quitar del tablar todos los estorbos y contemplar cómo brota la semilla plantada por ti y crece el grano arrojado por tus propias manos.

La pequeña Lissa tenía varias muñecas. A una de ellas, un gigantesco paquete de trapos, le había pintado bigote con lápiz tinta. Lissa no llamaba nunca a su padre "papá", sino Edgar, como oía decir a su madre; pero esta muñeca se llamaba "papá". Lissa jugaba con ella en secreto y nadie, ni aun su amigo Mishka, debía estar mirando cuando lo hacía. A un solo ser confiaba Lissa que aquella muñeca era papá: al perro "Lobo". En el rincón más apartado del jardín, sin más testigo que el sol fecundador, colocaba Lissa a "papá" en su regazo, lo arrullaba y le decía:

—Papá querido, papá bueno. No te enfades, vuelve con nosotros, querido papá.

En una ocasión había preguntado Lissa a su padre:

—Dime, Edgar, ¿vivimos nosotros, o jugamos? Mira, mamá y tú, vivís, y Mishka y yo jugamos a las muñecas. ¿Es también vivir lo que hacemos Mishka y yo, o nada más que jugar?

El enorme atado de trapos, con el pavoroso bigote de tinta, estaba sumamente sucio y temeroso. Por la noche, Lissa ponía a la muñeca bajo la almohada de su cama. Hacía esto en secreto, antes de irse a acostar, para que no le quitasen a su "papá", y cuidaba de que nadie tuviese noticia de su existencia; pero de día, cuando hacía calor, le estrechaba contra su pecho...

El día se inclinaba ya a la decadencia; comenzaba a gotear la lluvia y los primeros chubascos resonaban ya entre las hojas. Había que darse prisa. Olga Alexandrowna empezó a buscar apresuradamente cuerda para atar los guisantes y no reconoció al principio al hombre que se le acercaba, cubierto, según pudo advertir con una rápida mirada, de un sombrero de anchas alas y con un bastón en la mano. Fedor Sadykow siguió por la terraza el jardín para dejar solo al extranjero. Las manos de Olga Alexandrowna tenían

tierra húmeda adherida. Fué hacia ella un anciano barbudo que le miraba a la cara afable, sorprendido, amigable. Pimen Sergueyewich no podía entrar de otro modo que así, porque en la terraza estaba la mujer, la única mujer que había amado verdaderamente, y tenía que hacerlo porque era bueno y porque veía que Olga Alexandrowna había encanecido por efecto del tiempo, como él mismo.

—¿Cuánto tiempo hace que no te he visto, Olga?—dijo Pimen Sergueyewich.

Luego enmudeció para coordinar sus pensamientos:

—Ya ves. Ahora he venido a ti.

—Has cambiado mucho, Pimen. ¡Cuánto tiempo hace que no nos hemos visto!—dijo Olga Alexandrowna.

Y, de repente los ojos de Olga Alexandrowna se llenaron de lágrimas, y los brazos, manchados de tierra, se plegaron, indefensos, al limpio vestido.

—He venido a ti, Olga. Para siempre.

—Tengo que ir a lavarme las manos—dijo Olga Alexandrowna. Extendió las manos hacia Pimen Sergueyewich y se colgó de su cuello.

Pimen Sergueyewich besó la tierra de las manos de Olga y ella no apartaba los brazos de su cuerpo, con la cabeza caída en su hombro. La vida puede acabar y empezar en cada hora, en cada minuto.

—¿Dónde están Liuba y tu segunda hija? Decidí venir a buscarte en la misma hora en que las obreras acompañaban a la sepultura a la mujer de Edgar Iwanowich.

—Tengo que ir a lavarme las manos—dijo Olga Alexandrowna; pero no las apartaba del cuello de Pimen Sergueyewich.

. . . .

Cantaba la curruca en el jardín. La lluvia otoñal caía apacible, gris, desconsolada, y los árboles se empapaban hasta hartarse. El canto de la curruca era también solitario e inconsolable. Fedor Sadykow estaba sentado en un banco, bajo la lluvia, y tenía los hombros tan húmedos como la tierra que se extendía ante él. Por la cara le corrían las gotas. Estaba inclinado, con la espalda encorvada, silencioso. De su camisa fluían pequeños hilos de agua. Había oscurecido en el jardín y la lluvia caía incesante. El cielo se confundía con la tierra y los árboles.

Liubow Pimenowna salió de la casa, y tras ella se escurrió "Lobo". Liubow se sentó en silencio junto a Fedor Iwanowich, y "Lobo" se echó a sus pies. Ni Fedor ni Liubow hablaron una palabra, y la lluvia empapó bien pronto hasta la última hebra del vestido de Liubow Pimenowna.

—Fedor—dijo Liubow Pimenowna—, hay que mirar hacia atrás para ver el porvenir... Nuestros obreros encontraron en el fondo del Oka un ídolo de piedra, y hace un par de años que estoy estudiando la historia de estas "mujeres de piedra"... —Liubow Pimenowna calló un rato—. ¿Cuánto tiempo habrá estado cubierto por el agua este ídolo? Ahora mismo vengo de ver a un hombre a quien di palabra de ser su mujer. He estado en su casa para decirle que ya no nos volveremos a ver. No me ha besado nunca. Y ahora ya sabe usted por qué no quise acompañarle a la torre de Marina... ¿Se acuerda?

Liubow Pimenowna miró al suelo y calló. Fedor Iwanowich cogió la cabeza de ella entre sus manos, la apoyó en sus piernas y miró atentamente cómo las gotas de lluvia corrían por los ojos cerrados de Liubow Pimenowna. No pudo distinguir si se mezclaban con lágrimas.

.. ..

Es grato en las noches de lluvia sentarse en la terraza bajo una parra de vid silvestre. El jardín está oscuro y de él llega olor a flores y la lluvia suena al resbalar por entre las hojas. Mientras la madre y la hija se preocupaban de los quehaceres domésticos, en la casa aquélla, y ésta en el jardín, buscando rábanos y lechugas, el profesor Polétika estaba con Sadykow sentado en la terraza. Hablaba de sus trabajos y al mismo tiempo escuchaba la lluvia y su diálogo con el jardín:

—Le he hablado a usted de cómo los desiertos avanzan al asalto de la Humanidad, Fedor Iwanowich. Los desiertos aniquilaron la Atlántida y han llevado a la ruina la Arabia, Mesopotamia, Mongolia y la región de más allá del Volga. Ahora, el desierto nos cautiva a nosotros en la Siberia occidental y la Rusia europea, amenaza alcanzar al mismo Moscú, y sus mensajeros, la sequía y las tormentas de arena, se extienden hasta Nishni Nowgorod, Riasan, Orel y Kiew. El desierto es más terrible que la guerra. Los desiertos se producen cuando el equilibrio entre el calor y la humedad se

altara. En cuanto el calor vence al grado de humedad preciso para oponérsele, el sol calcina la tierra y aniquila la vida. Esto es efecto de que los ríos llevan todas las primaveras al mar enormes cantidades de humus y lavan la tierra de sales y elementos químicos que favorecen el crecimiento de las plantas. Hace ya miles de años que los ríos desgastan la tierra y dejan sólo a su espalda arena y piedras, llevando inútilmente al mar todo lo que es preciso para alimentar la vida.

Pimen Sergueyewich se detuvo, escuchando a la noche. Liubow Pimenowna subió del jardín con un manojo de rábanos y lechugas puesto en un plato. Su cara hablaba de felicidad. El viento crujía en las ramas.

Pimen Sergueyewich continuó:

—He elaborado un plan con objeto de detener el asalto del desierto. Están dispuestos y comprobados los mapas y los planos. Es preciso construir un monolito a través del Volga, en Kamyshin, y lanzar así el río en el departamento de Transvolga, en las arenas sueltas que se extienden entre el Caspio y el Aral. En este desierto nacerían ríos y lagos nuevos. Decenas de millares de kilómetros cuadrados de tierra quedarán cubiertos de agua, pero cientos de miles que habremos arrancado de las fauces del desierto florecerán con una nueva vida. El seco desierto de arena, cuya superficie es igual a la de la mitad de Francia, será regado y cubierto por el fondo de humus del Volga y se producirá algodón y arroz. El desierto se convertirá en una nueva Mesopotamia, con canales y lagos rodeados de una vegetación tropical. Sólo una décima parte del caudal presente del Volga llegará al mar, y el río no desembocará ya en el Caspio por el mismo sitio. Su nueva desembocadura estará en la bahía del Komsomol (1). Las nueve décimas partes de las aguas del Volga se repartirán por ríos, lagos y canales nuevos, ascenderán al cielo en forma de vapores para formar una capa de aire húmedo protectora contra el desierto, y se restituirán a la tierra en forma de lluvias y tormentas, formando más humus para el algodón y el arroz. Este trozo de tierra, del tamaño de media Francia, se convertirá en la tierra más rica del mundo y será la avanzada de la civilización contra el desierto, su depósito de reserva de humedad.

(1) La bahía profundamente al oeste del mar Caspio, llamada antes bahía del Zesarewich.

rocío, nieblas y grandes lluvias. Opuesto así al desierto, el Volga transformaría el clima y la geografía de aquél. La modificación de su curso, que le llevará a desembocar en el mar Caspio por la bahía del Komsomol, alterará la faz de todo el mundo. Tierras que hoy están cubiertas por las aguas surgirán del fondo del mar a la superficie y no será ya preciso, como ahora, arrebatar artificialmente al Caspio la zona petrolífera de Baku.

El profesor hizo una pausa.

He meditado muchos años sobre este problema. Están confeccionados mis mapas y comprobados las trazas y los perfiles. Contendremos el desierto. No es posible imaginarse ahora lo que la Humanidad ganará con esto. Lo que hemos hecho hasta ahora en Kolomna, en el Oka y el Moskwa no es más que un prólogo; pero está relacionado con el plan que tengo entre ojos.

El profesor hizo otra pausa.

—Y quisiera pedirle a usted una cosa, Fedor Iwanowich.

El anciano calló. Olía en la terraza a tabaco y alelíes. Susurraba el viento y se le oía sacudir las manzanas, medio maduras. Las mujeres pusieron la mesa y los hombres se levantaron y fueron a apoyarse en la barandilla entre la vid salvaje. Liubow Pimenowna se dirigió a Fedor Iwanowich y apoyó el brazo en sus hombros para oír la conversación. Pimen Sergueyewich sonrió a su hija y contempló a la pareja con una mirada comprensiva.

Dijo reflexivamente:

—Hay que construir el nuevo monolito en Kamyshin, porque en aquel punto corre el Volga por un plano inclinado y su orilla izquierda está más baja que su horizonte. Empujar al Volga hacia los desiertos, contener el desierto, establecer una avanzada de la cultura; todo esto son posibilidades del socialismo, Fedor Iwanowich. Yo no tengo ya fuerzas para realizar ese plan, y por eso quisiera pedirle a usted una cosa. Yo le entregaré mis planos, mapas, dibujos y cálculos. Nuestro Gobierno le ayudará.

El profesor se detuvo.

—Usted cuidará de que mis pensamientos adquieran vida, Fedor Iwanowich. Liuba le acompañará, porque seguramente habrá allí también algo que desenterrar.

Reinaba un profundo silencio en la terraza, y alrededor de la lámpara revoloteaban mariposas nocturnas encorsetadas. Los hombres se sentaron a la mesa y Olga Alexandrowna colocó delante de Pimen Sergueyewich un plato con bizcocho tostado. "Lobo" estaba echado a los pies de Liubow Pimenowna.

. . . .

Las dos hermanas Kapitolina y Rimma Skudrin habían pasado por experiencias completamente distintas durante sus largas vidas, transcurridas en la burguesía de Kolomna, inquebrantable y poseída por la herencia. Las campanas entonaban sobre la ciudad su canto de despedida. Treinta años antes, Rimma había sido desterrada del trato y respeto de toda Kolomna por su práctica libre del amor. Esta infamia había de convertirse en la felicidad de su vida. El amor de Rimma Karpowna Skudrin había sido una completa vergüenza, porque se entregaba a su amante, empleado de Hacienda, a la vista de todo el mundo, y engendró a sus dos hijas entre los muros de la torre de Marina. La mujer legal del financiero y actor aficionado abofeteó a Rimma, y la ley moral de Kolomna estaba de su lado. Rimma parió sus dos hijas, doble y gritadora prueba de la deshonra de la digna ciudad, y en su pasaporte se leía: "Soltera. Tiene dos hijos". Su hermana Kapitolina, en cambio, era un magnífico ejemplo de la moralidad, tan altamente considerada en Kolomna. Pasaron treinta años; el tiempo corre como agua en cedazo. Rimma sabe que en su vida ha entrado la felicidad, y para Kapitolina sólo hay una dicha, una vida: la vida y la dicha de su hermana. El honor de Rimma, que ha prevalecido como un río, entre rápidos y remansos, es, en fin de cuentas, más fuerte que el honor de Kapitolina, sostenido por la moral de toda Kolomna. La vergüenza se ha convertido en felicidad, lo mismo que el Oka milenario, que solía llevar las balsas del abuelo Nasar Sysoiew, ha chocado en el monolito e invertido su marcha milenaria. Las leyes que rigen el curso de los ríos—que nunca fluyen en línea recta—conocen la erosión del fondo. El profesor Polétika, que había estudiado las condiciones de sedimentación de los estratos del sistema jurásico en el valle del Oka, podía afirmar que los demás valles de la cuenca se habían producido en los tiempos más lejanos, y que han recibido su con-

torno y pendiente actuales antes del principio de los es-
tratos del sistema cretáceo. Las mezclas más antiguas de
arena y marga del período cretáceo, que muestra la arcilla
del sistema jurásico, no tenían espesor bastante para trans-
formar los rasgos del relieve jurásico, y los valles y desem-
bocaduras conservaron su primitiva estructura. El hombre
Pimen Sergueyewich, el sabio profesor Polétika, rompió el
relieve del río Oka para crear una nueva corriente. En el
día y la hora en que cobró vida esta nueva corriente de agua,
encontró su ruina el proletario-vagabundo Iwan Oshogow.
Llegaron los días en que en las provincias de Orlow, Tula,
Kaluga y Moscú, las aguas de los ríos Moskwa, Ugre, Shis-
dre, Plawe, Sushe, Nurge, Krome y otros cien riachuelos
fueron interrumpidas por las presas, porque entonces ter-
minaba la construcción del monolito y se fundía con la Na-
turaleza y se disponía a detener la acometida de las aguas
y crear la nueva corriente, formada por la voluntad de los
hombres. Y comenzó el asalto del agua, crecieron la altura
y la anchura del caudal para lanzarse por un nuevo lecho
que les estaba preparado en Moscú, en el canal Moskwa-
Kliasma. Las aguas inundaron las praderas, en las que se
levantaban las aldeas de Bobrenew, Chanki, Parfentiewo y
Akatiewo, que hubieron de ceder al nuevo río su primitivo
emplazamiento. Las aguas cubrieron la casa del viejo Sku-
drin y arrastraron la choza del abuelo Nasar Sysoiew. Cien-
tos de miles de personas habían venido, a pie o en carrua-
jes, de todos los alrededores para asistir al nacimiento del
nuevo río, y festejaban la victoria de la construcción. Ya
el zócalo de la torre de Marina, de la torre de las leyendas,
quedaba dentro del agua. El mendigo-proletario Iwan Os-
hogow se perdió; su pobre cerebro se estrelló por completo.
A la misma hora de la acometida del agua, tomó Iwan a su
perro "Arap" y fué con él a la cavidad subterránea de de-
bajo del horno de la fábrica de ladrillos. El agua invadía
ésta, y todos los hermanos de la comunidad de vagabundos
se habían marchado ya. A cada minuto se acercaba más y
más el agua. La tejería estaba cercada. Iwan miraba hacia
arriba, a la escalera, por la que se entraba en la caverna, y
el perro se estrechaba contra sus piernas. Era de noche.
Cuando el agua llegó a unos brazos de distancia, Iwan bajó
al horno, se tendió en la paja y mandó al perro que se echa-
ra a su lado. "Arap" apoyó la cabeza en el pecho de Iwan y
escuchó el rumor del agua, que corría hacia ellos. Por el

agujero de la entrada se deslizó un resplandor del amanecer que aisló lenta y tenazmente de las tinieblas la viga que servía de mesa de comedor a los vagabundos. Sobre ésta había una hoja de periódico que anunciaba la conclusión de la obra. Iwan estaba tendido de espaldas; sus manos acariciaban el cuerpo del perro y su nuez afilada se clavaba en el aire. El crepúsculo gris hacía muy pálida y desmayada la faz del hombre y destacaba también unos residuos de tabaco en el madero, un par de abarcas rusas, que estaban en un rincón; la jofaina de barro y la boca de la cueva. En lo alto se oía resonar la inundación y olía a agua, a espacio húmedo. Ni el hombre ni el perro estaban dormidos. El hueco se llenó de un brillo verdoso y transparente, que resplandecía como el agua enfangada. El hombre y el perro se guardaban mutuamente. De pronto, un rayo de sol penetró por la boca, invadió toda la caverna e hizo brillar, como si fuera de oro, una esquina del horno. "Arap" no pudo más, subió de un salto a la entrada y vió la enorme extensión de agua que le rodeaba; entonces volvió a bajar, golpeó con el hocico el pecho de Iwan, escuchó, le agarró de los hombros con los dientes y le zarandeó; pero el vagabundo siguió inmóvil y ni siquiera abrió los ojos. El perro gemía; entonces Iwan Oshogow se sonrió. El perro volvió a saltar a la entrada y a intentar despertar a su dueño; pero en aquel momento entró en el agujero, entre soplos y detonaciones, una ola verde. En dos segundos quedó inundado el espacio todo y el hombre y el perro se ahogaron en silencio. Así murió Iwan Karpowich Oshogow, hombre maravilloso de la maravillosa época comprendida entre mil novecientos diecisiete y mil novecientos veintinueve.

En aquellos tiempos en que nació el nuevo río no dormía el pequeño Mishka ni de día ni de noche. Vigilaba el agua porque para él el nacimiento de una nueva corriente era un acontecimiento de la Naturaleza, cosa natural en el principio de una vida, como para Oshogow o Sadykow, en su infancia, podía con justicia estar en el principio el aullido de la sirena de la fábrica. Mishka acudió corriendo para ver cómo el agua engullía la antigua estación de bombas y seguía subiendo en la torre de Marina, batía sus pies y empapaba todo el monumento, emblema primitivo de Kolomna, a cuyo alrededor había volado durante siglos enteros el alma de Marina en figura de cuervo anunciando

destrucción; cuyos muros habían escuchado los gemidos de agonía de la zarina Marina y los suspiros amorosos de Rimma Skudrin.

A la misma hora en que moría Iwan Oshogow estaba Mishka, de pie, en la torre de Marina.

FIN

Imprenta "AURORA le CHILE" Aldunate 1628, Valparaíso.